



Manhattan Dinner Club

*Seduciendo
su Corazón*

JEAN C. JOACHIM

SEDUCIENDO SU CORAZÓN

Club de la Cena de Manhattan, 2

Jean C. Joachim

Romance Actual

Moonlight Books

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Seduciendo su Corazón \(Manhattan Dinner Club series, #2\)](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de Jean C. Joachim](#)

[SEDUCIENDO SU CORAZÓN | Jean C. Joachim | Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Epílogo](#)

[*Fin* | About the Author](#)

ACERCA DEL E-LIBRO QUE ACABA DE COMPRAR: Su compra no retornable de este e-libro sólo le permite UNA COPIA legal para su propia lectura personal en su ordenador o dispositivo personal. **No tiene derechos de re-venta o distribución sin el permiso previo por escrito tanto del editor como de la propietaria de los derechos de este libro.** Este libro no puede copiarse en cualquier formato, ser vendido o de otra manera ser transferido de su ordenador a otro ordenador a través de un programa de subida de documentos de igual a igual de forma gratuita o por una tarifa o como premio en cualquier concurso. Tal acción es ilegal y viola la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos. La distribución de este e-libro en su totalidad o en parte, en red o de otra manera, impreso o de cualquier manera o método conocido actualmente o todavía por inventarse, está prohibida. Si ya no desea tener este libro, tiene que borrarlo de su ordenador.

AVISO: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal. La infracción criminal de los derechos de autor, incluyendo infringir sin remuneración, se investiga por la FBI y acarrea una pena de hasta 5 años en prisión federal y conlleva una multa de \$250,000.

Una novela de Moonlight Books

Romance Sensual

Rescata mi Corazón

Copyright © 2014 Jean C. Joachim

Primera Edición en E-libros: Enero de 2014

Diseño de Portada de Dawné Dominique

Editado por Tabitha Bower

Traducido por Cymbeline

Proofread by Shannon Ellis

All cover art and logo copyright © 2015 by Moonlight Books

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS: Esta obra literaria no puede ser reproducida o transmitida en cualquier formato o a través de cualquier medio, incluyendo reproducción electrónica o fotográfica, en su totalidad o en parte, sin permiso expreso por escrito.

Todos los personajes y eventos en este libro son ficción. Cualquier semejanza con personas reales o fallecidas es una pura coincidencia.

EDITORIAL

Moonlight Books

Dedicatoria

Para doguillos desamparados y las personas maravillosas que los rescatan.

Agradecimientos

Gracias a mis lectores, amigos y familia que me apoyan y me inspiran para seguir escribiendo. También para mi editora, Tabitha Bower, mi correctora de pruebas, Renee Waring, Sandy Sullivan y las personas generosas en todas partes que rescatan a doguillos.

Otros libros de Jean C. Joachim

SERIE FIRST & TEN

GRIFF MONTGOMERY, QUARTERBACK

BUDDY CARRUTHERS, WIDE RECEIVER

PETE SEBASTIAN, COACH

DEVON DRAKE, CORNERBACK

EL CLUB DE CENA DE MANHATTAN

RESCUE MY HEART

SEDUCING HIS HEART

SHINE YOUR LOVE ON ME

TO LOVE OR NOT TO LOVE

HOLLYWOOD HEARTS SERIES

IF I LOVED YOU

RED CARPET ROMANCE

MEMORIES OF LOVE

MOVIE LOVERS

LOVE'S LAST CHANCE

LOVERS & LIARS

His Leading Lady (Series Starter)

NOW AND FOREVER SERIES

NOW AND FOREVER 1, A LOVE STORY

NOW AND FOREVER 2, THE BOOK OF DANNY

NOW AND FOREVER 3, BLIND LOVE

NOW AND FOREVER 4, THE RENOVATED HEART

NOW AND FOREVER 5, LOVE'S JOURNEY

NOW AND FOREVER, CALLIE'S STORY(series starter)

MOONLIGHT SERIES

SUNNY DAYS, MOONLIT NIGHTS

APRIL'S KISS IN THE MOONLIGHT

UNDER THE MIDNIGHT MOON
LOST & FOUND DUET (with BEN TANNER)
LOVE LOST & FOUND
DANGEROUS LOVE, LOST & FOUND
SHORT STORY
SWEET LOVE REMEMBERED

SEDUCIENDO SU CORAZÓN

Jean C. Joachim

Capítulo Uno

El timbre de aviso del ascensor sorprendió a Bess Cooper. Se abrieron las puertas revelando un hombre y una garganta. El hombre atractivo levantó un párpado y giró la cabeza levemente. Soltó un poco la mujer a la que había estado besando y miró con ironía a Bess.

—¿Quién demonios es usted? Si ha venido para ver el apartamento, ya está vendido—, dijo mientras se enderezaba.

—Yo vivo aquí. ¿Quién demonios es usted?— Bess descansó los puños en las caderas.

—Yo también vivo aquí—. El hombre se aflojó la corbata y desabrochó el botón del cuello de su camisa.

—¿Así que usted es el nuevo dueño del quince B?— *Alto, delgado, pelo negro precioso. Y esos ojos. Vaya. Esta cara me suena.*

—Me contaron que una ancianita vivía en el quince A—. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la boca.

—¿Los de la inmobiliaria?—

Él afirmó con la cabeza.

—Gran sorpresa. Un agente inmobiliario que miente—, hizo un mohín cambiando de postura. —¿Es usted mi nuevo vecino?—

—Culpable. Y, ¿usted es la viejecita?— Su mirada pausada la recorrió de arriba abajo en un latido. Una lenta sonrisa apareció en sus labios perfectos. —Muy bien conservada—.

Bess soltó una risita sin querer, cubriéndose la boca con la mano.

—Oye, Whit...— La morena en el ascensor tiró de la solapa de su chaqueta.

—¿Whit? Ahora me acuerdo de dónde le he visto. Usted es Whitfield Bass. Usted es el hombre de las noticias, ¿verdad?—

Él sonrió y se inclinó. —Nuevamente culpable—. Colocó la palma de la mano en el trasero de la mujer con él y los dos salieron del ascensor. —Ella es Candy Wayne y, ¿usted es?— Al oír su nombre, la mujer delgadísima de pelo negro corto rodeó con un brazo la cintura de Whit y se apretó contra él.

—Bess Cooper.— Ella extendió una mano.

Whit la sacudió brevemente, pero Candy permaneció adherida a su lado, mirando a Bess con frialdad.

—Encantada de conoceros—, dijo Bess.

—Yo te he visto antes—. Whit se acarició la barbilla sin afeitar.

—Yo soy modelo. ¿A qué te dedicas tú?— preguntó Candy.

—Yo cocino—, contestó Bess.

—Oh, eres una criada—. La morena miró con desprecio a Bess.

—¡Ya sé!— Whit chasqueó los dedos. —No es una criada, es una cocinera. En la tele. *Cocinando Con Bess*, ¿verdad?— Se le iluminó la cara.

Bess se sonrojó. —Culpable—.

—¿No eres un poco gordita para estar en la tele?— Candy alzó pestañas negras densas y falsas con una mirada reprobatoria a las caderas de Bess.

—No según mi productor—. Bess entró en el ascensor y pulsó el botón para bajar.

—A mi no me pareces gordita—, comentó Whit, descansando la mirada en el escote de ella. —Peso exacto—, dijo él mientras se cerraban las puertas.

Bess rió levemente mientras bajaba el ascensor. Cuando llegó abajo, su portero favorito, Crash, estaba al frente del mostrador de entrada.

—Buenos días, señorita—. Ladeó su gorra.

—Un nuevo vecino. ¿Qué te parece a tí, Crash?—. Se acercó al hombre de uniforme.

“No muy amigable. Se cita con modelos de moda. Sólo es un famoso más—.

—¿Es de los que tiene parejas intercambiables?—

—Si. Este tipo es de los que las repone rápido—. Crash se sonrojó al decir esto.

Bess enarcó una ceja. —No me sorprende. Comentarista famoso de los noticieros. Tipo atractivo—.

—Ahora, no vaya usted perdiendo la cabeza por él, Señorita Bess. Es un ligón. Usted es una chica decente. No me gustaría verla ser lastimada por este tipo—.

Ella le dió unas palmadas en el brazo. —Gracias, Crash, eso es un buen consejo. Estoy inmunizada. Además, tengo a Terry y no soy una ligona—.

Él rió un poco. —No señora. Usted siga con un sólo tipo. Por lo menos, uno por uno—.

Ahora era el turno de Bess el ponerse roja. —Lo intento, Crash—.

—Este tipo. El poli. Es una buena persona. Me cae bien—.

—Me alegro de que te parezca bien. Me marcho a hacer la compra. Hasta luego—. Crash sonrió y se llevó la mano a la gorra otra vez. Bess salió al aire matutino agradable de mediados de septiembre.

Frunció las cejas mientras consideraba como iba a ser compartir el pasillo con un hombre con chicas calientes entrando y saliendo todo el tiempo. *Y seguramente a todas horas, también.* Aunque la visión de su mandíbula recta, ojos claros que parecían desnudarla con la mirada y su cuerpo atractivo daban vueltas en su cerebro, sonó una alarma. *Es un ligón. Mantén las distancias.*

Enderezó los hombros mientras subía caminando por Central Park a la calle West 81st, luego se dirigió hacia el oeste hasta la tienda de Zabar. *Tengo a Terry. No le le necesito a*

él. Whitfield Bass, puedes seguir con tus maneras ligonas. No mancilles el umbral de mi puerta.

Una vez dentro de la tienda de productos gourmet, se dirigió a la sección de cafés. Después de comprar pequeñas cantidades de varias marcas, eligió una variedad de tipos de té. Para cuando había terminado, ya tenía dos bolsas de la compra llenas de cosas.

Bess las alzó, sorprendida de ver lo poco que pesaban. *El té no pesa nada.* Siguió camino abajo pensando en qué iba a preparar para cada bebida.

Crash abrió la puerta del Wellington y Bess le saludó con la cabeza mientras seguía caminando hacia las escaleras. Pensando en lo que iba a cocinar, no vio a Candy Wayne avanzar hacia ella hasta que ella y la modelo chocaron. La joven mujer delgadita chocó contra Bess haciéndola soltar sus bolsas con su contenido tirado por el suelo.

—Se me ha roto un tacón—, dijo Candy mostrando la mitad de un zapato de tacón muy alto antes de bambolearse dentro del ascensor. Cuando Bess dijo un taco para sus adentros, su perra doguillo, Albóndiga, empezó a ladrar.

Estaba sin arreglar, la parte de arriba de su vestimenta medio metida en la falda que estaba ladeada. —Lo siento. Lo siento—, murmuró la modelo a medida que se cerraron las puertas. El ascensor siguió su camino. Bess escuchó arañazos en su puerta al tiempo que la puerta en la otra punta del pasillo se abrió. Whit, vistiendo un albornoz de color blanco como única prenda, sacó la cabeza.

—¿Qué demonios es ese jaleo?—

—Mi perra. Cuando me oye, ladra—. Bess estaba de rodillas recogiendo cajitas de té y bolsitas de café.

—¿Qué tienes allí dentro? ¿Un Rottweiler? ¿Un pastor alemán?—

Bess rió. —Una doguillo, ella *cree* que es una Rottweiler—.

—¿Una doguillo?— Rió un poco. —¿Te echo una mano?—

—Todo bien—.

—¿Ha sido Candy la que ha hecho eso?—

Bess cerró los labios en una línea firme y delgada y siguió recogiendo su compra. Albóndiga siguió ladrando.

Whit salió descalzo de su apartamento y se agachó al lado de Bess. Recogió varias cosas y leyó las etiquetas. —Té Chai, café Kona, mermelada Loganberry...—.

Bess tomó cada artículo de las manos de él uno por uno y los metió rápidamente en la bolsa. —Estoy haciendo un poco de investigación sobre el café y el té—.

—Qué interesante. Mi investigación consiste en revisar artículo aburrido tras artículo aburrido en internet—.

—Esa es la razón por la cual hace lo que hace y yo hago lo que hago—.

Al ponerse en pie, él le entregó un paquete de regaliz negro. —Me apuesto que somos las dos últimas personas en la ciudad a quienes nos gusta esto—, dijo él.

—Lo dudo—. *Si se cree que me va a adular para acostarme con él. Que lo vaya olvidando.* Pero, a medida que él se inclinó, su albornoz se abrió un poco y ella pudo ver su pecho. Era totalmente tocable, firme pero no duro tipo gimnasio. Vello negro en moderación le hizo sentir picores en las puntas de los dedos al pensar en deslizarlos sobre sus pectorales. Con un gran esfuerzo, dejó de mirar el cuerpo de él y dirigió la mirada hacia los paquetes de comida todavía en el suelo.

—Gracias—, dijo ella, con desgana de deberle nada, aunque sólo fuese por el gesto de él de recoger un artículo.

—No podía hacer menos después de que Candy chocara contra usted—.

Bess hizo un breve gesto con la cabeza y se encaminó hacia su puerta. Al abrir la puerta, la pequeña doguillo salió corriendo. Se fue directamente hacia Whit, ladrando una y otra vez. Él se rió pero se retiró hacia atrás. *Es una bestia pequeña pero feroz.*

—Odio los clichés, pero ¿no va a llamar a su perro?— dijo él con la espalda contra la pared.

—¡Albóndiga! Albóndiga, ven aquí, pequeña—. Llamó Bess. La doguillo cerró la boca y se volvió hacia su ama. Después de una mirada suspicaz hacia Whit, la perra se retiró, jadeando y obedeciendo. —Ella no le haría daño—.

—¿En serio? ¿Está usted segura de que ella lo sabe?— La arruga en su frente se borró un poco. Se arremetió su albornoz y tiró de la banda que cerraba su albornoz apretándola.

—Tu novia necesita una lección de buenos modales—, dijo Bess, recogiendo una bolsa en cada mano. Albóndiga miraba a Whit pero se quedó al lado de Bess.

—Oh, no es mi novia—.

—¿Oh?— Bess subió las cejas. —Pues a mi me podría haber engañado eso—.

—De hecho, ésa sólo era nuestra segunda cita. Una cita larga quizás, pero sólo la segunda. Yo tengo bastantes amigas—. Él la miró otra vez con una mirada que le hizo sentirse desvestida por él. Instintivamente se tapó el pecho con el brazo.

—Pues qué bien. Ten cuidado con las enfermedades de transmisión sexual, pueden ser bastante desagradables—, dijo ella.

—¿Hablando por experiencia propia?— Él enarcó una ceja mirándola.

El ardor subió por sus mejillas al tiempo que perdió la compostura. Soltó ambas bolsas lo cual hizo que Albóndiga volviese a ladrar. —Tiene mucho descaro—.

—Tú eres la que lo mencionó. No yo. Yo soy un gran defensor del sexo seguro. ¿Lo eres tú?—

—Eso no te incumbe—. Dijo Bess recogiendo sus cosas y silbando hacia Albóndiga que se calló inmediatamente y siguió a su ama.

—¿Tendré que usar un desinfectante cada vez que pase por delante de tu puerta?— dijo él haciendo una mueca burlona.

—¡Muy gracioso! No entiendo por qué no te has dedicado a la comedia en vez de las noticias. Vamos a ver... ¿quizás porque *no* eres gracioso?— Ella entró en su apartamento

y cerró la puerta de golpe. La carcajada de él era alta y sonora.

Qué desagradable. Puede acostarse con todas las mujeres de Nueva York, pero a mí nunca me va a pillar. Odio a los hombres ligones. Cargó con su compra hasta la cocina con Albóndiga trotando tras ella. La perrita se arrecostó en su pequeña camita y ya roncaba antes de que Bess hubiese guardado todas las compras. Se prepare un café y se sentó con un cuaderno y un bolígrafo.

El telefonillo de la puerta la sacó de sus pensamientos. Descolgó y le dijo a Crash que el visitante podía subir. Su ayudante, Ned Lester, entró directamente. Ella nunca cerraba la puerta con llave, pensaba que con unos porteros tan vigilantes, no tendría necesidad de hacerlo.

—¿Dónde has estado? He dejado diez mensajes. ¿Te hacía falta que recogiera algo de camino?—

—Lo compré todo yo misma. Estaba en el pasillo. Maldito vecino nuevo. Su novia repelente chocó contra mí. Luego, él salió para ayudar a recoger las cosas que se habían caído—.

Los ojos de Ned brillaron. —¿Era mono?—

—¿No tienes a alguien?—

—No has contestado mi pregunta. No para mí. Para ti—.

—Supongo que se podría decir que es bastante atractivo para ese tipo de cosa—.

—¿Qué tipo de cosa?— Ned se sentó en un taburete al lado del mostrador, su libreta lista, bolígrafo en mano y los ojos azules mirando a Bess.

—Quiero decir, pelo negro, ojos grises, buen físico—.

—Vaya. ¿Mejor que Serge?—

—Era irritante—. Bess volvió a la cafetera y le sirvió una taza a Ned.

—Ahora sé que estás mintiendo. Siempre adivino. Se te ve un temblorcillo bajo el ojo izquierdo. Sólo un instante, pero se ve—.

—Vale. Es guapísimo pero es un ligón. Además, tengo a Terry—.

—¿Lo tienes de verdad? ¿No es sólo una vez a la semana y nunca se queda a dormir?—

—¿Y?— Bess bebió sorbitos de su café.

—A mi me parece que estáis algo atascados—.

—Me gusta. Es un poli. Me hace sentirme segura. Estoy contenta con las cosas tal como están—.

—¿De verdad?— Ned miró fijamente, pero Bess evitó mirar sus ojos.

—Vamos a ponernos a trabajar. ¿Cómo enmarcar esto? Mejores postres para café y mejores para el té?—

—De esa manera, a lo mejor podemos conseguir dos programas de esta idea en vez de uno solo—, dijo él apuntando en su cuaderno.

—Bien pensado. Hmm, ¿qué va mejor con el café? Cualquier cosa de chocolate—.

—Oh, dios. Chocolate. Aquí voy. Y de paso, a mi no me engañas. Te estoy dejando cambiar de tema... de momento—. Dijo Ned sonriendo.

Bajo, con pelo marrón y ojos azules, Ned era atractivo pero estaba fuera del alcance de Bess ya que era gay. Se cuidaba mucho el físico, vestía impecablemente y la cuidaba a ella muy bien. *Si yo tuviese un hermano pequeño, me gustaría que fuese exactamente igual que Ned. Bueno, quizás no tan meticón.* Él guardaba sus secretos y compartía su amor por la comida. Ned era más familia para ella que su familia de verdad.

Listo para convertirse en su cocinero segundo, Ned habría sido la elección perfecta, pero a Bess le disgustaba la idea de tener que enseñarle las cosas a un nuevo ayudante. Aunque estaba deseando que le dieran la promoción a él, también temía ese momento. Ella dependía de su apoyo y él jamás ponía en duda el juicio de ella. Eran el tandem perfecto.

Ned repasó los cien libros de cocina que ella tenía en sus estanterías, buscando aquellos que se especializaban en postres. En media hora, ella estaba totalmente inmersa en el tema, comentando y seleccionando recetas con él. El episodio estaba empezando a tomar forma y ella había olvidado al devastadoramente atractivo Whit Bass y su desfile de mujeres deseosas.

Hicieron una lista de la compra. Ned se fue a la tienda mientras Bess se tomó un descanso. Se acercó a la ventana con su taza de café. Albóndiga se estiró y se acercó a ella. Sus elecciones de posibles postres eran lo suficientemente numerosas para que pudiera estar segura de que habría unas cuantas opciones muy destacables para el programa.

Su mente volvió al nuevo vecino. *¿Por qué estoy pensando en él? Es un problema para cualquier mujer soltera. Yo quiero tener hijos algún día. No podría hacer eso con un tipo como Whitfield Bass. ¿Y Terry? Ni siquiera le tengo dos veces a la semana.* Se mordisqueó una uña y luego se detuvo, horrorizada.

—¿Cuántas veces te he tenido que decir que dejes esa costumbre asquerosa?— Ned entró, cargando dos bolsas.

—Lo sé, lo sé. Lo siento. No estaba pensando—.

—Tus manos y uñas se ven. No puedes estar destrozándolas con los dientes—. Suavemente le dio una palmada en la mano y luego la elevó para besarla.

—Tienes razón. Se me olvida. Preocuparme por mi aspecto ante la cámara es la peor parte de este trabajo. ¿Cuándo podré morderme las uñas y que no le importe a nadie?—.

—Cuando te quedes sin trabajo. Y como ese día no ha llegado aún, deja de hacer eso—. Recuperó un paquete que se había caído en la entrada de la puerta y lo llevó a la cocina. Mientras sacaba cosas de la compra y las guardaba, iba charlando. —¿Qué te tenía tan ensimismada cuando entré?—

—Ah, buen intento. Nada. Pensando. Sobre la vida—.

—¿Tu vida?—

—No te entrometas, Ned. Ahora, vamos a derretir este chocolate con la mantequilla europea y ver cómo se combinan. Vamos a necesitar un poco de sal porque la mantequilla es algo dulce. “Solo un toquecito—, dijo ella mientras se colocaba el delantal y se lo ataba tras la espalda.

* * * *

Sonriendo, Whit cerró la puerta de su apartamento. *Vaya leona en ese apartamento. Viejecita, si, ya... Me apuesto que está fenomenal en la cama, una vez que deja de tener esa actitud tan desagradable. Gran cuerpo. Las súper modelos están muy bien, pero son demasiado huesudas. Sin carnes. Nada que se pueda apretar.*

Satisfecho sexualmente después de su escarceo matinal con Candy y recién duchado, Whit se vistió para ir al trabajo. Antes de que su mente se liara con las noticias y un libro que estaba escribiendo en su tiempo libre, se paró a mirar su agenda para ver quién sería la chica de esta noche.

Hmm. Katarina. Actriz de cine italiana. Tiene genio. Cena. ¿Baile? ¿Sexo después? Se sonrió a sí mismo. Tener un establo de mujeres disponibles era lo perfecto. Nunca tenía que cenar o dormir solo. Lo único que juró que no tendría en su lista de deseos era matrimonio y niños. Nunca. No voy a hacer que algún retoño mío tenga que pasar por el mismo infierno que pasé yo. De ninguna manera.

Las modelos eran perfectas. Estaban tan absortas en sus ambiciones y sus carreras que el matrimonio no era una cosa importante para ellas. La idea de estropear sus cuerpos con un embarazo le causaba náuseas a sus parejas de cama. Bueno, tenía que pasar de compañía, devoción y amistad, ¿y qué? Su vida estaba reglamentada. Hacía lo que quería y con quién quería. *La mayoría de los hombres me tiene envidia. Pero no era suficiente y Whit no sabía por qué.*

Katarina había estado complicada la última vez que salieron a cenar. Había sido exigente, criticando el restaurante de cinco tenedores donde él la había llevado y había estado fría en la cama. *Es hora de un recambio. No, no por Bess. Demasiado cercana. Nunca hay que liarse con alguien que vive en el mismo piso. Lo que me faltaba era una acechadora en la otra punta del pasillo. Sonrió. No me parece que sea de la clase acechante. Quizás me cruzase la cara. ¿Acecharme? Lo dudo.*

Había empezado a recorrer el pasillo cuando un aroma celestial le asaltó la nariz. *¿Chocolate? ¿Café recién molido?* Su estómago empezó a sonar. *Rico. Una visión de untar chocolate caliente con los dedos en ciertas partes del cuerpo de Bess y luego lametearla le hizo sentir un picor en la ingle. Apuesto que sabe todo lo que hay que saber sobre los dulces. Y yo me sé muchas maneras de cómo consumirlos que apuesto que ella nunca ha probado.*

El sonido del ascensor le sacó de sus ensoñaciones. Suspiró y bajó a la planta de calle. Con un gesto de saludo con un brazo hacia el portero, Whit se encaminó hacia Central Park oeste a los estudios de televisión de la Emisora Eagle.

Mientras caminaba, se preguntó cosas sobre Bess. *¿Siempre habrá olores maravillosos saliendo de su casa? ¿Me invitará a comer o al menos probar alguno de sus platos?* Una carcajada salaz se le escapó mientras se imaginaba una cata en casa de ella con ella de postre.

Una vez inmerso en su trabajo, se olvidó de Bess y el chocolate. Trabajó duro, intentando encontrar los detalles sobre un artículo acerca de Asia. Había solicitado el trabajo de corresponsal extranjero para el *New York News Review*. *¿Qué mejor manera para evitar lazos comprometedores que estar fuera del país?* Sería el trabajo perfecto para él. Estaba deseando que fuera Hong Kong. *Contra más lejos de casa, mejor.*

Prestó atención especial a historias del Lejano Oriente, considerando cada una como una entrevista con para el *NY News Review*. Cuando terminó su emisión, miró su reloj, pilló un taxi y se encontró con Katarina en el lado Este.

La cena fue un asunto largo y cansino. Whit intentó prestar atención a las quejas sobre el manager de la actriz y el director de una película que ella quería hacer, pero se le iba la mente. Sus críticas en voz alta le dañaban los oídos. Deseaba algo más suave y calmante después de un día intenso. Algo como una taza exquisita de chocolate caliente o un pedazo de pastel de chocolate... Algo para nutrir su cuerpo y su alma.

Las ondas que le llegaban de Katarina no eran buenas. *¿Cama? ¿Con esta quejica? Esta noche no. Nunca más.* Aunque el cuerpo de ella no podía dejarle indiferente, él ya había tomado la decisión.

Durante el café, ella le miró con ojos seductores. —Entonces, volvemos a tu casa o a la mía?— Dijo ella en tono bajo.

—Esta noche no. Mañana tengo que hacer cosas temprano—, mintió mientras pedía la factura.

Katarina sacó el labio inferior de una manera muy poco atractiva. Su mohín de enfado confirmó su decisión de alejarse de ella.

—Pero yo contaba con eso—, se quejó ella.

—Lo siento. Será en otro momento—. *Otra mentira. Hay que salir de aquí.*

Pagó la factura, la subió en un taxi y se pilló otro para él. De camino a su apartamento, Whit se paró y olisqueó. El leve olor a chocolate y café persistía en el pasillo. Inhaló hondo, cerrando los ojos, y casi cayó al suelo cuando Bess salió disparada de su casa con Albóndiga siguiéndola. La cocinera rebotó en el pecho de él.

Él la agarró por los brazos para impedir que se cayera. Ella miró a sus ojos. Sus ojos grandes y azules le atrayeron. Se congeló, apretándola con los dedos. Entonces, Albóndiga ladró antes de atacarle, hincando los dientes en su pierna y tirando, meneando la cabeza de lado a lado rápidamente.

—¡Albóndiga!— Gritó Bess, dejando de mirar los ojos de él. Sus ojos se agrandaron mientras miraba como su perra le hacía un agujero en el dobladillo del pantalón. —¡Oh, dios mío! Lo siento tanto—. Tiró de la correa y la doguillo soltó la tela y retrocedió.

—No es nada—, dijo él soltando a Bess con desgana.

—¡Ella te ha destrozado el pantalón! Te pago un traje nuevo—.

—No te preocupes. De verdad—.

—Es mi perra y soy responsable. Déjame ir a por mi chequera—. Ella se volvió.

—Por favor—, dijo él, colocando una mano en el brazo de ella. —Puedo llevarlo a que lo arreglen o conseguirme uno nuevo—.

—Insisto—.

—Es un traje caro—.

—Da igual. Siempre me hago cargo de mis responsabilidades—.

—Sinceramente—, hizo un gesto de negación con la mano. —Olvídalo—.

—¿Cuánto?— ella achinó los ojos y descansó una mano en la cadera.

Él suspiró. —Tres mil dólares—.

—¡Tres mil dólares! ¡Dios mío! ¿Está hecho de hilo de oro?— Su ceja se enarcó.

—Eso es lo que cuesta un buen traje italiano. Te lo dije, no te preocupes—.

—¿Crees que no tengo dinero para eso? Lo puedo pagar. Sin problemas—.

—No dije eso. No hay motivos para que sueltes tres mil de los grandes para un pequeño agujero hecho por... por ¿cómo se llama la perrita?—

—Albóndiga—.

Whit se dobló de la risa. Se agarró las entrañas y rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—No tiene tanta gracia—, dijo Bess un tanto molesta.

—¡Oh, sí que lo es! Es una auténtica albondiguilla—.

—Puede ser bastante feroz. No la subestimes. Mira lo que le ha hecho a tus pantalones—. Señaló Bess.

—El agujerito más pequeño del mundo hecho por el perro más pequeño del mundo—, dijo él recuperando el aliento.

Whit se agachó y estiró una mano. Albóndiga le miró con suspicacia antes de acercarse un poco para olerle. Él se quedó quieto, esperando el visto bueno de la doguilla antes de acariciarla.

—Es adorable—, dijo, rascándola suavemente tras las orejas.

—Eso es lo que creo—. Bess sonrió. Albóndiga le lamió la mano a Whit, declarándole oficialmente un amigo.

—Llevaré esto a un sastre y si quieres, puedes pagar el remiendo. ¿Qué te parece?—

—Bien—.

—¿Qué estabas cocinando antes? Juraría que olía a chocolate y café—.

—Buen olfato. Hice ambas cosas—.

—¿Hacer chocolate?—

—Haciendo unos postres de chocolate... y café... combinándolos. Moca. Pero no te interesan los experimentos de una humilde cocinera cuando tienes los asuntos mundiales en la mente—. Se volvió hacia el ascensor. —Y todavía tengo que pasear a mi perra—.

Él la agarró de un brazo. —Pero me interesa. Encuentro que los postres son mucho más fascinantes que la política internacional. ¿Nunca tienes catas o muestras o algo en tu casa?—.

Ella enarcó una ceja. —¿Estás pescando una invitación?—

—Cualquier vez que necesites una cobaya, yo estoy disponible—.

Ella rió un poco. —No me olvidaré. Nos vemos—. Entró en el ascensor con Albóndiga y se cerraron las puertas. Whit entró en su apartamento y se quitó los pantalones para examinar la rotura. Era poca cosa. Sonrió. *Me da otra razón para verla. Hablar con ella. Tocar su timbre. A lo mejor me invita a uno de esos postres que hace. Vale la pena intentarlo.*

A la mañana siguiente se puso ropa para correr. Justo cuando estaba preparado para ir a dar una vuelta por Central Park, sonó su teléfono. Era Elsa.

—¿El viernes, Whit?—

—Desde luego que sí—. Se apoyó contra la pared y vislumbró en la mente a la rubia, alta, fría y desnuda. La boca se le hacía agua.

—Maravillozzo. Nos vemos entonces—.

Whit guardó su móvil e hizo una mueca. *Otra comida vegan. Uhg. ¿Qué tiene de malo un chuletón? Bueno, una cita es una cita.* Hizo un gesto con los hombros y salió a la calle. Después de su carrera se fue a la sastrería antes de parar en una farmacia a por más condones. Aunque no esperaba una gran conversación estimulante de Elsa, sí que esperaba acostarse con ella.

Me pregunto si Bess cocina chuletones alguna vez. Su programa es sobre hornear. ¿Qué tal el mejor postre con un chuletón? ¿Qué tal invitarme para probarlo? ¿Qué tal probarlo los dos juntos, desnudos? Sacudí la cabeza. Deja de pensar en ella. No es la clase de chica adecuada. Seguramente quiere encontrar algún tipo agradable, tranquilo y formar un hogar. Tener dos punto cinco niños. Casa en las afueras. Cerca blanca entorno a su casa. Se encogió. Aléjate de ella. Es una potencial catástrofe.

Sus papilas gustativas estaban clamando por un chuletón. Whit se detuvo en la delicatessen del mejor chuletón con queso Philly en Manhattan. *Apuesto que no puede cocinar esto. Nadie hace esto como estos tíos.*

—Eh, Mike. ¿Tienes algunos huesos por ahí?—

El hombre tras el mostrador dejó de hacer lo que estaba haciendo. —¿Huesos?—

—Sí, ¿cómo para un perro? ¿Un perro pequeño?—

Capítulo Dos

—¿Qué quieres decir con enfermo? Nadie se pone malo en Septiembre—, Bess dio pasos en la estancia.

—Pues, lo estoy—, dijo Ned estornudando al teléfono.

—Eh, eso quédatelo para tí—.

—Gracias por la tonelada de empatía—.

—Lo siento. Haré caldo de pollo y te lo envío por mensajero—.

—Eso está un poco mejor—, dijo él entre mocos.

—Pero estoy haciendo la tarta de moca, el budín y el pastel. Te necesito aquí para probarlo—.

—Aún si estuviera lo suficientemente bien para ir a tu casa, no puedo saborear nada, nena—.

—Maldita sea—.

—Lo siento, Bess. Tendrás que hacerlo tú misma—.

—Odio tener que hacer eso. Tengo mis preferencias. Siempre me gusta más el pastel que el budín—.

—Entonces, búscate a otra persona. ¿Y Terry? ¿O ese vecino sexy que tienes?—

—¡Terry! Qué buena idea. Y le encanta mis platos—.

—Oh, apuesto que sí—. Rió Ned.

Bess sintió su rubor. —Gracias por la sugerencia. Que te pongas mejor. Llámame si necesitas algo—.

—Serge está en Italia. ¿No tendrías un maravilloso hombre cachas en un bolsillo que pudieras enviarme un ratito?—.

—¡Ned! Pensamientos infieles. Nene malo. Castigado de pie ante la pared durante diez minutos—.

—Me vuelvo a la cama. Solo—. Suspiró.

—Cuídate—. Bess se dejó caer en el sofa. Albóndiga se subió de un brinco para unos mimos. Ella acarició a la perra y encendió su móvil. —¿Terry? ¿Qué haces hoy?—

Una hora más tarde, el pastel se estaba enfriando en una rejilla al lado de la ventana, había tarta de moca en el horno y Bess estaba removiendo el budín en el fuego. En el aire

había un aroma rico con el olor de chocolate mezclado con café. Bess abrió las ventanas y la puerta de la calle para que se fuera la fragancia.

Tarareaba una de sus melodías favoritas, —Gone, Gone, Cone— de Phillip Philips mientras removía lentamente, ajustando la temperatura del fuego cada minuto o dos.

—¿Sigues en pie esa invitación?— La voz de Whit la sacó de su ensoñación. Albóndiga saltó de su camita ladrando furiosa. Se fue corriendo a la puerta y olisqueó a Whit y luego se retiró al sofá del salón acomodándose antes de quedarse dormida otra vez.

—¡Oh, dios mío! ¡Me has dado un susto de muerte!—

—Lo siento. Pero tenías la puerta abierta y el aroma me hizo entrar—.

—Estoy ventilando la casa—. *Está fantástico, ahí parado, llenando el espacio.*

—Daría una fortuna porque mi apartamento oliese así aunque sólo fuese un día—. Entró y giró hacia la izquierda dirigiéndose a la cocina. Su mirada iba de mostrador en mostrador, armario a armario. —Esto hace que la NASA parezca un parvulario. ¿Hay algún utensilio que no tengas?—

Ella negó con la cabeza. —No tengo nada que no necesite para mi trabajo—.

Él deambuló por el amplio espacio, tomando un utensilio un momento, otro momento un pequeño cuenco, remirándolo todo y haciendo ruidos con la lengua. —Un hombre lo tendría difícil equipando una cocina como ésta para su esposa. ¿Cuánto cuesta todo eso?— La miró a ella.

—No he necesitado un hombre para comprarme esto. Me lo he comprado yo misma. Poco a poco. Acumulas cosas. Los utensilios de cocina no se desgastan. Además todo esto se puede desgravar en los impuestos. Casi todo—.

—De todas formas, esta cocina vale una fortuna—.

—No me estoy enterando de qué tiene todo eso que ver contigo—. Enderezó los hombros. —¿Has venido a criticar en qué me gasto el dinero? ¿Qué haces aquí en primer lugar?— Ella descansó una mano en la cadera.

—Tu puerta estaba abierta y el olor era divino. Pensé que quizás eso significaba que me dejarías probar lo que estás cocinando—.

—Oh. Precisamente, necesito un catador. Pero, ¿tienes experiencia?— Ella enarcó una ceja.

Whit rompió a reír. —Cariño, llevo treinta y cinco años comiendo—.

—Eso no es lo que quería decir. Necesito un catador profesional. No un tipejo que quiere comida gratis. Necesito alguien que me diga lo que necesita la receta, qué es demasiado o demasiado poco—.

Cambió de postura.

—Oh, lo siento—.

—Eh, no pasa nada. Mucha gente no cree que lo que yo hago es trabajo. Piensan que estoy tonteando, divirtiéndome. Idioteces. Esto es un trabajo. Y, perfeccionar una receta no

es algo que pueda hacer cualquiera—.

—Me disculpo si causé esa impresión. Tienes razón. Esto es un trabajo. Y debes ser muy buena en lo que haces para tener tu propio programa de televisión. No quería burlarme de ti. Nunca me habían preguntado eso. Y, tal como estás diciendo las cosas, supongo que no tengo experiencia—. Su cara mostraba decepción.

—Vaya, cualquiera puede intentarlo. Mi catador, Ned, está en casa enfermo. Necesito a alguien que pruebe estos platos. Otra persona que no sea yo. Después de unos cuantos platos del mismo sabor, a veces mi papilas gustativas se confunden—.

—A lo mejor necesitas un buen vino para limpiar tu paladar entre catas. Tengo justo lo que necesitas. Es mi Cabernet favorito——

—¡Eso es! Eres un genio—. Bess dió una palmada con las dos manos, despertando a su perra y abriendo la puerta de golpe de su congelador de tamaño industrial y se agachó, rebuscando entre los paquetes de congelados que tenía en la estantería del fondo. Sintió la mirada de Whit en su trasero, pero le dio igual. Agarró el contenedor helado y se puso en pie. —¡Sorbete de limón!—

—¿Qué?—

—Un ligero sorbete afrutado es un limpiador del paladar perfecto—.

—¿Y qué pasa con mi vino?—

—Pudes traerlo también, pero este sorbete es mejor—.

—Ahora mismo vuelvo—. Whit volvió rápidamente con una botella fresca de Cabernet Sauvignon. Bess le pasó un saca-corchos y él se puso a la tarea. Ella vertió el budín espeso en platitos pequeños blancos y los colocó con cuidado en la rejilla al lado de la ventana para que se enfriaran.

—¿Vasos para vino?—

—Armario tercero de la izquierda, arriba—, contestó Bess mientras colocaba las tazas calientes.

Whit abrió varios armaritos antes de encontrar los vasos. —Estoy impresionado con esta cocina. Y está tan bien organizado todo. No conozco muchas mujeres que tienen cocinas perfectas como ésta—.

—Supongo que no conoces muchas mujeres que cocinen—, dijo ella en voz apenas audible.

—Eso lo he oído—.

—Esto no es una cocina para una ama de casa. Es mi despacho. Consideralo de esa manera—.

Whit sirvió un vaso y se lo entregó a ella. —Parece que no puedo decir nada bien, ¿verdad?—

—No. Pero vas a probar los platos mágicos de moca de todas formas—.

—¿Moca mágica? ¿Ese es el nombre de esto?—

—Si. Me gusta como suena eso—.

—A mí también. Y mi estómago también lo piensa—.

Estaba ahí parado lo suficientemente cerca para que saltara una chispa entre ellos. *Electricidad estática. Está aquí por tu comida. Eso es todo.* Él llevaba una camisa blanca con botones al cuello, las mangas arremangadas hasta el codo y pantalones de color azul marino. Ella miró sus antebrazos, los músculos destacaban levemente y eran poderosos, cubiertos levemente con vello oscuro. Sus manos eran casi cuadradas con dedos largos y afilados. No tenía panza y el vello sin afeitar en su cara era perfecto. Sintió un escalofrío por la espalda.

Ojos que habían sido fríos en su primer encuentro, seguían siendo de color gris claro, casi transparentes, pero ahora él la miraba con un ardor que ella no se esperaba. Su mirada recorrió el cuerpo de ella lentamente, con una sensación como una caricia de una mano cálida. *¿Tiene ojos rayos-x? Me siento desnuda.*

Él elevó su vaso. —A la reina de la magia del moca—.

Bess sonrió y chocó vasos con él antes de beber un buen trago. —Esto está excelente—.

Él sonrió. —Me gusta lo mejor—.

—Lo mejor en vinos, lo mejor en mujeres... ¿Qué otras cosas prefieres que sean lo mejor?—

—Nada que pueda comentar delante de una dama—, rió él, obligando a Bess a ruborizarse.

Ella bebió más de su copa y luego sacó un puñado de tenedores de un cajón. Le entregó uno a Whit. —Empecemos—, dijo. Él la siguió hacia el pastel. Ella destapó un cuenco pequeño y recubrió la mitad de la tarta con glaseado de chocolate. —Lo probamos con y sin glaseado—.

—Interesante—, dijo él, moviendo la cabeza.

—El glaseado es sólo chocolate—. Ella se alejó un paso y sirvió dos pequeñas porciones de sorbete en dos tacitas. Luego cortó un pedazo de pastel con el tenedor y se lo dió a probar.

Él cerró los labios y retiró el bocado del tenedor. Con los ojos cerrados, saboreó el bocado y luego dio su veredicto. —Esto es el mejor pastel que he comido en toda mi vida—.

—Bien, pero ¿tiene demasiado café? ¿Cantidad insuficiente? ¿El sabor está equilibrado?—

Él elevó las cejas. —¿Equilibrado?—

Ella suspiró. —Por esto es que necesito un profesional. Equilibrado—la cantidad exacta correcta de café y la cantidad correcta de chocolate para ofrecer la mezcla perfecta de sabores—.

—Creo que necesito otro bocado para estar seguro—. Estiró un brazo para alcanzar el tenedor, pero Bess lo retiró fuera de su alcance.

—Oh, no. Te daré otra muestra. Tienes que tener una cierta cantidad. No puedes comerte medio pastel y luego decirme algo con precisión. Luego te doy un poco para que te lo lleves a casa—. Otra vez le dió un bocado. Con los ojos cerrados otra vez, masticó y luego se relamió las migas en los labios. El corazón de Bess dio un saltito durante un instante. *Presta atención. Concéntrate. No le estés mirando la boca.*

—Yo diría que el equilibrio entre los sabores es perfecto. Yo no querría ni un gramo más de café ni un gramo menos—. Sonrió. —¿Eso es lo que tengo que decir?—.

—Se supone que tienes que decir la verdad—. *No halagarme para conseguir acostarte conmigo.*

El abrió más los ojos y frunció el entrecejo. —¡Eso es la verdad!—

Ella ladeó la cabeza ligeramente.

—Absolutamente. ¿Para qué te mentiría? Puedes creer que puedo ser lo suficientemente estúpido como para ser completamente sincero. No te diría nada para halagarte si eso fuera mentir.

—Eso es bastante directo—.

—Mira, ¿qué prefieres? Tacto y mentiroso o directo y sincero?—

—¿No podemos hacer tacto y sincero?—

Él rió. —Vaya, cómo eres—, dijo él sacudiendo la cabeza.

—Vale. Así que el pastel está bien. Ahora la tarta—.

Ella le ofreció el platito con sorbete y una cucharita muy pequeña. Él probó un poco y la siguió al siguiente plato. Bess le dió el bocado y esperó ansiosa su veredicto.

—Está rico pero le falta algo—, dijo él mientras recorría los labios con la lengua.

Bess sonrió y se fue a la nevera. Volvió con un pequeño cuenco de nata montada a mano. —¿Qué te parece esto?—

Sus ojos brillaron. —Se me ocurren muchos usos para eso—, rió él.

Ella le dió una palmada en el hombro. —Concéntrate—. Aplicó una cucharada de la nata a la tarta y le dio de comer otro bocado.

Nuevamente, el paladeó con los ojos cerrados. —Eso es. Eso es justo lo que le hacía falta—.

—Si, la tarta es más densa que el pastel. Necesita la nata para aligerar—.

—Bien dicho—.

—Estás aprendiendo bastante deprisa—. Ella bebió un buen trago de vino.

—Gracias. ¿Ahora el budín?—

Bess le alcanzó el plato con sorbete y Whit se aclaró el paladar.

—¡Espera! Déjame añadirle la nata primero esta vez—.

Ella tomó un poco de budín y la cantidad precisa de nata. Él abrió la boca y ella le introdujo el bocado. Él lamió el postre cremoso con la lengua. Bess empezó a sentir calor, haciéndola sentirse húmeda. Mientras él saboreaba, ella se abanicó.

—Este es un pelín demasiado café—, dijo él mirándola a ella en los ojos.

Bess abrió más la ventana.

—¿Tienes calor?— preguntó él.

Ella afirmó con la cabeza. *Podría abordarle ahora mismo. Untarle de budín y nata montada y—*

—¿Qué tal lo he hecho?—

—Bien. Para ser un novato, excelente—. Ella se fue hacia un armarito y sacó dos contenedores de plástico. Metió una buena porción de pastel con glaseado en uno y una ración gigante de tarta en el otro. —Te puedes llevar un par de platillos con el budín si quieres. Voy a cambiar esa receta un poco, de todas maneras—, dijo colocando todo encima del mostrador.

Whit bebió un trago grande de su Cabernet y apoyó la espalda contra el armario. —¿Me puedo llevar esto a casa?—

—Tu pago por ayudarme—. Ella se terminó su segundo vaso de vino. La combinación de vino, postres y la cercanía de su cuerpo tan tentador elevó aún más sus ardores y ella empezó a sudar. *Si pudiera meter la cabeza en la nevera.*

Bess tapó la tarta y la llevó a la nevera. Se quedó más tiempo del necesario, enfriándose la cara y el cuerpo. Luego volvió para guardar el pastel.

Whit estaba a un sólo paso de ella. Él le tocó una mano, haciéndola tiritar un instante mientras ella le quitó un pequeño rastro de comida de la barbilla con el pulgar. Whit descansó un brazo entorno a los hombros de ella y la atrajo hacia sí.

La sensatez salió por la ventana. A la vez que se inclinaba hacia él, su voz se volvió más suave, obligándole a inclinarse para escucharla. —No deberíamos—.

El vino había convertido sus inhibiciones a cenizas. El aliento de él le caldeaba la mejilla, su boca a un beso de distancia. Ella elevó su vaso para no tocar sus labios con los suyos antes de darse cuenta que el vaso estaba vacío. La puerta de la casa se abrió, salvándola de más intimidad con Whit.

Terry se quedó parado, llenando el marco de la puerta con sus hombros anchos y caderas ocultando un arma automática. —He oído que hay una cata aquí. No tenía ni idea que estarías probando a mi chica, amigo—. Descansó una mano en su arma.

Los ojos de Bess se hicieron grandes. Se separó bruscamente de Whit. Él bajó el brazo dando un paso atrás, elevando las palmas de las manos hacia Terry.

—No pasa nada, amigo. Probando una cosa nueva para su programa—.

—Parecía más bien que estabas a punto de probarla a ella. ¿Bess?— Terry entró en el salón y dejó de mirar a Whit para fijarse en Bess.

—Es lo que ha dicho, Terry. Ned está malo. Necesitaba a alguien para probar mis postres de moca mágica. Tú estabas ocupado—.

—Bueno, pues no estoy ocupado ahora. Coge camino, amiguito—.

—Primero, no soy tu amiguito. Segundo, esto es la llamada de Bess. Yo sólo estaba ayudando—.

—Eso es lo que parecía. ¿La vas a ayudar a meterse en la cama también?—

—Terry, estás sacando conclusiones. Whit vive en este pasillo. Es un vecino...—

—Olí lo que estaba cocinando, la puerta estaba abierta... hey, tú también habrías entrado si hubieras olido esas cosas de chocolate y café. Vaya, es increíble. Esta mujer sí que sabe cocinar.—

—Si, lo sé. Pero el único hombre para el que está cocinando soy yo. Puedes irte ahora —.

—Mejor será que te vayas—, dijo Bess en voz muy baja, entregándole los contenedores.

—Vale, vale—. Whit se acercó hacia la puerta.

—Gracias por ayudarme. Toma, llévate esto—, dijo Bess ofreciéndole la botella de vino.

—Quédatela. Comparte un poco con el Sr. Neardental. Gracias por la comida—, dijo Whit metiéndose los postres bajo el brazo.

—¿No te estabas marchando?— preguntó Terry.

—Si, si. Me voy. Eres un tío con suerte—. Whit cerró la puerta al salir.

—Lo sé—. Terry miró fijamente a Bess. Se acercó a ella, tirando de ella por la cintura hacia él. Luego la besó fuerte.

Bess le empujó en el pecho y él la soltó. —¿Qué ha sido todo eso?—

—¿El qué?—

—Fuiste muy maleducado con mi... mi vecino—. Dijo ella llevando los tenedores sucios a la cocina.

—¿Vecino? Puedo detectar un tío intentando rematar la faena desde lejos, nena. Ese tío te estaba recorriendo totalmente—.

—Estábamos catando todo. Me ayudó mucho. Ahora sé lo que tengo que hacer—.

—Si te hubiera ayudado un poco más, estarías en el suelo con él encima de ti ahora mismo. ¿No podías esperar a que yo terminara mi jornada?—

—Dijiste que no sabías cuando estarías libre. Yo estaba esperando. Él entró—.

—A lo mejor, la próxima vez, deberías tener tu puerta cerrada... y las piernas también—. Bess dió un paso para cruzarle la cara con la mano pero él le cogió de la muñeca. — No hagas eso. Nunca me pegues. No sabes lo que podría hacer. Estoy preparado para defenderme y odiaría mucho hacerte daño—.

—No me hables de esa manera. Es degradante—, dijo ella con los ojos llenándosele de lágrimas.

Terry le tomó de la mano y se la llevó a la boca dándole un beso. —Lo siento, cariño—. Las lágrimas le surcaban las mejillas. Terry las retiró con un pulgar. —Ven aquí—. Ella se acercó un poquito hacia él y él la rodeó suavemente con los brazos. —Sabes que estoy loco por ti. Me puse celoso. Lo siento—.

—Entras aquí con esa pistola y nos asustas a todos—.

Él se quitó el arma y lo puso en la mesa del pasillo. —Lo siento. Se me olvida—.

Bess se secó la cara y se sonó la nariz con un pañuelo de papel. Terry se acercó a ella por detrás y le dió un masaje en los hombros. —Ahora, sobre esa cata...— dijo susurrando.

—Todavía sobra bastante—, dijo ella, cerrando los ojos y descansando en su pecho.

—Estaba deseando que dijeras eso—.

—Déjame ir a por un tenedor—.

—Yo tenía otra cosa en mente—, deslizó los dedos bajo la camiseta de ella y acarició su cintura, luego subió los dedos más arriba.

—¿Oh?—

—Te quiero nena. Ahora—. Él la volteó y la besó. Ella se abrió a él y él exigía su rendimiento total. Antes de que ella pudiera recuperar el aliento, él le había quitado la camisa y desabrochado el sujetador.

Bess se zafó de él y le guió hasta su dormitorio. De repente, ella estaba ardiendo, más caliente que una brasa y le necesitaba. Él estaba en calzoncillos antes de que ella se pudiera desabrochar la cremallera de sus vaqueros.

Terry le deslizó los pantalones abajo y luego enganchó los pulgares en sus braguitas. —Me encanta cuando las llevas rojas—, dijo él casi jadeando.

—¿Si?—

—Si. Ahora vamos a quitártelas—. Terry la alzó y la lanzó a la cama. Se puso un condón. Con un barrido de la mano sobre su piel ardiente, ella estaba lista.

—Segunda vez, vamos a por el prelude—, dijo él, poniéndose de rodillas en la cama. La penetró hondo y los dos gimieron. Bess alzó las piernas más alto y él se hundió hasta el fondo. Sus dedos apretaron los hombros de él mientras él entraba y salía de ella aumentando el ritmo a medida que seguía.

Cuando ella cerró los ojos, una visión de Whit, desnudo de cintura para arriba y inclinándose para besarla, pasó como una ráfaga en su cerebro. Bess abrió los ojos para ver a Terry encima de ella. El calor en ella se enroscó como un resorte y explotó como fuegos artificiales. Dio un gruñido sonoro a la vez que el placer surcaba por sus venas.

Sus manos se deslizaron por la espalda de él, que estaba cubierta con una fina capa de sudor, hasta descansar en su trasero. Él siguió entrando y saliendo de ella, gimiendo más alto con cada movimiento. Finalmente la nombró en voz alta y se paró.

La respiración profunda de los dos casi ahogaba ruido *click click click* de pequeñas garras de doguillo en el suelo de madera. Albóndiga entró en la habitación y se dejó caer en su cojin al lado de la cama.

—Gracias, Albóndiga, por dejarnos un poco de espacio—, dijo Terry con una risa. Se alzó con las manos y depositó un beso dulce en los labios de Bess. —Eres la mejor, nena—, dijo al irse hacia el cuarto de baño.

Bess se quedó tumbada y cerró los ojos. *¿Con quién he hecho el amor? ¿Terry, o Whit?* Albóndiga trepó por la pequeña escalerita y se enroscó a su lado en el colchón de la cama. Ella acarició al perro ausente. *¿Quién tenía yo en la cabeza? ¿Qué he hecho? ¿Le he sido infiel a Terry?*

—Me tengo que marchar. Lo siento—.

—¿Qué?—

—Si. Es todo este tema de espionaje—. Miró su móvil. —Me reuno con el sospechoso en un bar dentro de veinte minutos—.

Bess suspiró. *Estoy confusa. Necesito pensar.* Se puso en pie y se vistió con una bata de seda rosa.

—¿El viernes que viene, como siempre?— Dijo vistiéndose deprisa.

Ella afirmó con la cabeza, siguiéndole hasta la puerta.

Terry se metió la pistola en la cintura y la miró a la cara. —Eres un cielo—, dijo y luego le dió un beso en los labios.

—Si, si. Te veo el viernes—. Estaba deseosa de estar sola.

Albóndiga le siguió, ladrándole. Cuando él se dirigió a la entrada, la puerta de Whit se abrió. El presentador de televisión se quedó parado, mirando con los ojos achinados a Bess en su bata. Ella tiró del cinto de la bata y sintió el calor de él. Ninguno de los dos sonrió. Su mirada la recorrió antes de hacer un breve gesto con la cabeza. El sonido del ascensor llegando les distrajo a los dos. Él se fue en el ascensor con Terry.

Bess cerró la puerta de su casa. Le picaba los ojos de las lágrimas. *¿Qué estoy haciendo. ¿A quién quiero? No puedo tener a Whit y Terry.* Se hundió en el sofa después de coger un cuenco de budín del mostrador. Mientras comía, repasó sus opciones.

Podría evitarles a los dos. Entonces yo pierdo. Miró al almanaque en su nevera. *Sólo tres días hasta la reunión del Club de la Cena. Sonríó. Son mi plan B. Ellas me dirán lo que tengo que hacer.* Se fue a la cocina y preparó la comida de Albóndiga. Luego se calentó unas sobras en el microondas.

Encendió la televisión y se tumbó en el sofá. Después de zamparse su cena en unos bocados, Albóndiga se acurrucó al lado de Bess, descansando la cabeza en la pierna de su ama y se quedó profundamente dormida.

Capítulo Tres

Bess bajó la temperatura de su salsa de espaguetis especial. El agua para la pasta casi hervía cuando sonó el telefonillo de la portería. *¡Las chicas han llegado ya!* Ella sonrió mientras le decía a Crash que las dejara subir.

—Tus amigos están aquí, Albóndiga. ¿Vas a ir a recibirles?— Ella abrió la puerta y la doguillo salió a la carrera al pasillo, la lengua fuera y mirando por todas partes. La perrita trotó hacia la puerta de Whit. Olisqueó y ladró. Él abrió su puerta y se inclinó para acariciar al pequeño animal.

—Albóndiga, ¿has venido a saludarme, eh?— Se ajustó la corbata y cerró la puerta detrás suya. Cuando alzó la vista, su mirada chocó con la de Bess.

—¿Cita caliente?— Ella enarcó una ceja y vió como él se sonrojaba.

La llegada del ascensor les interrumpió. Se abrieron las puertas y Rory soltó a Baxter mientras Miranda soltó sus doguillos, Romeo y Julieta. Los perros ladraron, olisquearon y corrieron por el pasillo. Whit se pegó a la pared para evitar ser arrollado. Albóndiga guió a todos lejos de él mientras salió corriendo adentro de su apartamento. Los otros perros la siguieron. Rory y Miranda miraron a Whit pasar por delante de ellas brevemente.

El pulsó el timbre para bajar. —Buenas noches, señoras—, murmuró. Con el brazo Bess invitó a las mujeres a entrar.

—¿Quién era ese?— preguntó Rory. Miranda sólo dio un silbido bajo.

—Mi nuevo vecino—, dijo Bess cerrando la puerta.

El sonido del telefonillo le avisó de la llegada de Brooke con sus doguillos, Freddie y Ginger. Una vez que hubieran llegado todas las mujeres, Miranda abrió una botella de Pinot Noir que había traído.

—¿Llegaste a ver ese tío cachas guapísimo salir del edificio, Brooke?— preguntó Rory.

—¿Tío cachas? Había un tipo alejándose en la otra dirección. No llegué a verle la cara.

—Me suena su cara—, dijo Miranda.

—Whitfield Bass, el de las noticias—, dijo Bess probando el vino.

—¿Él vive aquí?—

—Sí. Se acaba de mudar—. Bess sacudió la cabeza.

—¿Eso qué tiene de malo?— preguntó Miranda, rellenando los vasos de todas.

—Vaya, un cachas en el apartamento de enfrente? Qué... qué... conveniente—, rió Brooke.

—Eso no es lo que pensó Terry—.

Las mujeres se miraron brevemente unas a otras. Rory habló. —¿Terry?—

—Vamos a comer, y os cuento qué ha pasado—. Bess añadió pasta fresca al agua y luego le pasó platos a Miranda, cubiertos a Brooke y servilletas a Rory.

—Rico, pasta con albóndigas—, dijo Miranda, echando un vistazo dentro de la olla de salsa de tomate.

—Y ensalada verde con hinojo y corazones de palma—.

—Me encanta este club. Me muero de hambre—, dijo Rory.

Bess sirvió platos humeantes de sus albóndigas especiales y salsa. Brooke removió la ensalada. Miranda se encargó del vino. Mientras comían, Bess explicó lo que había pasado durante su cata. Titubeó antes de desvelar sus sentimientos.

—¿Entonces, cuál te gusta más, Terry o Whit?— preguntó Rory.

—Yo... Yo pensé, Terry. Pero Whit... hay algo en él que es tan... tan atrayente. Algo más allá de que sea un cachas. Hay algo de él que me está atrayendo—.

—Oh, oh—, dijo Miranda. —Ten cuidado que ese algo está bien cubierto—.

Brooke rompió a reír. —Te debería dar vergüenza. Está hablando en serio—.

—Uys, lo siento—. Miranda se ruborizó.

—Es confuso—. Bess descansó su tenedor, las lágrimas cegaban sus ojos.

Brooke estiró un brazo hacia Bess frotándole la espalda.—¿Por qué estás tan alterada? Si prefieres a Whit, entonces Terry tendrá que aceptar eso—.

—Whit no está interesado en mí. Él sale con super modelos. A eso iba esta noche. Sabor de la semana, la noche, lo que sea. No soy su tipo para nada—.

—Pero lo que decías de la cata...—. Preguntó Rory.

—Eso fue atracción. Sexo. Nada más. Yo estaba ahí, cerca, ya sabes. Dudo que me consideraría para nada más que un revolcón. Eso no es suficiente para mí—.

Las mujeres comieron sin hablar.

—Esto es la mejor pasta con albóndigas que he comido—, dijo Rory rompiendo el silencio que pesaba sobre todas.

—Gracias. Tengo algo especial para vosotras—.

Los ojos de Miranda se iluminaron. —¿El qué?—

—Magia Moca. Tres postres—.

—¿Lo que le preparaste a Whit?— preguntó Brooke.

—Bueno, no lo preparé para él... pero, si, supongo—.

—¿Esto tiene algo de magia? ¿Es un afrodisíaco? ¿Debo llamar a Hack y decirle que esté desnudo y listo para cuando llegue a casa?—

Bess rió. —A lo mejor era eso. El chocolate y café juntos—.

—Te diré si tu magia funciona conmigo—.

—¿Tú y Hack? Según lo que cuentas, no necesitas un afrodisíaco—, rió Brooke.

Rory se sonrojó mientras sus amigas rieron. Cuando las mujeres terminaron, retiraron los platos.

—Vamos a tomar un descanso antes de lo dulce—. Bess se dejó caer en el sofa y Albóndiga se fue a ella acurrucándose.

—Creo que deberías conocer mejor a este tipo Whit antes de etiquetarlo como un ligón —, dijo Miranda metiendo un plato sucio en el agua jabonosa. Las mujeres nunca dejaban que Bess limpiara después de la comida. Rory terminó de retirar todo y Brooke agarró una toalla limpia. Miranda colocó el plato en el fregaplatos y luego se puso con la olla.

—¿Qué pasa con Terry? ¿Cómo es que dejó que este tío se te acercara?— preguntó Rory.

—Terry sólo está disponible los viernes por la noche—.

Brooke elevó las cejas —¿Y eso?—

Está de agente secreto los sábados y algunos días más, también—.

—Vaya marrón—, murmuró Brooke.

—Estoy como naufragando. No estoy avanzando—. Bess colocó los tres postres con platitos, tenedores y cucharas.

Los doguillos entraron a la carrera en el salón. Esta vez, Baxter era el líder. Los perros corrieron en círculo dos o tres veces y luego se fueron para el dormitorio. Albóndiga trotó la última.

Miranda se llevó un bocado de pastel a la boca. —¡Oh, dios mío! ¡Esto es increíble!—

Las otras mujeres se pusieron a comer y no podían dejar de alabar cada plato.

—No sé cómo se pudo resistir Whit de arrancarte las ropas y hacerte el amor en el mostrador después de comer esto—, dijo Brooke relamiéndose los labios.

—Hack va a beneficiarse de esto con total seguridad. Un verdadero afrodisíaco—.

—¿En serio?— preguntó Bess. Las mujeres afirmaron con la cabeza. —Hmm. No había caído en eso. A lo mejor debo decirlo en el programa—.

—Vas a hacer que suban las ventas de chocolate en toda la ciudad—, dijo Rory.

—En todo el país—, dijo Miranda.

—Voy a decírselo a mi productor—.

Las mujeres terminaron de limpiar. Bess llamó a Albóndiga. Los perros entraron en el salón a la carrera, sabiendo lo que iba a suceder. Cada uno recibió un caprichito de una de

las mujeres y luego se buscó su sitio especial en el sofá, enroscándose para dormir. Unos cuantos se hicieron un ovillo creando una montaña de doguillo y empezaron a roncar.

—¿Qué debo hacer?— preguntó Bess.

—Sigue tu corazón. Más de un ligón ha cambiado. Consigue lo que quieres—, dijo Mianda, dándole un abrazo a su anfitriona.

—Hazle unas exigencias a Terry. Píllalo. Házle que asuma un compromiso contigo—, aconsejó Brooke.

—O dedícate a tu carrera y que la cosa siga siendo ligera. No te comprometas tú—, aconsejó Rory.

Bess soltó aire. La camadería y el apoyo del Club de la Cena le hicieron sonreír. —Gracias, chicas. Me siento mejor. Tengo bastantes cosas en las que pensar—.

Rory se puso en pie y se estiró. —Hora de irse, Baxter—.

Bess y Albóndiga acompañaron a las invitadas al ascensor. Después de que se fueran sus amigas, Bess acunó a su perro y se quedó parada al lado de la ventana viendo encenderse las luces de Nueva York a medida que caía la noche. *Terry O’Neill, tienes que dar unas cuantas explicaciones. Prepárate para el podio cuando llegues aquí el viernes.*

* * * *

El viernes a las seis, Bess recibió un mensaje de texto. *Terry viene de camino Bien.* La cena estaba lista. Bess estaba probando una nueva receta para guiso de cordero. El aroma le hacía salivar. Se sirvió otra copa de vino y se arrellanó en su sofá. *Que empiece el interrogatorio.*

Bess se acercó a la puerta al oír el timbre del ascensor. Terry se había arreglado. Tenía el pelo re peinado y se había afeitado. Estaba más guapo que nunca mientras se quitaba el arma y lo ponía con cuidado en la mesa. *Odio tener un arma en mi casa. Allí delante.* Él tenía una botella de Cabernet bajo el brazo y un ramillete de rosas rojas en la mano. Bess colocó las flores en agua y le entregó un saca-corchos.

Cuando acabó de abrir la botella, Terry la tomó a ella en brazos para un beso fantástico. Tomó la mejilla de ella en la mano y la rozó con sus labios. —Algo huele bien. Aparte de tí, quiero decir—. Se sentó en el sofa mientras Bess iba a por una cerveza de la nevera y se la entregó.

—Guiso de cordero. Hoy hace fresco. Un buen día para un guiso—.

—¿Cómo sabías que eso es lo que más me gusta?— Sus ojos azules se iluminaron mientras sonreía. Poniéndose en pie, se unió a Bess en la amplia cocina. Ella miró dentro de la olla, tomando un poco de contenido en una cuchara. Sopló el bocado antes de dárselo de comer a Terry. Él se lo zampó como un perro siendo mimado por su amo.

Un ladrido del suelo le hizo a Bess fijarse. Albóndiga estaba sentada mirando atentamente.

—Alguien más quiere probar también—. Bess tomó otro poquito del plato, sopló para enfriarlo y luego colocó el bocadito en el cuenco del perro.

Terry rió, mirando a la pequeña criatura relamer el plato rápidamente. —Parece que es el favorito de ella también—. Volvió a prestarle atención a Bess. —Me gustaría probarte a tí también—, dijo mientras la rodeaba con sus brazos y hundía el rostro en su cuello. Ella se volvió hacia él para aceptar su beso. Él la apretó. —Eres mimosa—, susurró.

—Tú también—. Ella cerró los ojos, inhalando su olor mezclado con un toque de colonia de lima y un poco de sudor después de la jornada laboral. *Es todo hombre.*

—¿Te puedo tener a tí de postre?— preguntó él subiendo las cejas y echándole una mirada de deseo.

La rubia de ojos azules sentía el calor subir a sus mejillas a la vez que miraba al suelo. —Quizás—.

—Pero eres mi chica—.

Ella subió la cabeza. —¿Lo soy? ¿Soy tu chica?—

—Por supuesto—.

—Entonces, ¿por qué sólo te veo los viernes?— Bess miró fijamente los ojos de él.

—Creo que ya te lo expliqué. Los sábados por la noche voy de tapadillo—.

—¿Eres un agente secreto o te metes en la cama con alguien? ¿Y con quién?—.

—No puedo hablarte de mi trabajo. Es demasiado peligroso—.

—¿Para tí o para mí?— Ella le miró enarcando una ceja y descansó la mano en su cadera ancha.

—Para los dos. Tienes que confiar en mí, nena—.

—No me lo pones fácil—.

Él se arrimó a ella y subió una mano para acariciarle el pelo. —Eres bella—.

Sonó el temporizador. Bess se alejó de él. —La cena está lista—.

Ella se sintió saciada después de sólo un poco. Preguntas sin hacer sobre su relación con Terry le hicieron perder el apetito. Mientras jugueteaba con su comida, miraba a Terry comerse de buena gana su cena. Él se comió dos platos grandes de guiso, pasta y espárragos al vapor.

Ella sonrió ante su disfrute evidente. *Por eso soy cocinera. Me gusta hacer feliz a la gente.*

—No sé lo que has hecho en este guiso, es diferente, pero es fantástico—.

—Es un secreto. Tuve que firmar un papel diciendo que no voy a revelar ninguna de mis recetas nuevas. Son propiedad de la emisora—.

—Vaya, sí que eres importante tú—. Él sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Te estás burlando de mí?— Ella elevó una ceja.

—Para nada. Nunca. Eres la mujer más increíble. Ven aquí—. La tomó en sus brazos. —Eres única, Bess. Nunca he conocido a una chica como tú—.

—Tú también eres único—, dijo ella hundiendo la cara en su pecho.

Antes de que Bess pudiera servir los postres, el teléfono de Terry sonó. Él lo miró leyendo un mensaje de texto.

—Me tengo que ir, nena—.

—¿Ya?—

—Esa es mi vida. Ya sabes cómo es esto—.

—Supongo que sí. Pero no tiene por qué gustarme—. Ella miró el suelo.

—No tiene por qué gustarte. Es difícil querer a un poli—. Se dirigió hacia la puerta. Albóndiga saltó de su camita y se fue hacia él mientras ladraba.

—No soy la única que quiere que te quedes—.

Él rió. —Las dos sois una pareja genial—. Salió al pasillo. Bess salió con él. Él le dio un beso apasionado.

Cuando ella elevó la cabeza buscando aire, su mirada se cruzó con la de Whit que salía del ascensor. Una rubia alta y delgada colgaba de su brazo. Él hizo un gesto de saludo con la cabeza a Bess. Ella le sonrió.

Terry le dio una suave palmada en el trasero y la besó ligeramente en los labios otra vez. —¿La semana que viene?—

Ella asintió con la cabeza.

—Buenas noches, guapa—, susurró y luego se volvió. Cuando vió a Whit con las llaves de la puerta de su apartamento intentando abrir la puerta, frunció el cejo y señaló. —No te acerques a mi chica—.

—Vete a la mierda, colega—, dijo Whit. —Bess y yo somos amigos. Nada más. Tengo cosas mejores que hacer que darte explicaciones de mi vida—. Miró ceñudo a Terry, ignoró a Bess y giró su llave. Cuando se abrió la puerta, agarró a la rubia, desapareció dentro de su apartamento y cerró la puerta de un golpe.

—Jódete, mamón—, dijo Terry en voz alta hacia la puerta cerrada.

—Muy bien, Terry. Vaya manera de mantener las buenas relaciones con mi vecino nuevo—. Bess miró a Terry con ira.

—Lo siento, lo siento. Por lo menos así no se acercará a tí—. Dio un paso entrando en el ascensor y las puertas se cerraron mientras Albóndiga se acercó ladrando.

Whit sacó la cabeza. —¡Que se calle el perro!— gritó, cerrando la puerta de un portazo por segunda vez.

Bess dió un paso hacia atrás como si le hubiesen dado un manotazo en la cara. Levantó su doguillo, que seguía ladrando y entró. Luego sintió lágrimas aparecer en sus ojos. Volvió a la ventana para mirar las luces de la Quinta Avenida al otro lado del parque. —Bess y yo sólo somos amigos. Nada más—.

Sintió dolor en el pecho. *¿Nada más? ¿Por qué estoy llorando? ¿No era esto lo que yo quería? Ahora, no tengo que elegir. Ahora sé. Quiere ser mi amigo. Debería estar*

agradecida, no triste. De todas formas, no tenía por qué cerrar la puerta de un portazo en mis narices.

No importaba la lógica, a ella le dolía el corazón. *Supongo que nuestra química era más para mí que para él. Mejor es saberlo ahora.* Se secó los ojos y limpió la cocina. Entró en su sala de television y encendió la tele, dió una palmada al sofá. Albóndiga se subió en un salto y se acomodó en su regazo, descansando la cabeza en la perna de Bess. A las once Bess bostezó, se estiró y se puso en pie. —Hora para tu paseo, pequeña—.

Después de colocarle el arnés y la correa al perro, se encaminaron hacia el ascensor. El sonido de la puerta de Whit abriéndose le hizo volverse. La rubia estaba abrazada a él como un abrigo de piel caro. Estaban besándose. El calor de la vergüenza subió por el pecho de Bess llegando a su cuello. Ella escuchó susurros pero no podía entender lo que se estaban diciendo. La mujer rió. Los dos se unieron a Bess ante el ascensor.

Su mirada era fija mientras intentaba ignorar a la pareja. La mujer le tiró del brazo. —Supongo que tengo que darte las gracias. Le diste a Whit unas ideas geniales sobre qué hacer con chocolate—. Dijo la mujer riendo otra vez.

La ira anegaba el pecho de Bess. —Me alegro mucho—, dijo entre dientes. Llegó el ascensor. La rubia entró a empujones la primera. Bess se quedó atrás.

—Oh, ¿Te enseñó qué hacer con la nata montada, también?— Ante el sonido de una inhalación, prosiguió, —supongo que no. Qué mala suerte para tí—. Albóndiga entró trotando con Bess, que le daba la espalda a la pareja aturdida.

—¿Nata montada?— Escuchó la voz de la rubia detrás de ella, seguido por un golpe en algo blando, como una mano golpeando un cuerpo vestido. Bess sonrió hacia sus adentros mientras bajaban.

Ella salió la primera y dobló hacia la derecha para ir hacia el oeste de Central Park, esperando que Whit fuese hacia arriba con su chica. En vez de eso, ella le vió de reojo parar un taxi. Soltó aire de alivio. *Bien, vete, deprisa.* Caminando relajadamente, escuchó una voz profunda que venía de detrás.

—¿Qué era ese comentario sobre la nata montada?—

Ella se dió la vuelta deprisa para encontrarse con Whit parado con las manos firmemente en las caderas.

—Estoy ocupada. Paseando mi perra. ¿No lo ves? Por qué no—, ella hizo un gesto de barrido con la mano, —desapareces, te evaporas como humo. Si, eso, desapareces—. Ella se dio la media vuelta y siguió camino abajo.

Pero él no iba a dejarse amilanar tan fácilmente. Whit la agarró de un brazo. —¿Qué demonios era ese comentario sobre la nata montada?— preguntó nuevamente.

—¿Qué demonios era ese comentario sobre el chocolate?—

—Elsa se estaba portando como una idiota—.

—¿No me digas?— Ella aligeró el paso.

—No te alejes mientras te hablo—, dijo Whit elevando el tono de voz.

Bess se volvió abruptamente para mirarle fijamente. —¿Quién te crees que eres? No me puedes hablar así. No eres mi padre. Me alejaré cuando me dé la gana—. Se dió la media vuelta y se alejó iracunda. Cuando llegó al bordillo se percató que Whit no estaba detrás de ella. *No te des la vuelta para mirar. No mires. ¡No lo hagas!* Ella giró la cabeza sólo un instante y sus ojos se encontraron con los de él. *¡Vaya!*

Él dió unos pasos lentos acercándose con una nueva confianza en sí mismo. —Así que...—

Ella enarcó una ceja y reanudó su paseo, tirando de la correa del perro.

—Estás arrastrando tu perro—.

—No lo estoy haciendo—. Bess hizo un chasquido con la lengua a Albóndiga, animándola a caminar más deprisa, pero la perra estaba ocupada olisqueando y no prestó atención.

—Si lo estás haciendo—.

—No—.

—Voy a llamar la Protectora de Animales— Whit sacó su móvil.

—¡Ni te atrevas!— Ella estiró un brazo para alcanzar el móvil de él, pero él la retiró de su alcance con un gesto.

—Un poco susceptible, ¿no?—

—Te llevas el primer premio para el ser humano más irritante... ¡de todos los tiempos!
— El calor de su ira le coloreó las mejillas.

—No estoy para nada a tu altura— dijo él replicando también iracundo.

Ella levantó una mano para intentar darle un golpe en la cara, pero Whit era demasiado rápido para ella. Le agarró por la muñeca y se la retorció detrás de las espaldas. Bess cayó en su pecho. Albóndiga tiró de la correa para ir en la otra dirección. Bess estaba atrapada. Whit cerró su brazo libre entorno a la cintura de ella y la sostuvo, los pechos de ella aplastados contra él.

—Eres una bengala. Sexy como el diablo—. Él bajó la cara con su boca encima de la de ella.

Bess cerró los labios, pero Whit recorrió la punta de la lengua tan suavemente por sus labios que ella abrió la boca. Sus sentidos se apoderaron de ella mientras su mente desconectaba. Se apoyó, sin resistir, mientras él acariciaba su espalda y exploraba su boca. La calidez subió dentro de ella y ella respondió. Su cuerpo se fundió en el de él y su lengua bailó con la de él. El calor generado era casi insoportable.

Bess estaba perdida en una neblina hasta que la voz de un extraño la volvió de golpe a la realidad. —Eh, colega. Búscate una habitación—.

Bess retiró la cabeza de golpe, zafándose de Whit. La vergüenza ante su falta de control le tiñó las mejillas. —Suéltame—, dijo ella, pero sin mucha convicción.

Whit dejó caer su brazo y soltó la muñeca de ella. —Lo siento. No quería... me dejé llevar. Estabas tan... tan sexy y yo... yo... nunca te haría daño, tomar una mujer por la

fuerza o algo. Lo siento tanto—.

Bess se ocupó con su ropa, tirando de su camisa y enderezando sus vaqueros que no necesitaban nada. —No es nada. Olvídalo. Yo lo he olvidado ya—.

—¿Qué? ¿Lo has olvidado, un beso como ése?—

El pequeño músculo bajo su ojo izquierdo se tensó un instante. —Seguro. No pasa nada—.

—Para mí era algo. Monumental—. Se llevó los dedos al cabello y se sonrojó.

¿Un ligón sonrojarse? —Estoy segura que Elsa, Candy, o cualquiera de la docena... no, cien super modelos pueden besar mejor que yo. Y, ¿quién entendería más de eso que tú?— Ella elevó la mirada, retándole a contestar.

Él la sorprendió. Su voz era suave y seductora. —Ninguna de ellas pueden besar como tú—. Se detuvo en una pausa. —Fíate de mi. Yo sé—.

—Apuesto que si que sabes—, replicó ella suavemente.

Un ladrido de Albóndiga hizo que Bess se diera cuenta de por qué estaba en la calle. El doguillo tiró hacia la puerta de la entrada y Bess aceleró el paso para darle alcance. Whit siguió. El único sonido en el ascensor era un jadeo o dos de la perrita. Whit se quedó parado a una distancia respetuosa de Bess y ella mantuvo la vista al frente.

—Sé que estás con ese poli. Prometo nunca volver a hacer eso otra vez—.

Maldita sea. —Bien. Después de todo—, dijo ella, a medida que se abría el ascensor y ella salió, volviéndose para mirarle de frente. —Sólo somos amigos, ¿verdad?— La expresión de dolor en la cara de él le indicó a ella que había dado en el clavo. —Buenas noches—, dijo agarrando el pomo de la puerta. Albóndiga ladró en despedida y siguió a Bess en el apartamento.

—Buenas noches—, dijo él.

Las lágrimas picaban los ojos de Bess mientras le quitaba el arnés a Albóndiga y se iba a la cocina para darle un caprichito de perro. *¿Qué me pasa? Sólo era un beso. Tengo a Terry. ¿Le tengo? Whit no tiene interés en mí. No puede tener interés. Sólo un impulso. Es un seductor y se arriesgó. ¿Por qué estoy complicando esto tanto? Déjale en paz.*

A pesar de sus reprimendas, algo en él le llegaba al corazón. Había algo triste en ese hombre. No tenía ni idea de qué podría ser y no estaba segura de querer saberlo. *Tipos heridos no. Sólo hombres enteros que pueden dar. No puedo arreglar gente rota. Pero le deseo.*

Ella se quedó parada mirando las luces fuera de la ventana. Albóndiga ladró una sola vez y se acercó a la entrada.

—Ahora voy, pequeña,— dijo Bess apagando la luz y dirigiéndose al dormitorio. *A lo mejor llega la respuesta en mis sueños. A la vez que se estiraba para apagar la lámpara, su móvil se encendió con un mensaje de texto. Era de Terry.*

Necesito verte mañana por la noche. A las siete. ¿Puede ser?

Capítulo Cuatro

Era miércoles. La grabación del programa con su receta del Moca Mágico sería el jueves, así que tenía el día libre. *Ojalá estuviera en el estudio hoy.* Como hacía a menudo cuando se sentía estresada, Bess se puso a hornear. Después de un paseo matutino con Albóndiga, Bess reunió diversos ingredientes y se puso a experimentar. Ya que a Terry le encantaba su tarta de manzana, decidió hacerle arreglos a esa receta.

Había esperado una contestación cuando contestó que estaba libre, pero no había llegado nada. *Necesito verte. No suena a nada bueno.* Se mordisqueó el labio mientras pelaba manzanas y le echaba unas cuantas rodajas de fruta fresca en el cuenco de la doguillo. Colocó las rodajas de manera uniforme en la masa fresca de la tarta.

Le vino a la cabeza dos variantes. Primera, un recubrimiento de migas que no fuese demasiado dulzón. La segunda era una tarta con queso cheddar salpicado encima de las manzanas. *No se necesita una loncha de queso. Lo coloco encima en vez de en el plato.*

Mientras se cocinaban las tartas, ella dio pasos por la habitación, mirándose el reloj cada cinco minutos. Cuando sonó el temporizador, sacó la tarta con recubrimiento de migas y lo colocó en la rejilla de enfriamiento. Espolvoreó cheddar recién rallado encima de la segunda tarta, apagó el horno y dejó que la tarta estuviera allí dentro durante quince minutos. Cuando abrió la puerta del horno, el queso se había derretido correctamente en la fruta. Colocó la tarta al lado de la otra para que se enfriara.

—No puedo más. Venga, Albóndiga, nos vamos de paseo—.

En cuanto dijo la palabra —paseo—, la perrita saltó de su camita y se fue hacia la puerta. Bess se puso una chaqueta para protegerse frente al viento fresco de octubre, le puso el arnés a su perrita y se encaminó hacia el ascensor.

Albóndiga tiró de su ama hacia el parque. Las hojas de los árboles estaban cambiando, se veía una variedad de tonalidades, de oro a rojo intenso, creando una visión agradable. Las dos caminaron y pararon de vez en cuando para dejar que la perrita olisquease algún que otro árbol y farola. Bess repasó mentalmente una y otra vez lo que Terry podría haber planeado, sin dar con ninguna respuesta. Su pensamiento se volvió hacia Whit.

Lo mejor es quedar como amigos. ¿Se puede convertir en un catador fiable? ¿Puedo estar a su lado sin tocarle? Quizás sí, quizás no. Su mente dió vueltas y vueltas, pero no daba con una manera de manejar una relación de sólo amistad con Whitfield Basss. Se compró un café de un vendedor ambulante y se sentó en un banco hablando con Albóndiga que se sentó a su lado.

El tiempo parecía haberse detenido y ella deseaba que pasara rápidamente. Siguieron su paseo a la zona sur del Gran Césped y hacia el lado este. Las praderas de césped

seguían de color verde. Bess quebrantó la norma soltando a la doguillo en el césped para un breve correteo.

Su mente rememoró el día en que había conocido a Terry en el monte de los doguillos en Central Park. Sonrió al recordar su flirteo y como él había permitido que sus amigas evitasen multas costosas por tener los perros sin correa a una hora incorrecta. Rió un poco al recordar mientras guiaba su perrita de vuelta a la zona Oeste de Central Park.

Un baño, largo y caliente le calmó los nervios. Se vistió pantalones de terciopelo y una parte de arriba de color morado intenso, enfatizando el color azul de sus ojos. Una pizca de colorete para su piel perfecta de tacto de piel de melocotón, rímel, un toque de perfume en el escote y estaba lista.

Después de preparar una ensalada y darle de comer al perro, Bess cortó dos pedazos de cada tarta y los colocó en platos. Masticaba un poco de verdura mientras esperaba a Terry. Él llegó pronto, para variar. Pegó en la puerta con los nudillos y eso hizo que Albóndiga diera un brinco y saliese a la carrera hacia la puerta ladrando.

—¿Cómo que no le he oído?— le dijo ella a la perrita.

—Hola, nena—, saludó él, dándole un beso. La culata de su pistola presionó contra el estómago de ella. Él rascó a la perra tras las orejas, entró y cerró la puerta. Bess se sentó en el sofá y dio palmaditas en un cojín a su lado.

Terry se unió a ella. —No me puedo quedar mucho rato—.

—¿Lo suficiente para un poco de tarta?—

—¿de manzana?—

—¿Hay de cualquier otra cosa para ti?— Ella se puso en pie y se dirigió hacia la cocina, Terry la siguió. Albóndiga se fue hacia su camita. Dió unas cuantas vueltas, se enroscó y cerró los ojos. —He probado unas cuantas cosas nuevas. Díme qué te parecen—.

—Vale—.

Bess colocó los platos en la encimera. —¿Cuál te gusta más? ¿O las dos están mal?—

—¿Mal? ¿Tus tartas? Eso es ridículo—, dijo él probando la de migas primero.

Comieron en silencio un ratito. —¿Bueno? ¿Cuál es el veredicto?— Su mirada se encontró con la de él.

—Las dos. Me encantan las dos. Son diferentes, pero las dos buenas—, dijo él con una risa.

—¿No tienes preferencias entre una y otra?—

—No te puedo decir. Quizás la de queso está un poquito mejor. Pero las dos están muy bien—. Se puso en pie y colocó las manos en los brazos de ella. —Tenemos que hablar—.

El pulso de ella latió fuerte y su corazón se aceleró. *Esas palabras nunca son buenas.* —¿Qué pasa?— Intentó mantener el tono de voz ligero, pero la mirada de preocupación en sus ojos le hizo ver que era una cosa seria—.

—Sabes que mi trabajo es... difícil. Peligroso. ¿Verdad?—

—Si. Supongo que tienes cuidado—.

—Las cosas se han... descontrolado en ese asunto—. Él se frotó los ojos.

—¿Qué quiere decir eso?—

—Quiere decir que tengo que dejar de verte—.

—¿Qué?— Ella se levantó del taburete.

—Odio tener que dejarte. No tengo otra opción—.

—¿Qué quieres decir con 'no tienes otra opción'? Todo el mundo tiene opciones... siempre—. Una chispa de ira se mezcló con la adrenalina que sentía surcando sus venas.

—No es seguro. Te estoy poniendo en peligro. Esta es nuestra última vez de estar juntos—.

—¿Estás rompiendo conmigo?— La boca de ella se quedó abierta.

—No digas eso. No es romper. Sólo una pausa. Una pausa larga. Estoy intentando que estés segura, Bess. No quiero hacer esto, pero tengo que hacerlo—.

—No quieres, entonces no lo hagas—.

—Nena, la decisión está tomada. Rompemos hasta que las cosas estén seguras otra vez. Si sigues queriéndome entonces...—

Ella sintió removerse las emociones en el pecho. —¿Si sigo queriéndote?

—Para cuando sea seguro otra vez... quién sabe cuando será eso—.

—Entonces, ¿esto es el fin para nosotros dos?—

Él afirmó con la cabeza. —Me temo que sí. Bess, eres genial. La mejor—.

—No estás enamorado de mí. Nunca lo has estado—.

—No estás enamorada de mi tampoco—, respondió él.

Pero casi. Sintió dedos apretándose entorno a su corazón y hablar se volvió difícil. Los ojos de él tenían los párpados caídos y eran impenetrables. Ella había visto esa mirada antes cuando le había preguntado cosas sobre su trabajo. No le gustaba esa mirada ni entonces ni ahora. —Vamos hacia eso—, dijo ella.

—Con un poco más de tiempo, ¿quién sabe?— dijo él acariciando su pelo. —Pero se nos ha acabado el tiempo. Tenemos que dejarlo ahora—.

Bess rompió a llorar. Terry la abrazó. —No llores, nena. Eres la mejor. Hemos tenido ratos buenos—.

Ella agarró su camisa de color azul marino mientras sus lágrimas mojaban la tela. Terry le besó en la frente y con las manos le recorrió la espalda. Ella se separó de él, buscando un pañuelo de papel. Después de limpiarse la cara, le miró fijamente. *Su mirada es triste.* —Estoy pensando que tienes pena de irte—.

Él hizo un bufido con la boca y se sacudió los hombros. —¿Qué quieres que haga. ¿Me corto un huevo para convencerte que no quería hacer esto?—

Después hubo un silencio. Terry miró su reloj. Su móvil sonó. Cuando él lo cerró de golpe, su mirada conectó con la de ella. Ella vió remordimiento en su mirada. Se avivaron sus emociones, trayendo lágrimas nuevas que ella parpadeaba para que no cayeran.

—Me tengo que ir—. Se dirigió hacia la puerta. Ella le siguió con Albóndiga detrás.

—Terry, yo...— Pero las palabras se quedaron prisioneras en su garganta. *¿Qué digo? ¿Te quiero? ¿No te quiero, verdad?*

—Lo sé, nena. Esta es una manera terrible de acabar las cosas. Lo capto. Por lo menos, estarás a salvo—.

Él la besó ante el ascensor y luego desapareció. La repentina corriente de aire fresco que sustituyó el calor de su cuerpo contra el suyo, le hizo darse cuenta de su partida. Se quedó congelada allí parada.

La puerta de Whit se abrió. Se estaba anudando la corbata cuando se acercó a ella. —Hola, ¿cómo estás?— Se agachó para acariciar a Albóndiga, que estaba jadeando y olisqueando su pierna.

Bess se dió la vuelta para mirarle. Sus ojos grises tranquilos la conmocionaron. Fluyeron las lágrimas que corrían por sus mejillas. Se llevó una mano a la boca mientras corría hacia su apartamento. Whit la siguió de cerca, pero la puerta se cerró de un portazo en sus narices. Bess se dejó caer encima de la cama y lloró hasta quedarse dormida con su doguillo enroscado a su lado.

* * * *

Un número equivocado en su teléfono fijo despertó a Bess a las dos de la madrugada. Después de haber dormido vestida, se sentía incómoda y desorientada. Tiró de su camisa que se había ladeado y se tiró del pantalón enderezando las piernas. Bess entró en la cocina y miró su móvil. *¿Habrá un mensaje de Terry? ¿He soñado que hemos roto?* Completamente despierta, puso a hervir una tetera con té. Albóndiga bostezó y miró irritada a Bess por haberla despertado. La doguillo se enroscó en su camita de la cocina y casi inmediatamente estaba roncando de nuevo.

Había un mensaje de Ned.

Estoy suficientemente repuesto para trabajar. Estaré en la grabación mañana. Espero que tengas algo nuevo para la semana que viene. ¿Qué estás preparando?

Bess sonrió. *Las tartas. Perfecto para el programa de la semana que viene. Maldita sea. Tengo que estar bien para la cámara. Hay que ver cómo estoy. Llorando. Un desastre.* Sacó pepinos, se tumbó en el sofa y se colocó dos rodajas para rebajar la hinchazón. Escuchaba música clásica de su portátil. Intentó no pensar en Terry. La —Suite del Cascanueces— empezó a sonar. *A lo mejor consigo entradas para eso en Navidad. No tengo otra cosa qué hacer. Suena bien. ¿Quizás con las chicas del Club de la Cena?*

Sonó un golpe en su puerta. Ella dió un brinco y Albóndiga ladró. Ella abrió la puerta para encontrarse a Whit, la corbata deshecha, la camisa abierta, los ojos levemente

enrojecidos. El leve olor a ron emanaba del aire entorno a él.

—Eso está un poco alto. Algunas personas están intentando dormir—.

—¿Totalmente vestidas, verdad?—

Él metió el pie entre la puerta y el umbral mientras ella intentaba cerrarla. —Te lo estoy pidiendo de buena manera—.

—¿No te gusta la música clásica?—

—¿El Cascanueces? Hace que tenga ganas de ponerme mi tutu y dar saltitos por el salón. Si, me encanta la música clásica. No a altas horas de la madrugada—.

Justo cuando ella estaba a punto de decirle que iba a bajar la música, se escuchó una voz femenina. —Vénte a la cama, Whit—, rogaba la mujer quejumbrosa.

Los ojos de Bess se agrandaron. Miró hacia un lado de él para ver a Candy parada en su sujetador y braguitas en el umbral del apartamento de él. —Supongo que dormir no está en tu agenda hasta dentro de una hora—. Ella empujó con fuerza la puerta pero la mano de él rápidamente detuvo la puerta.

—¿Cómo diablos sabes tú lo que tengo en mi agenda?— Sus ojos se nublaron. —¿Una hora? ¿Crees que paso una hora haciendo el amor?—

—No he dicho eso—.

—Lo dijiste. Dijiste justamente eso. Puede que me haya tomado unas cuantas copas esta noche pero sé lo que has dicho—.

Sus mejillas se colorearon. —No quería decir eso de esa manera. Elegí un número al azar—.

—Una hora. Al azar. ¿Cuánto tiempo pasas tú en la cama con tu poli?—

Al oír el nombre de Terry, sintió nuevas lágrimas. Las palabras se le atascaron en la garganta.

Su mirada atrevida se disolvió dando lugar a una mirada de preocupación. —¿Qué ha pasado?—

—Nada que te importe a ti. No te importa para nada el tiempo que pase yo en la cama con nadie. ¡Vete a la cama! ¡Vete a dormir! ¡Me da igual! ¡Déjame en paz!—. Su bombardeo de palabras le hizo dar un paso hacia atrás. Ella aprovechó la ocasión para cerrar la puerta de un portazo y echar el cerrojo. Bess apoyó la frente contra la puerta. Albóndiga dio un gemido y se quedó sentada a sus pies. Las lágrimas bajaban por sus mejillas y goteaban contra el suelo.

Ella se tranquilizó y escuchó pisadas en el pasillo. La puerta de Whit se cerró suavemente. Ella dejó escapar el aliento. *¿Tengo que verle y las mujeres con las que se acuesta todos los días? Maldita sea.*

Su móvil sonó. Era Ned.

—¿Estás bien?—

—¿Por qué lo preguntas?— Ella intentó controlar el temblor en su voz.

—Porque te mandé un mensaje de texto y no has contestado. Siempre contestas. A menudo con algo sarcástico. Es el punto álgido de mi día, así que, ¿qué pasa?—

—Nada—.

—Y una mierda. Entonces, ¿por qué estás levantada en medio de la noche?—

—¿Cómo sabes que estoy levantada?—

—Contestate a la primera llamada, y no suena como que tienes sueño. A menos que estés haciendo alguna cosa picante con tu poli ardiente ¿interrumpo algo?—

—No. Estaré lista para la grabación mañana. Y tengo algo nuevo. ¿Puedes venir mañana para probar?

—¿Cena incluida?—

—Por supuesto—.

—Estaré ahí—.

—Bien—.

Justo cuando ella estaba a punto de colgar, él habló. —Y, sea lo que sea, espero que se ponga mejor. Espero que estés bien—.

—Lo estaré. Gracias, Ned—.

—Te quiero, señora—.

—Yo también te quiero—.

Ella suspiró y apagó su móvil. Después de lavarse la cara, se desvistió y se metió de nuevo en la cama. Albóndiga se subió a la cama con ella. Bess durmió profundamente hasta las ocho de la mañana cuando la alarma del despertador las despertó a las dos.

Se salió con desgana de la cama. El cansancio hizo que cada cosa que hacía era una ardua tarea. *Día de rodaje. Pónte en marcha. El espectáculo tiene que continuar. Venga.*

Después de una ducha, Bess se puso unos vaqueros, le puso el arnés a Albóndiga y se fue hacia el estudio de grabación. Tenían un vestuario para ella allí. Albóndiga se unió con ella, exceptuando durante el rodaje que es cuando la doguillo ruidosa era recluida en una habitación trasera.

Una vez en el estudio, la mente de Bess se enfrascó en el horneado. La presencia de Ned la ayudó. Le dió un besito en la mejilla cuando la vió. Sus miradas se cruzaron. *Él siempre sabe cuando pasa algo malo.*

Bess no podía sacudirse la pesadez en el pecho. Permaneció con ella todo el día. Las recetas de la moca mágica, los productos y el programa fueron un éxito. Los catadores del público alababan sus cosas. Bess también fue capaz de decir algo sobre las propiedades afrodisíacas de la mezcla de chocolate y café y luego reirse *Me estoy convirtiendo en una actriz también.*

Después de que se fuera el public, su productor, Woody Bledsoe, le dijo. —Eso de moca es genial. El programa estupendo. Un programa excelente. Vamos a re-programarlo cuando te vayas de vacaciones. Brillante, Bess. Gran trabajo—.

Ella sonrió y le dió las gracias.

Ned tiró de su brazo. —Vámonos—, le dijo a ella y luego se volvió hacia el productor. —Tiene una versión fabulosa de la tarta de manzana—.

—Adelante. No os interrumpo. Eres fantástica Bess. Muy creativa. La audiencia va en aumento—.

—Gracias, Woody. Hoy me ha hecho falta que digas eso—. Se metió la correa de Albóndiga por la muñeca y salió con Ned y la doguillo.

Una vez en la calle, Ned achinó los ojos. —Vale. Cuéntamelo. Quiero la verdad. ¿Qué demonios está pasando?—

Ella soltó lo que había pasado, al principio en palabras tan deprisa que no podía parar, luego a trompicones. Tragó para controlar sus emociones. La ausencia de Terry todavía no había calado en ella. *Mañana es viernes. Entonces es cuando me voy a dar cuenta.* Ned la tomó de la mano y siguieron caminando por la avenida. La brisa de la tarde se volvió más fría, haciéndola tiritar.

Crash se llevó la mano a su gorra y se inclinó para saludar a la perrita que le dio una pata. Una vez dentro del apartamento, Bess le dió de comer a Albóndiga y luego le ofreció las tartas de muestra a Ned, explicando lo que había hecho y por qué. En breve los dos estaban inmersos en comentarios sobre la receta, cantidades de canela, instrucciones y tiempos de cocinado.

Ned se guardó para sí, su actitud de sarcasmo típica. Bess le estaba agradecida ya que sus nervios estaban al descubierto y no tenía paciencia. Concentrarse en la tarta de manzana con el queso ayudó a su cuerpo a asimilar la tristeza que fluía en ella.

—¿Postre primero, ahora cena? Esto es de locos—, dijo Ned.

—Estabas malo. Te perdiste mis espaguetis con albóndigas de carne—.

—El plato que hiciste para acompañar cannoli?—

—Tengo un poco de sobras en el congelador. ¿Qué te parece si lo recaliento?—

—Suena bien—.

Mientras Bess trabajaba en la cocina, Ned le contó las pruebas y penalidades de su relación con Serge, su chico con el que llevaba seis meses de relaciones. Ella rió, hizo sonidos de empatía cuando era adecuado y le estaba agradecida por la distracción.

Ned alabó la cocina italiana de Bess y se quedó hasta las diez de la noche. Después de su ida, ella se puso una chaqueta y sacó a Albóndiga para su paseo de última hora de la noche. Pasearon tranquilamente hacia el oeste de Central Park, sin prisas, sin un destino concreto.

De vuelta del paseo, se detuvo un taxi. Whitfield Bass se bajó. Él la sonrió y la dejó pasar primero en la entrada del edificio. —¿Te encuentras mejor hoy?— preguntó él mientras subían en el ascensor.

—Estoy bien. Gracias. ¿De vuelta de una cita caliente?—

—Cena de negocios—.

—¿En serio?— Ella enarcó una ceja.

—No voy de ligón *todas* las noches. A veces hay que atender los negocios, de vez en cuando—, dijo él, sonriendo.

—Buenas noches— dijo ella en voz baja, cuando se abrieron las puertas. El cansancio y la alteración la habían afectado. Ella buscó entre las llaves. —Maldita sea. Se me olvidó—. Giró el pomo de la puerta que se abrió. —Nunca cierro con llave—. Rió levemente sin gracia.

—Está claro que no estás bien. ¿Hay algo que pueda hacer por tí?— Whit dijo desde el umbral de su propia puerta

—No. Nada que pueda hacer nadie. Buenas noches—. Ella entró en su apartamento y cerró la puerta.

* * * *

El viernes por la mañana Bess durmió hasta más tarde, despertando a las ocho. Se vistió corriendo y sacó a Albóndiga para su paseo matinal. Una vez de vuelta a su apartamento, dió pasos como un animal enjaulado.

—No me puedo quedar aquí dentro todo el día, Albóndiga. Me voy a volver loca. Lo siento, cariño—. Bess se puso su chaqueta encima de un jersey ligero de algodón y unos vaqueros y salió a la calle. Primero un paseo de ver escaparates. Luego un —brunch— en un sitio cercano. Después una película.

Volvió a casa renovada. Sacó dos vestidos y un par de zapatos de tacón nuevos de una bolsa de tienda.

—Nada como ropa nueva para sentirse mejor, nena—, le dijo a Albóndiga. La perrita se dejó caer encima del sofá y se enroscó. Bess guardó sus prendas de vestir. Luego se puso a mirar su correo. Una película que había alquilado había llegado. Era una película romántica titulada *Vacaciones. Iba a ver esto con Terry*. Ella suspiró y lo dejó caer encima del sofá. *La veo de todas formas, ahora ya da igual*.

Escogió los ingredientes de la nevera para prepararse una ensalada y se puso a prepararla. Cuando estuvo acabada, se dejó caer enfrente de la tele y puso el DVD.

—Oh, lo siento, pequeña—. Se puso en pie y se fue a la cocina para preparar la cena de Albóndiga. Mientras ponía el cuenco en el suelo, sonó el teléfono. Era su madre.

—Hola, Mamá. ¿Cómo estás?—

—Como cabe esperar. Pero tengo buenas noticias—.

—¿Si? Adelante—. Bess se metió un bocado de ensalada en la boca, sabiendo que su madre iba a tardar un rato.

—¿Te acuerdas de ese tipo, Ronnie, que estaba saliendo con tu hermana?—

—¿El de los cinco concesionarias de coches?—

Si. La cuenta más importante del banco donde trabaja ella—.

—¿Y?—

—Anoche le pidió que se casara con él. ¡Y ella dijo que sí!— Bess podía oír la satisfacción en la voz de su madre.

La noticia le cortó el corazón como un cuchillo afilado. —Eso es genial, Mamá. Dále a Janie mis mejores felicitaciones, ¿vale?—

—Lo hare. Sabía que te alegrarías por ella. Su vida se está arreglando. Vicepresidente en un banco. Pronto será una mujer casada. Espero que vuelvas a casa para la boda—.

—Claro que sí, Mamá. No me lo perdería por nada—.

—¿Estás bien? Suenas rara. ¿No estarás enferma, no?—

—Estoy bien—.

—¿Cuándo vas a dejar esa cosa de la tele y volver a casa? Cuando se vaya Janie, ¿qué voy a hacer?—

—Se te ocurrirá algo. No voy a dejar la tele. Me encantaría seguir hablando pero tengo algo en el horno—, mintió ella.

—¿Quizás Janie te puede conseguir un trabajo de cajera en el banco?—

Bess respiró hondo y parpadeó rápidamente. —Me parece que no. Estoy bien. Me va bien. No estoy enferma. No quiero quemar mi tarta, Mamá. Nos hablamos pronto—. Bess colgó y se dejó caer en el sofa. Albóndiga ladró y luego en un brinco se subió y le lamió la cara.

Janie tiene treinta años. Se va a casar. A mi me han abandonado. Tengo treinta y dos años, sin nadie. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? No me estoy casando, eso está claro. Quizás sea demasiado tarde para mí. A lo mejor debería reconcentrarme en mi carrera y olvidarme de los tíos. Por lo menos una temporada. Ojalá Whit se mudase. Es demasiado tentador y está demasiado cerca.

Bess se sirvió un vaso de vino y volvió a su película. Sentir conmiseración por ella misma no era lo suyo, pero hoy era diferente. El primer viernes sin Terry y encima su madre tratándola como si fuese una fracasada, era demasiado.

A las diez se acabó la película. Bess le colocó la correa y el arnés al perro y salió a la calle. En cuanto volvieron, se desvistió y se puso su bata de seda y se hizo una taza de chocolate caliente. Sonó el timbre de su puerta.

Bess miró por la mirilla de la puerta. *Whit*. Abrió la puerta.

Se quedó parado allí, todo masculinidad vistiendo nada excepto un albornoz blanco. Estaba descalzo también. —Esto es muy vergonzoso. Me dí una ducha y me acordé que había dejado el periódico en la alfombrilla de la puerta. Como un idiota, tenía todas las ventanas abiertas y cuando salí, el aire cerró la puerta. Ahora me he quedado fuera. Me preguntaba si sería posible pedirte que bajaras a la portería y pedir mi llave al portero. No puedo bajar vestido así—.

Aunque su vida estaba casi vertida por el wáter, Bess rió en voz alta. Cada vez que reía, el hombre se ruborizaba más y más.

—Esto no tiene gracia—.

—Si, pero lo tiene. Es muy divertido—. Ella tiró de su manga. —Entra, no te quedes parado ahí—. El dio un paso hacia adentro y ella cerró la puerta, todavía riendo un poco. —¿Llevas algo puesto debajo del albornoz?— preguntó ella.

—¿Tú qué crees?— Él enarcó una ceja. —La última vez que te vi estabas casi en coma—.

—Gracias por animarme. Estoy tomando un poco de cacao de avellana, ¿te gustaría una taza?—

—Tengo una cita. ¿Dónde está mi móvil? ¡Mierda! Está en el apartamento—. Eso hizo que Bess volviese a reír. Le dolían los costados, así que se agarró las costillas y siguió carcajeándose.

—No es tan gracioso. En serio. Me van a dejar por culpa de esto—.

En cuanto dijo esas palabras, las risas de ella se volvieron lágrimas. El dolor le surcó por dentro y agua cayó por sus mejillas.

—Maldición, ¿qué he dicho?— Se quedó inerte. Albóndiga se fue corriendo y empezó a ladrarle a Whit. —No hice nada, pequeña—, le dijo a la perra, pero ella siguió gruñiendo.

—Albóndiga, abajo. Está bien. Él no tiene la culpa—. Ella respiró hondo y jadeó un poco. Bess se fue a la otra parte de la habitación a por un pañuelo.

Whit la siguió. Se acercó a ella por detrás y colocó las manos en los brazos de ella. —¿Qué ha pasado? ¿Qué te ocurre? ¿No me lo puedes decir?— preguntó en una voz suave.

Ella contestó en una bocanada de aire. —Dejar. Dijiste dejar—.

—¿Has roto con el poli?—

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Te ha dejado él?—

Nuevamente, ella afirmó con la cabeza.

—Lo siento tanto. Qué hombre más estúpido—.

Bess se dió la vuelta y elevó su mirada hacia la de él. Él estaba a un susurro de ella. Un leve temblor la recorrió. —No es estúpido. Me está protegiendo—.

—¿Te está protegiendo?— Whit elevó las cejas.

—Es sobre su trabajo. Dijo que era demasiado peligroso para nosotros el seguir viéndonos—.

Whit hizo un ruido con la nariz. —Pensé que lo había escuchado todo, pero esta es nueva—.

—¿No le crees?—

—¿Le crees tú?—

—Yo sí. ¿Por qué me mentiría?—

—Oh, por millones de razones—.

—¿Estás diciendo que no me quiere?—. Como sal en una herida, la punzada de dolor nuevo era agudo.

—No, claro que no. Sería un tonto dejando una chica como tú—.

Ella dio un paso atrás. —¿Qué quieres decir, una chica como yo?—

—Bueno, yo... ehm...— Se ruborizó de nuevo.

—Te estoy escuchando—.

—Una chica muy deseable... guapa, lista, graciosa, que puede cocinar divinamente...—

—Pero no sexy—.

—¿Me salté eso? Se supone que sólo somos amigos, pero si, ardiente como una brasa—.

Una pequeña sonrisa apareció en las comisuras de su boca. —Le creo. Hace trabajos de investigación, y parecía estar tan triste cuando rompimos—.

—Adelante. Créetelo. Pero los tíos mienten. Los tíos mienten.... Muy a menudo—.

—Vaya. Llevo un poco de tiempo ya en el mundo. No soy una niña novata de veinte años—.

—No pareces ser una experta veterana—, carcajeó él.

—Terry estaba diciendo la verdad. Y, ahora se ha ido. Y ya le echo mucho de menos—. Sus ojos se anegaron de nuevo.

—No llores. No lo soporto. Por favor.— Él dió un paso hacia ella, y antes de darse cuenta siquiera, estaba entre sus brazos. Descansó la mejilla en su pecho desnudo, el vello oscuro hciéndole cosquillas en la nariz. Él le acarició la espalda con una mano y la sostuvo con la otra. —No te mereces que te rompan el corazón, Bess—.

Ella cerró los ojos, inspirando el olor de él, recién duchado, oliendo a jabón y colonia de después del afeitado. Olia bien, muy bien. Ella puso la palma de la mano en sus pectorales y se dio cuenta de lo fuerte que era. Su pecho era como de hierro. Él besó su cabello y plegó un brazo entorno a los hombros de ella. El calor de él la calentó, ablandó. Cuando se dio cuenta de que los dos estaban desnudos bajo sus batas, le recorrió un temblor de emoción.

Debería alejarme. Sólo somos amigos. Se está portando bien, no es más que eso. Alzando levemente la cabeza hacia atrás, ella miró a sus ojos. El gris claro, tan tranquilo antes, se había pueso más ardiente. Él la miró fijamente, bajando la mirada hasta fijarse en sus labios. Su garganta estaba seca y su boca también. Cuando ella se lamió el labio inferior para humedecerlo, la boca de él bajó y rozó la suya. Ante la falta de resistencia por parte de ella, él la besó más fuerte.

La seda de su vestimenta era tan fina que las manos de él en sus caderas era como si estuvieran descansando directamente en su carne desnuda. Sus dedos apretaron un poco

haciéndole sentir carne de gallina. Ella abrió y la lengua de él tomó posesión de su boca. Ella abrió un poco las solapas de su albornoz, deslizando las manos dentro. Aplanó las palmas de las manos contra su piel.

Él deslizó las manos por encima de su trasero y apretó. Sus pulgares la masajearon y los dedos se enroscaron entorno a sus curvas. La presión que él aplicó en ella hizo que el calor traspasase su cuerpo como un relámpago. El nudo del cierre de su batín empujó contra el estómago de ella. Estar ahí cadera con cadera, con sólo sus batas entre ellos, hizo que el deseo de ella se acelerase. Su beso lento y sexy la sedujo. Su fuerza de voluntad se disipó y su conciencia se volvió dispersa mientras una mano de él subió cerrándose entorno a un pecho de ella.

Cuando su pulgar encontró la punta de ella, el aliento de Bess se entrecortó. El deseo de ella por él aumentó. Mientras la boca de él hacía su magia, ella deslizó sus manos hacia su pecho, dándole fácil acceso a ella.

Luego, con la misma rapidez que el deseo mutuo había rozado el borde del auto control, se detuvo. Whit levantó la cabeza, los ojos llenos de deseo. Ella le miró fijamente, lamiéndose el labio hinchado, retirando las manos. Él puso sus manos firmes en las caderas de ella retirándola hacia atrás unos centímetros.

—Lo siento. Siempre me estoy disculpando, pero no tenía que haber hecho eso—.

—¿Por qué no? Ya no soy de Terry—.

—Eres la clase de chica... la clase que... no puedo corresponder—.

—¿Por qué no?—

—Tu eres la clase de chica que quiere para siempre. Una chica que quiere... y se merece.... mas de lo que puedo dar. Lo quieres todo—un esposo, hogar, hijos...—

—¿Cómo sabes eso?—

—Venga, Bess. A mi no me puedes engañar. Tú tienes un sitio cálido, acogedor aquí. Tu cocina... maldita sea. Es como una cocina de casa. ¿Me estás diciendo que no quieres esas cosas?— Cambió de postura.

—No lo soy. Quiero decir, lo quiero. Yo quiero eso. ¿Tegno 'Se busca—marido, hijos, y hogar' tatuado en la frente?—

Él carcajeó. —Hay algo en tí. Eso es todo. Algo agradable... acogedor. La manera en que tratas a tu perro, tus amigos. Todo el mundo se reune aquí—.

—¿Eso es malo?—

—Es maravilloso. Pero no es para mí. Yo no puedo hacer eso... vivir así. Nunca me voy a casar—.

—¿Qué? Cómo puedes decir eso?—

—Tengo mis razones—.

Bess estaba aturdida. Ella sabía que él era un ligón, pero no se esperaba esto. Se fue rápidamente al telefonillo y habló con el portero.

—Crash sube en diez minutos con mis llaves—.

Bess se sentó en un taburete. Su mente daba vueltas con sentimientos, emociones en lucha con la razón. Él la había dejado deseándole, el cuerpo ansiándole. Pero la idea de un corazón roto le asustó. —Eres un tipo de usar y dejar a las mujeres, no?—

—Yo no le hago daño a nadie. Salgo con chicas que no tienen interés en una relación duradera—.

—¿Esas modelos canijitas?—

—Si. Ellas no tienen para nada lo que tienes tú—, rió él, echando un vistazo momentáneo al pecho de ella. Bess se cerró más firmemente la bata. —Son mujeres de carrera. La idea de sus cuerpos distendidos por un embarazo les deja aterrorizadas. No buscan nada mas que un par de noches, un par de meses de diversión, baile, sexo y un hombre famoso al brazo. Yo les ayudo a conseguir publicidad—su comida favorita—.

Bess se quedó sentada con la boca levemente abierta mientras le escuchaba.

—Hey, es el acuerdo perfecto. Ellas consiguen lo que quieren y yo consigo lo que quiero—.

—¿Y, qué es lo que quieres tú?—.

—Un poco de compañía atractiva. Alguien con quién cenar. Odio comer a solas. Sexo. Funciona... para los dos—.

—¿Y, yo?—

—Nunca encajarías en esa ecuación. No quiero herirte. Me caes bien Bess. Me gustas demasiado—.

El timbre de la puerta les interrumpió. Crash estaba ahí con las llaves. Whit tomó prestados de Bess un billete de diez dólares de propina.

Antes de volver a su apartamento. Whit se quedó parado en la alfombrilla de la puerta. —¿Te puedo llevar a cenar mañana por la noche?—

—Creí que sólo éramos amigos—.

—¿No pueden dos amigos salir a cenar?—

—Supongo que si—.

—Sé que estás alterada por lo del policía. Déjame invitarte a una buena cena. Tú eliges el restaurante. ¿Vale?—

—Vale. Por qué no—.

—Te recojo a las siete—. Dicho esto, desapareció.

Ella oyó como su puerta se abrió y cerró. El ruido del ascensor seguido por una voz femenina gritando le llamó la atención.

—¡Bastardo! ¡Hijo de puta! ¿Crees que puedes hacerme eso, dejarme plantada?—

Los golpes hicieron que Bess mirase por la mirilla de su puerta. Era Candy golpeando la puerta de Whit. Bess se apoyó contra su puerta y sonrió. —Una modelo menos en la

vida de Whitfield Bass, me parece, Albóndiga—.

Capítulo Cinco

Bess se envolvió el cuerpo con una toalla después de su baño. *Mi vestido nuevo azul es perfecto para esta noche.* Abrió su armario y se mordisqueó una uña. Tenía los zapatos correctos también. *Zapatos azul marino de tipo talon al descubierto. No eran precisamente zapatos super sexy, pero casi. ¿Ropa interior? Encaje negro es perfecto bajo azul oscuro.* La seda de azul marino que brillaba, realzaba el azul de sus ojos y hacía que su cabello rubio destacase. Tenía un escote bajo y era ceñido pero no demasiado.

Ella miró a Albóndiga que la miraba a ella mientras prestaba atención a su cabello, fijándolo a la parte arriba de su cabeza con unos rizos sueltos que bajaban por su cuello. La perrita echó una mirada seria. *¿Estoy intentando seducirle? Ya ha dicho que no soy su tipo. Si, eso. Ese beso lo decía todo. ¿Es todo esto un grave error?* Bess dejó de hacerse preguntas cuando vió que no le gustaba la verdad ante sus ojos.

El timbre sonó a las siete clavadas. Ella abrió la puerta un tanto bruscamente encontrándose con un hombre atractivo vistiendo un traje de color gris, camisa blanca y una corbata de color oro. Sus ojos grises se ensancharon al verla.

—¡Vaya! ¿Siempre te vistes así para salir a cenar?—

—Es un vestido nuevo que me compré para animarme. ¿Es demasiado?—

—Es fantástico. Estás... increíblemente bella—.

Ella miró como la mirada de él descansó levemente en sus pechos y se posó allí un momento más largo. Sonrió. *Tengo algo que esas modelos canijas no tienen ¡Pechos! Este pobre hombre tiene hambre de pechos.* Ella carcajeó un poco.

—¿Qué tiene tanta gracia?— La mirada de él encajó con la de ella de golpe.

Ella sintió rubor en las mejillas. —Nada, nada—.

—Vámonos. Quizás después de un par de vasos de vino, me dirás qué te ha hecho reír —.

—No cuentes con ello—.

—¿Una mujer misteriosa? Un reto. Él la tomó de la mano y se dirigió hacia el ascensor.

Crash les pidió un taxi y ellos cruzaron Central Park para ir al restaurante Limoges. El jefe de sala del restaurante les guió a una mesa para dos encajada en un espacio con una ventana que daba al parque. La mesa, cubierta con un mantel rosa suave, tenía una sola vela encendida. *Bastante romántico para —amigos—.*

—Jean Louis, el chef siempre me está intentando sonsacar recetas y secretos. Pero me encanta cómo cocina. Es genial—.

—He estado aquí antes. La comida es excelente—. Whit le hizo una señal al camarero y pidió una botella de vino. Cuando sus vasos estuvieron llenos, él elevó el suyo para un brindis. —Por un invierno más feliz para Bess—, dijo él.

Ella sonrió y bebió un traguito. —El vino es excelente—. Tomó un pedazo de pan francés y le untó un poco de mantequilla. Antes de darle un mordisco, ella miró a Whit. —¿Podemos seguir por donde íbamos antes de que Crash nos interrumpió?—

—¿Me tengo que quitar la ropa?— Los ojos de él brillaban.

—Si quieres—, dijo ella. —Pero te podrían arrestar—.

—Vale. Adelante—.

—Dijiste que te gustaba yo, pero demasiado. Me ibas a contar por qué no te quieres casar—.

—¿Iba a hacer eso?— Él enarcó una ceja. —No me acuerdo de eso—.

—Venga ya, Whit ¿Crees que necesito un amigo? Bueno, pues yo creo que tú también lo necesitas. Así que, ábrete. Cuéntame—.

El camarero les trajo menus y los dos pidieron Coquilles Saint Jacques.

Whit se echó atrás en su asiento y tomó un sorbo grande de su vino. —Dónde empezar...—.

—Desde el principio—. Ella se arrellanó en su asiento y su mirada conectó con la de él. —Soy una buena oyente—.

—Allá va. Poco después de nacer yo, mi madre dejó el hogar. Me abandonó a mi, mi padre y mis tres hermanos—.

—Qué terrible—.

Whit levantó una mano. —Mi hermano mayor, Jeff, dijo que era un caos. Papá era periodista y viajaba mucho. A nosotros se nos dejó al cargo de parientes y niñeras cuando él se tenía que ausentar... Lo cual era muy a menudo—.

—¿Quién te crió?—

—Una serie de personas, pero mayormente Jeff. Él tenía once años entonces—.

Bess deslizó una mano y le dió un apretón a la de él.

—Robbie, el que me sigue en edad, tenía cinco años cuando nuestra madre se marchó. Estaba destrozado y me culpó por el abandono. Estaba convencido de que, si yo no hubiera nacido, nuestra madre se habría quedado. Me odió desde entonces, pegándose siempre que podía—.

—Eso lo ha superado ya, ¿verdad?— Ella rodeó la palma de su mano con los dedos.

—No nos hemos hablado en... cinco años... quizás más—.

—Oh, dios, Whit. Eso es terrible—.

La mirada de él se fijó en la vela, evitando la de ella. —Lo intenté todo para acercarme a Robbie. Finalmente me rendí—.

—Él se lo pierde—, murmuró ella.

Los labios de él sonrieron un poco. —Gracias—.

El camarero llegó con la comida. El plato era perfecto. Pero contar su historia parecía atenuar el apetito de Whit que sólo jugueteaba con el marisco en su plato.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea de que esta historia fuese... tan... triste—.

—No es culpa tuya. ¿Qué si siento que las cosas están como están con Robbie? No tienes ni idea—. Se llevó un bocado a la boca.

—Yo creo que esto haría que tú desearas tener una familia más que la mayoría de la gente—.

—Después de años de tener la nariz pegada a la ventana, mirando como otras familias celebran las vacaciones y los cumpleaños, siendo felices, finalmente me dí cuenta que eso no va a pasar conmigo—.

Hubo un momento de silencio mientras comían.

—Entonces, ¿te rendiste?—

—Es la realidad. Puse mi empeño en otras cosas. Destaqué en el colegio. Me dieron una beca para ir a Kensington State—.

—Eso es impresionante. Pero no quiere decir que no puedes tener lo que no has tenido—.

—No voy a dejar que una mujer me abandone... destrozando mi vida y dejándome con una casa llena de niños rotos que no pueden arreglarse—. Habló acalorado por las emociones.

Ella no dijo nada y siguió comiendo. El camarero volvió para preguntarles sobre la comida. Whit asintió con la cabeza y siguió comiendo lentamente.

—¿Sigues en contacto con tus otros hermanos? ¿Tu padre?—

—Jeff y yo seguimos cerca, aunque ahora él vive en Baltimore. Papá vive en una residencia de mayores. Yo le visito cuando puedo—.

—¿Y tu otro hermano?—

—¿Mal? Murió en Iraq—.

La emoción embargó a Bess. Ella parpadeó para frenar sus lágrimas. *No empieces a llorar. No le va a gustar eso.* —Has tenido una vida muy movida—, dijo mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

—Por otro lado, soy un periodista principal en Eagle Broadcasting. He viajado por todo el mundo haciendo noticias. Tenía un gran trabajo como reportero para el New York Globe antes de empezar con las noticias en la tele—.

—Has tenido mucho éxito en tu carrera—.

—Casi nunca me niegan una cita las mujeres más famosas y elegantes. He ahorrado dinero. Estoy viviendo una vida buena—.

—Pues sí—.

—Entonces, ¿por qué estropearlo todo con un matrimonio?—

—¿Por qué jugártela con una sola mujer cuando puedes mantener la soledad a raya con muchas, verdad?—

—¡Desde luego! Vaya, una mujer que comprende—. Él sonrió. —Yo sabía que me gustabas por una razón especial—.

Esa es la cosa más patética que he oído. Pero ¿Y yo qué puedo decir? ¿Cómo que yo tengo una vida fantástica fuera de mi trabajo? ¿Cómo que mi familia es acogedora y me apoya? No. No he tenido esta clase de tragedia pero mi vida no es mejor que la suya. Por lo menos estoy buscando algo mejor. Todavía no me he rendido..

—¿Y tu familia?— Él bebió un sorbito de vino, su mirada fija, enfocada en ella.

—Nada especial. Soy la oveja negra. Mi hermana pequeña se quedó en casa, consiguió un trabajo estupendo y cuida de mi madre. Por lo menos, viven en la misma casa—.

—¿No reconocen tu éxito?—

Ella hizo un gesto con los hombros. —Un programa de cocina en la tele no es tan impresionante como vice presidente de un banco. Y ahora, mi hermana está prometida con un hombre importante—.

El afirmó con la cabeza. —Entonces, tu eres la segundona—.

—No es una carrera. Me alegro por Janie. Tiene lo que quiere. El problema es que yo también o casi. Pero soy la única que piensa que eso vale algo—.

—¿Importa mucho lo que piensen ellos? ¿No estás orgullosa de tus propios logros?—

—Lo estoy. Supongo que da igual, pero me duele—.

El tomó su mano y la besó.

No exactamente una acción de un amigo. Ella retiró la mano.

—Uy. Los amigos no hacen eso, ¿verdad?—

Ella sacudió la cabeza.

—No puedes controlar las emociones o percepciones de los demás. No pierdas el tiempo intentándolo—.

—Tienes razón—.

—Me enteré de eso cuando abandoné mi acercamiento hacia Robbie—.

Ante el sonido de un carraspeo de una garganta, Bess elevó la mirada. Jean Louis estaba al lado de la mesa, vestido con su traje de cocinero, incluyendo su sombrero orgulloso y rígido de chef.

—Ah, Mademoiselle Cooper, enchanté, toujours. Qué maravilla que esté aquí de nuevo—. Le besó la mano inclinándose.

—Jean Louis, este es Whitfield Bass. Whit, Jean Louis.—

El chef hizo un breve gesto con la cabeza hacia Whit y se volvió para prestar atención a Bess de nuevo. —Me haré cargo de la factura de esta cena si compartes conmigo su receta del pastel de Moca Mágica—, dijo con los ojos brillando con picardía.

Bess le señaló con un dedo. —Oh, oh, Jean. Sabes que no puedo hacer eso—.

—¡Pero parece tan maravilloso! Necesito la fórmula. Quiero servirlo aquí. Prometo llamarlo el Pastel de Moca Mágica de Bess Cooper—.

—No. Lo siento—, dijo ella moviendo la cabeza.

—¿Quizás Monsieur Bass, usted puede hacer algo?—

—Esta señora tiene mente propia, me temo—, replicó Whit.

Frunciendo el ceño, Jean Louis se inclinó de nuevo y se alejó. Whit rió bajito. —Si que le tienes pillado—. El camarero de mesa retiró los platos vacíos.

—Siempre me está pidiendo mis recetas—.

—¿Has salido alguna vez con él?—

—¿Jean Louis? Seguro que está casado y tiene cinco hijos—.

—No todos los hombres están casados—. Él abrió el menú de los postres.

—Cierto. Algunos sólo tienen interés en la amistad—, dijo ella, subiendo una ceja.

—O amigos con derechos—.

—Un concepto inventado por hombres como tú—.

—¿Hombres como yo? ¿Cómo soy yo?—

—Quieren la leche y nunca jamás tienen intención de comprar la vaca... No se comprometen de por vida—.

—Ahí me has pillado. ¿Qué pedimos de postre?—

Apareció el camarero, con el bolígrafo en la mano.

—Estoy saciada. Pero pide tú—.

—¿Cómo podría disfrutar de algo dulce sin que lo probaras tú?— La mirada fija de él le quemaba la piel.

—Esta noche no. He comido lo suficiente—.

—¿Vigilando tu peso?—

—Intentando no pasarme—.

—Tienes buen aspecto desde mi punto de vista. Estás estupenda, diría yo—. Su mirada le recorrió el torso, haciéndola sentirse desnuda.

—Sólo un café, si no te importa—, dijo ella esperando que la luz tenue ocultase su rubor.

—Café para la dama y espresso para mi—, dijo Whit cerrando el menú de los postres.

La conversación con las bebidas calientes derivó hacia temas más ligeros. Whit comentó sus problemas con su productor y Bess se quejó de las exigencias rigurosas del suyo. Volvieron a casa y se separaron en el pasillo después de que Whit la abrazase y le besara en una mejilla. *Esto es un tanto estúpido después de nuestro rato caliente juntos. Pero, si esto es lo que quiere, pues bien.*

Albóndiga ladró cuando Bess entró en el apartamento. Le puso la correa a la perrita y la sacó inmediatamente para su paseo nocturno.

* * * *

Whit cerró la puerta y se aflojó la corbata. *Dios, odio estas cosas.* Se la quitó y se desabrochó la camisa. *No puedo creer que me estoy desvistiendo solo después de una cena como esa. Ella es tan caliente, pero no se puede tocar. Lo quiere todo. Matrimonio.* Él visualizó mentalmente una casa en desorden con bebés y niños pequeños correteando sin freno, ollas desbordándose en la cocina y Bess lejos de casa. Un temblor le subió por la espalda. *¡De ninguna manera!*

Se quitó la ropa y se quedó sentado en camiseta y calzoncillos en su salón con el periódico y una copa de coñac. Después de repasar los titulares en busca de algo nuevo y sin encontrar nada, lo dejó encima de la mesa. *Ya lo ví todo en la emisora.*

Una imagen de una bella Bess con un precioso busto en una casa impecable, sosteniendo un crió con el pelo dorado, bailó en su cabeza. Ella estaba sonriendo, su pelo rubio brillando. Él entraba y ella le acogía con una gran sonrisa y el bebé, que hacía gorgoritos y le sonreía también. Bess le daba un beso sexy y acostaba al bebé. Él se imaginaba una cena romántica para dos en su hogar acogedor y un fantástico strip-tease de ella después antes de volver de golpe a la realidad. Se rió de sí mismo.

¿Tenía Bess razón? ¿Quiero la familia que nunca he tenido? Quizás. Si pudiera conseguir una garantía. Si una esposa pudiera jurar que nunca me dejaría o muriese antes de que llegara su momento. Eso podría ser distinto. Pero eso nunca va a suceder. Además, ¿quién iba a vivir con un solterón como yo?

Hizo un ruido sonoro con la nariz y sonrió. Después de lavarse, se estiró en su cama, dobló los brazos tras la cabeza y miró por las ventanas que cubrían toda la pared. Había luna llena. Las luces de Manhattan brillaban, burlándose de él, brillando de cientos de miles de hogares, muchos de los cuales tenían familias. Su mente se desvió hacia el apartamento de al lado.

¿Está ya acostada? ¿Qué se pone para dormir? ¿De qué color era su ropa interior esta noche? ¿Era de encaje? ¿Llevaba ella una tanga? ¿Está desnuda y sola ahora mismo? Él no podía dejar de pensar en ella y se quedó dormido preguntándose cómo sería hacerle el amor a Bess.

Por la mañana, Whit se levantó a las seis, se duchó, vistió y se comió un cuenco de cereales con un café antes de dirigirse al trabajo temprano. Aunque no le esperaban antes del mediodía, a menudo llegaba antes de esa hora para trabajar en su libro o escribir unos relatos para publicar en revistas. A su productor eso no le molestaba y él tenía todos los

servicios de la emisora a mano. Estaba totalmente entregado a su trabajo, escuchando las noticias en la radio para empezar su jornada.

A las siete y media, abrió la puerta. *Bess no saca a Albóndiga hasta las ocho*. Miró la puerta de la casa de ella y sonrió. Le había gustado hablar con ella durante la cena. Era mejor oyente que cualquiera de las otras mujeres que conocía. *Modelos, siempre tan pendientes de ellas mismas. Guian la conversación sobre ellas, su próximo trabajo, quién robó la portada de Cosmos y qué ropas se han comprado. Muy aburrido todo*.

Cuando entró en el studio, todo era un hervidero. Había habido un gran fuego en Brooklyn, un tiroteo en Newark y una leve insinuación de un escándalo en el departamento de policía. Whit saludó a sus colaboradores y se sentó ante su mesa. Como era la persona que aparecía en pantalla, él tenía una pequeña oficina con una puerta en vez de un cubículo. Sonó su teléfono.

—Aquí Pickford Williams—, escuchó cuando contestó.

—Hola, Pick. ¿Qué pasa?—

—Hola, Whit. ¿A cuantas tías te has cepillado esta semana?—

—No estamos en un bar, Pick. Nunca cuento mis aventuras—.

—Quién está hablando de aventuras?—

Whit rió. —¿Qué pasa? ¿Alguna novedad sobre el trabajo?—

—Es la razón por la que te estoy llamando—.

—Oh. Pensé que estabas interesado en mi vida sexual—.

—Me interesa tener una vida sexual como la tuya. Nunca pasará. Sólo soy el editor jefe del *New York News Review*, no un locutor de noticias caliente como tú—.

—Deja de sentir lástima de ti mismo—.

—Vale, vale. Charlie, nuestro tío en Asia, se jubila. El puesto se queda vacante en unos meses. Me gustaría enviarte allí un par de semanas antes, para que pueda presentarte a sus contactos. Hay que moverse lentamente en Asia. Protocolo, modales, a quién conoces, y todo eso. ¿Estarás listo dentro de unas semanas?—

—Y que lo digas. Perfecto para mi—. *Salir de Nueva York antes de enamorarme de Bess*.

—Vale. Apunto tu nombre en tinta. Te mandaré una carta cuando tenga la fecha en firme ¿vale?—

—Sueño hecho realidad. Gracias, Pick—.

—No me des las gracias. Haz un trabajo espectacular—.

Whit había solicitado el puesto hacía seis meses. Después de su desengaño con Gemma, sabía que necesitaba irse de Nueva York. *Demasiadas tentaciones aquí*. Había estado esperando esta llamada, tomándose su tiempo, manteniendo al sexo opuesto a distancia—no siempre una tarea fácil. Últimamente se había vuelto casi imposible con la deliciosa Bess en la misma planta que él. ¿Por qué no estaba más contento?

Abro la botella de champán cuando reciba la carta., Hasta entonces cualquier cosa puede suceder. Pick puede hundirse en un avión. Es mejor no celebrar hasta no tener la oferta por escrito. Dejó de lado la desilusión en su mente y su corazón y se puso a hablar con su productora, Samantha Jones.

—Mierda de costumbre, Whit, manifestantes ante el ayuntamiento—padres desairados con el Canciller de Colegios. Ese fuego en Brooklyn ha dado lugar a un par de héroes locales, por lo menos uno en el parque de bomberos. Dos bomberos ingresados en el hospital. La policía está investigando el asesinato de un chaval que robó en una bodega en Newark. Una pista sobre corrupción policial. Lo mismo de siempre, lo de siempre—, enumeró ella.

—Estás de vuelta de todo—, dijo él.

—He estado haciendo esto demasiado tiempo, supongo. Todo está cubierto menos esto—.

—¿Corrupción de la policía?—

—Aquí está la pista—. Ella le pasó un pedazo de papel. —No parece gran cosa—.

—Le hare un seguimiento de todas formas—. Whit se lo llevó a su mesa.

No consiguió nada con el chivato y dejó de lado la tarea ya que otras historias más urgentes empezaron a llegar. Era el uno de noviembre y no se podía creer la cantidad de cosas interesantes como noticia estaban sucediendo en la ciudad de Nueva York. Con la misma rapidez que la gente le pasaba copias de correos electrónicos y avisos de la Associated Press en su casillero de entrada, él organizaba cada historia en una noticia de treinta segundos y la escribía. Los recaderos de la oficina recogían sus historias impresas y se las entregaban a Sam.

Whit y Sam habían chocado desde el principio. Al comienzo, no estaba seguro si esto era una cosa de flirteo. Ella no le atraía para nada y le preocupaba que eso le pudiera afectar en el trabajo. Pero luego, a medida que había observado la manera desagradable que tenía de tratar a la gente, había descubierto que ella era solamente desagradable. Intentó evitarla para que su día fuese más agradable, pero antes de cada emisión, tenían que reunirse. Eso es cuando empezaban las peleas.

Whit quería hacer historias con sesgo humano, y a Sam no le importaba nada la gente. Ella sólo quería escándalos en la pantalla y si hacía falta, pues era capaz de añadir más emoción a las historias si era necesario. —Los escándalos atraen espectadores, Bass, no esas estupideces que escribes tú—, había anunciado una vez en voz muy alta. Le daba igual humillar a quien fuese, siempre y cuando se saliera con la suya.

Los índices de audiencia eran bastante constantes y eso reforzaba su teoría. Pero las historias de Whit hacían que la gente escribiese y llamase, lo cual le convencía de que la gente estaba viendo. Se encogía por dentro cada vez que entraba en el despacho de Sam. *Pero no será por mucho tiempo, Jefaza de Mierda Número Uno. Pronto estaré en el extranjero y tú sólo serás un recuerdo desagradable.*

Después de su emisión, Whit se aflojó la corbata y cerró la puerta de su despacho. Una vez más llamó al chivato sobre la información de la corrupción de la policía. Esta vez hizo

una conexión y en silencio apuntó la información mientras la persona al otro lado del teléfono hablaba. Puso sus notas escritas a mano en el cajón de arriba de su mesa y la cerró con llave. Luego agarró su chaqueta y se dirigió a su casa.

Un chuletón con queso y una cerveza de la delicatessen le hizo salivar mientras subía en el ascensor. El olor a algo hecho con mantequilla le tentó, haciendo que su paladar cambiasen de pensar en carne a algo dulce. *Me pregunto qué estará cocinando allí. ¿Tendré ocasión de probarlo?*

Se sentó ante la pequeña mesa redonda en su amplia cocina y desenvolvió su comida. Repasando el correo mientras comía, vió una postal de un agente inmobiliario en Rye, Nueva York. *¡Vaya! La casita de piedra.* Le dió la vuelta a la postal y leyó. Le estaban sugiriendo que lo pusiera en venta.

Sonrió con pesar mientras su mente volvía lentamente hacia el día en que había comprado la casita. Era justo lo que siempre había querido—curioso, antiguo, robusto y cerca del agua en Rye, un pueblo pequeño con encanto en Long Island. Estaba lo suficientemente cerca de la ciudad, de manera que pudiera llegar al estudio en menos de una hora en caso de emergencia. Era perfecta.

La casa tenía dos plantas, tres dormitorios—sitio de sobra para una esposa e hijos. Una media sonrisa se dibujó en sus labios. Gemma Timmons, una top modelo. Había estado saliendo con ella durante un año. ¿Había sido amor? Él no estaba seguro, aunque había pasado mucho tiempo con ella. Ella le había atendido. Cualquier cosa que él quisiera a ella le parecía bien, en el dormitorio o en la cocina. Si, una modelo que sabía cocinar. Y ella había dicho que quería matrimonio.

Whit había decidido ignorar las alarmas en su cabeza, las dudas en su corazón y le había pedido matrimonio. Había esperado escapar del pasado y crear la familia que nunca había tenido. Ella había aceptado. Entonces fue cuando encontró la casa. Desde luego, había sido un error comprarla sin contar con ella. Pero se había enamorado de la casita. La chimenea de piedra. La vista del agua. Y era antigua. Puertas dobles daban a un pequeño patio en la parte trasera añadiendo un encanto al que no podía resistirse. El gran dormitorio soleado había hecho que fuese perfecta. Había estado seguro de que a ella también le encantaría. Así que había decidido darle una sorpresa pre-nupcial.

Pero a Gemma no le gusto. Ella quería algo más grande, más grandioso. Había dicho que era —apiñada—, —mohosa— y —vieja—. Ella ansiaba algo moderno, como el apartamento de Whit, con un sofa de cuero negro y paredes blancas desnudas. Él estaba harto de la frialdad del apartamento. Para una familia, él había imaginado algo más cálido, acogedor y se lo había dicho a ella. Algo exactamente como la casita de piedra. Él y Gemma tuvieron su primera pelea seria sobre eso. Luego se le ocurrió la idea.

Se había preguntado todo el tiempo si ella había estado más interesada en su sueldo que en él. Así que ideó una prueba. Le mintió y le dijo que le habían despedido. Había querido saber qué haría ella. Había estado comprensiva el primer día o dos. Cuando le había dicho que iba a aceptar un trabajo en un periódico por mucho menos dinero, ella se fue. Había concretado más citas de modelo fuera de la ciudad.

Estaba claro que si él no iba a ganar mucho dinero y ser famoso, entonces ella no le quería. Él rompió el compromiso con ella, sin quejas por parte de ella. En los medios de

comunicación, ella había dicho que fue un rompimiento amistoso, pero era cualquier cosa menos eso para Whit. Su globo se había roto. Su pretendida esposa le había dejado, abandonándole incluso antes de la boda. Nervioso como novio, una vez que ella se mostró tal como era, eso fue el fin para él. Juró que nunca volvería a considerar un matrimonio. Había endurecido su corazón ante esa posibilidad.

Se había deprimido unas cuantas semanas. Se había acostumbrado a la idea que él iba a engañarle al Destino, darle la vuelta a las cosas y tener la familia acogedora y amorosa que nunca había tenido. Una nueva felicidad había entrado en su corazón. Pero cuando todo se vino abajo, como un pan viejo, se había derrumbado por dentro. Una vez más se había quedado con la nariz contra el cristal viendo otras familias felices, otros hombres tienen mujeres e hijos que a él se le habían negado.

Se había amargado durante una temporada y dejó de salir con mujeres, luego se volvió filosófico, decidiendo que él lo tenía que tener todo. Tenía una carrera exitosa y seguridad financiera ¿qué más podía pedir? Había abandonado sus deseos de tener una familia propia, resignado a su destino como hombre soltero, cerrado su corazón ante cualquier posibilidad de compromiso.

Pero nunca había dejado de querer la casita de piedra. Para decorarla lo único que había hecho fue comprar un sofá y una cama antes de que se acabara su noviazgo. Con el corazón partido, Whit nunca terminó por amueblar la casa. Nunca fue a verla. Representaba todo lo que había querido en la vida pero nunca tendría. Aunque había abandonado el sueño, no podía soportar abandonar la casa.

Había decidido venderla hacía unos dos meses pero nunca avisó a la agente inmobiliaria. Ahora decidió que la llamaría por la mañana. *Es hora de deshacerme de ella ya que pronto me iré a Asia.*

Sentía pesadumbre en el corazón, sin embargo se negaba a reconocer la verdadera razón. Tomó el libro que estaba leyendo de la mesilla de noche y se perdió en una aventura de Nero Wolfe hasta que se durmió.

Se despertó a las cuatro de la tarde por un tremendo ruido. Una mezcla entre un chillido, un ladrido y un grito, el sonido le taladró los oídos despertándole instantáneamente.

¿Qué demonios? ¿Están asesinando a alguien? ¡Bess! Salió de la cama en un brinco, agarró su albornoz y salió corriendo al pasillo. Cuando abrió la puerta, se le abrió la boca ante lo que vió.

Capítulo Seis

Totalmente despierto, Whit se frotó los ojos. El doguillo más esquelético y pulgoso que haya visto estaba chillando mientras Albóndiga le tenía acorralado. Ella le gruñía al otro perro con una ferocidad incongruente con su tamaño. *¿Qué demonios? ¿Esta pequeñaja? Es bastante agresiva para lo pequeña que es.*

El doguillo canijo soltó el pedazo de cuero para roer y se quedó acobardado. Bess le hablaba a Albóndiga, pero la perrita no dejaba de amenazar. Finalmente, su ama la cogió en brazos y la llevó al apartamento. Cuando se cerró la puerta tras ella, Whit salió al pasillo. El otro perro le lanzó una mirada y rápidamente miró a otro lado.

—Pobrecillo—, murmuró a la vez que se agachaba y extendía una mano.

El doguillo dio un paso hacia él pero empezó a temblar.

—No tengas miedo. No te voy a hacer daño—, susurró. Pero el animal con ojos grandes no se movió.

La puerta al otro lado del pasillo se abrió de nuevo. Bess se quedó parada repentinamente, inhalando aire. —Oh, dios mío. Lo siento, Whit. No quería despertarte—.

—¿Qué pasa? ¿Quién es éste?—

—Mi amiga, Rory, rescata perros doguillo. El suyo era agresivo con este, así que se lo trajo aquí. Yo pensé que él y Albóndiga se estaban llevando bien, pero entonces él fue a por el hueso de ella, y ha sido la Tercera Guerra Mundial desde ese momento—.

—Tiene una pinta patética—.

—Ha estado maltratado, desnutrido. Necesita ayuda—.

—Buena suerte. Espero que le encuentres un buen hogar—.

—Tengo un problema con eso. Necesito un sitio donde se pueda quedar unos días. ¿Podrías... querrías...?—

—¿Yo?— Él se señaló el pecho con un dedo, los ojos muy abiertos.

—No tienes un perro, y tienes bastante espacio. Este pequeñajo se podría aclimatar a un entorno más tranquilo. Sólo serían unos días—.

—Vaya, yo no podría... No sé nada...—

—Es maravilloso que digas que `si`. Yo no sabía nada sobre los perros hasta que llegó Albóndiga. No hay mucho qué aprender. Lo harás estupendamente—.

—¡Eh, espera! No he dicho... No he estado de acuerdo con...— Antes de terminar la frase, Bess alzó al perrillo tembloroso, se acercó a Whit y le dió un beso en la mejilla. El

perro le dió un lametazo. De repente, Whit se derritió. Bess puso el doguillo entre los brazos de Whit. —¿Cómo se llama?—

—Homer. Pero se lo puedes cambiar, si quieres—.

—¿Homer?— Rió. —Perfecto. ¿Como el poeta Homero?—

—O Homer Simpson. Elige tú—.

—No tengo ningún...—

Bess alzó una mano interrumpiéndole. —Yo tengo de todo. Espera aquí—.

—¿A dónde se supone que me iría?—

Ella desapareció en su apartamento, lo cual hizo que Albóndiga empezara a ladrar de nuevo. Cuando Bess volvió, tenía los brazos llenos de cosas. Whit dió un paso hacia atrás dejándola sitio para entrar en su casa.

—Aquí tienes—, dijo ella yendo a la cocina de él. Encima del mostrador depositó varias latas de comida, un contenedor de plástico de comida seca, un arnés, una correa, un juguete para mordisquear y un pequeño hueso de perro. Ella tomó esto último y se lo sacudió ante Homer. —Esto fue la causa del disgusto. Albóndiga decidió que ella tenía que tenerlo y Homer no lo quería soltar—.

Bess encontró un pequeño cuenco en un armarito de la cocina, lo llenó de agua y lo colocó en el suelo. Whit bajó al doguillo al suelo. Homer se puso a beber agua inmediatamente.

—Está bastante sucio. Apesta también—. Whit se tapó la nariz.

—Ahora mismo vuelvo—. De nuevo Bess se fue a su casa y volvió, se oían ladridos. —Toma. Puedes usar el champú de Albóndiga—. Ella miró a su alrededor. —Es lo suficientemente pequeño como para caber en el fregador. Dále un baño y olerá bien de nuevo—.

—¿A las cuatro de la madrugada?—

—Cuando sea. Eso depende de tí—.

—¿Dónde dormirá él?—

—Albóndiga tiene varias camitas en la casa, pero pasa la noche en la mía—.

—A los hombres les debe encantar eso—, murmuró él con la vista puesta en el batín ligero de ella.

—No se ha quejado nadie—, dijo ella, sonrojándose mientras se cruzaba los brazos tapándose el pecho.

—Apuesto que no—, rió él.

Su rubor se hizo más intenso. —Gracias de nuevo por acoger a Homer. Estoy segura que Rory tendrá un nuevo hogar para él muy pronto—.

—Espero que si. Mi horario es un poco irregular—.

—Crash saca a Albóndiga a veces, si no puedo estar en casa. No te preocupes. Estoy segura de que todo irá bien—.

Whit estaba acariciando al perro mientras escuchaba. Homer le lamió una mano. —Ha dejado de temblar—.

—Será que se fía de tí—.

Su confianza en él le hizo sonreír. *Me está halagando, pero qué demonios. Tener un perro unos días no será un problema. A lo mejor es divertido.*

—Homer tiene un año, así que seguramente será activo. Pero está preparado para un hogar, así que no hará sus necesidades dentro de casa. Tendrás que recoger lo que deje en la calle. Eso es lo que exige la ley—.

—Vale—.

Bess se tapó un bostezo con la mano. —Es tarde—. Se encaminó hacia la puerta.

Whit soltó a Homer y puso una mano en el pomo de la puerta.

—Muchísimas gracias—, dijo ella, dándole un beso en la boca.

Antes de que pudiera reaccionar, ella estaba ante su puerta y desapareció. Él se tocó los labios. *Agradable.* —Venga, Homer. Vamos a lavarte. Me has conseguido un beso de la chica caliente de enfrente. Supongo que traes buena suerte—. Tomó el champú y abrió el grifo.

Whit se secó a si mismo y a Homer lo mejor que pudo tras el baño del perro. Homer se sacudió, empapando a Whit, que echó su albornoz en el cesto de la ropa sucia. Luego puso al perrito húmedo en la cama a su lado. Homer se enrosó y en breve estaba roncando. Whit rió levemente y se volvió a dormir.

Homer le despertó a las siete, aullando ante la puerta queriendo salir. Whit se puso un chándal, le colocó al perro el arnés y salieron. El perro se acercó al poste más cercano y alzó la pata. Después de diez minutos en la calle, el animal estaba listo para volver a casa. Whit sacó otro cuenco y lo llenó de comida. Homer hizo un pequeño aullido antes de devorar la comida en un instante. Whit le miró sorprendido.

Poco después de comer, el perro vomitó al lado de la puerta de la entrada. Whit lo limpió todo mientras murmuraba obscenidades al doguillo y luego se fue al apartamento de enfrente. Llamó con los nudillos. Bess abrió la puerta.

—El perro ha vomitado—.

—¿Cuánta comida le has dado?—

—Está desnutrido. Llené el cuenco, y se lo polio en unos dos segundos—.

—No puedes hacer eso. Demasiada comida, demasiado deprisa. Dále una ración más pequeña. Cuando pueda con eso, puedes darle un poquito más. Acostúmbrale a una cantidad normal, despacio—.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?—

—Era las cuatro de la madrugada, Whit. Lo siento. No estaba pensando—.

Volvió a su apartamento y empezó el procedimiento de nutrición con Homer. Luego se fue a trabajar después de darle instrucciones a Crash y un pago. Decidió que era necesario ir a una tienda de mascotas durante su hora de comer. Caminando hacia la emisora, iba silbando mientras andaba rápido.

Esa noche regresó a casa cargado con sacos de comida, camitas, caprichos y juguetes para Homer. El perro empezó a ladrar en cuanto Whit entró por la puerta. *Buen perrito vigilante*. Una vez dentro, el doguillo se volvió loco, saltando encima de Whit, intentando lamerle la cara, corriendo en círculos, corriendo al salón y volviendo. Whit soltó las bolsas mientras miraba al animalito gracioso que corría de habitación en habitación.

—A mi no me recibe nadie así desde luego—, dijo mientras reía.

Le puso la correa al cachorrito que se revolvía y le sacó a la calle. Cuando Homer tiró hacia la carretera, Whit apretó la correa. De vuelta a casa, le dió comida a Homer, se sirvió un whiskey con hielo y se sentó en el sofá. El perro se zampó su comida y se fue al lado de Whit. Homer se enroscó, descansando el mentón en la pierna de Whit y cerró los ojos.

Después de repasar su correo, Whit miró al perro dormido y sonrió. *Casi como tener una familia*. La presencia de Homer derritió su corazón un poco.

Un jaleo tras su puerta con muchos ladridos y risas, le atrajo a la mirilla de la puerta. Vió varias mujeres y un grupo de doguillos entrando en casa de Bess. Miró todas las cosas que había comprado en la tienda de mascotas y eligió las que le suscitaban dudas. Después de meterse a Homer bajo un brazo, se encaminó por el pasillo y pegó en la puerta.

* * * *

Bess tenía un vaso de vino en una mano y el pomo de la puerta en la otra. Ahí estaba Whit con Homer bajo el brazo.

—Siento molestarte, pero tengo esto que dice que es para garrapatas y no estoy seguro de cómo se usa o cuando—.

—Entra—.

En el instante en que entró en el apartamento, las mujeres del Club de la Cena dejaron de hablar. Le repusieron con la mirada. Bess rió levemente tapándose la boca con una mano, mirándolas a ellas dándole un repaso. Hizo las presentaciones. Los perros se acercaron corriendo, ladrando. Homer se revolvía en los brazos de Whit, ansioso por unirse con los otros perros.

—¿Es seguro solterle? ¿Le atacará Albóndiga?—

—Creo que no pasa nada. Siempre y cuando no coja sus juguetes—. Bess se agachó para recoger un par de juguetes cuero y otras cosas atractivas que podrían alterar a su perra.

—No quería interrumpir nada—. Dijo mientras bajaba a Homer suavemente al suelo.

—¿Tú eres el vecino, Whit? Yo soy la rescatadora de doguillos, Rory. —Muchísimas gracias por acoger a Homer—. Ella extendió una mano y él la sacudió.

—Es genial. Nos lo estamos pasando bien los dos—.

—Me alegro de oír eso. Estamos trabajando para encontrarle un hogar definitivo—.

—No hay prisa—. Whit levantó una mano. —Me gusta tenerle en casa—.

Rory lanzó una mirada y una sonrisa a Bess. —Te lo podrías quedar si te interesa—.

—Me interesa—.

Las otras mujeres se acercaron lentamente, sus miradas recorriéndole de arriba abajo. Empezó una conversación sobre perros rescatados. *Me van a decir cosas en cuanto él se marche.*

—Déjame eso. Te enseño cómo se lo aplicas a Homer—, dijo Brooke, alcanzando el paquete de medicina de prevención de garrapatas.

Miranda se unió a ella, explicando cómo y por qué era necesario. Whit estuvo pendiente de cada palabra. Cuando volvieron los perros a la carrera al salón, Whit pilló a Homer en plena carrera y le mantuvo quieto. Después de que se le aplicara el líquido, el perrito se zafó de las manos de Whit y salió corriendo al dormitorio.

—¿No le atacarán ninguno de los otros, no?— dijo con ansiedad en la cara.

Fíjate en eso. Ya es el papá preocupado. Va a ser un gran propietario de perro.

Las mujeres le rodeaban, sirviéndole un vaso de vino, ofreciéndole un poco de guacamole. Whit sonrió, se apoyó en el mostrador de granito y parecía estar cómodo. *Rodeado por mujeres guapas, claro que no está nervioso. Esto es su entorno natural.*

—Os he visto antes. ¿Qué hacéis aquí?—

Bess explicó cómo se creó el club.

—¿No hay socios masculinos?—

—Mujeres sólo—, contestó Bess antes de volver al *boeuf bourguignon* que estaba recalentando.

—Algo huele deliciosamente—, dijo Whit cambiando de tema.

—Apuesto que hay una gran cantidad de olores deliciosos que salen de aquí—, dijo Miranda.

—Me entra hambre caminando del ascensor a mi puerta—, dijo él.

Eso fue el detonante sobre una discusión sobre los platos favoritos que tenían todas sobre lo que preparaba Bess. Cada mujer tenía su propio punto de vista. Whit dijo algo sobre el Moca Mágico.

—¿Por qué no le dejamos que se quede?— preguntó Brooke con ojos muy abiertos mirando a Bess.

—No es nuestra costumbre... pero si todas decís que se puede quedar, eso está bien. Hay comida suficiente—.

—Nunca hemos tenido una regla 'hombres no',— dijo Rory bebiendo un sorbito de su vaso.

—Tengo un gran vino tinto que puedo contribuir—, dijo Whit. —Ahora vuelvo—.

En el instante que salió del apartamento, las mujeres se apiñaron.

—Oh, dios mío, no dijiste que era *así* de guapo—, dijo Rory.

—Es mucho más atractivo en persona que en televisión—, contribuyó Miranda.

Hablaron sobre su cabello, la anchura de sus hombros y los increíbles ojos gris claros que tenía hasta que se abrió la puerta. Dejaron de hablar.

Su mirada fue de rostro en rostro. —¿Dije algo?— preguntó, con los ojos llenos de alegre picardía. Bess le hizo entrar y cerró la puerta a la vez que sonó el temporizador. Empezó una gran actividad. Bess sacó el guiso, Miranda coló la pasta y Brooke aliñó la ensalada mientras Rory terminó de poner la mesa y encender las velas.

Cuando se dispusieron a sentarse a la mesa, los perros entraron corriendo en el salón. Su radar olfativo les alertó que se preparaba comida. Cada perro se acercó a su propietario y se sentó pidiendo. Bess repartió caprichitos a cada uno. Se paró ante Whit. —No lo tengas en los dedos, te puede dar un pequeño bocado—.

—¿No me mordería, no?—

—Es nuevo, así que no sé. No a propósito pero si tiene una boca dura, quizás—.

—¿Boca dura?—

—Fíate de mi—. Bess le agarró una mano. Colocó el caprichito en la palma de su mano y luego acercó la mano a la cara de Homer. El perrito tomó el caprichito sin morderle en la mano. —Creo que tiene una boca suave—, dijo, soltando la mano de Whit.

—Dura, blanda. Tantas cosas que tengo que aprender—. Sacudió la cabeza.

—Lo pillarás. Hemos estado como tú—. Ella le apretó un hombre y sornió antes de darle su caprichito a Albóndiga. La doguillo esperó pacientemente, con un ojo en Homer.

Se sentaron todos y repartieron la comida deliciosa.

—¿Qué postre has hecho que vaya con esto?— preguntó Whit antes de meterse una cucharada de guiso en la boca.

—Compota de pera y albaricoque. Y una tarta de ciruelas—.

—¡Eso es lo que estaba oliendo— Era el olor a horneado con mantequilla—.

—Eso es. Tarta de ciruelas. Mi madre hacía eso en el otoño—.

—¿Sobraré algo?— Ella detectó una nota de esperanza en la voz de él.

—Por supuesto—.

—Ah, mi día de suerte. Conozco a tres mujeres encantadoras y bellas y se me alimenta como un rey. Debe ser que estoy soñando—.

—Vaya tonterías que dice—, Rory murmuró mientras entornaba los ojos.

—Me temo que los halagos y las florituras no encajan bien en este grupo—, dijo Bess.

—¡Pero es que es lo que estaba pensando precisamente!—

Bess le lanzó una mirada dubitativa.

—Quizás sera mejor que coma y me calle—, murmuró él.

Las mujeres rieron. Los perros se habían tranquilizado, cada uno encontró un sitio en el sofá, una silla o el suelo. Algunos estaban acurrucados unos con otros mientras otros descansaban solos. Homer se acercó un poquito a Albóndiga que emitió un gruñido bajo de aviso. El joven macho se detuvo y se acobardó. La hembra se tumbó boca arriba y cerró los ojos, permitiéndole acercarse a ella. Homer se enroscó con el dorso hacia ella y cerró los ojos también.

—Veo que nuestros perros han hecho las paces—, dijo Whit.

Bess exhale. —Menos mal. Habría sido un infierno tener perros que se odian y viviendo uno enfrente del otro—.

En cuanto terminaron de comer, Miranda, Brooke y Rory se pusieron a la tarea de limpiar todo. Whit ayudó a limpiar la mesa. Eran un torbellino de acción, creando una cocina impecable en minutos.

Miranda miró a Brooke y elevó las cejas. Rory se miró el reloj. —Creo que es hora de irse. ¡Baxter!— dijo llamando a su doguillo.

—Pero sólo son las ocho y media—, dijo Bess. Antes de que pudiera ofrecerles sobras para llevar a casa, las tres mujeres habían preparado a sus perros y se habían encaminado hacia el ascensor. Whit inclinó la botella de vino hacia el vaso de Bess y la miró. Ella afirmó con la cabeza. —¿Por qué no?— Se llevó su bebida al sofá, sentándose al lado de Albóndiga y colocó los pies encima de la mesa de café.

Whit se unió a ella. La mirada de Bess recorrió la ciudad a medida que la oscuridad se hacía mayor y las muchas luces de los apartamentos de Nueva York destellaban como estrellas en el lado Este de Central Park. Elevó el vaso de vino. —Tengo suerte de tener tan buenas amigas—.

—Parecen un grupo agradable. Me parece que me están evaluando para ti—.

Bess se giró para verle. —¿Te parece? Les he dicho que sólo somos amigos—.

Él se acercó ligeramente. —¿Sólo somos amigos? ¿No somos parientes un poco, por nuestros perros?—

Ella soltó una carcajada. —Vaya manera de ligar, Whit—.

—Hey, lo intenté—. Él se echó atrás en su asiento y le miró largamente. —Has escuchado la historia de mi vida, ¿cuál es la tuya?—.

—¿La mía? Demasiado aburrida qué contar—.

Él ignoró el intento de ella de desviar la conversación. —¿Cómo te metiste a cocinera?

Ella se movió un poco, poniéndose cómoda.

—Adelante—.

—¡Vale, vale! Empecé hace mucho tiempo—.

—¿Por qué?—

—¡Paciencia! Ya voy. Yo era una niña normal, común y corriente cuando era pequeña. Mis cosas favoritas eran recoger hojas con el rastrillo con mi padre, leer y hacer fotos. Daba largos paseos por la naturaleza con mi padre. Él me hablaba sobre las plantas y los animales y yo hacía fotos.

—Eso no me parece aburrido—.

—Espera. Mi hermana Jane, es dos años más joven que yo. Ella era la lista, siempre con las mejores notas en el colegio. Yo era la que soñaba despierta—.

—¿Creativa, quizás?—

—¡Shhh! ¿Quieres escuchar o no?—

—Vale, vale. Lo siento—. Elevó la palma de la mano y bebió un poquito de vino.

—Jane y mi madre eran inseparables. Mamá ayudó a Janie a ser la número uno en su clase. No la dejaba venir de paseo con Papá. Jane siempre estaba estudiando y practicando para ser una `Cheerleader´.—

—¿Tú no?—

—Yo no tenía interés. Tuvo éxito también. De todas formas, Mamá y Papá tenían peleas tremendas sobre nosotras. Papá quería que Mamá dejara de presionar y Mamá quería que Papá me presionara más—. Ella respiró hondo para serenarse. —Ahora viene la parte difícil—.

Whit la tomó de una mano.

Ella le sonrió. —Un día, en primavera, me parece que fue, es difícil recordar todos los detalles. Habían tenido una gran discusión. Fue justo antes de cenar. Papá se había tomado unas copas de más. No me acuerdo de lo que dijeron, pero Papá agarró las llaves del coche y salió de casa. Mamá se quedó delante de la puerta, gritándole. Yo lo borré de la mente. Sólo una pelea mas. Pero no lo fue—.

Whit elevó las cejas.

Los ojos de Bess se anegaron. Ella respire, jadeó y luego se hundió las palmas de las manos en los ojos. —Fue su última pelea—, susurró. Whit le pasó su pañuelo. —Papá tuvo un accidente, por conducir bebido y se mató. Afortunadamente no mató a nadie más. Chocó contra un árbol—.

Él apretó la mano de ella y luego la acercó en un abrazo. Durante un momento, Bess ocultó el rostro en su hombro. —Fue hace mucho tiempo. Yo tenía catorce años—. Ella suspiró y se secó las lágrimas.

—Eso es muy joven para perder a tu padre—.

—No tan joven como tú perdiendo tu madre—. Bess tomó un sorbito de vino.

—Eso fue distinto—. Se movió en su asiento. —Sigue contando—.

—El choque nos afectó a todas. Ya no se permitieron más peleas en casa. Mamá se puso a buscar un empleo. Se fue a trabajar. Yo hacía la compra. Janie se ocupaba de la lavandería. Todas recogíamos la casa juntas—.

—¿En equipo?—

—Si. Nos olvidamos de todos los rencores. Janie y yo cuidábamos niños las noches de los viernes y sábados. Contribuíamos en los gastos de la casa—.

—¿Y?—

—Entonces es cuando aprendí a cocinar, equivocándome y probando. Saqué muchos libros de cocina de la biblioteca. Me gustaba la creatividad. Y estaba aprendiendo. Janie apretó más aún y se convirtió en la niña más lista en matemáticas en el colegio. Consiguió una beca para ir a la universidad—.

—¿Y tú?—

—Yo no pude ir. Un año después de la muerte de Papá, me puse a llevar la casa. Mamá trabajaba tarde vendiendo casas. A veces le iba bien y otras veces teníamos facturas atrasadas—.

—La vida debió ser difícil—.

—Lo era. No me dí cuenta en su momento. Supervivencia. A los dieciséis años yo hacía tartas y las vendía a restaurantes de la zona. Podía preparar y vender seis tartas un sábado. Las vendía a diez dólares cada una. Nos hacía falta el dinero. Ni siquiera me planteé ir a la Universidad. Sabía que no podía ir—.

—¿Qué decía tu madre?—

—Nunca lo hablamos. El consejero de la escuela me intentó hacer cambiar de parecer, pero yo sabía lo que Papá hubiera querido que hiciese. Él habría querido que me quedase en casa ayudando. Así que eso es lo que hice—.

—¿Y tu fotografía?—

—¿Oh, eso?— Ella rió. —Hice un par de cuadernos, pero las cosas eran bastante patéticas. Guardé la cámara después de la muerte de Papá—.

—Eso es terrible—, dijo él.

—Lo terrible eran mis fotos. No tenía nada de talento—.

—Sigue—.

—No hay más que contar. Janie se licenció con honores. Entonces es cuando conseguí mi libertad. Después de ganar en un par de concursos, me ofrecieron un trabajo en un programa de cocina en Baltimore. Lo tomé. Janie encontró un trabajo en el banco, cuidó de Mamá y yo era libre—.

—¿Cuántos años tenías?—

—Veinticuatro. Trabajé en Baltimore durante cuatro años en ese programa antes de conseguir el que tengo ahora—.

—¿Sigues en contacto con tu madre y Janie?—

—Si, un poco. Janie está bastante ocupada. Nunca fuimos muy cercanas. Mamá es más feliz con ella. Como vice presidente del banco local, es una personalidad importante. A mamá le encanta eso—.

—Pero tú tienes tu propio programa de televisión—.

—Lo sé. Pero es cocinar. Ella dice que cualquiera puede hacer eso, pero no todo el mundo tiene el don de las matemáticas. Tiene su punto de razón en eso—.

—No todo el mundo puede cocinar como tú—.

Bess hizo un gesto con los hombros. Llevo cuatro años con este programa. Soy feliz. Me encanta lo que hago, aunque no sea algo único—.

—Yo creo que es único. Nunca he comido comida tan buena como la que haces tú. Y he comido en algunos restaurantes de primera categoría—.

El calor de un rubor le calentó las mejillas. —Gracias—.

—Te vendes poco—, dijo él.

—Soy buena en lo que hago...—

—La *mejor* en lo que haces—.

Ella le dió unas palmaditas en su mano que seguía teniendo la de ella.

Whit se inclinó y le dió un beso. Fue un beso lento, penetrante. Bess elevó la barbilla mientras él deslizó un brazo entorno a su cintura. La acercó más hacia él y aumentó la presión de su boca en la de ella, calentándola. Elevó la cabeza y sus ojos claros penetraron los de ella. La intensidad de su mirada la sorprendió. Los ojos de ella se agrandaron. Algo destelló en su mirada y desapareció.

Presionó sus labios contra los de ella otra vez, pero más exigente esta vez. Posó la mano en la mejilla de ella mientras su brazo la acercó contra su pecho duro. Un leve gemido escapó de ella mientras se abría a él. Su lengua se apoderó de la boca de ella. Su calor derritió sus entrañas. Ella se ablandó contra él como chocolate al sol. Se enderezó, elevando los brazos entorno al cuello de él. Él estaba delicioso y ella le deseaba.

En cuanto la besó, se retiró, hundiendo la cara en el cuello de ella, besándola mientras bajaba al borde de su jersey. Su mano se cerró entorno a su pecho. Su toque encendió un calor que la recorrió hasta las puntas de los dedos de los pies. Pequeñas llamas brotaban en su interior cuando el pulgar de su mano encontró la punta de su pecho.

Bess deslizó las manos por sus pectorals, hundiendo las puntas de los dedos en sus músculos mientras le desabrochaba la camisa. Él gimió cuando ella entró en contacto con su piel. Su mano rozó el vello en sup echo. Él deslizó el hombro de su jersey hacia abajo dejando ver un pecho de ella en un sujetador de encaje blanco.

—Precioso—, murmuró él, metiendo la mano en la copa y elevando su carne a los labios. La mordisqueó un poco y luego aplanó la lengua y le rodeó el pecho con la lengua. Ella dió una bocanada de aire a medida que las acciones de él la hicieron vibrar. El calor entre sus piernas subió, haciéndola moverse en su asiento. —¿Podemos irnos a un sitio mas... comfortable?— Él levantó la cabeza. El deseo ardía en su mirada y un leve enrojecimiento sexual le teñía las mejillas.

Bess casi no pod

—Te deseo— susurró él. Luego se puso en pie y le tendió una mano. —Ven, Bess. Es hora de tener lo que queremos—.

Ella se puso en pie en silencio, le tomó de la mano y le guió hacia su dormitorio.

Capítulo Siete

Whit había estado en su mente y en sus sentidos mañana, tarde y noche. Se preguntaba qué comía, con quién se había acostado, y todo esto se había infiltrado en sus pensamientos día tras día. Su piel se erizaba cuando recordaba su tacto. Su olor agradable permanecía. El sabor a él nunca la dejaba.

La curiosidad se acrecentó hasta casi ser una obsesión. La obsesión se convirtió en pasión. Le deseaba con cada fibra de su ser. Ahora ella iba a colmar ese deseo y su cuerpo entero vibraba de anticipación.

Los perros roncaban suavemente y estaban quietos. Cuando los futuros amantes entraron en la habitación, ella tomó el borde de su jersey.

Él la retuvo un momento. —Espera. No. Déjame. He querido hacer esto desde hace mucho tiempo—.

—¿Hacer el amor?—

—Desnudarte. Es una fantasía que tengo—.

Un rubor de placer ante sus palabras le caldeó. Ella dejó caer sus manos y se colocó ante él. Whit levantó el jersey por encima de la cabeza de ella lentamente, luego dobló la prenda y la depositó en una silla. Estiró un brazo por detrás de ella y abrió su sujetador con una sola mano. Ella dejó que la prenda cayese al suelo. Los ojos de él recorrieron sus pechos desnudos a la vez que alzó las manos para tocarla. Ella terminó de desabrochar la camisa de él y se la quitó dejando al aire sus hombros.

—Eres bella—, murmuró él, sumido en la exploración de su pecho con la boca. Ella dejó sus dedos libres hundidos en su pelo espeso y besó su cabeza doblada ante ella. Ella se desabrochó el cierre de sus vaqueros y él se desabrochó el cinturón. Los dos se quitaron los pantalones y se quedaron en pie uno frente al otro.

—¡Espera! Déjame—, dijo él mientras ella metía los pulgares en los laterales de sus braguitas blancas de encaje. Whit deslizó sus manos bajo los laterales y las bajó lentamente, con su mirada siguiendo el descenso de la prenda. Cuando ella estuvo ya desnuda, él se bajó los calzoncillos.

La mirada de ella se deslizó por sus abdominales hasta posarse en su erección. Sus ojos se agrandaron. —Vaya— fue lo que se le escapó de los labios.

Él se sonrojó y rió suavemente. Su mirada recorrió el cuerpo de ella desnuda. —Eres fantástica. Un cuerpazo—, dijo él acercándose a ella y descansando las manos en sus caderas. Él la atrajo hacia sí y la besó con pasión mientras recorría sus curvas. Envolviéndole entre sus brazos, aplastó sus pechos contra el pecho de él. Las manos de él parecían estar en todas partes a la vez, animando, acariciando y excitándola.

Un dolor mudo creció en su interior. Ella le ansiaba, ahora. Bess tiró de las ropas de cama en su cama. Whit la besó mientras la tumbaba suavemente. —Voy a tomarme mi tiempo...—

—Pero estás...—

—No me importa. No voy a hacer esto deprisa—. La miró con una sonrisa cálida y luego empezó su asalto, primero en su boca. Bajó para mordisquearla en el cuello y luego volvió a sus pechos, Ella suspiró y cerró los ojos. Su mente se apagó. Cada toque de él era como una pequeña descarga eléctrica que iba directamente al centro de su ser. Los dedos expertos de él se deslizaban por su suave piel, deteniéndose para pellizcar levemente una zona sensible, y acariciar sus pezones hasta que se pusieron duros. Devoró sus pechos con los labios y la boca.

—Las modelos no tienen gran cosa aquí arriba, ¿verdad?— dijo ella.

—No como éstos. Dios, son preciosos—, dijo él, jadeando.

Ella se agarró a sus hombros, disfrutando de la sensación de músculos fuertes y piel lisa. El vello en su pecho le hacía cosquillas en el abdomen. Hizo todo lo posible por ahogar una risita. Él levantó la cabeza.

—¿Qué tiene tanta gracia?—

—Me estás haciendo cosquillas—.

—¿Si? ¿Dónde?—

Ella recorrió con una mano su vello. —Ahí—.

Él sonrió. —Déjame arreglar eso—. Se enarcó, masajeando el abdomen de ella con los pulgares y luego dándole un lametazo o dos. Abrió los dedos de las manos y las deslizó hacia las caderas de ella. Descansando en las pantorrillas, él miró la barriga de ella y un poco más abajo.

Ella se movió un poco, sintiendo vergüenza.

—¿Te sientes tímida?— La miró a ella a los ojos.

Ella movió la cabeza.

—No te sientas así. Por favor. Déjame mirarte. He querido hacer eso desde hace mucho tiempo. Sólo por un momento—.

—Pero...—

—Oh, cariño, no me pares ahora—, susurró él. Abrió sus muslos y miró fijamente. Bess podía sentir el calor creciendo en su rostro hasta que él empezó a masajearla con los pulgares.

Si él hubiese echado una lata de gasolina en el fuego que estaba ardiendo en ella, no se habría sentido más ardiente. Ella pensó que iba a explotar. Él la tenía agarrando las sábanas con los puños, revolviéndose y llamándole por su nombre. Su suave risa mientras deslizaba un dedo dentro de ella, luego otro, le hicieron saber que él estaba disfrutando de la tortura que le estaba aplicando. —Oh, Dios, Whit. Venga... ¡por favor!—

—No he terminado y tú no estás lista—.

—Lo estoy. Lo estoy. ¡Oh dios, lo estoy!— Ella alzó la cabeza hacia atrás encima de la almohada y se mordió el labio. Él deslizó sus manos bajo el trasero de ella y la elevó. Antes de que ella pudiera decir una sola palabra, su lengua hizo contacto con la carne de ella y ella dio un brinco.

—¡Estáte quieta!— ordenó él.

—Estarás bromeando—, suspiró ella, con los ojos cerrados. Otra vez escuchó su risa a le vez que él volvía a provocarla y a excitarla. Ella intentó no hacer ruido pero los gemidos se escapaban de su boca. —Si no—

Antes de que ella pudiera terminar, un orgasmo recorrió su cuerpo, haciéndola temblar un segundo y luego las contracciones enviaron ráfagas de placer por todo su cuerpo. Un sonoro gemido salió de su pecho a la vez que ella inclinaba sus caderas. Estirando un brazo en el frenesí, la mano de ella entró en contacto con él. Ella enroscó los dedos entorno a la erección de él y abrió los ojos.

Bess le miró fijamente con malicia y vió como su expression vanidosa se disipaba. —Ahora veremos quién tiene el as en la manga—.

Él rió.

—Vale, vale, no es la mejor expresión. Pero ahora controlo yo—, dijo ella.

—¿Oh, si? Eso ya lo veremos—.

Ella apretó levemente la mano mientras la movía, deteniéndole. La cabeza de él se dobló mientras gimió unas cuantas palabrotas, buscando alocadamente sus pantalones. Consiguió encontrar un condón y desenvolverlo rápidamente. Se volvió hacia ella. —Si no me sueltas, esto se acabará en unos instantes—, dijo él jadeando.

Bess rió y soltó la mano. Él se cubrió y luego se puso de cara a ella. Ella abrió las piernas y él la cabalgó, deslizándose dentro de ella haciendo que ella retuviera el aliento.

—¿Estás bien?— preguntó él, con una mirada de preocupación en sus ojos preciosos.

—Oh, dios. Si. Demonios, si. Oh, dios mío—. Los párpados de ella aletearon a la vez que él empujó hacia adentro. Después de cerrar los dedos de la mano entorno a su muslo, él subió su pierna y la penetró hundiéndose en ella. Ella inspiró aire. *Es tan bueno. Tan bueno.*

—¿Cómo estás?— preguntó él, con una mirada de preocupación.

—¡Genial! Oh, muy bien—. Ella le miró fijamente y sonrió.

Él la besó e intensificó sus movimientos. El cuerpo de ella se recalentó de nuevo bajo la guía de él. Las emociones crecieron dentro de ella, pero ella las controló. Ella movió sus caderas en tandem con él, agarrándole de los hombros. Él bajó la cabeza para chupar su cuello. Ella lamió un lóbulo de una oreja, luego subió una mano para deslizara por los cabellos de él. El olor de su pasión mezclada con su colonia sexy y su propio olor único, crearon un afrodisíaco para la nariz de ella.

—Te deseo, dios mío, cómo te deseo—, murmuró él mientras entraba en ella.

—Me tienes—.

Él se calmó y aumentó la velocidad. Empujándose con las manos, la miró a ella con ojos llenos de deseo. Empuje tras empuje hicieron que las brasas de ella volvieran a arder. Las llamas se avivaron en ella. Cerró los ojos y se corrió fuertemente. Sus caderas se ondulaban sin control mientras que espasmos lanzaron calor a cada dedo en cada extremidad de su cuerpo. Ella alzó la mirada buscando la de él y su expresión de éxtasis fue seguida por un sonoro gemido y el nombre de ella. Ella estudió su rostro mientras él llegaba al clímax y decidió que era el rostro más bello que había visto jamás.

El sudor perlaba su frente mientras la miraba desde arriba con amor en los ojos. —Eso ha sido lo más increíble... más sorprendente...—

Dejó de hablar y siguió mirándola. La calidez en su mirada le hizo sonreír a ella. Ella acarició su mejilla rugosa y bajó por su pecho antes de rozar sus labios con los de ella. *Su cuerpo es perfecto.* —Has estado maravilloso. Eso ha sido increíble—, susurró ella.

La paz entre ellos dos se vió alterada por un bostezo sonoro y luego el *click, click, click* de dos conjuntos de garras en el suelo de madera. Bess miró para ver a Albóndiga y Homer sentados al lado de la cama. La hembra parecía estar totalmente aburrida y se lamió el hocico. El macho jadeaba con la lengua fuera. Bess se inclinó para acariciar a su perro. Luego Albóndiga se encaminó hacia su camita. Homer la siguió.

—Cuando tienes un perro, especialmente un doguillo, nunca estás a solas—, dijo Bess.

—¿Es eso algo bueno?—

—Yo creo que sí—.

Él se desprendió de ella y se estiró en la cama. Ella se acurrucó a su lado, descansando la cabeza en su pecho. Él la rodeó con un brazo y le acarició el pelo.

—Así que, ¿todo fue lo que pensabas que sería?— preguntó él. *¿Pidiendo un halago? Qué ordinario. ¿Qué me pasa?*

—Más. Nunca me había que fuese tan intenso—.

Ella se alzó para mirarle a los ojos. —¿Te has imaginado que nos acostábamos juntos?—

—¿Tú no?— Él deslizó un dedo por su mejilla.

Bess hundió la cara en el vello del pecho de él para ocultar su turbación. *Sólo noche tras noche.* —Apelo a la quinta enmienda—, dijo ella en un hilo de voz.

Él rió. —¿No quieres decir nada?— Vale. Lo capto—. Se quedaron tumbados juntos en silencio un rato, hasta que Whit habló otra vez. —¿No lo sientes?— Su mano acarició un pecho de ella.

—¿Qué? Siento tu mano—.

—Venga. Sabes lo que quiero decir. La electricidad. La química—.

—¿Entre nosotros?— Preguntó ella sentándose.

—No, entre Homer y yo—. Él hizo un gesto con el hombro. —Claro, ¡entre tú y yo!—

¡Atrapada! Dile la verdad. —Vale, vale, si. Lo reconozco—.

Él se inclinó y la besó. —Gracias a dios. Pensé que me estaba volviéndome loco. Bess, cariño, amor mío. Tú y yo—.

—No quiero tener química con un hombre que no pueda comprometerse—. Ella se separó de él, descolgó las piernas de su lado del colchón y se puso en pie.

—¿Comprometerse? Sólo nos hemos acostado una vez. Nos conocemos desde hace un par de semanas. ¿Y tú quieres compromiso?— Él se rascó la cabeza.

—No dije eso. Dije que no quiero química...—

—Te escuché, te escuché. La química pasa. No es algo que puedas controlar con la voluntad—.

Ella miró el suelo. —Lo sé. Pero por qué tiene que pasar con un tipo como tú—.

—Muchas gracias—. Él se salió de la cama y agarró sus calzoncillos.

Ella se volvió hacia él, colocando las manos en sus antebrazos. —Sabes lo que quiero decir. Si no fueses tan anti-compromiso, sería distinto—.

—¿Entonces estarías haciendo el baile de Snoopy?—

—Si—. Ella bajó las manos. *No quiero amarle. No quiero que me guste. Pero es un amante fantástico.*

—Entonces, ¿te gusto en contra de tu voluntad?—

—Un poco. No realmente, pero... bueno, quizás—. Ella hizo un gesto con la cabeza mientras tomaba su bata de detrás de la puerta.

Whit se acercó a ella por detrás. La rodeó con los brazos entorno a la cintura y le dio un beso en la mejilla. —¿No podemos tener lo que sea que tenemos? ¿No podemos dejarlo sencillamente en eso?—

—Eso es tan... tan... abierto—.

—Venga, cariño. Lo que tenemos es especial. Vamos a disfrutarlo mientras esté caliente—.

—Y, ¿cuando se apague?— Le miró a la cara. —¿Entonces, qué?—

—Cruzamos ese puente cuando lleguemos allí. No tires todo esto por la borda—.

Aléjate de él. Venga. Si soy tan lista, tan correcta. Pero el sexo ha estado increíble. — Me apuesto que eso se lo dices a todas tus mujeres—.

Él dió un paso atrás. —Uy. No. ¿Era una broma? De ninguna manera. ¿Eso es lo que piensas de mí?—

—Eres un ligón. Lo reconoces ¿Qué otra cosa se supone que he de pensar?—

—Que quizás me gustas. Seguro que tengo deseo de tí—.

—Todos los hombres sienten deseo de una mujer, de una docena de mujeres—.

—No soy un prostituto—. Él alcanzó sus pantalones.

Ella le miró con amargura. —¿No lo eres? Yo te veo con mujeres diferentes todo el tiempo—.

—Sólo salgo con dos mujeres... ahora sólo una después de darle plantón accidentalmente a Candy. Solo Elsa—.

—¿Oh? Yo no comparto—.

—¿Tú quieres exclusividad después de un rato de dormitorio?—

Ella afirmó con la cabeza. El picor de lágrimas le aguijoneaba los ojos. Siguió un silencio. Ella se alejó hacia la ventana para evitar la mirada de él. —Déjalo—, dijo ella ajustándose la bata. —No me importa. Sal con quien quieras. Esto ha sido una cosa de una sola vez. No se repetirá—. Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando.

Whit se acercó a ella. Le frotó los brazos y habló más bajo. —Eh. No he dicho que `no`—

—No quiero tener que pedir. No he pedido nada. Olvida que haya dicho algo. Acuéstate con quien quieras, pero no conmigo. Otra vez no—. Brotaron sus lágrimas. *Tengo mi orgullo*. Ella le dió la espalda. Mirando la pared, ella se secó los ojos. Whit estaba justo detrás de ella. —¿No puedes captar una indirecta? Vete a casa. Vete con ella... con quien sea. Y no me molestes más. ¡Nunca!—

Él acarició sus hombros, su toque quemando su piel bajo el fino tejido de su bata. Ella se puso rígida cuando él le besó en el cuello. —No seas así. Venga. Dáme una oportunidad —.

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para darme lunes, miércoles, viernes y ella es martes, jueves y sábado? Oh, oh. De ninguna manera—. Bess sacudió la cabeza.

—¿He dicho eso? Déjame decir algo, ¿de acuerdo?—

Un jadeo le sacudió el pecho mientras ella inspiraba hondo. La emoción la embargaba. *No puedo estar enamorada de él. Ni siquiera le conozco. Pero le deseo. Le deseo tanto..*

Whit la giró por los hombros hasta que ella estaba frente a él. Ella alzó la vista, demasiado avergonzada como para mirarle a los ojos. Lo que vió en su mirada le hizo fijar la vista. Sus cejas estaban fruncidas y sus labios estaban apretados en una línea fina. —Nunca te haría eso—, susurró. —Nunca te haría daño. Eres especial, Bess. No eres como otras mujeres—.

—¿Por qué? ¿Porque cocino?—

—Porque tú eres tú. He terminado con Elsa. Díme que estarás conmigo. Que serás mía. Solo tu—.

El corazón de ella dió un vuelco. *¿Lo dice en serio?* Ella afirmó con la cabeza.

—No, dílo—. Sus dedos le apretaron.

—Soy tuya. Sólo tuya... Si tú sólo estás conmigo—.

—Muy bien. Si. Ya no más citas con Elsa... o nadie más. Sólo tú—.

La felicidad le hizo dejar de dudar. Ella le sonrió. Whit la tomó entre sus brazos para un largo beso. Bess se fundió con él, dejándolo que la alegría aletease dentro de ella. Las inhibiciones dejaron espacio para el deseo. *Más. Más.*

Con una mano, Whit tiró del cinto de la bata de ella. La bata se abrió y deslizó las manos bajo el tejido. Cerrando las manos entorno a su cintura, las deslizó hacia arriba a sus pechos. La respiración de ella se volvió rápida mientras él masajeaba.

—¿Otra vez?— Ella le miró fijamente a los ojos.

—Claro que si y una y otra vez...— susurró en los cabellos de ella. Ella le sintió endurecerse frente a su brriga y cada nervio de ella se tensó con la expectación. —¿Tienes un cepillo de dientes extra?—

—Tengo uno—.

—Bien. Me quedo la noche aquí—.

—¿En serio? Quiero decir, que te quedas. Claro. Fantástico—.

—Desde luego—. Él la guió hacia la cama. Un estornudo y un bostezo provino de los doguillos en el suelo mientras se cambiaban de postura.

—Perrillos, ahora viene vuestro paseo. Pero primero...— No terminó la frase porque Bess le empujó a la cama. Riendo, ella se subió de un brinco a la cama. Él forcejeó con ella colocándola bajo él y le hizo el amor loco y apasionado.

A las once, Bess, Whit y los doguillos salieron del ascensor y se adentraron en la noche. Caminaron por la avenida, tomándose su tiepo, permitiendo a los perros a que olisquearan cada farola.

—¿Qué tienes en tu menu para mañana?—

—¿Lo que voy a cocinar? Nada nuevo. Estoy repasando unas ideas para la semana que viene. Tengo el día libre—.

—Bien. Puedes levantarte tarde. Cuando hayamos terminado, te hará falta descansar—.

—Con un perro, nunca puedes dormir hasta tarde—.

—Volver a la cama entonces—.

—¿Y, cuales son esos planes?— Le lanzó una mirada coqueta.

—Hacer el amor toda la noche—.

A ella se le puso la piel de gallina en el brazo. —¿Cómo te levantarás por la mañana para ir a trabajar?—

—No lo sé. A lo mejor haces que me despidan—, bromeó él.

—Ya puedo ver el encabezado de tu programa—‘Hombre de las noticias con demasiado sexo despedido por demasiado tiempo en la cama’—.

—Lista—.

—Para contestar tu pregunta, estaré experimentando con la olla de loza mañana. Voy a intentar cocinar fruta en eso. A lo mejor hago una compota de fruta o salsa de manzana—.

—¿Puedo pasarme? ¿Quizás salir a cenar contigo después?—

—¡Maravilloso! Si. Eso sería genial. Para las siete estaré con los brazos hasta los codos en mezcla de frutas y estaré de lo más frustrada—.

—Yo puedo encargarme de solucionar eso antes de la cena—, rió él.

Bess le dió un cachete amistoso en el hombre, haciendo que Albóndiga ladrase, Homer le siguió. —Vamos a llevar a estos bichos escandalosos a casa—, dijo Whit. Se volvieron y guiaron a los perros de vuelta al edificio. Crash levantó las cejas de manera significativa mirando a Bess, haciéndola ruborizarse

Whit la tomó de la mano en el ascensor. *Me está haciendo muchas atenciones. ¿Es en serio? ¿Qué hago? ¿Le sigo la corriente y recojo los pedacitos rotos luego?* Bess se mordisqueó el labio. Homer entró corriendo en su apartamento tras Albóndiga. Los dos perros se sentaron esperando su capricho. Albóndiga parecía más amistosa con Homer dejándole seguirla al dormitorio.

Bess miró su reloj y bostezó. —Hora de irse a la cama—.

—Mi expresión favorita—, dijo él, sonriendo.

Bess estiró una mano y él se unió a ella. Se desvistieron rápidamente y se metieron en las sábanas finas de algodón.

Whit se alzó en un codo. —¿Prefieres estar en tu propio espacio, o—

—Prefiero ‘o’—, dijo ella tapándole la boca con una mano.

Whit se tumbó y abrió los brazos. Bess se acurrucó con él y se puso de lado. Él la tomó entre sus brazos, descansando un brazo por encima de su cintura. Sus dedos rodearon uno de sus pechos.

—¿Te molesta si hago eso?—

—Deja de hacer preguntas. ¿No duermes con un montón de mujeres? ¿No tienes práctica con ellas?—

—Acostarse con no quiere decir dormir—.

Ella se volvió hacia él. —¿No pasas la noche con ellas?—

—No normalmente—.

—Ah, claro, sin compromisos. Verdad—. Ella movió la cabeza. —¿Y, ahora?—

—Como dije antes. Tú eres distinta—.

Si lo dice para ligar, lo hace muy bien, porque está funcionando. Bess volvió a su postura de lado. Whit la rodeo. La paz la embargo haciéndola sonreír ampliamente. *Da gusto sentirle a mi lado.*

—Hueles bien—, susurró él mientras le daba un beso en el cuello. Bess estiró una mano y apagó la luz. Albóndiga trepó por la escalerita al pie de la cama. Homer la siguió.

Los dos doguillos encontraron un sitio al fondo del lado de la parte vacía de la cama. Se enroscaron y roncaron casi enseguida. *¿Cómo me puedo sentir segura con el hombre menos seguro del mundo?*

Ella se movió un poco y él se movió un poco con ella. Sus párpados cayeron y se cerraron y se sumió en un profundo sueño.

* * * *

Whit tomó el teléfono el sábado por la tarde. Era su hermano Jeff.

—¿Qué pasa?—

—Comprobando las cosas—, dijo Jeff. Whit se arrellanó en su sofá y bebió un trago de cerveza. —¿Qué tal hermanito?—

—He conocido una chica nueva—.

—¿Oh?—

Whit sonrió. Casi podía escuchar como se le subían las cejas a Jeff.

—Si. Es una vecina—.

—Oh, oh. Demasiado cerca. ¿Cómo vas a deshacerte de ésta si se pone exigente?—

Whit tragó saliva. Esto es algo que no había previsto. —No lo sé. No se va a poner exigente. Tenemos un acuerdo—.

—Pensé que sabías como son las mujeres—.

—Lo sé—.

—Todas están de acuerdo hasta que has estado saliendo con ellas un par de meses. Entonces se ponen exigentes, muy exigentes y la palabra esa que empieza por —m— surge—. Rió Jeff.

—Dame un respiro. Bess sabe que yo no soy de los que se casan—.

—Y, ¿eso le parece bien?—

—Bueno... un poco.— Whit se enderezó.

—¡Exactamente! No le parece bien y tú no estás viendo la realidad... Una cosa que te pasa a menudo—.

—¿Has llamado para darme consejos?—

—La verdad es que te he llamado para ver si te has puesto en contacto con ese terapeuta que te recomendé—.

—No necesito un terapeuta—.

Siguió una risa seca. —Si alguna vez ha habido un tío que necesita un terapeuta, ése eres tú—.

—Entonces, ¿crees que estoy loco?—

—No. Creo que necesitas un poco de ayuda. Demonios, Whit. Nadie sale de una familia como la nuestra indemne. ¿Disfuncionales? Nosotros somos el prototipo de eso—.

—¿Eso te incluye?—

—Yo tenía once años cuando Mamá se fue. No fue tan traumático para mí como para ti...y Robbie y Mal. Además, yo he ido al terapeuta—.

—Ya me lo has dicho. Pero nunca me has explicado nada. Además, creí que Janice era tu terapeuta—.

—No le cuentas a la gente lo que hablas en la terapia. Sólo lo hablas con tu terapeuta. Janice apareció en el momento adecuado. Yo acababa de superar mi fobia al matrimonio. Ella fue paciente y comprensiva. Pero sin el terapeuta, eso no habría sido suficiente—.

—Los hombres de verdad no necesitan terapeutas—.

—Los hombres de verdad que son inteligentes reconocen cuando lo necesitan y van—.

Whit hizo un ruido. —¿Nunca te rindes, verdad?—.

—Tienes treinta y cinco años, Whit. Todavía hay esperanzas para tí. Soy feliz. Más feliz de lo que me imaginaba. Tengo la familia que siempre he querido. Sé que quieres lo mismo que yo. Yo también quiero que la tengas. Esta es la única manera de conseguirlo, chico—.

—Cuando y si quiero tener una familia, la tendré—.

—Te tienes que casar primero—.

—Lo haré—.

—Quiero oírte decir que te vas a casar. Usa la palabra —m—.—

—¿Y a tí qué te importa?—

—¿Lo ves? Estás evitando el tema. Sabes que tengo razón. Sabes que quieres lo que nunca tuvimos. Lo quieres tanto que puedes sentirlo en el paladar. Una vez casi lo conseguiste. Sin ayuda no tienes ni una posibilidad—.

Whit se echó atrás en su asiento y bebió un gran trato.

—¿Whit? ¿Whit?—

—Estoy aquí. Pensando—.

—Oh. Vale. Me asustaste. Sólo te estoy persiguiendo de esta manera porque te quiero. Eres como mi hijo. Jolin, te crié casi tanto como hizo Papá, quizás más todavía—.

—Lo sé, Jeff. Me fío de ti. Es que...—

—¿Qué? ¿Te da miedo? Nadie te va a hacer daño en la terapia. Ve. Confía en mi. Te cambiará la vida. Díme que lo pensarás—.

—Pensaré en ello. ¿Cómo está Papá?—

—Palideciendo. Cada día un poco más—.

—¿Los chicos?—

—Son geniales—. Whit podía percibir la sonrisa de su hermano por el teléfono. —Serías un gran padre, Whit—.

—Hey, soy un padre. Por lo menos, un padrino. Estoy cuidando de un doguillo sin hogar—.

—¡Genial! Un paso en la dirección correcta—.

—Es maravilloso... divertido. Un perro genial—.

—¿Cómo te va en el trabajo?—

—Bien. Pick me ha llamado. En un par de semanas me iré a Asia para escribir para su diario—.

—¿Tu chica nueva sabe esto?—

—No he dicho nada todavía. Es un poco pronto. Sólo hemos pasado nuestra primera noche juntos—.

—Es mejor que se lo cuentes—.

—Lo haré. Lo hare—.

—Me tengo que ir. Partidos de fútbol—.

—Dále recuerdos a Janice. Has tenido suerte de encontrarla—.

—Desde luego que si. Cuídate. Llama al Dr. Sumner—.

—Gracias por los consejos, Jeff—.

—Te quiero, chaval—.

—Yo también te quiero—.

Whit dejó su móvil encima de la mesa, se puso en pie. Se acercó a la ventana, mirando la ciudad, edificio tras edificio de acero, cemento, ladrillo y piedra ante sus ojos. Un frío le recorrió un instante. *Tanta gente en esta ciudad y conozco tan poca. ¿Están todos conectados? ¿Y yo? ¿Quiero yo tener una familia como dice Jeff?*

Si quisiera una familia, Bess sería el tipo de mujer con la que yo me querría casar. Me voy a ir pronto. Para entonces lo sabré. Y si ella no funciona, como todas las demás, me iré a Asia y empezaré un nuevo capítulo en mi vida. Me parece que eso es el plan.

Su móvil sonó. Había un mensaje.

Cata especial en cinco minutos. Tú traes el vino.

Era de Bess. Él sonrió. Homer ladró.

—Vale, chico. Si. Es hora de ir a visitar a nuestras chicas—. Agarró una botella del Cabernet favorito de Bess y recogió un ramillete de rosas rosa que había estado guardando en un jarrón. Envolvió los tallos mojados en papel y cruzó el pasillo. *No sé lo que va a suceder. Pero de momento, soy feliz.* Una sonrisa franca se plasmó en su rostro mientras tocaba el timbre y Homer ladró anunciando su llegada.

Cuando se abrió la puerta, a Whit casi se le cae la botella de vino. Las flores si que llegaron al suelo.

Bess estaba en el umbral, vestida únicamente con un delantal. —Entra, entra. La cata está a punto de empezar—.

Capítulo Ocho

—¿Qué coños te pasa?— Sam le preguntó a Whit.

Él se quedó sentado allí con las mangas arremangadas hasta los codos, bolígrafo en mano, al lado del ordenador principal, tomando notas en sus textos. —¿Qué quieres decir? Nada—.

—Estás sonriendo todo el tiempo. Has dejado de ser desagradable conmigo. ¿Qué pasa?—

El carcajeó un poco. —No pasa nada, Sam. He dejado de odiarte, eso es todo—.

Ella achinó los ojos. —Creo que me gustaba más las cosas cuando me odiabas. No conozco este tipo nuevo. No estoy segura de fiarme de él—.

—Recuerda tu dicho—no te fies de nadie. Todo el mundo miente—.

—¿Me estás citando a mi misma? Ése es el Whit que yo conozco y odio—. Sonrió un instante. —Termina con tus notas y vete a maquillaje—.

—Ya voy. No he fallado un noticiero todavía—.

—Siempre hay una primera vez—, murmuró ella.

Whit se quedó quieto en la silla mientras la maquiladora hacía todo lo posible por hacer que su rostro afeitado fuese totalmente imberbe. Mientras ella trabajaba, en su mente revivía la noche ardiente con Bess. Sentía hormigueo en las puntas de los dedos ante el recuerdo de ella. Juraría que olía una pizca de lilas en el aire. Ella le dió una satisfacción en la cama como no había sentido con ninguna otra mujer. Suave, sensible, con un cuerpo pleno. Le encantaba tener a donde agarrarse.

Después, habían disfrutado de la tarta de chocolate más deliciosa que había probado y un vaso de *Bailey's Irish Cream* fue el toque final.

Whit tenía que reconocer que ahora dormía mejor. Las noches con Bess le relajaban. Incluso se había acostumbrado a Albóndiga y Homer al pie de la cama. Sus ronquidos, irritantes al comienzo, ahora eran algo que calmaba. Habían pasado tres semanas desde la primera vez que se había acostado con ella, y se dió palmaditas en el hombro cada día por su buen gusto y tener los huevos de haber abordado a la deliciosa mujer del otro lado del pasillo.

En el instante en que entraba en su apartamento, el aroma de algo delicioso en la cocina le hacía salivar y le aportaba paz al mismo tiempo. Le recordaba los olores de las casas de cuando era niño.

Cuando él tenía nueve años, su mejor amigo, Mike, tenía la familia más agradable de la ciudad. Whit pasaba la máxima cantidad de tiempo que podía allí. Ellos habían sentido lástima de él y le invitaban a cenar a menudo. La fragancia de comida sabrosa conjuntamente con el sonido dulce de una voz de una madre le habían hecho sentirse parte de una familia normal, aunque sólo fuese unas pocas horas.

En los días cuando volvía a casa para confrontarse con una cena de raviolis en lata tibios y habas verdes congeladas mezcladas por su padre que no tenía mucha idea o su hermano mayor, volvía a la realidad de su situación. Entonces desaparecía en su cuarto, se tumbaba en la cama y soñaba que era el hermano perdido de Mike. Visualizaba mudarse a casa de él, compartir su cuarto con Mike y ser cuidado por su cariñosa madre.

Ésta había sido su fantasía favorita y le había calmado y dejado dormir más de una noche.

La casa de Bess ofrecía el mismo sentir hogareño y olores aún más deliciosos emanaban de su cocina. Sus maneras de ser sencillas y poco pretenciosas le hacían sentirse cómodo. Había incluido un cepillo de dientes y una cuchilla de afeitar en su baño. Descorchó el vino, despejó la mesa y ayudó con la tarea de retirar todo después de cenar— una tarea que había odiado hacer de niño pero que no le importaba ahora.

Whit era demasiado listo para tomar en vano la calidez y generosidad de ella. La llevaba a restaurantes elegantes por lo menos una vez a la semana, le compraba flores, siempre llegaba con una botella de vino y tenía cumplidos sobre los platos que había disfrutado. Le gustaba casi todo lo que hacía ella, así que eso era fácil. Se rió al recordar la única vez que ella había fallado. —Nadie puede hacer que las alubias blancas estén ricas—, dijo él.

La maquilladora le miró. —¿Disculpe?—

—Nada—, dijo él barriendo el aire con la mano. En estas breves semanas, Whit se encontró pasando más tiempo en casa de ella que en la suya. Él y Homer eran invitados de honor, aunque Whit siempre llamaba antes de ir. De niño, él había desarrollado buenas habilidades sociales. Había descubierto que ser cualquier cosa menos que perfectamente amable era una manera segura de agotar las invitaciones a cenar de manera rápida. El significado de la palabra agradecimiento era algo que él aprendió a una edad temprana. Su recompensa había sido la cálida bienvenida que había recibido de los padres de sus amigos.

—Whit, qué alegría verte. Siempre eres bienvenido a nuestra casa—.

—Daniel, ¿por qué no puedes tener modales como tu amigo, Whit?—

De niño, había supuesto que nadie sabía lo mal que estaban las cosas en su casa. Aunque él lo había ocultado bien. La verdad era que todo el mundo había sabido, especialmente los padres. Habían sentido pena por él. Su conducta excelente sólo habían hecho más sencillo para ellos hacer lo correcto e invitar uno de esos —pobres chicos Bass— a su casa para una comida decente.

Cuando tenía catorce años y era la estrella del equipo de fútbol de su colegio de secundaria, había oído a los padres de sus amigos en el partido. Se había inclinado para beber agua de la fuente y escuchó más de lo que esperaba en una conversación cercana.

—¿No es fantástico que Whitfield Bass no se haya convertido en un criminal? Creciendo sin un hogar adecuado. Fíjate en él ahora, el defensor de nuestro equipo—.

—Es un milagro que se haya puesto tan grande. Le invitábamos a cenar un par de veces a la semana para que pudiera tener un buen plato de comida. Pobre chaval sin madre que cuidase de él—.

—Oh, su padre lo hizo lo mejor que pudo. Pero viajando constantemente... es un milagro que los chicos comiesen—.

La cara de Whit se había puesto roja. El deseo de echarles sus palabras en la cara entraba en conflicto con el deseo de sencillamente alejarse. *No es culpa suya que yo no tuviese familia. No puedo enfadarme con ellos. Si que aprecio esas comidas.* Whit no hizo ninguna de esas dos cosas. Se había enderezado y secado la boca con el dorso de la mano.

Cuando la madre de Mike le había visto, inspiró y se llevó la mano a la boca. Whit le sonrió. —Un placer verla Sra. Brown. Gracias por venir al partido—, dijo y dió zancadas de vuelta al campo de juego.

Ya no quedaban ilusiones infantiles. No había recuerdos dorados de su familia. A partir de ese día se convirtió en un realista. Whit sabía que tendría que cuidarse él solo sin la ayuda de los demás si es que no quería escuchar repeticiones de esa conversación. Así que se había hecho un hombre. Para entonces Jeff ya se había casado y se había mudado a Baltimore. Whit y su hermano Robbie seguían en casa.

Jeff le había invitado a visitarles cuando el chico había podido ser capaz de reunir el dinero para el billete de tren. Jeff se había vuelto para Whit tan importante como su padre y era mucho más asequible. Pero tenía esposa y su propia familia pequeñita. Whit no había ido muchas veces, pero en las vacaciones era difícil resistirse. Un día de Acción de Gracias cuando tenía dieciseis años, regañó con Robbie y abandonó la casa de su padre yendo a casa de Jeff.

Había ido en el tren atestado de gente, los nervios a flor de piel de la batalla emocional en casa. Se había sentido avergonzado invadiendo la vida hogareña de Jeff. Pero cuando él llegó, ellos le habían estado esperando en el andén—Jeff, Janice, los padres de ella y su hermana con un letrero que decía —Bienvenido, Whit—. Él había llorado. Incluso ahora cuando recordaba esa escena, se le empañaban los ojos.

Cuando se terminó el maquillaje, se puso en pie, se quitó el babero y se bajó las mangas de la camisa. Sonrió, le dio las gracias a la maquilladora y volvió a su mesa.

Sam se acercó presurosa. —Esto acaba de llegar. Policía secreto asesinado en una explosión de un coche—, dijo ella entregándole papeles. —Es nuestra entrada—.

—¿Quién es?— Su pulso se aceleró. *No puede ser.*

—No sé. Viene aquí en alguna parte. Mc alguien. Tienes veinte minutos. Familiarízate con esto—.

—¿No será McNeil?—

—¡S! Eso es. ¿Le conoces?—

—¿Terrance McNeil?—

—Si, si—.

Whit se hundió en su asiento, sin prestarle mucha atención a su productora.

—Eres la persona perfecta para esta noticia ya que le conocías. Hazlo enterecedor, Whit—.

—No puedes... no puedes airear esto. Todavía no. Tengo que... hablar con alguien... llamar a alguien...—.

—¡Gilipollices! ¿Estás loco? No hemos tenido una noticia jugosa como esta desde hace semanas. Claro que vamos a airearlo. Hazlo bien, guapo—.

Bess! Durante un momento, Whit no sabía qué hacer. Bess siempre escuchaba su noticiero. Lo ponía mientras cocinaba. Luego abrió su móvil y marcó.

—¡Rory! Soy Whit. Vete a casa de Bess ahora mismo. Si. No la dejes ver las noticias. Por favor. Haz lo que sea para distraerla pero no la dejes ver las noticias. Una historia. Se la contaré luego. ¡Claro que es algo malo! Por favor, por favor—. Cerró su móvil. *Rory está de camino.*

Whit empezó a sudar. Se aproximaba la hora. Se sentó en su sitio.

La maquilladora apareció con polvos y una borla de algodón. ¿Qué demonios? Estás empapado. ¿Quién ha subido la calefacción aquí dentro?—

* * * *

Crash pulsó el timbre y luego dejó a Rory y su doguillo, Baxter, entrar en el edificio.

—Bess, agarra a Albóndiga y vámonos de paseo—.

—Van a salir las noticias en un momento. ¿Puedes esperar media hora?—

—Baxter tiene que salir—. Homer saludó a Rory y olisqueó a Baxter.

—Tengo a Homer también—.

—¿Whit te lo deja aquí todos los días?—

—No todos los días. Casi todos los días. Albóndiga se ha acostumbrado a él. Todavía no comen juntos pero por lo demás hay paz—.

—Venga, vámonos—. Rory le entregó los dos arneses a Bess.

—Pero Whit. Sabe que estoy viendo las noticias. Siempre me pide una crítica...—

—Díle que esta vez te han desviado—. Rory tiró de la manga de Bess.

—Grabo el programa—.

—¡No!— Gritó Rory.

Bess se sobresaltó. —Vale. ¿Qué pasa?—

—Me temo que Baxter se va a mear en tu suelo. Vámonos ya—.

Bess puso las correas a los perros y se unió a su amiga. Caminaron en el parque y hablaron. *Rory parece estar nerviosa.* —¿Todo bien contigo y Hack?—

—Genial. ¿Por qué preguntas?—

—Normalmente estás tan relajada, pero esta noche estás nerviosa—.

—Oh, si. Ciertamente. Me han dado una mala noticia de una amiga—.

—¿Quieres hablar de eso?—

—¿Cuáles son tus planes para Acción de Gracias?—

Cambia de tema todo el tiempo. ¿Qué pasa? —¿Rory, estás bien?— Bess puso la mano en el brazo de su amiga.

—Claro que sí. ¿Por qué preguntas?—

—No eres tú. Estás alterada y cambias de tema todo el tiempo—.

—Tengo algunas cosas en la cabeza que me gustaría olvidar—.

—Oh, vale. ¿Nada demasiado tremendo?—

—Espero que no—, murmuró Rory.

Las dos mujeres caminaron y hablaron durante cuarenta minutos.

—Tengo frío. Regresemos a casa—. Las mujeres guiaron a los perros de vuelta al edificio.

—¿Café?— preguntó Bess.

—¿Vas a prepararte para tí?—

—Estoy congelada. Sí—.

—Yo también quiero—.

Bess hizo café y colocó dos pedazos de pastel de café de una nueva receta que había creado.

—¿Pastel de café con pistachos?—

—Sí. No es mi mejor idea, pero no quiero tirar el pastel a la basura—.

Rory rió. —Entonces me lo das a mí. Tiene sentido eso—. Rory le dio un bocado. —Realmente me gusta—.

—Bien. ¿Quieres llevártelo para Hack?—

Rory levantó las manos en protesta cuando sonó el timbre.

—Seguro que es Whit. Vaya. No le va a gustar que me perdiese sus noticias—.

—Esta vez no—, murmuró Rory. Bess miró fijamente a su amiga mientras se dirigía a la puerta. Albóndiga y Homer ladraban y le seguían. Rory le puso la correa a Baxter.

Cuando Bess abrió la puerta, Whit entró deprisa. Homer saltó encima de su pierna intentando alcanzar la cara de su amo y darle un lametazo. Las cejas del presentador estaban ceñudas. Acarició a Homer y luego le apartó con suavidad, tenía una mirada de preocupación.

—Siento perderme tu emisión—. Ella se estiró para darle un beso. —Rory pasó por aquí y tuvimos que sacar a los perros...—

El le puso una mano en el brazo. —No pasa nada. Sin problemas—.

Rory y Baxter llegaron a la puerta. —Hora de que me vaya—, dijo Rory.

—Gracias—. Dijo Whit saludándola con la cabeza.

—Sin problemas—, dijo Rory.

Antes de que Bess pudiera formular una pregunta, su amiga y Baxter se habían marchado. Whit cerró la puerta tras de sí. Se dirigió a la licorera y sacó una botella de coñac, dos vasos y los llenó.

—¿Qué pasa?— Le empezó a latir el pulso. *Pasa algo y no es algo bueno.*

—Siéntate, Bess—, dijo Whit llevando las dos bebidas al sofá.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha pasado algo... algo malo? Se le encogió el corazón.

—Siéntate—. Colocó un vaso en la mesa de café y bebió un trago del otro vaso.

—Oh, dios mío. ¿Qué sucede?— Sentía escalofríos en los brazos y las lágrimas empañaban sus ojos. —¿Es algo malo, verdad?—

—Bess... Yo...—

—Dílo de una vez—, dijo ella apretándole el brazo.

—Hubo un atentado hoy, una explosión en un coche. Alguien murió...—

—¿Quién? ¿Quién?—

Él alzó una mano. —Un policía—.

Ella inhaló una gran cantidad de aire. —¿No, no, no será Terry? Dime, dime Whit, dime que no ha sido Terry—.

—No puedo—.

A través de las lágrimas ella vió el dolor en su cara. —Por favor, dios mío, ¡dime que no ha sido Terry!—

—Lo fue. Fue Terry. Le han matado—.

—¡Oh dios mío! No, no, no, no, no, no...— Se puso en pie dando pasos de un lado al otro por la ventana, sacudiendo la cabeza y repitiendo la palabra `no` una y otra vez.

Whit la detuvo, tomándola por los brazos con las manos. —Para, para. Es cierto. Lo siento mucho, Bess, lo siento tanto—. Sus palabras suaves llegaron a ella. Las emociones en ella surgieron como la lava de un volcán. Sintió la adrenalina y apenas podía respirar. Mirándole a los ojos, ella sabía que era verdad.

Bess cayó contra su pecho, sollozando, se le doblaron las rodillas. Él apretó los brazos entorno a ella, sosteniéndola y dejándola llorar. Su garganta se cerró y las lágrimas corrían por su rostro, empapando la chaqueta de él. Sintió náuseas en el estómago mientras tragaba aire. Se apartó de él y se fue corriendo al baño donde vomitó tres veces.

—¿Estás bien? ¿Bess? Abre—.

Ella se aferró al frío retrete de porcelana, sosteniéndose. Su cabeza descansaba encima de su muñeca. Se enfrió la frente con el borde del retrete. En cuanto su respiración se regularizó, se puso en pie en piernas que temblaban.

—¡Bess! ¡Contéstame!— Decía Whit desde fuera.

—Estoy bien—, replicó su voz débil. Se salpicó la cara con agua, se cepilló los dientes y se enjuagó la boca. Luego cerró la tapa del retrete y se sentó mientras esperaba que volviese a tenerse en pie.

—Por favor, abre—.

Ella miró la puerta del baño, la mirada puesta en el cerrojo. Se inclinó hacia delante y la abrió. Whit entró. Ella le miró con los ojos hinchados y llorosos.

—Oh, nena—, dijo él suavemente. La levantó por los brazos y la guió de vuelta al salón. Bajándola con cuidado al sofá a su lado, la sostuvo y le acarició el cabello.

La fuerza había abandonado su cuerpo. Apenas podía levantar un brazo.

—Tómame esto—. Whit le llevó la copa de coñac a los labios.

Ella bebió un sorbito y al principio se atragantó, luego la bebida bajó de forma suave y agradable, caldeándola por dentro. —¿Qué pasó?— preguntó ella.

—Era la noticia principal. No pude conseguir que Sam la dejase para mañana—.

—¿Así que por eso vino Rory?—

—Yo la llamé. Es una buena amiga. Quería estar aquí cuando te enteraras—. Ella esbozó una pequeña sonrisa. *Qué tierno*. Le tocó la mejilla. Él alzó la copa de coñac y ella bebió otro poco. Empezó a relajarse. —Por favor, cuéntame todo—.

Whit le contó los detalles. Bess lloró varias veces. Terminó su bebida y se tumbó en el sofá. Él la cubrió con una mantita. Albóndiga saltó al sofá y se enroscó a los pies de Bess. Ella se quedó dormida en unos minutos.

* * * *

Whit dio pasos por el apartamento de Bess varias veces, intentando decidir qué hacer. *Está tan alterada, seguro que le sigue amando. Eso es bueno, ¿no? Entonces no se enamorará de mi. Podemos seguir como vamos sin que ella se quiera comprometer. ¿Cuánto tiempo se puede amar a un hombre muerto? ¿Qué estoy pensando? Esto es terrible para ella. Me necesita. Tengo que hacer algo. ¡Piensa, piensa!*

Se dejó caer en el sofá. Homer se unió a Whit, sentándose a sus pies y dando un sólo ladrido. *¡Los perros! Eso es*. Whit agarró las dos correas y a Albóndiga que parecía estar pegada a la pierna de Bess. Se dirigió al ascensor. *Un buen paseo largo. ¡Perfecto!*

Cuando llegó a la calle, se encaminó con los perros hacia el parque. El tiempo estaba nublado y hacía fresco pero no hacía mucho frío. La caminata rápida le hizo entrar en calor. Mientras se dirigía al Gran Césped, pensó en su vida.

Está tan cerca de ser la mujer perfecta. Pero si sigue enamorada de Terry, no hay sitio para mi. Eso está bien. Me voy a marchar pronto de todas formas. Será lo mejor. Irme antes de volver a equivocarme. Bess es tan tentadora. Él pensó en su cuerpo delicioso y sus labios suaves. Sintió un hormigueo en los labios al recordar su último beso.

La atracción de pasar todo su tiempo libre en el apartamento de ella era grande. Whit apenas podía resistir su deseo de estar cerca de ella y cuando olía algo delicioso en el aire, su estómago le obligaba a pulsar el timbre de su casa. Ella le daba la bienvenida. Aunque Ned se había recuperado y vuelto a sus tareas como catador, Bess respetaba las evaluaciones sobre sus creaciones culinarias también.

A él le gustaba sentirse importante para la famosa cocinera. Nunca había sido parte de la vida laboral de una mujer, exceptuando las pocas veces que se había liado y tenido una relación con una de sus productoras. *Angie, Beth...qué desastres.* Rápidamente había aprendido a resistir acostarse con mujeres en la emisora, fuese lo atractivas que fuesen.

Todo lo que tenía que ver con Bess era una novedad para él—su cocina, su devoción para con su perro y su bondad. Él buscaba su compañía, aunque ya habían hablado de ser sólo amigos. El rió levemente. *Eso no duró mucho.* La química entre ellos dos había aflorado. Resistir la tentación nunca había sido uno de sus puntos fuertes, especialmente cuando se trataba de mujeres.

¿Por qué resistirse? No es como que trataba mal a sus mujeres. Las llevaba a sitios agradables, llamaba cuando decía que lo haría, llegaba a la hora y ofrecía cumplidos auténticos con ramilletes de rosas. El hecho de que su corazón estaba a buen recaudo y nunca disponible, no frenaba la serie de mujeres deseosas de caldear su cama.

Se apalancó en un banco mientras Homer se fue hacia un árbol que necesitaba un repaso a fondo. Albóndiga se unió a él y se enroscó a su lado en el banco, apretándose contra su cadera. Hizo un sonido y cerró los ojos. Whit descansó una mano en ella, acariciando su pelaje suave.

Bess es diferente. ¿Eso es bueno? A lo mejor si, o quizás no. Whit siempre había tenido cuidado de perseguir mujeres jóvenes y serias que perseguían una carrera, mujeres que no tenían en mente matrimonio y bebés. Las modelos eran perfectas. El único compromiso que él hacía era su tipo corporal. Siempre había preferido mujeres con más carnes. Pero si estas otras mujeres eran más seguras, él dejaba de lado el placer de un poco más de cuerpo qué amar.

Llegando a la cuarentena, se dio cuenta que su atractivo para mujeres jóvenes estaba empezando a difuminarse. Pero ser un comentarista de noticias bien conocido le hacía seguir estando requerido. La vida era buena. *Gran trabajo. Todas las mujeres que pudiera desear. Apartamento fantástico. Perro perfecto. Vida perfecta. Soy la envidia de la mayoría de los hombres de mi edad.* Se bendecía a sí mismo cada día por la buena suerte que tenía cuando se miraba en el espejo.

Entonces, ¿por qué se deprimía tanto en las vacaciones? ¿Por qué se detenía cuando pasaba ante un parque con niños, cautivado por los gritos de alegría de los niños pequeños? Si era tan feliz ¿por qué tenía que convencerse a sí mismo?

Albóndiga cambió de postura. El teléfono de Whit sonó. *Jeff*. —Hey, ¿qué tal te va?— le preguntó a su hermano mayor.

—Genial. Eres tú el que me preocupas. ¿Has llamado ya al terapeuta?—

—No exactamente. He estado bastante ocupado—.

Jeff ignoró la respuesta. —No tienes que decirle a nadie que vas—.

—No lo había pensado. Tengo una vida bastante buena—.

—¿De verdad, Whit? No puedes comprometerte con una mujer y rechazas firmemente considerar crear la familia que nunca tuvimos. ¿Dices que eso es ser feliz?—

—He vivido hasta ahora sin una familia tradicional. Estoy acostumbrado a ello—.

—¿Qué tiene de bueno estar acostumbrado a estar solo?—

—Ausencia de dolor. Además, lo intenté una vez. Gemma. ¿Te acuerdas?—

—Si, qué elección mas mala—.

—Gracias por tu apoyo—. Dijo Whit frunciendo el ceño.

—Quizás si fueras a terapia, harías mejores elecciones y conseguirías lo que quieres —.

—Gracias, Jeff. Me lo pensaré—.

—Eso está mejor de lo que normalmente me dices—.

—Lo que sea para que no me estés insistiendo—.

—Bien. Pórtate como un estúpido. Antes me hacías caso. Supongo que tu trabajo se te ha ido a la cabeza—.

—Jeff, yo— Pero su hermano ya había colgado.

¿Tiene razón? Whit siempre había dependido de Jeff, la única influencia constante y positiva de su vida. Jeff raramente se equivocaba. Le habló a Albóndiga. —¿Debo creerle? ¿Llamar al medico? ¿Estoy loco, Albóndiga?—

La doguillo abrió los ojos y le miró fríamente.

—Ayudas poco tú—, dijo Whit. Un sonido de su móvil le hizo mirar.

Este es el número. 212-752-2214

Dr. Richard Sumner. LLámale. Ahora.

Whit rió por lo bajo y se volvió hacia el perro acurrucado a su lado. —Vale, vale. Él gana—.

Marcó el número. Contestó una máquina. —Esto es Whitfield Bass. Mi hermano Jeff Bass, me ha dado su número. Me gustaría fijar una cita—. Whit dejó su número y luego se guardó el móvil en el bolsillo trasero y se puso en pie. Albóndiga aulló levemente. Whit se inclinó hacia ella y la perrita le lamió la cara. —Me alegro de saber que te parece bien—.

Recogió las correas y se encaminó hacia el Wellington. Una pequeña sensación de alivio le recorrió la mente un instante, haciéndole sonreír. *A lo mejor Jeff tiene razón.*

—Puede que Bess esté despierta ya y preguntándose dónde estás, Albóndiga. Vámonos—.

Los doguillos trotaban por la acera por delante. *Son listos. Saben dónde vamos.* Whit sonrió y ladeó la cabeza. *Los perros son fantásticos.* Intercambió saludos con Crash camino al ascensor mientras cruzaban la entrada.

Una vez en el apartamento de Bess, Albóndiga se fue corriendo al sofá y subió en un brinco. Lamió la cara de Bess hasta que la mujer rubia se despertó.

—¿Ya estás despierta?—

—Ahora sí. Gracias, Albóndiga—. Bess se frotó los ojos y estiró los brazos hacia el techo.

—Nos fuimos al parque. ¿Cómo te encuentras?—. Se sentó en una silla al lado del sofá.

—Estoy un poco mejor—.

—¿Te apetece levantarte? ¿Salir a cenar?—

—No sé si podría salir... ir a un restaurante—.

—¿Qué te parece si pido comida para llevar? ¿Comida china?—

Bess tenía aspecto cansado. Su chispa natural y energía la habían abandonado como el aire de un globo. Se movía a cámara lenta, columpiando las piernas por el borde del sofá y poniéndose en pie. Un traspíe casi la tira al suelo, pero Whit la agarró antes de que pudiera caer.

—Parece que las piernas no las tengo muy listas todavía—.

—No te preocupes—. Él la guió hacia la mesa. —¿Café?—

—Yo voy—, dijo ella, intentando ponerse en pie.

Whit empujó su hombro suavemente. —Yo lo hago. Siéntate—.

Ella le miró usar su máquina de café especial. Él trajo leche y virtió dos tazas grandes. Bess bebió la bebida caliente a sorbitos y deslizó la mano por encima de los dedos de él. Él la miró con una sonrisa cálida.

—Muchísimas gracias por estar aquí—.

—Por supuesto. ¿Dónde si no estaría yo? Ahora, ¿Qué te gustaría comer?—.

—No tengo hambre—.

—Qué te parece... un poco de sopa de huevo y un par de albóndigas—.

Albóndiga ladró al oír su nombre. Bess y Whit rieron. Homer también ladró. Bess rió tanto que le caían las lágrimas. Su cuerpo se sacudió y le corrían las lágrimas por las mejillas. Whit hizo el pedido con su móvil.

—Quiero ir al funeral. ¿Sabes cuando y dónde será?—

—Todavía no lo sé. Estoy seguro que cubriremos la noticia. Te puedo llevar en la furgoneta de la emisora—.

—¿Te dejan hacer eso?—

—¿Por qué no? No puedes ir sola. Vienes conmigo—.

—Gracias—. Ella sonrió.

Después de la cena, Whit la acostó y recogió la cocina. Paseó los perros y luego se desvistió y se metió en la cama al lado de Bess. *Si me dejo los calzoncillos puestos, quizás pueda resistir hacerle el amor. Necesita dormir.* Se acurrucó a su lado. Ella gimió sin despertarse. Él la abrazó y cerró los ojos.

Un par de horas más tarde, se despertó de golpe. *El funeral. ¿Será un sitio seguro? A Terry le asesinaron. ¿Estará segura Bess? Si esto fue un atentado ¿Será ella la siguiente?*

Capítulo Nueve

La furgoneta se detuvo al lado del camino que iba a la tumba del oficial McNeil para que Bess se pudiera bajar primero. Le siguió Whit. Caminaron por el césped hacia el montículo de tierra al lado del ataúd. El funeral había estado cerrado al public, pero la familia había dejado que los amigos y la prensa estuvieran presentes en el entierro. Bess llevaba un vestido de color azul marino de seda. Encima llevaba un abrigo de lana ligero de color crema muy elegante. Una gruesa capa de maquillaje no podía ocultar la palidez de su piel. Los ojos levemente hinchados y la nariz de color rosa, cosa que descubrió al mirarse en el espejo que llevaba en el bolso.

Whit vestía un traje de color negro y una corbata de color oro oscuro. *Está guapísimo incluso para un entierro.* Ella quería tomarle de la mano pero sabía que no era lo adecuado. *Está trabajando. Tengo que guardar las distancias. No ponerle en un aprieto. Sé una profesional. Nadie sabe nada de Terry y yo. Estar callada. No llamar la atención.*

Siguió sus propios consejos y subió la cuesta donde había unos hombres vestidos de uniforme en pie al lado de la familia de Terry y sus amigos. Una mujer con la cara surcada por las lágrimas y que parecía no haber dormido desde hace días, se acercó.

Whit dió un paso al frente y se presentó, dándole la mano. —¿La Sra. McNeil?—

—Mona—, replicó la mujer.

—Siento su pérdida—, dijo Whit.

Bess buscó una silla vacía. Antes de poder ser parte del grupo de gente, Mona la buscó. Dio un paso al frente. —Soy Mona, la esposa de Terry. ¿Quién es usted?— No le ofreció una mano. En vez de eso, Mona tenía los puños en las caderas.

Bess sintió su rostro palidecer. —Bess Cooper. ¿Usted es su esposa? Pensé que estaba divorciado—.

—Casi divorciados. Separados. ¿Tú eres su chica?— La pregunta en su mirada se endureció con hostilidad, haciendo que la sangre de Bess se enfriara.

—Éramos amigos—.

—¿Ah, si? No me lo creo. ¿Amigos con derecho a roce?— Mona achinó los ojos. Su mirada repasó a Bess haciéndola sentirse desnuda.

Bess se cerró el abrigo. —Sólo amigos—.

—¿Nunca te acostaste con Terry?— Mona enarcó una ceja.

Bess sacudió la cabeza, evitando la mirada de Whit.

La boca de Mona se cerró firmemente. —No me lo creo. Me tenía que creer que acabaría con alguien como tú—, murmuró.

—¿Le importaría que le hiciese unas cuantas preguntas?— dijo Whit, guiando a Mona lejos de Bess que buscó una silla donde se dejó caer pesadamente.

¿Casado? Dijo que estaba divorciado. ¿Había mentido? Supongo que sí. ¿Casi divorciado? ¿Es ahí donde estaba los sábados por la noche? Tiritó ante la idea de que él le había estado mintiendo todo el rato. *No puede ser cierto. Incluso ella ha dicho que estaban casi divorciados. ¿No es eso lo mismo?*

El cámara y el sonidista siguieron a Whit. Ella no podía oír las preguntas y las respuestas, de manera que se volvió para mirar a los presentes. Había por lo menos treinta personas, casi todas en uniforme azul de policía. Unos cuantos se acercaron a ella y le preguntaron cómo es que ella conocía a Terry y ella les contó que habían sido amigos.

—¿Un vasito de agua, señorita?— Un oficial le ofrecía un vaso de papel lleno de agua con una sonrisa cálida.

¿Está ligando conmigo en... Un funeral? —Gracias—. Tomó el vasito de agua y bebió un poquito, evitando mirarle.

Antes de que él pudiera continuar la conversación, Mona estaba de vuelta. Whit y el equipo de televisión iban detrás. La expression atormentada de la viuda alertaron a Bess de que era el momento de irse. Se puso en pie y se volvió hacia la furgoneta. Pero Mona la seguía. Alcanzó a la guapa cocinera y tiró de su brazo.

—¡Yo te conozco! Tu eres esa cocinera buscona,— dijo Mona en un tono de voz demasiado alto para la ocasión. Todas miradas se volcaron en ella.

—¿Qué?— Los ojos de Bess se agrandaron.

—¡No, no, no cocinera. Eh... eh... horno! Eso es. *Horneando con Bess*. Esa eres tú. Tú tenías tus garras en mi marido, hija de puta. Y ahora está muerto—. Mona le cruzó la cara a Bess con la mano.

A Bess se le nubló la vista con lágrimas de ira. Sintió el calor en las mejillas. —¡No te acerques a mi! ¡Estás loca!— Chilló Bess. Varios policías se llevaron a Mona que iba diciendo palabroas y dando patadas. Otro par de hombres de uniforme hablaban bajo a Bess que se frotaba una mejilla.

—Si, eso es as alto. Pero es una viuda. ¿No querrá denunciarla, no? Quiero decir, lo decente es perdonar y olvidar...—

Whit agarró a Bess del brazo y la guió hacia la furgoneta. —Venga. Vamos a sacarte de aquí—. La ayudó a entrar en el vehículo y se metió cerrando la puerta.

—¿La has oído? ¡Oh, dios mío! ¡Está loca! Terry estaba separado, divorciado o casi. No tengo nada que ver con ella. ¡Me golpeó!— Bess sacó un espejito del bolso y se miró el labio hinchado.

—¿Estás bien?—

Rompió a llorar. —Yo también estoy de luto por Terry. Ella no es la única—.

—¿Te acostaste con él?—

—Claro que sí—.

—¿Mentiste?—

—Quería impedir que se sintiera humillada. Además a nadie le importa lo que Terry y yo hacíamos de puertas para dentro—.

—Tienes razón, tienes razón. Vámonos, chicos—, dijo Whit.

Bess se limpió los ojos con un pañuelo de papel, pero su piel todavía le ardía. El sonidista le entregó un vasito de papel con un poco de hielo y lo que le quedaba de su café con hielo. Bess lo presionó contra su rostro. Volvieron en la furgoneta en silencio. Ella se quedó dormida, con la cabeza en el hombro de Whit.

Frenaron ante el edificio Wellington. Bess se bajó y les dio las gracias. Crash abrió la puerta y la furgoneta se alejó del bordillo.

* * * *

Whit estaba nervioso cuando regresó a la emisora.

—¿Has conseguido algo? ¿Algo interesante?— Sam preguntó al equipo de tres mientras repasaba unos papeles en un portapapeles.

—No gran cosa. Entrevista con la viuda— empezó a decir Whit.

—¡Genial!— le interrumpió Alan el cámara.

—Sí. Fantástico. Pelea de gatas, lágrimas... un dramón—, añadió Barry el sonidista.

—¡Fantástico! Vamos a verlo—, Sam les guió hacia su oficina.

Whit tiró del brazo de Barry y le llevó hacia un lado. —¿Qué demonios quieres decir?

—

—Capté todo entre la cocinera y la viuda del policía. Incluso tenía el sonido puesto en el viaje de vuelta a aquí—.

—¡No puedes usar eso!— dijo Whit abriendo mucho los ojos.

—Puedo y lo hare. Lo hará Sam. Vaya, ella estaba en una furgoneta de noticiero. ¿Qué quieres que piense? ¿Qué íbamos a dejar de grabar porque ella estaba diciendo la verdad? ¡Qué perfecto! Su confesión en la furgoneta sin interferencias de sonido—.

—Eso era una conversación privada. No puedes usar eso—.

—Tenías que haberla avisado, chico. Tengo un olfato para las noticias. Y a Sam le va a encantar esto—. Empujó a Whit, entró en el despacho de Sam y cerró la puerta.

Whit entró de golpe. —Parte de esto era una conversación privada. Bess no tenía ni idea de que la estaban grabando. No podemos usar esto—.

Sam le hizo callar y barrió el aire con la mano. Alan y Barry pusieron en marcha el video y la boca de Whit se quedó abierta. Habían capturado toda la pelea, incluyendo las acusaciones de Mona y la negación de Bess. Luego fueron hacia el fragmento de la confesión entre lágrimas de Bess en la furgoneta.

A Whit se le aceleró el pulso. *Esto la va a destruir. Es un personaje público. No pueden emitir esto.*

—¡Vaya! Gran trabajo, chicos. Y dicen que nunca pasa nada en un funeral. ¡Hah!—

—Sam, no puedes emitir esto—.

—¿Oh? ¿Y, por qué no?—

—Vas a arruinar su carrera—.

—Es una cocinera. ¿A quién le va a importar?—

—Sam, ¿No has oído?— preguntó Alan. —No es solo una cocinera. Es la cocinera de *Horneando con Bess*. Sabes, el programa ese de ese canal de televisión por cable?—

—¡Oh, dios mío! ¿Es la misma Bess?— Sam dió saltitos de victoria. —Eso sí que es meter un gol, encestar una canasta... ¡Muy bien! Repasarlo y tenerlo listo para la emisión. Lo quiero en las noticias de las seis de la tarde... esta noche... volvemos a emitirlo esta noche... a las once—.

Alan y Barry salieron empujando a Whit y felicitándose por el gran notición. Whit estaba horrorizado. Sintió el sudor en las axilas. —No puedes usar esto, Sam—. Dió pasos en el despacho de ella.

—Puedo y lo hare. Esta noche. Prepárate porque tú vas a contar la historia—.

—No lo hare. Bess Cooper es una amiga mía—.

Sam achinó los ojos. ¿Entonces, ella también se acuesta contigo? Interesante. Claro que eso no lo vamos a contar. Esto es un noticiero, Whit, no un parvulario. Tú lo vas a contar.—

—No lo voy a contar—.

—Cuentas la noticia o te despido—.

—No puedes despedirme. Tengo un contrato—.

—Eso ya lo veremos—.

—De repente siento que tengo un poco de resfriado—. Estornudó y se sonó la nariz con un pañuelo.

—Si sales de aquí...— Sam le mostró un puño cerrado.

—¿Me estás amenazando? No me gustaría que todo el mundo se pusiera malo esta noche. Puede que tenga algo contagioso. Puede ser peste bubónica. Mejor es ir al médico—.

—¡Joder, Whit! Entra aquí—.

—¿Vas a hacer esa historia?—

—Vale, vale, tú ganas—.

Whit soltó aire. —Gracias, Sam. Te debo una—.

Whit salió de su despacho, mirando hacia atrás, sin fiarse de la sonrisa de ella. *Esto no se ha terminado. Nadie le gana a Sam.* Recogió las noticias para el programa y las leyó mientras esperaba en maquillaje. *Eso ha estado cerca. Bess no necesita esa clase de problema. Tiene bastante ya con lo que tiene.*

Whit sonrió ante su valentía de enfrentarse a Sam. El momento de su emisión se estaba acercando. La maquilladora terminó su trabajo y él se fue para cambiarse de corbata. *Dorado no es el mejor color. Tengo que tener alguna de color morado.* Rebuscó en el pequeño armarito en su despacho y encontró una corbata más adecuada.

Las luces se habían encendido. Whit se sentó en su sitio en la mesa de las noticias, bebió un sorbito de agua y se aclaró la garganta. Mirando por encima las noticias principales en la mesa, hizo unos cuantos ejercicios de vocalización mientras esperaba la acción de las cámaras.

Se encendió el apuntador. Miró las letras y empezó con su saludo típico y luego la pantalla se quedó en blanco una fracción de segundo antes de que apareciese una noticia.

—Esto acaba de llegar—, leyó. —Enfrentamiento entre la viuda del oficial Terrence McNeil asesinado y la popular estrella de un programa de cocina, Bess Cooper, hoy en el cementerio...— Whit se congeló y miró el papel que tenía delante.

—Esperen. Esto está tomado fuera de contexto—. Intentó tener las manos quietas. —Discúlpenme. Un anciano fue arrollado por un coche y muerto en Queen's Boulevard—, dijo mientras alzaba la vista para ver a Sam dando saltos con la cara roja como una sandía. Estaba todo el tiempo haciendo gestos como de cortarse el cuello con la mano, pero Whit la ignoró. Siguió leyendo de la hoja y no prestó atención a las palabras que aparecían en el apuntador de la televisión.

Al final, la cámara cambió de Whit a la película de los eventos del día en el cementerio y en la furgoneta. Ahora era el turno de él de ponerse morado de ira. No podía impedirlo. Mirando fijamente a Sam que le miraba retadora y triunfal, Whit pensó que le iba a dar un infarto. La historia siguió en pantalla cortando para los anuncios cuando se terminó la cinta.

Whit sabía que si se levantaba y se iba, eso violaría su contrato y se le podía despedir en el acto. A estas alturas no había nada que él podía hacer. La cinta se había visto. La verdad había salido al aire y ya no podía ocultarla o frenarla. *El daño está hecho ya. Que me despidan no va a ayudar a Bess.* De manera que contuvo sus emociones y leyó la segunda historia del apuntador de noticias.

Lentamente pasó otra media hora. Una pausa para un minuto de deportes y el tiempo no le ayudó. Respiró y estudió la siguiente noticia. No había tiempo para pensar. No tenía tiempo para tranquilizar los latidos de su corazón. Sabía que Bess estaría viendo la emisión, especialmente porque él había entrevistado a Mona. Bess no iba a perderse eso, o la cobertura del funeral de Terry tampoco.

Por fin el programa terminó. Pero en vez de irse corriendo de la emisora para ir a consolar a Bess, se quedó por ahí para hablar con Sam. —Sam, eso es el golpe bajo peor de tu vida—.

—Eso es noticias, Whit. Supéralo o búscate otro trabajo—.

—¿Es eso noticias? Es información privada. ¿Aparte de las personas que tienen que ver, a quién más le beneficia eso? Nada aparte de escándalo, amarillismo...—

—Si. Pero nuestras cifras de audiencia suben. Y voy a volver a emitir esa cinta esta noche también. Así que díle a tu amiguita que sintonice a las once—.

—No tienes corazón, alma—. Whit sacudió la cabeza.

—Tengo un trabajo. Eso es más de lo que tienes tú si vuelves a intentar nada así otra vez—.

—Si tengo que destruir a alguien a quien aprecio para conservarme trabajo, entonces no vale la pena—.

—¿Es esto tu dimisión?— Él no podía detectar si ella estaba esperanzada o nerviosa.

—No vas a tener esa suerte, Sam. Yo no me rindo tan fácilmente—. Tomó su portafolios.

—Bien. Porque tienes tus seguidores y no me gustaría nada perderte—.

—Me parece difícil creer eso—.

—Mira, Whit. Yo tengo que hacer un trabajo. Y porque soy mujer, tengo que ser más dura que los tíos si quiero conservarlo. Esto no es nada contra tí. Es una historia jugosa que hará subir los índices de audiencia. Tú no tienes que preocuparte por eso, pero yo sí. Todos los días—.

—No me cambiaría por tí por nada—, dijo Whit encaminándose hacia la puerta.

—Buenas noches—, dijo ella, pero él no contestó.

Gracias a dios estaré en Asia pronto escribiendo historias de verdad en vez de remover mierda. Tenía un mal sabor de boca así que se metió un par de chicles en la boca. Me revuelve las entrañas. Bess, por favor dios mío, espero que lo puedas entender.

* * * *

Bess apagó la televisión y se dejó caer en el sofa. Intentó controlar su respiración. Sonó su móvil. Era Rory.

—¿Has visto las noticias?—

—Claro. ¿Las has visto tú?—

—Bess, ¿dijiste esas cosas?—

—Las dije. No tenía ni idea de que me estaban grabando. Pensé que era una conversación privada con Whit... en la furgoneta...— Rompió a llorar antes de poder seguir. Rory dijo algo antes de colgar, pero Bess no la escuchó. *Whit, ¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo me has podido traicionar por una noticia? Me fié de tí. Creía que eras sincero. Me has engañado. ¿Por qué?*

El corazón le dolía. A la vez que estaba intentando sobreponerse por la repentina muerte de Terry, Whit había demostrado ser un traidor. Ella sentía cosas por él. Ahora, él la había abandonado con los lobos. *Espero que mi productor no haya visto eso. Dios, ¿qué pasa si lo vió?* Le sacudió un pequeño temblor. Se fue hacia el mueble de licores y sacó la

botella de coñac. *Está empezando a quedarse vacía. Mi suministro de emergencias está empezando a bajar.* Se sirvió una copita de coñac y bebió. El licor suave la caldeó.

Volvió al sofa y se estiró. Albóndiga se unió a ella y Homer permanecía enroscado en el suelo cerca. *¿Dejas aquí a tu perro y luego me asestas la puñalada trapera? Te quiero, Homer, pero te tienes que ir.* Bess quería estar enfada con Whit. Quería odiarle, lanzarle cosas, pero el dolor de su traición se frenó quedándose en un mero dolor. Se preguntaba una y otra vez por qué lo había hecho pero no podía dar con una respuesta clara.

Otro poquito de coñac y se le empezaron a cerrar los ojos. El ronquido de los doguillos le hizo quedarse en duermevela, pero el timbre del portal la despertó de golpe. Se puso en pie lentamente y se acercó al telefonillo. Sus amigas del Club de la Cena habían llegado. Escuchó voces cada vez más altas a medida que subía el ascensor. Toda la conversación se paró en el momento en que vieron a Bess esperando en el umbral de la puerta.

Las mujeres y sus perros pasaron por delante de la anfitriona. Miranda dejó encima de la mesa una bolsa de comida de llevar de un restaurante chino. Brooke la abrió y todas empezaron a hablar de nuevo. Rory se fue al armario a por platos. Miranda fue a por cubiertos.

Entonces Bess dió una palmada y toda la actividad se paró. —¿Qué está pasando?—

—Hemos pensado que estarías alterada por las noticias. Así que estamos aquí para escucharte, alimentarte y hacerte saber que no estás sola—, dijo Brooke.

Las lágrimas nublaron los ojos de Bess pero ella parpadeó. —Sois las mejores—.

—Entonces, ¿cómo te encuentras?— dijo Rory en un taburete en la barra del desayuno.

—Estoy confusa. No sé por qué lo hizo. Cuando le dije a Whit que quería ir al funeral... se ofreció...— Bess relató su historia y las otras tres escucharon mientras repartían rollitos de primavera, pollo Mu Shu y Tofu frito. Cuando ella terminó de contar los detalles, las mujeres recogieron los envases vacíos y los colocaron en la basura.

Antes de que pudieran continuar con los comentarios, sonó el timbre de la puerta y Homer se acercó corriendo ladrando.

—Eso debe ser Whit—, susurró Bess. Su corazón empezó a latir más fuerte, la rabia calentando sus mejillas.

—Ésta es nuestra señal de marcharnos. Vámonos, chicas—. Dijo Rory. Las mujeres del Club de la Cena le colocaron las correas a sus perros y se dirigieron hacia la puerta.

Whit dio un paso atrás para dejarlas salir. Saludó con la cabeza. Ellas evitaron mirarle a la cara y se fueron hacia el ascensor en silencio. Él cruzó el salón en tres zancadas y agarró a Bess por los brazos. —¿Viste la emisión?—

—Por supuesto—.

—Bess, Yo... lo... lo siento tanto. No tenía ni idea...—

—¿Me estás diciendo que no sabías que lo estaban grabando todo?—

—No, no lo sabía. De verdad que no. Nunca se me ocurrió que grabarían algo tan... tan... privado. Entre nosotros. En la furgoneta—.

—Pero, ¿sabías que estaban grabando la pelea?—

—No lo pensé. Lo único que estaba pensando era en cómo alejarte de ella y traerte a casa sana y salva. Tenía que haber estado más consciente. Tenía que haberles dicho que cortaran. No lo hice. Lo siento mucho. No tienes ni idea de cuanto lo siento—.

—¿No arreglaste esto—o esperaste que esto pasara—para promocionar tu carrera?—

Dió un paso atrás. —¡Por supuesto que no! Nunca haría eso. Nunca te haría daño para promocionar mi carrera. Tienes que creer eso—.

—Me has traicionado. Me has vendido malamente. Ahora estoy marcada. La gente pensará que soy una... adúltera. Mi pequeña mentira piadosa para salvar a Mona—nunca voy a poder superar esto—.

—No es tan importante. Ella es la que te golpeó a tí, aunque dijiste que sólo eras amiga de Terry. Ella es la que se equivocó—.

—¿Y qué? Soy la mujer soltera. Ella es la viuda. Yo seré la mala—.

—Bess, olvídalos. El público es veleidoso. La noticia de hoy se olvida mañana—.

—Esto no. Y ¿tu ibas a contar esto no?—

—¡Claro que no! Se lo dije a mi productora. Tuvimos una gran bronca sobre esto. Ella dijo que no iba a contar la historia y entonces—*blam!*—ahí estaba en plena pantalla. Me detuve en medio y cambié a la historia del anciano atropellado en Queens—.

—Eso lo ví—.

—¡Me cortó la emisión! Luego emitió la cinta, emitiendo el sonido sobre una imagen quieta. Nunca hacen eso... bueno, rara vez. Yo estaba chillando—.

—Ya...— Bess achinó los ojos.

—¿No me crees?—

—Es difícil...—

La frustración de Whit explotó. —Vengo aquí pidiéndote perdón, diciendo la verdad y ¿no me crees? ¡Maldita sea!—

—No dije eso... Yo...—

—Si lo has dicho. La manera de mirarme. ¡Joder! Primero, Sam no escucha, y ahora tú. ¡Mujeres! ¿quién las necesita?— Levantó las manos al aire y dió una zancada hacia la ventana. Homer le siguió, ladrando.

—¿Mujeres? ¿Ahora me estás metiendo en el mismo saco con tu productora malvada?—

—No dije eso—.

—Entonces, ¿qué has dicho?—

—He dicho... olvídalos. Venga, Homer— Levantó su perro. —Gracias por cuidarle—.

—¿Te vas?—

—Es obvio que no me quieres aquí—.

—Es obvio que tú no quieres estar aquí. Has conseguido lo que querías de mí—un poco de cama y comida. Oh, y Homer. Hora de desaparecer, ¿verdad?—

—¿Qué?—

—Me has oído. Me vendiste para conseguir una noticia caliente para tu productora. Seguramente que también te acuestas con ella. Yo he servido para lo que te he valido. Estás listo para seguir tu camino—.

—No me puedo creer que estás diciendo esto—. Sus ojos se agrandaron.

—¿Por qué no? Es cierto, ¿no?—

—Ni una palabra—.

—Por favor, no soy estúpida. Seguramente estás acostando con cada una de las mujeres importantes, generadoras de publicidad en Manhattan. El Gran Whitfield Bass, ¡Periodista extraordinario! ¡Destroza las reputaciones en menos de lo que canta un gallo! Asegúrense de escribir bien su nombre justo debajo de esas fotos en cada periódico y revista—, dijo ella burlándose de él y chasqueando los dedos.

—¡Perra! Nunca sospeché que tú... tu...— Whit estaba alterado y se le enrojeció la cara.

—¿Qué? ¿Defendiéndome? Nosotras, mujeres... perras, todas nosotras—.

—Quédate con tu actitud perversa y vete a la mierda, Bess. Nunca te imagine... así—.

—Sólo me habías imaginado desnuda y ardiente, ¿eh?—

La mirada conmocionada en su cara le hicieron saber que ella se había propasado. *Me ha vendido malamente. ¿Por qué me siento culpable? Se merece esto. Bastardo.*

Pero no tenía el aspecto de un bastardo. No tenía una sonrisa malvada y vanidosa. Sus ojos grises y fríos, una vez deseosos y seductores, delataban dolor y confusión. —Creí que lo habías entendido... lo que nosotros teníamos. No era sólo sexo—.

—¿No era así?—

El sacudió la cabeza, se metió a Homer bajo el brazo y se marchó sin decir ni una sola palabra. Whit se volvió y miró una vez con dolor y luego rabia a Bess antes de cerrar la puerta tras de sí con un portazo.

—Vete con viento fresco—, Bess murmuró por lo bajo. Albóndiga se estiró y bostezó. —Venga, chiquita. Hora de salir—. Bess le puso la correa a su doguillo y las dos salieron al ascensor.

Capítulo Diez

Bess se despertó por la mañana sintiéndose peor que la noche anterior. Toda la indignación que había sentido, hecho que le gritara a Whit, se había evaporado. Tomó una cucharada de remordimiento con su primer café de la mañana. *¿Por qué le chillé diciendo todas esas cosas? Él no redactó la emisión. Era obvio que le hicieron un corte. Si, tenía que haberles dicho que no grabasen o filmasen, ¿pero cómo iba a saber que estaban haciendo eso? ¿Qué he hecho?* Ya no tenía apetito. Tendría que conformarse con un café. Bess se metió en el ascensor. Whit entró corriendo con Homer un instante antes de que se cerrara la puerta. Bajaron a la primera planta en silencio. Mil veces, Bess quería decir algo, pero no surgían las palabras. Ninguno de los dos se miró. El silencio inquietante sólo se alivió cuando llegaron a la recepción del edificio.

Bess decidió ir caminando al trabajo. Una pesadumbre invadía su corazón. *¿Whit y yo hemos terminado? Después de lo que le dije, no me extrañaría.* Ella argumentó consigo misma una y otra vez sobre Whitfield Bass y su traición. *¿Lo fue o no lo fue? Había esperado sentirse triunfal, bien libre del bellaco que le había saboteado. Pero no era así. Su rompimiento había dejado un gran agujero en su vida... y en su corazón. Le quería más de lo que había querido reconocer. ¿Por qué será que la gente no valora a alguien verdaderamente hasta que se haya ido?*

Cuando llegó al edificio de la emisora por cable, Ned se encontró con ella en la puerta del ascensor.

—¿Qué te ha pasado? Parece que has perdido tu mejor amigo—.

—Si. Eso es. ¿Qué hacemos esta mañana?—

—Carl quiere verte—.

—¿Para la reunión?—

—No, en privado—.

Una sensación de temor se creció en ella, liberando adrenalina. Carl nunca se reunía en privado. Sólo se sentaba con él en reuniones de planificación de grupo. Era el Presidente Ejecutivo de la emisora. *¡Jolín! Apuesto que ha visto la emisión de las noticias.* No había pensado en cómo se vería eso en la emisora. Ahora estaba convencida de que la conversación con el Sr. Blackstone no iba a ir bien. Sintió un sudor frío en las manos y su boca se secó como un espejismo en el desierto.

Ned caminó a su lado. —¿Qué pasa? Carl nunca se reúne con las personas que salen en pantalla—.

—No puede ser nada bueno—, dijo ella.

Él le apretó la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. Ella le miró con agradecimiento a la vez que daban la vuelta a la esquina y se acercaban a la gigantesca oficina. Ned se alejó cuando llegaron a la puerta. —Buena suerte—, susurró lanzándole un beso al aire.

El hombre grande estaba sentado tras un gran escritorio que había en una esquina de la gran oficina. *Si esto va a ser una reunión buena, se sentará conmigo en el sofá.* Carl no se puso en pie, sino que giró para ponerse frente a ella y señaló una silla delante suya con un gesto. Con un temblor en el estómago, Bess se sentó.

—¿Viste las noticias de las seis de la tarde ayer?— preguntó él.

Bess inspiró. —Si—.

—¿Eso que venía sobre tí era correcto?—

—Eso depende de lo que quieras decir con `correcto`. No estaba casado mientras nosotros salíamos juntos—.

—¿Le mentiste a la viuda sobre tu... ehem... relación con el policía?—

Bess soltó el aire que había estado conservando dentro. —Sólo estaba intentando protegerla en su sentimiento. Obviamente estaba alterada y pensé que...—

—Se te ha pillado mintiendo en televisión a una viuda de un policía sobre tu relación con su marido. Bess, eso da muy mala imagen. Da igual cuáles fueron los hechos. Esa no es la clase de imagen que queremos para el programa—.

Hubo un minuto de silencio.

—Hemos tenido varias llamadas de los espectadores también. Ninguna te ha mostrado empatía—.

—¿Me está despidiendo, cancelando mi programa, Sr. Blackstone?— Podía oír los latidos de su propio corazón en los oídos.

—No cancelando, precisamente. Yo había pensado más bien tomar un descanso hasta que este asunto se disipe, una pausa. Y que deje de sonar el teléfono—.

—¿Pausa?—

—Seguiremos emitiendo repeticiones durante un par de semanas hasta que a la gente se le pase esto—.

—Oh, ya veo—.

—Tu programa ha sido popular, Bess. No me gustaría que lo perdiésemos—.

¿Entonces pausa es la manera amable de decir que se ha acabado conmigo? ¿Es eso lo que quiere decir? —¿Cuáles son las probabilidades de volver a emitir?—

—No lo sé. No me gusta predecir estas cosas. Si no hay más titulares, puedo considerar levantar la suspensión... quiero decir... pausa, quizás. Su contrato termina antes de ese momento. Vamos a ver y esperar, Bess. No me gustaría darle información errónea—.

—Muy bien. Gracias, Sr. Blackstone—, su pecho se encogió por dentro y los latidos de su corazón aumentaron. *Tengo que salir de aquí antes de empezar a llorar.*

—Tiene una creciente audiencia, Bess. Es una pena que haya pasado esto. Espero que lo pueda dejar atrás—. Él se puso en pie dándole la mano, indicando que la reunión había acabado. Bess logró una brevísima sonrisa y se fue directamente hacia la puerta.

De vuelta a su oficina, se giró de cara a la ventana. Le picaban los ojos con lágrimas que no caían. Un golpe en el marco de su puerta le hizo dar un brinco.

—Ey, Bess. Siento lo de la pausa. Vete. Vete de vacaciones. Apuesto que podrías aprovechar unas vacaciones—. Woody, su productor estaba en el umbral.

—No me digas que me vaya de vacaciones. Mi medio de vida, mi carrera está a punto de irse por el desagüe. Lo último que estoy queriendo hacer es irme de vacaciones—.

—Podrías estar de vuelta en un par de semanas. Diversión al sol es lo que toca ahora—.

Bess le miró elevando una ceja. —Si, seguro. Como que me lo voy a creer—.

—Tu contrato todavía durará otras dos semanas—.

—Si. Y luego me cancelarán el programa—.

—Por lo menos te tienen que pagar mientras estás en pausa—.

—Maravilloso—. Las lágrimas le nublaban la vista.

—Lo siento. Me encanta tu programa. Es una pena—.

—Gracias—.

Ned se abrió camino antes de que Woody pudiese cerrar la puerta. Bess le miró brevemente, luego volvió a mirar por la ventana. —Te puedes ir, Ned. No te voy a necesitar hoy, o quizás nunca más—.

Al oír que se sentaba, Bess se giró para mirarle a la cara.

—Entonces, ¿Esto es todo? ¿La cola entre las piernas y te vas?—

Ella afirmó con la cabeza a medida que surgían unas lágrimas.

—¿Vas a abandonar? Me sorprendes—.

—¿Qué quieres que haga? ¿Ponerme desagradable? ¿Luchar contra ellos? Lo capto. Soy la clase de noticia que ahora mismo no hace falta por aquí—.

—Vete a casa. Piénsatelo todo muy bien. Reorganízate—.

—Me voy. Pero no tengo ni idea de lo que voy a hacer—.

—No supongas que tu contrato se va a cancelar—.

—Ya veremos. Pero no apuesto nada. Siempre tiran por la vía más fácil para la empresa. Y eso será cancelarme—.

—No estés tan segura, nena—.

—Nadie es indispensable—.

—Tú lo eres para mi—. Ned le apretó una mano.

Bess rebuscó en su bolso, buscando un pañuelo de papel. Ned le ofreció su pañuelo. Ella lo tomó y se secó los ojos.

Él se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla. —Te adoro. No te rindas—.

—La sensación es mutua—.

En cuanto él se fue, ella salió del edificio. La pesadumbre en su corazón causada por el rompimiento con Whit se duplicó. La pérdida de su empleo la dejó a la deriva. *¿Qué haré con mi tiempo?* Bess había estado trabajando de una manera u otra desde los catorce años. Quedarse en la calle a los treinta y dos años era una nueva experiencia y no era agradable. *¿Cómo te puedes relajar de vacaciones cuando no sabes qué te va a pasar cuando llegues a casa?*

—Hola, Srta. Bess. Hoy está en casa temprano—, dijo Crash con la puerta abierta para ella.

Ante la visión de su cara amistosa, se rompió el pantano y Bess se dejó llevar, sollozando entre sus brazos. Él la sostuvo, sacando un pañuelo del bolsillo. La sensación rugosa de su uniforme contra su mejilla la calmó. Crash siempre había sido amistoso pero respetuoso. Le hacía sentirse segura. Estaba avergonzada de haber cruzado la barrera entre ellos con su arrebató. Se enderezó, respirando hondo y jadeando, intentando controlar sus emociones.

Whitfield Bass entró en la entrada del edificio con su perro atado a la correa. Sus miradas se encontraron y su rostro era pétreo. Ella intentó ocultar las lágrimas, pero él le tomó la barbilla en la mano. Ojos rojos e hinchados la delataron.

—¿Qué ha pasado?— preguntó él.

—Nada—.

—Claro que no es `nada´. ¿Esto no será a causa de mi?—

—No te halagues. He perdido mi trabajo por culpa de tu emisión—.

—Venga ya. ¿Han cancelado tu programa?— Su mirada era de preocupación por ella.

—Estoy en pausa. Mi contrato vence en un par de semanas. Estoy segura de que la emisora no tiene intención de renovarlo—.

—¿Te han dicho eso?—

—No en tantas palabras. Pero he captado el mensaje—.

—Entonces, no te han despedido directamente—.

—Mira, Sr. Chico Listo, cuando te dicen que estás en pausa durante un par de semanas convenientes, cuando tu contrato vence... No tienes que ser un especialista en ciencias exactas para saber lo que quieren decir con eso—.

—Supongo que tienes razón—.

—Gracias, Sr. Sábelotodo—.

—No tienes que ponerte así—.

—¿Así? ¿Así?— Elevó la voz. —Me han arruinado, arrastrado por el barro y despedido a causa de tu traición y ¿te parece que no tengo derecho a ponerme así?— Diciendo eso le cruzó la cara con la mano.

Crash se quedó tan sorprendido como Whit, cuya cara se puso roja.

Bess inhaló fuertemente. Su mano voló para cubrirse la boca. —Lo siento, Whit, lo siento tanto—, murmuró con los ojos bien abiertos.

—Si, apuesto que sí—. Dijo él frotándose la piel. Ella intentó tomar su mejilla en una mano pero él apresó su muñeca. —Oh, no. Sólo tienes una sola vez para eso—.

—No era mi intención—. Dijo ella.

—Si era tu intención—.

—Estoy alterada por el trabajo...—

—Y yo soy el responsable de eso. Ya me he enterado. Siento que hayas perdido tu trabajo. Ojalá pudiera cambiar todo lo que ha sucedido, pero no puedo—. Sacó una tarjeta de visita. —Aquí tienes el número de mi oficina. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte a encontrar un nuevo trabajo, llámame—.

Ella quería que él la tomase entre sus brazos y que la sostuviese. Quería desaparecer en él, sentir su amor y ser acunada por palabras cariñosas. Ya sospechaba ella que él le había dicho la verdad del equipo del noticiero y que probablemente no fue culpa suya. En vez de eso, le había cruzado la cara con la mano, le había asaltado. Y delante de Crash. *Le he humillado. ¿Por qué soy tan estúpida? Ahora se ha ido para siempre.*

Crash abrió la gran puerta y Whit y Homber salieron rápidamente. Ella se quedó mirándole fijamente pero él no se dió la media vuelta. Sí que le vió frotarse la mejilla una vez más y le embargó una sensación de vergüenza.

—Lo siento mucho, Crash—.

—No se disculpe conmigo, señorita—.

—Le he turbado a usted, a Whit y yo misma. No estoy teniendo un buen día—. Se alejó hacia el ascensor.

Un gran recibimiento de Albóndiga con besos mojados hizo sonreír a Bess. Miró su reloj y abrió su móvil.

—Miranda. Hola. ¿Qué plan tienes para mañana?—

* * * *

Reunir a las mujeres tardó un par de días, pero al final de la semana, las mujeres se reunieron con Bess. El viernes, las mujeres del Club de la Cena llegaron en grupo al Wellington. Bess las recibió en el umbral de la puerta.

—Lo siento, no tengo cena para vosotras esta noche. Ha sido un día horrible...—

—Agarra una chaqueta. Te vamos a sacar de casa—, dijo Miranda.

—Si. Necesitas comida—. Dijo Brooke apoyada en el quicio de la puerta.

—Y un buen trago de Cosmo—.

—¿Os habéis fijado?— Bess elevó las cejas.

—Vaya que sí. La Mer Bleu. Invitamos nosotras—, dijo Rory.

—Es demasiado caro. No podría...—

Brooke tomó una chaqueta que estaba en un brazo del sofa, Miranda le dió un par de palmaditas a Albóndiga y Rory pulsó el timbre del ascensor.

—Supongo que no puedo llevar la contraria—.

—Correcto—. Brooke sostuvo en alto la prenda mientras Bess se la ponía.

La cena era rica, con salsas cremosas y postres delicados. Al Cosmos siguió una botella de vino, cortesía del chef.

—Creo que siente algo por tí—, susurró Miranda al oído de Bess.

—Es cariñoso... Cortesía professional, eso es todo—. Un leve rubor tiñó sus mejillas.

—El chef está caliente por Bess—, bromeó Rory.

—Me gustaría que Whit sintiera lo mismo—, suspiró Bess.

—Yo no estaría tan segura de que eso se haya acabado—, dijo Brooke.

—Le crucé la cara con la mano. Delante del portero—. Bess se tapó los ojos con las manos. —Nunca me perdonará—.

—Lo hará si te quiere. Y estoy segura de que te quiere—. Dijo Miranda a la vez que hacía un gesto para que trajeran la nota de la comida.

Cuando el taxi frenó ante el bordillo, Crash estaba allí para ayudar a Bess a salir del taxi. Ella se tambaleó un poco, agarrándole del brazo. Apoyándose en él, subió una mano en saludo para sus amigas mientras el taxi se perdía en el tráfico, llevándolas a sus casas.

—¿Está usted bien, señorita?— Preguntó Crash sosteniéndola y entrando en el edificio. Bess rió un poco y se zafó del brazo del portero. —La acompañaría hasta arriba, Señorita Bess, pero no hay nadie en la puerta. Wayne no ha llegado todavía—.

—No te preocupes. Yo puedo llegar sola—. Ella se alejó de él y alisó su chaqueta. Su mente se desvió hacia la cena. Pierre, el chef, había llegado a su mesa para ofrecer el vino. Había besado la mano de Bess y hecho un gesto con las cejas. Ella había devuelto el flirteo, sonrojándose y riendo ante sus bromas. Sus amigas habían mirado con ojos bien abiertos, mientras Bess, envalentonada con la bebida, le había seguido el juego al cocinero.

Ella rió por lo bajo. *Todavía tengo chispa*. Las puertas del ascensor se abrieron y ella se fue hacia su casa. Antes de poder agarrar el pomo de la puerta, se percató de que ya estaba abierta. Y Albóndiga no estaba allí, ladrando y arañando para salir. Inspiró y se puso sobria rápidamente.

Sintió temor en su ser. *¿Alguien ha entrado? ¿Siguen allí dentro? ¿Dónde está Albóndiga?*

Abrió la puerta con el pie. Echando un vistazo hacia dentro, vió sus pertenencias tiradas por todas partes. *Alguien ha estado aquí. ¡Puede que siga aquí!* Ella dió un grito. *¡Albóndiga!*

Whit abrió la puerta en el momento en que ella gritó por segunda vez. Su pelo estaba revuelto, estaba descalzo y se estaba anudando el albornoz a la cintura. —¿Qué demonios está pasando? Si estás teniendo una noche loca de sexo.... ¿Podrías hacerlo con un poco menos ruido? Es medianoche—.

Bess tembló. —Mi apartamento... alguien ha entrado a robar. Se han llevado a Albóndiga, o está... está...—

Se sentía embargada de emoción y no podía hablar.

—Qué demonios...— Se acercó uniéndose a ella.

—Mira—, dijo Bess.

Whit echó un vistazo, moviéndose lentamente hasta que vió la destrucción. —Joder. Han destrozado tu casa—.

—¿Dónde está Albóndiga?— Las lágrimas surcaban las mejillas de Bess. Empujó de lado a Whit y llamó a su perra. Al principio no se oía nada, pero luego un leve aullido y unos arañazos.

—¡Está viva!— Bess entró corriendo, repitiendo el nombre de la doguillo y parándose a escuchar.

—Voy a llamar a la policía. Bess, sal de ahí. Es peligroso—.

—No hasta que encuentre a Albóndiga—.

—Dáme tu móvil—.

Bess rebuscó en su bolso y le entregó el móvil a Whit. Cuando abrió un ropero, la pequeña doguillo salió corriendo, ladrando. Bess la alzó, acunando al perrito asustado. Whit habló al teléfono pero Bess no estaba escuchando nada. Estaba acurrucando su perrita y verificando que no estaba herida.

—La policía viene de camino. Dicen que salgamos y que no toquemos nada—.

Bess le miró. Estaba guapísimo, el cabello tapándole los ojos, la bata medio abierta dejando a la vista su pecho desnudo. Y esa mirada tranquila en los ojos. Le siguió fuera de la puerta y se deslizó al suelo cruzando las piernas.

—¿Qué haces? Levántate, Bess—. Whit la tomó del brazo.

—¿A dónde quieres que me vaya?—

—No seas ridícula. Vamos a mi casa. Le dije a la policía que estaríamos allí. Ven—. La guió hacia dentro. Ella acarició la cabeza de Albóndiga y le habló en voz baja a la criatura. Homer les ladró. Whit le hizo un sitio para que se sentara Bess en su sofá y se fue hacia el gabinete donde guardaba una botella de licor.

—No más de eso—, dijo Bess sacudiendo la cabeza. —Creo que ya he tenido bastante—.

—¿Has estado bebiendo?— Whit hizo un gesto con la ceja.

—He salido con las chicas del Club. Hemos celebrado mi despido—.

—¿Celebrado?—

La niebla empezó a disiparse. —¡Oh, dios mío! ¡Mi apartamento! ¡Está totalmente destrozado!— El temor y el pánico invadieron su pecho. Albóndiga percibió su ansiedad y empezó a ladrar. Cuando Bess tocó el costado del perro, el animal empezó a hacer sonidos de dolor. —Le han hecho daño a Albóndiga. Seguramente le han dado una patada—. Surgieron lágrimas ante la idea de que su pequeña estuviera sintiendo dolor.

—La llevamos al veterinario mañana—.

Pero Bess no podía dejar de llorar. Whit se sentó a su lado y la rodeó con el brazo. Ella se volteó hacia él y hundió la cara en su pecho y sollozó. Él la abrazó y le besó el cabello.

—Todo estará bien, cariño. Todo se pondrá bien—, susurró él.

—No puedo volver allí. ¡Mi hogar! Está... Está destrozado—.

—Quédate conmigo—.

Ella se separó de él y levantó la vista para encontrarse con la de él. —¿De verdad?—

—Por supuesto—.

—¿En la habitación de los invitados?—

—En mi cama... pero sólo si tú quieres—.

Ella afirmó con la cabeza. —Gracias—.

Un repique en la puerta les interrumpió. —¡Policía!—

Whit abrió la puerta. Ambos doguillos ladraron y el oficial dió un paso atrás.

—¿Señorita Cooper?—

Bess dió un paso hacia adelante. —Si, soy yo—. Sostuvo a Albóndiga, que miraba al hombre con suspicacia en los brazos de Bess.

—¿Muerde ese perro?—, preguntó él.

—No le hará daño, siempre y cuando usted no me haga nada—.

—Vaya, ¡Sé quién es usted!—

¿De las noticias o por mi programa? Sentía el ardor subir por su cara.

—Usted es la mujer que cocina. La chica de McNeil, ¿verdad?—

Bess afirmó con la cabeza, no queriendo empezar la conversación.

El policía arrugó la frente. —Eso lo cambia todo. Esto puede que no sea un mero caso de robo—. Se volvió y llamó a su compañero que estaba en el apartamento de Bess. —Joe,

esta mujer es la chica de McNeil. ¿Puede que este allanamiento de morada tiene algo que ver con lo que él estaba investigando?—

Las cejas de Joe se elevaron de golpe. —Podría ser. Señorita, podría entrar aquí para ver si falta algo? Por favor, no toque nada—.

Ella le pasó su doguillo a Whit. Albóndiga se revolvió pero él la tenía firmemente cogida, así que se tranquilizó. Bess se pasó un brazo entorno a la cintura y se llevó la otra mano al pecho. *No quiero ver lo que han roto. ¿Falta el reloj de la abuela? ¿El jarrón chino?*

Bess caminó con cuidado entorno a las cosas que había en el suelo. El intruso había tirado los cojines de su sofa, vaciado todos los contenedores, abierto todos los armarios y había sacado todo excepto los platos. El apartamento había sido registrado totalmente, dejando apenas espacio para dar un paso.

Los dormitorios también habían sido saqueados. Bess comprobó su joyero, que estaba intacto. Todos los objetos de valor seguían en su apartamento. Incluso las monedas sueltas en un tarro no habían sido tocados.

—Creo que mi colega tiene razón. Esto no ha sido un robo. Quien fuese estaba buscando algo—.

—No tengo ni idea de qué puede haber sido—.

El primer oficial había terminado de entrevistar a Whit y se unió a ellos.

—Hank, creo que esto no es un robo. Este tipo estaba buscando algo—.

—Sí—. Hank afirmó con la cabeza. —Me pregunto si habrá encontrado lo que fuese —.

—No parece—.

—Puede ser. Señorita, no se puede quedar aquí. Necesitamos un equipo forense aquí —.

—¿No me puedo quedar en mi propio apartamento?—

—Lo siento. Esto es el escenario de un crimen. Vamos a intentar procesarlo lo antes posible, pero no le prometo nada—.

—¿Me puede dar su número de móvil, para que podamos llamarla?—

Bess lo apuntó. Whit apareció detrás de ella y descansó una mano en su hombro. —Ella se quedará conmigo si necesitan contactarla—.

—Los oficiales intercambiaron miradas y luego afirmaron con la cabeza—. Muy bien, Sr. Bass—.

—¿Corre algún peligro?— preguntó él.

—No le puedo decir, señor. Posiblemente. Afortunadamente no estaba en casa esta noche. Vamos a hablar con el portero y averiguar quién entró—.

—¿Puedo ir con ustedes?— preguntó Bess.

—Por supuesto—.

Whit se llevó los perros y se retiró a su apartamento mientras los policías y Bess se fueron a la portería.

—Estaba vestido de policía. Dijo que era la pareja del Oficial McNeil y que necesitaba recoger algo que McNeil se había olvidado, de manera que le dejó subir—, contó Crash.

Bess inspiró. —Terry no se dejó nada—.

—Nada que usted sepa, Señorita Cooper—, dijo Hank.

Joe habló por la radio y llamó a un equipo. —¿Qué aspecto tenía este hombre?— le preguntó a Crash.

El portero dió una buena descripción que no encajaba con la pareja de Terry. Visionaron el metraje de la cámara de vigilancia, dándose cuenta que el hombre había bajado la cara evitando la cámara. Pero era unos treinta centímetros más bajo que el policía pareja de Terrence McNeil, así que los policías sabían que era falso.

—Me temo que usted corre un serio peligro, Señorita Cooper. ¿Tiene donde ir unos cuantos días?—

Bess rompió a llorar. Tomó su móvil y llamó a Rory.

—Voy de camino—, dijo Rory.

Crash le ofreció su pañuelo a Bess. Los dos se quedaron juntos mientras los policías hablaban el uno con el otro afuera. Cuando llegaron Rory y Hack al Wellington, un coche patrulla con las luces encendidas estaba aparcado en el bordillo. Joe y Hank estaban en la acera hablando. Otro oficial estaba hablando en su radio. Cuando Crash vió a Rory, abrió la puerta de la entrada.

—¿Qué ha pasado?—

—Señorita Rory, me alegro tanto que haya llegado. Ha sido un verdadero desastre—.

Bess dio un paso al frente. Rory abrazó a su amiga. Hack estaba detrás de Rory. Antes de que Bess pudiera decir más de una frase explicativa, Whit, vestido con vaqueros y una camiseta se unió a ellos.

—Subamos a mi casa—. Le dijo a Crash que enviasen la policía a su casa si necesitaban a Bess, la tomó de la mano y dejó entrar a todos en el ascensor. Una vez seguros en su apartamento, él cerró con llave y ofreció copas a todo el mundo. Bess eligió un café al igual que Hank y Rory. Whit se sirvió una copa de coñac después de darle al interruptor de la máquina de café.

Bess volvió a contar la historia del allanamiento de morada.

—¿Un tipo disfrazado de policía entró aquí?— preguntó Hack.

—La policía piensa que Terry se dejó algo en mi apartamento y que el tío puede volver. No saben si encontró lo que buscaba o no—.

—Te puedes quedar en mi casa, Bess. Estoy viviendo con Hack pero sigo teniendo mi estudio—.

—Se puede quedar aquí todo lo que quiera—, ofreció Whit.

Rory sonrió a Hack. —Vaya, no puedo adivinar cuál elegiría ella—.

—¡Esperad!— Whit se puso en pie de golpe. —Mejor idea. Tengo una casa en Rye. Puede quedarse allí. Nadie la va a encontrar allí. Estará completamente segura—.

—¿Una casa? ¿En Rye?—

—Rye está a sólo unos cincuenta kilómetros. Sí. Una casita de piedra al lado de la playa—.

—¿Por qué nunca me has contado nada de esto?— preguntó Bess.

Hack le dió un empujoncito a Rory y miró hacia la puerta.

—Parece que estás en buenas manos, Bess—. Rory se puso en pie. Hack la siguió.

—Nos vamos—, dijo Hack, saliendo por la puerta.

—Gracias a los dos por haber venido. Sé que es tarde ya—.

Rory abrazó a su amiga, tomó la mano de Hack y pulsó el timbre del ascensor. El equipo forense ya estaba en el apartamento tomando muestras y usando polvo en busca de huellas dactilares. Los dos doguillos se habían enroscado juntos y estaban roncando allí en el sofá de Whit.

Él estiró un brazo y dió palmaditas en el cojín. —Así estamos aquí si la policía te necesita—.

Bess sonrió con un bostezo de sueño y se tumbó a su lado. Whit se puso de costado, cerró los brazos entorno a ella y suspiró. Bess se acurrucó con él, dobló un brazo bajo la almohada y la otra encima del brazo de él. Cuando el calor del cuerpo de él la caldeó a ella, hizo un leve sonido de sosiego. Le rodeaba la paz. *Whit está aquí. Estoy segura.*

Se quedaron dormidos los dos durante al menos una hora antes de ser interrumpidos por los policías. Los perros dieron pequeños ladridos antes de volver a cerrar los ojos. Bess contestó preguntas, bebió más café y volvió a dormirse con Whit hasta las ocho de la mañana.

Capítulo Once

Mientras Bess estaba en su apartamento hablando con la policía, Whit llamó al agente de la inmobiliaria y canceló la venta de la casita de piedra. Luego se tomó un café en su sofa con los pies descansando en un escabel y miró por la ventana. Visualizó mentalmente la conversación reciente con su terapeuta, el Dr. Sumner y pensó acerca de la pregunta que se quedó sin respuesta cuando terminó la sesión.

—¿Por qué debería conservar la casa? Nunca la voy a usar—, dijo Whit.

—Dejar el país, vender una casa que ama. Suena a que usted ha tirado la toalla. Como que piensa que nunca tendrá la vida que desea—.

—Eso ya lo he abandonado. Se lo he dicho. Eso ya no es mi sueño. No lo es desde que era niño—.

—Me puede decir eso cien veces, Whit, pero es usted el que se tiene que convencer—.

—Estoy convencido. Tengo ese trabajo en Asia que empezará pronto. Estaré viviendo una clase de vida diferente—.

—¿Es ésa la clase de vida que quiere?—

Silencio. Luego, —Creo que sí—.

—Si no quería una esposa y familia, ¿por qué compró la casa?—

—Se lo he dicho, fue para Gemma—.

—¿Por qué no la vendió cuando usted y Gemma rompieron?—

Whit abrió la boca y luego la cerró sin decir ni una palabra. El toma y daca verbal había terminado. El Dr. Sumner había ganado. Whit no tenía respuesta. —Me enamoré de esa casa—.

—Sin embargo, nunca ha vivido en ella. Ni siquiera la ha terminado de amueblar. Pero nunca la ha vendido ¿Por qué?—

—Ésa es una buena pregunta. No lo sé—.

—Nuestro tiempo se ha terminado por hoy. ¿Por qué no piensa en eso y lo podemos comentar la próxima vez—.

Whit había pensado en esa pregunta de manera reiterada durante días. Su reacción ante la casa de piedra no era típica. Le había trastornado. Él era un hombre que sabía lo que quería, iba a por ello y se sentía satisfecho. No había nada indeciso en Whitfield Bass. Sin embargo, aquí estaba esa casa, allí sin hacer nada except hacerle gastar dinero. Y no la

había vendido. *Un hombre racional se habría despojado de ella hace mucho, ¿Por qué no lo hice?*

Ahora se alegraba de haber titubeado y no la había vendido. La necesitaba. Dejar que Bess viviese allí podría ayudarle a compensarla por su terrible fallo de dejar que el equipo de rodaje de la emisora la filmasen. Él se había sentido responsable desde el principio pero no podía encontrar una manera de arreglar su error. Ahora tenía una. *Dejarla quedarse allí hasta que sea seguro que pueda volver a casa. Sonrió. Menos mal que no la he vendido. Pero todavía no tengo una respuesta para el Dr. Sumner.*

Se había sentido un poco azorado por llevarla a una casa que ni siquiera tenía una mesa en la cocina. *¿Si yo le diese un poco de dinero, lo amueblaría por mí? ¿Por qué necesito amueblarla si la voy a vender cuando ella se vaya? Supongo que no la voy a vender. Por lo menos de momento. No mientras Bess la necesite. No puede vivir en ella estando vacía.* Respiró hondo. Le llenó una sensación de satisfacción. La reparación era una cosa maravillosa.

Bess se quedaría con él en Nueva York un par de días. Ella dormiría con él. A él se le hacía la boca agua ante la idea, sonriendo al pensar en Bess en su cama.

Y, ¡en la casa! El colchón seguía allí todavía envuelto en plástico. Él y Gemma habían roto antes de poder estrenar la cama. Ni siquiera había sábanas. Ahora lo estrenaría todo con Bess. La ingle se le tensó ante la imagen mental. Bess desnuda en la cama en la casa de piedra. ¿Un fuego en la chimenea del dormitorio? Rió por lo bajo. *Tengo que comprar morillos, una pantalla y leña primero.*

A medida que sus pensamientos se iban yendo hacia una escena más explícita, la puerta se abrió de golpe. Bess estaba hecha un desastre. El cabello revuelto, sus labios sin carmín y ella tenía el ceño fruncido. —¿Cómo está Albóndiga?—

—Bien. Durmiendo. ¿Cuándo quieres ir a mi casa?—

—Tengo que pasar un par de días aquí ocupándome de cosas. Dijeron que terminarían en el apartamento más tarde esta noche. Necesito arreglar todo antes de irme a ninguna parte—.

—No deberías estar allí dentro sola—.

—No estaré sola. Albóndiga estará conmigo—.

—No quiero ofender, pero no ayudó gran cosa la primera vez—.

—Será de día. Estaré segura—. Le dió palmaditas en el pecho.

—¿Pero estarás aquí conmigo por la noche?— preguntó Whit enroscando un brazo entorno a su cintura.

—Claro que sí—. Le miró coquetamente. —Necesito una ducha—.

Whit encontró una toalla limpia, su albornoz y una franela. Mientras ella abría el grifo de la ducha, él preparó una segunda cafetera de café.

* * * *

La mente de Bess daba vueltas. Subió la temperatura del agua caliente para lavar el frío del temor que sentía. *Alguien disfrazado de policía. Terry, ¿qué has hecho? ¿Por qué está pasando esto? Esto no es una película. Es mi vida. No tengo trabajo. Estoy en peligro. Todo se ha ido al carajo.* Un temblor le recorrió la columna vertebral.

Whit. Whit estaba ahí. Cuando yo le necesité, él estaba para mi. Me está acogiendo. La calidez de su afecto y su protección le invadieron por dentro. Bajó la temperatura del agua. *¿Puedo fiarme de él? ¿Y qué pasa con esta casa? ¿Es agradable? ¿Habitable? ¿Tengo alguna elección?* Un breve temblor ante las consecuencias de no irse de la ciudad le aguijonearon. Cerró el agua de la ducha.

Abriéndose en su bata de albornoz gruesa, sentirse rodeada por su olor masculino, le hizo sentir necesidad y sentirse consolada al mismo tiempo. Frotó las solapas contra sus mejillas. *Gracias a dios que no me odia por darle un manotazo.* El agradecimiento se mezcló con deseo en sus venas. Usó el cepillo para el pelo de él y se frotó los dientes con un dedo antes de reunirse con él en el salón.

Agarró un tazón de café y luego se abrochó más el albornoz frente a la brisa fresca de Octubre.

—¿Quieres que cierre la ventana?—

—Estoy bien—.

Whit se acercó a ella desde detrás y la envolvió con sus brazos. —¿Qué tal si te hago entrar en calor de esta manera?—

El toque de sus manos y la presión de él contra ella encendió la chispa del deseo en Bess. —Estaba pensando en otra cosa. ¿Cuándo tienes que estar en el trabajo?—

—Mediodía—. Su respiración le hacía cosquillas en el cuello, seguido por una suave presión de sus labios mientras la besaba empezando por el lóbulo de una oreja hasta llegar a su hombro. Bess cerró los ojos. Los dedos de él se cerraron entorno a las solapas de la bata, lentamente abriéndola. Las puntas de sus dedos recorrían la piel de ella. —Eres tan suave—, murmuró él, con los labios casi tocando la oreja de ella.

Su mano se cerró entorno a un pecho de ella, apretando suavemente. Bess se inclinó hacia atrás contra él, estirando la barbilla, dejando su cuello al aire para él. Él se fue directamente al cuello de ella como un vampiro hambriento. Sus besos combinados con su masaje encendieron el motor de ella. La necesidad creció entre sus piernas. Le deseaba.

—Bess, yo...— murmuró él.

— No hables. Ámame—, susurró ella abriendo el albornoz.

Él la tomó de la mano y la guió hacia su dormitorio. Ella miró a su alrededor con curiosidad. Era masculino, como el salón pero vacío—no tenía muchos muebles. Una cama de matrimonio presidía la estancia. Había dos cajoneras de madera de ébano y dos mesillas de noche que hacían juego. Una lámpara de cromo trazaba un arco alto llegando a un lado del colchón. *Ése debe ser su lado.*

Las paredes eran muy blancas y el suelo de madera pulida con una alfombra densa con un diseño moderno en blanco y negro. *Esta habitación es fría. No es apasionada como*

Whit ¿Quién decoró esto? Un sólo grabado en blanco y negro colgaba en la pared frente a la cama.

Un escalofrío le hizo cerrar el albornoz. —¿Quién decoró esto?—

—Contraté a alguien. Es útil. Funciona—.

—Útil es casi lo único que tiene. Brr.. Hace frío aquí dentro—.

Whit abrió el edredón negro y la sábana blanca debajo. —Yo te doy calor. Métete dentro—. Dió un paso hacia atrás y se inclinó levemente en un saludo.

Bess se quitó el albornoz, dejándolo en el pie de la cama y se metió dentro. Whit se quitó la camiseta y se desabrochó los vaqueros.

Las ropas de cama estaban heladas, haciéndole tener piel de gallina. Bess se frotó los brazos. La mirada de Whit le caldeó. Él la miró fijamente, repasándola antes de poner una rodilla encima del colchón.

—Eres increíblemente guapa. Espero que lo sepas—.

—Si tú lo dices—.

—¿Estás de broma?— Se metió en la cama.

—Soy un poco caderona. Podría perder 5 kilos... siete—.

—No pierdas ni un gramo—.

Ella le miró con escepticismo.

—Me gustan las mujeres con carne en los huesos—.

—No lo podría adivinar por tu historial de citas—.

—La mejor manera de mantenerse soltero. Salir con mujeres que no están pensando en matrimonio y que no quieren estropear sus cuerpos delgadísimos con embarazos—.

No está soltero. Es un soltero profesional. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué le encuentro irresistible?

—Basta ya de charla—, dijo a la vez que cerraba la boca de ella con la suya.

La mente de Bess se apagó. Dominaban sus sentidos. Whit tenía buen sabor. Su lengua bailaba con la suya, poseyendo su boca mientras su cuerpo hacía presión encima del cuerpo de ella. El vello en su pecho le hacía cosquillas en los pechos, poniendo sus pezones duros. Y presionaban los músculos de él cuando él empezó a bajarse encima de ella.

Bess elevó las caderas hasta que se encontraron con las de él. Su erección se puso dura pillada entre los dos. Ella estiró un brazo para tenerle, recorriendo con los dedos su piel sedosa. Él gimió, hundiendo la cara en el cuello de ella.

Whit cambió de postura, ladeándose y recorrió con la mano el pecho de ella y por su cadera, dejándola descansar encima de su muslo. La agarró fuerte un momento y luego soltó los dedos para deslizarlos hacia delante. El cuerpo de ella se encendió cuando él la tocó en sus partes. El calor aumentó rápidamente mientras él exploraba.

Ella alisó las manos por la espalda de él, presionando sus músculos con las puntas de los dedos levemente. Un olor a colonia de pino mezclada con su olor masculino provocaban su nariz. Incapaz de resistirse, ella cerró los labios besando su piel para probar su sabor. El sabor levemente salado le gustó.

Los dedos de él encontraron un punto sensible. Eran despiadados. El calor la recorría como una espiral, como un resorte de tensión en su centro. Bess subió las caderas. Una leve carcajada se escapó de los labios de Whit a la vez que él despegaba los labios de su hombro. Deslizó un dedo dentro de ella. Bess creía que iba a explotar. Le buscó con la mano pero él había apartado su erección.

—Uh, uh, uh...mala, mala—, susurró él, bajando los labios al pecho de ella y deslizando un segundo dedo dentro de ella.

—Oh, Dios, Whit. ¿Qué estás esperando?—

—Tú—, murmuró él.

—No, no, no lo hagas. Te quiero ahora—.

—Pero—

—¡Ahora!— Ella le hincó las uñas en su espalda.

—¡Ay! Ya veo—.

—Estoy lista para— Pero él aplastó las palabras en su boca con la suya. Después de extraer los dedos de dentro de ella, los deslizó por su piel escurridiza. Las caderas de ella empezaron a moverse de manera rítmica. Él se puso de rodillas y colocó las piernas de ella, descansando una encima de su hombro. Luego la penetró hasta el fondo.

Ella inspiró, agarrándose a sus hombros, cerrando los ojos. El placer era tan intenso que temía romper a llorar. —Whit—, murmuró, incapaz de moverse.

La pasión la recorrió, creciendo más agudamente, más urgente con cada penetración. El calor aumentó mientras él bombeaba cada vez más fuerte y más deprisa. Ella le mordió en un hombro, moviendo sus caderas al unísono con las de él.

—Nena, nena, nena—, murmuró él.

Empezó a sudar en la espalda y en la frente. Bess se aferraba a él a la vez que la tensión se acrecentaba y ella se preparaba para la liberación. Un poderoso orgasmo la sacudió como un cohete, endureciendo sus músculos fuertemente y mucho antes de relajarlos, enviando placer a cada parte de su cuerpo. Ella gritó el nombre de él a la vez que sus caderas se ondulaban.

Él aumentó la velocidad antes de emitir un fuerte gemido. El nombre de ella escapó de sus labios mientras la penetraba una última vez. Luego su cabeza se quedó lánguida. Descansó la frente contra el cuello de ella a la vez que paraba. Su lengua se escapó como la de una rana para lamerla un instante antes de empujarse hacia arriba con las manos.

Bess apenas podía hablar. Nunca había tenido un climax de tanta intensidad. Él levantó la cabeza y ella vió un brillo cálido en su mirada. Depositó un suave beso en sus labios y luego en sus párpados y cada mejilla. —Bess, cariño—.

Ella puso un pulgar en los labios de él. Quería que durase el ardor, que el encanto no se rompiera. Le peinó el flequillo despejándole la frente con los dedos y enarcó la espalda. Le besó con todo el amor que tenía en su corazón.

Whit rodó hasta estar de lado. Miró fijamente el cuerpo de ella, haciéndola sentir timidez. Tiró de la sábana.

—¿Tienes que hacer eso?— Él empujó la sábana hacia abajo lo justo para dejar a la vista sus pechos.

—Estás mirando fijamente—.

—¿Por qué no? Eres una obra de arte—.

Sintiendo calor en las mejillas, ella bajó los párpados con las pestañas aleteando en las mejillas.

—El rubor es muy bello—.

—¿Quieres decir que el rubor se vuelve Bess?— Aleteó las pestañas y rió un poquito.

Whit rió. —Bromea todo lo que quieras. Eso fue una sacudida mayor—.

Ella afirmó con la cabeza, deslizando un dedo por la mejilla lisa de él.

—¿Te gusta más cuando está afeitado?—

—Me gusta de ambas maneras—. *Me gustas de cualquier manera en que pueda tenerte. Pero no te lo voy a decir.*

Whit se apoyó en los codos, liberando sus manos. Cerró los dedos entorno a un pecho. —Encaja bien. Justo perfecto—.

—¿Más grande que el de una modelo?—

—Oh si. Perfecto—. La exploró, frotando levemente contra la piel suave y luego siguiendo con sus labios. —Me podría quedar aquí así para siempre—, dijo él.

Bess deslizó sus dedos en el cabello de él y con la mano hizo un cuenco para su cabeza. Se inclinó hacia delante y besó los cabellos oscuros y brillantes, deslizando la mano por su cuello y espalda. —Ténme—, susurró, deslizándose bajo las ropas de cama.

Whit la abrazó. —Será un placer—. Les cubrió a los dos con la sábana y el edredón antes de apretarla más contra sí.

Bess le rodeó con sus brazos, hundiendo la cara en su cuello y hombro. El tacto de su piel desnuda caldeaba la suya que se había empezado a enfriar. Ella respiró hondo, inhalando su olor masculino. Se preguntaba si las modelos que habían salido con él habían amado tanto el olor de él como lo amaba ella. *¿Se preguntaban qué había sucedido cuando él las dejó de llamar? ¿Le echaban de menos o primero habían encontrado un sustituto?*

—¿Feliz?— preguntó él.

—Deliciosamente feliz—.

Él acarició sus cabellos. Los latidos de su corazón se ralentizaron y la paz fluía en sus venas mientras aparecía una dulce sonrisa en su cara. Sintió a Whit relajarse a su lado. Cuando cerró los ojos, el sueño la venció.

* * * *

Bess despertó dos horas más tarde. Vio el brazo de Whit en su cintura cuando abrió los ojos. Él se movió, acercándola más hacia él. El calor de su cuerpo hacía que la cama tuviese la temperatura perfecta. El confort la envolvió. No tenía deseo de levantarse. Whit abrió los ojos.

—¿Qué hora es?— Se dió la media vuelta para mirar el despertador. —Mierda. Son las once—. Retiró las ropas de cama y descolgó las piernas por el borde de la cama. —Lo siento, pero tengo que irme a trabajar—.

—Comprendo. Mejor es que vaya a ver qué pasa con la policía en mi apartamento—. Bess se puso en pie. Whit le alcanzó el albornoz y se dirigió hacia el baño. Ella escuchó la ducha. *Ojalá pudiera estar ahí dentro con él. No hay tiempo.*

Cuando los dos estaban vestidos, dejaron los doguillos en casa de Whit, se pararon ante la puerta del apartamento de ella y pegaron en con los nudillos. El Oficial Joe abrió.

—Hola, Srta. Cooper. Vamos a terminar aquí antes de lo que creíamos. Entre. No toque nada. Usted también, Sr. Bass—.

El apartamento seguía siendo un sitio catastrófico. Bess miró a su alrededor. —Qué desastre—, dijo ella, sacudiendo la cabeza. Su mirada captó un detalle nuevo. —¿Te quieres fijar en eso?— Los dos hombres la miraron. —¿Qué?— preguntó Whit.

—El tío no tocó la camita de Albóndiga. Está sin tocar—.

—Supongo que pensaría que lo que fuese que estaba buscando no estaría ahí. Además, no se puede ocultar nada allí—.

—¿Puedo tomar un cepillo de dientes y algo de ropa?—

—Creo que el equipo ha terminado con el dormitorio. Voy a ver—.

—¡Qué desórden! Vas a tardar días en ordenar esto—.

—Voy a echarle un cerrojazo y me voy. Todo esto me da escalofríos—.

Whit le pasó un brazo por los hombros. —Tú te quedas conmigo hasta que te sientas cómoda—.

—Gracias—. Ella le lanzó una sonrisa y él la besó.

—Hey, hey—, bromeó el oficial Joe. —Vale, Srta. Cooper, le podemos devolver el dormitorio y el baño—.

—Es seguro para ella recoger aquí dentro?— le preguntó Whit al policía.

—No debe estar aquí dentro a solas. Incluso con el perrito, no es seguro. Quizás en dos semanas sí. Concedanos una oportunidad para averiguar qué sucedió—.

Cuando la maleta de Bess estuvo empacada, un par de reporteros les paró ante la puerta. Dispararon preguntas a Bess. La emisora de Whit la había entrevistado justo

después de que llegara la policía por la noche. A estas alturas, ella pensó que la publicidad no podría hacerle daño. *A lo mejor eso hace que el ladrón se aleje.*

Bess deshizo su maleta en casa de Whit y él se fue a trabajar. Luego ella hizo lo único que le daba paz—revisó libros de cocina para encontrar ideas para nuevas recetas.

Su móvil sonó. Era Ned.

—¿Estás bien?—

Bess le explicó todo a Ned.

—Me alegro de que no estuvieras ahí—.

—Así que, ¿me están echando terriblemente de menos y listos para que vuelva?—
Estaba bromeando sólo a medias.

El silencio era incómodo.

—¿Ned?—

—No exactamente—.

—¿Oh? ¿Eso qué quiere decir?—

—Trabajan deprisa. Han contratado una chica que se llama Jenny. Le están dando tu programa—.

—*Horneando con Jenny?*—

—No, *En la Cocina con Jenny.*—

El pecho de ella se tensó. Apenas podía respirar.

—¿Bess?—

—Estoy aquí—, dijo con dificultad.

—Lo siento—.

—¿Me has llamado para decirme eso?—

—Pensé que no sería justo que tu estuvieras allí esperando, ¿sabes?—

—¿Te han dicho que hagas eso?—

—Claro que no. Si se enteran, me cortarían el cuello. No quería que estuvieras ahí esperando.. con esperanzas—.

—Gracias, Ned—.

—¿A lo mejor puedes encontrar otra cosa?—

—Sí, quizás. Si no me asesina un ladrón antes—. Dijo ella con cierto desdén.

—No digas eso. Ey, si encuentras algo, por algún milagro, ¿me llamarás?—

—¿Sigues queriendo trabajar con la *Mujer del Escándalo?*—

—Claro que sí. Eres la mejor—.

—Tú también—.

Una pena muy grande descendió sobre ella como una densa niebla. No habría podido reconocer, incluso si Ned o cualquier otra persona le hubiese preguntado directamente, pero ella había estado esperando que quizás todo tendría arreglo al final. Había rezado porque la emisora le perdonase y olvidase lo sucedido y volver a contratarla. Pero Ned había aplastado esa esperanza con la verdad.

Bess se empezó a poner inquieta. Se puso en pie ante sofa y empezó a dar pasos por la habitación. *Es hora de pasear a los perros.* Les puso la correa, se puso una chaqueta y salió para Central Park.

Su pensar se volvía más claro cuando ella paseaba en el parque, normalmente con Albóndiga. Los perros trotaban delante de ella, deteniéndose para olisquear farolas de vez en cuando, dejándola a solas con sus pensamientos.

¿Qué hago con Whit? Dijo que nunca se va a casar y estoy enamorándome de él. Chica estúpida y tonta. No lo hagas. Es agradable, bondadoso, guapo, es un gran amante, el mejor que he tenido, pero ¿es eso una buena razón para que me rompa el corazón? ¿Creo que puedo hacerle cambiar? ¿Puedo hacer que vuele un elefante? ¿Por qué intentarlo? Escucha. Escucha lo que él dice. No quiere casarse. No quiere niños. Cree lo que dice y aléjate. Búscate a otro. O llora sin parar durante meses.

De vuelta a casa de Whit, Bess se consoló de la manera que siempre hacía, preparando una comida fabulosa. Había pillado unos cuantos utensilios de su cocina y puso música country. Troceó, salteó, rebanó y doró toda la tarde. Cuando Whit regresó al apartamento, los aromas ricos en el pasillo venían de su apartamento y no del de ella.

Ella alzó la vista, dándose cuenta de que él había vuelto por el aire frío que venía de la puerta abierta.

—¿Qué es ese delicioso olor?— Metió la cabeza en la cocina.

—Algo nuevo. Mi propio guiso de pasta. Muchas verduras frescas, un poco de salchichas y macarrones. ¿Gustas?— Le ofreció una cucharada.

—Vaya, casi tan delicioso como tú—, dijo él después de tragar. Bess puso la cuchara de palo en el mostrador, dejándole tirar de ella para un abrazo y un beso.

—¿Qué tal tu día?— preguntó ella, saliendo de su abrazo para buscar unos platos en el armario.

—Lleno de asesinatos, robos, asaltos y hurtos. Lo de siempre. Excepto volver a casa a estar contigo—.

* * * *

Whit desvió su *Bentley* dejando la autopista y giró hacia la izquierda en Midland Avenue, en dirección hacia la playa de Rye. —Recuerda, no hay muebles—.

—¿Nada?—

—Bueno... hmm. Una cama y un sofa—.

—¿Una cama? Tenía que haberlo adivinado—. Dijo ella riendo.

Whit dejó la carretera para entrar en el aparcamiento del Colegio Midland y aparcó allí. —Vale, ¿tú querías devolverme el favor?—

—¿Si?—

—Este es el trato. La casa necesita muebles. Puedes quedarte aquí todo lo que quieras si me lo amueblas—.

—¿Si te la amueblo?—

—Yo te daré el dinero. Tú compras lo que quieras—.

—¿No era que querías vender la casa?—

—No estoy seguro de lo que voy a hacer. Nadie puede vivir allí sin muebles—.

—Trato hecho. Vamos a dejar las maletas, ver la casa y nos acercamos a una tienda de muebles cercana—.

Whit volvió a la carretera y pisó el acelerador. —Me parece un buen plan—.

Estuvieron en silencio el resto del viaje. Whit metió el coche en la pequeña entrada y aparcó en el parking. Bess salió como un rayo. Una honda bocanada de aire fresco y salado le hizo revivir. Se quedó parada en el camino empedrado que dividía el pequeño jardín de la entrada en dos y se quedó mirando el edificio. Tenía dos plantas de piedra de distintos tipos, con varias ventanas que tenían pequeños paños de cristal en la fachada delantera. Dos ventanas estaban casi ocultas por el pequeño porche delantero. *Suficiente sitio para un par de mecedoras.*

La puerta de entrada era de madera curtida y gastada, con bisagras de hierro forjado, con pintura blanca desconchada. El pomo de latón necesitaba un pulido. Pequeños setos rodeaban la propiedad mientras un poco de hiedra intentaba trepar por una de las paredes.

Whit se unió a ella. Tenía sudor en el labio superior. —La casa necesita trabajo. En la parte de atrás hay cristaleras— Las palabras salieron de su boca a trompicones. Bess puso un dedo en sus labios callándole.

—Es encantadora. Única. Vaya. Es genial. Vamos adentro—. *Único, como él.*

Él sonrió, rebuscó en su bolsillo y sacó las llaves abriendo la puerta de entrada. Bess entró primero en una pequeña salita. Al otro lado de un arco había un salon con un techo con vigas. Las habitaciones en el segundo piso abrían a una pasarela que recorría la anchura de la casa, terminando en una escalera de madera. Una gran chimenea de piedra tenía un aspecto especialmente grandioso en las habitación casi vacía. Las paredes eran de un color beige sucio. Una puerta hacia la derecha estaba cerrada. La mirada de Bess se posó en un sofa de ante de color beige que descansaba en un ángulo frente a la chimenea.

Tengo que ver la cocina. Ignoró la habitación a la derecha y giró hacia la izquierda. *Sitio perfecto para una gran mesa.* Puertas dobles abrían a un patio de piedra. Ella cruzó otro arco a la cocina. Había sido renovada hacía unos veinte años y necesitaba actualizarse. Su mente estaba funcionando. Cuando Whit le habló, ella no le escuchó.

—Dije—¿Qué te parece?— Tiró de las trabillas de sus vaqueros y cambió de postura.

—¿Qué? Oh. Lo siento. Estaba pensando. ¿Que qué creo? Creo que es grandioso—.

—¿Grandioso? Es demasiado pequeña para ser una casa grandiosa—. Su ceño se frunció.

—Es genial, bello. Tiene mucho potencial. Todos los detalles correctos. Me encantan las puertas correderas—.

—La cocina es pequeñita, en comparación con la tuya—.

—Todas las cocinas son pequeñas en comparación con la mía. Se puede ampliar. Será genial una vez que hagas una renovación—.

—Uy. ¿Cuánto me costará eso?—

—Depende de lo que te quieras gastar. Ya que vas a dejarla, seguramente no querrás renovar la cocina—.

—Dejar esto. Vaya—.

—Eso es lo que estás haciendo—.

—No estoy seguro. A lo mejor me lo quedo—.

—Yo nunca vendería un sitio como éste a menos que no tuviera dinero—.

—¿Por qué?—

—Porque no lo puedes sustituir por nada. No hay otra casa como esta en todo el planeta—.

—Supongo—.

—¿No eres muy sentimental, verdad?—

Él se quedó mirándola.

—Me lo figuraba—. Ella volvió al salón y se encaminó hacia la habitación tras la puerta cerrada.

Él la siguió. —¿Por qué dices eso?—

—No quieres casarte. No quieres niños. No quieres lazos. Deshacerte de la casa. Todo espartano. Sin sentimientos. Ir y venir a tu aire...¿No es esta una habitación encantadora?

—El espacio no era amplio pero tenía un mirador con un asiento, además de otra ventana grande con muchos paños de cristal.

—Subamos arriba—.

Subieron al segundo piso. Había dos dormitorios de tamaño grande y otro más pequeño, como la habitación de una criada. En el dormitorio principal, ella inspiró aire cuando vió la vieja chimenea.

—¿Una chimenea en el dormitorio?— Miró hacia él. —Perfecto para la seducción—. Movié las cejas.

—Parece que esto no se ha usado en los últimos cincuenta años—.

—Eso tiene arreglo—.

—Y, ¿vas a seducirme en esta habitación?— preguntó él, sonriendo.

—Creo que la chimenea nos va a seducir a los dos—. Rió ella.

—También una manera práctica para reducir los gastos de calefacción en esta casa—, dijo él.

—Eso, cambia de tema—. Ella dijo riendo.

Se acercó a la ventana, atraída por la vista del Estrecho de Long Island rompiendo en la playa a unos pocos cien metros de distancia.

—Una vista del agua—. Ella respiró hondo. —Es fabuloso. Este sitio es tan prometedor... ¡El jardín trasero!—. Bajó corriendo por las escaleras.

—El jardinero no ha hecho gran cosa. Sólo tengo un plan básico con él—.

Ella se detuvo y se volvió a mirarle. —Deja de dar explicaciones. Está bien. Me encanta esta casa. Tienes suerte de haber encontrado un sitio tan especial. No quiero oír más excusas—.

La puerta trasera estaba entre la zona del comedor y la cocina. Whit abrió el cerrojo y los dos salieron afuera. El pequeño jardín estaba podado limpiamente. Casi tres veces el tamaño del césped de la entrada, tenía semilleros para flores y casi no tenía paisajismo.

—Necesita una siembra—, dijo él.

—Parte del plan de arreglos... si tienes intención de quedártela—.

Volvieron dentro. Bess estimó a ojo de buen cubero la longitud de la mesa que necesitaría y otras cuantas cosas. —Vámonos de compras— dijo ella.

—Vamos a comer. Tengo hambre—.

Conducieron a la ciudad. Una hamburguesería en la calle Purchase estaba abierta así que eligieron una mesa e hicieron su pedido.

—¿Tienes tus cosas contigo, no?— preguntó él, dándole un mordisco a su hamburguesa.

—Sí—.

—Bien. Te dare las llaves del coche y la tarjeta de crédito. Me vuelvo en el tren—.

—¿Me vas a dejar aquí?—

—Esa es la idea. Necesitas estar segura. Lo estarás aquí. Nadie te va a encontrar—.

Ella suspiró. —Cierto. Tendré que cancelar el Club de la Cena—.

—Durante un ratito—. La tomó de la mano. —¿Por favor? No te arriesgues a nada—.

Ella le miró un instante antes de meterse un pepinillo en la boca. *Parece estar preocupado. Quizás debería preocuparme más.* —Tal como acordamos. Pensé que tú también te quedarías aquí—.

—No puedo. Tengo que trabajar. Además si estás decorando, voy a estar estorbando—.

Ella afirmó con la cabeza. —Vale. Un par de días—.

Terminaron de comer, Whit pagó la factura y se fueron dando un paseo hasta la estación de trenes. Después de un adiós apasionado, ella volvió en el coche a la casa. Sin Whit, la casa parecía más triste y más ruinoso. *Me encanta esta casa. Pero es suya. ¿Tendré algún día yo una casa propia? Quizás. Pero no si estoy sin trabajo.* Suspiro y sacó papel y bolígrafo para hacer una lista.

Capítulo Doce

Whit llegó temprano a su cita con el Dr. Sumner. Dió pasos ante la puerta hasta que el terapeuta abrió la puerta. Luego entró de una zancada y se sentó.

El Dr. Sumner se sentó tranquilamente en la silla enfrente de Whit y sonrió. —Parece estar ansioso por verme—.

—Si—.

—¿Tiene una respuesta a la pregunta sobre la casa?—

—No. Pero creo que debo quedármela, por lo menos de momento, para proteger a Bess—.

—¿Oh? Cuénteme—.

Whit explicó sobre Bess y el allanamiento de morada. —Luego, ella dijo, ´vas a deshacerte de la casa´ y me encogí por dentro—.

—¿Por qué? Tiene intención de venderla, ¿no es cierto?—

—Pero ella dijo deshacer. Como deshacerme de una novia. Y me dolió. No quiero deshacerme de la casa. Necesita un buen repaso... está muy abandonada. Me dió vergüenza llevarla allí—.

—¿Le importó a ella eso?—

—De ninguna manera. Pero de repente, la casa de mis sueños, mi preciosa casa, parecía una basura vieja. La puerta está desgastada, la pintura está desconchada. Las ventanas están tan sucias que no se puede ver nada. ¡Y lo peor!— Whit puso la cabeza entre sus manos.

—¿Lo peor?—

—La cocina parecía que no se había renovado desde la Guerra Civil. Estilo años cincuenta. Feo. Anticuado. Y me preguntaba qué estaría pensando ella—.

—¿Qué dijo ella?—

—Que eso se podía arreglar—.

—Y usted dijo...—

—No dije nada. Otra cosa más en mi vida que tengo que arreglar. Quería prenderle fuego.

—¿No le gustó nada a ella?—

—Eso es lo raro—. Miró hacia arriba a los ojos del terapeuta. —Le encantó. Dijo que tenía potencial, que podría ser bonita—.

—Eso es bueno, ¿no?—

—Renovar la cocina va a costar una fortuna—.

—Pero si tiene intención de quedarse con la casa, durará años—.

—Si. Esa es la cuestión. Si—.

—¿Todavía no sabe por qué no ha vendido la casa?—

Whit negó con la cabeza. —La pregunta surgía una y otra vez en mi cabeza en el viaje de vuelta en el tren. Es una casa vieja, y sin embargo, sigue siendo mía... Incluso gasto dinero pagando un jardinero. Qué idiota soy—.

—¿Un idiota? Quizás usted ama esa casa. Quizás representa algo para usted—.

—¿Quiere decir la familia que nunca tuve?—

—Quizás—.

—Supongo que sí. Quiero decir, en caso de que encuentre a alguien. Si cambio de idea con respecto a toda mi vida—. Rió levemente.

—Tendría un sitio donde poner una familia—.

—Si. ¿No necesito tener la familia primero, Doctor?—

—Gente diferente hace cosas de manera diferente. Lo que funcione para usted, Whit—.

—Habla en jeroglíficos—. Hizo una mueca de enfado.

—Quiere que yo le dé la respuesta—.

—Esa sería la manera más rápida—.

—No puedo hacer eso—.

—¿Por qué no? ¿Porque terminaríamos esto entonces?—

—Un momento, eso es insultante. No, porque la persona con la respuesta es usted, no yo—.

—Sabía que me iba a decir eso—.

—Así que, dése usted mismo la respuesta. Concédase permiso para verse por dentro—.

—Quizás si me voy unos meses, la encontraré entonces—.

—Espero que si. Se ha terminado la sesión—.

—¿Qué pasa aquí cuando me vaya a Asia?—

—Hacemos una pausa hasta que vuelva—.

—Le echaré de menos—.

—Siempre puede volver—.

—¿Crée que ya estoy listo para ir por mi propia cuenta?—

—¿Lo cree usted?—

—Supongo que si. He vivido solo desde siempre de todas formas—.

—Quizás eso es el problema—.

—Quizás—.

Whit siguió al terapeuta hasta la puerta. Se dieron la mano y él salió del edificio. Caminó las treinta cuerdas de vuelta a la emisora en vez de tomar un taxi o ir en el metro. Quería tiempo para pensar. Ver la casa desde el punto de vista de Bess lo cambiaba todo. Su palacio se había transformado en un vertedero. El desasosiego de vergüenza le invadió. *Ella sabía que no era un palacio. Estaba siendo amable. ¿Cómo me he podido enamorar de ese sitio? Vaya antro. Nunca voy a poder venderlo.*

Cuando llegó a la emisora, todo era actividad con noticias nuevas. Sam le gritaba al chico de la redacción, la chica del tiempo se estaba quejando porque no funcionaba su ordenador y el sonidista le gritaba a todos a que se callaran. *El trabajo de todos los días.* Ensimismado en sus propios pensamientos, Whit se metió en su despacho. Barajó papeles, echando un vistazo a las noticias de primera plana. *El trabajo nuevo no puede llegar en mejor momento. Tengo que irme de aquí.*

Sam entró como una explosión en su despacho, agitando los brazos y se apoyó en el reposabrazos de una silla. —¿Dónde demonios has estado? Hay un nuevo escándalo sobre el delegado del alcalde. Parece ser que su esposa está cultivando marihuana en el jardín trasero de su casa y lo está vendiendo. Tenemos otra violación en Central Park, aunque no sé qué hacen estas niñas allí a las tres de la mañana solas. Y ha habido pelea fuera del ayuntamiento sobre una ley para que los perros lleven correa—.

Whit achinó los ojos. —Trepidante, ¿no? ¿No hay noticias nacionales?—

—Si. Todas son malas noticias. Toma. Léete estas. Primera plana, a menos que lleguen noticias de Oriente Medio—.

Con la misma rapidez en que había entrado, ella salió de nuevo. Whit sonrió. *A Sam le encanta el drama. Escándalos, su comida favorita.* Whit tomó las hojas y se arrellanó en su silla para leer.

* * * *

Bess se levantó a las seis. Después de ir a comprar lencería del hogar, elementos básicos para la cocina y encargar muebles, se había acostado temprano la noche anterior. La nueva cafetera despedía un olor maravilloso en la casa. Se sirvió una taza de café, se puso su chaqueta y la correa de Albóndiga y se encaminó hacia la playa.

El cielo gris de Noviembre enfrió aún más de lo que marcaba la temperatura oficial. La orilla desierta estaba tranquila y serena. Bess soltó a la perra para que pudiera correr libremente. Las olas eran pequeñas en comparación con el océano. Ella caminó por la orilla en dirección a Playland, un parque de atracciones cerrado porque ya se había terminado la temporada.

Albóndiga iba detrás de ella, caminando por la arena firme y húmeda. Estaba bajando la marea dejando una ristra de conchas rotas de color blanco y diversas tonalidades de azul y gris. La tarea de amueblar la casa de Whit era enorme. Bess nunca había hecho nada así a solas. Se mordisqueó un labio mientras repasaba las cosas que había elegido.

Las entregas empezarían a llegar esa tarde. Ella tenía que volver a la ferretería y comprar más cosas para reforzar lo que había comprado para la cocina la víspera. Empezó a soplar el viento. Bess se cerró la cremallera de su chaqueta, la mente ocupada con detalles y decisiones. Albóndiga le ladró a una gaviota solitaria y la persiguió por la orilla. Bess casi no escuchó el sonido de su móvil.

En la pantalla había un número que ella no reconocía. Hizo una mueca. *¿Es esto una publicidad? ¿En mi móvil?* Estaba a punto de apagarlo cuando dejó de sonar. Hizo un gesto con los hombros y volvió a sus pensamientos haciendo una lista de la compra mental cuando volvió a sonar el móvil. El mismo número. *Los vendedores normalmente no devuelven llamadas.*

—¿Dígame?—

—Bess, no cuelgues—.

Ella se quedó parada. —¿Terry?— Una sensación de frío recorrió su columna vertebral. *No puede ser.*

—Si. No cuelgues. Por favor, Bess. Escucha—.

Ella se sentó bruscamente en la arena, los ojos como platos. Se le cayó el tazón de café, derramando lo que quedaba. Albóndiga se sentó a su lado. —¿Terry? ¿Eres tú de verdad? ¿No estás muerto?—. Empezó a sentir lágrimas en los ojos.

—No tengo mucho tiempo. No debería estar llamándote—.

—¿Qué demonios?— La ira desplazó la tristeza en su corazón.

—No me extraña que estés enfadada. Dáme un minuto—.

—Empieza a hablar—. Los labios de ella se comprimieron en un gesto de enfado.

—El trabajo de espionaje que estaba haciendo se volvió peligroso. Me delataron. Tuve que irme de la ciudad—.

—¿Oh?—

—Esto es un móvil de usar y tirar. No se puede rastrear. De todas formas es peligroso para mí hablar con cualquiera que haya conocido en el pasado. Pero tenía que llamarte—.

—¿Para qué? ¿Para explicarme lo de tu mujer?—

—Siento eso. Estábamos casi divorciados. Cuando hicieron los arreglos para que yo dejase la ciudad, Mona se vino conmigo. Tenía que hacerlo. No era seguro para ella tampoco. Nos hemos reconciliado. Ella entiende lo tuyo ahora. Te pide perdón por haberte causado problemas—.

—Eso es precioso, pero he perdido mi trabajo—.

—Lo siento, nena—.

—¡No me llames 'nena'! No podía dejar de llorar cuando me enteré de que estabas muerto—.

—No pudimos evitar eso. Lo siento. Escucha. No tengo mucho tiempo. Estás en peligro. Me dí cuenta cuando ví lo del allanamiento de morada de tu casa—.

—¿Te parece?—

—No sabía que irías a mi funeral. Toda esa prensa. Saben de tí, han averiguado dónde lo escondí. Ahora no estás segura—.

—¿Me vas a ayudar a *mi* a dejar la ciudad?—

—Se me ocurre algo mejor. Sé lo que están buscando—.

—¿Qué?—

—Un cuaderno. Guardé todos mis nombres y cosas en un pequeño cuaderno—.

—¿Las cosas sobre el caso? ¿Y de qué es el caso?—.

—Vale, vale. Es un caso de corrupción de la policía con la mafia. En mi cuaderno, tengo los nombres de los oficiales de policía y los tios de la mafia. El tipo que entró en tu casa estaba buscando ese cuaderno—.

—¿Por qué buscaría allí?—

—Porque allí es donde lo escondí—.

—¡Oh dios mío!— Se puso en pie y empezó a caminar.

—Si. Lo siento. No había otro sitio seguro. No pensé que te encontrarían. Luego, fuiste noticia y tu conexión conmigo salió...—

—Destrozaron mi casa buscándolo—.

—Lo siento tanto, nena. Quizás no lo encontraron—.

—La policía cree que lo han encontrado—.

—Te dire donde está y tú me tienes que prometer algo—.

—¿Qué?—

—Se lo llevas al tío ese de las noticias que vive enfrente a tu casa—.

—¿Whit?—

—Si. Ése—.

—¿Por qué?—

—Él se lo dará al jefe de la policía y alardeará de eso en antena. Luego te dejarán en paz. Así que tienes que prometer que lo harás si te digo dónde está—.

—Te lo prometo—. Pero, ¿por qué no puedo llevarlo a la comisaría yo misma?—

—El jefe de policía no te va a recibir. Y los policías malos se asegurarán de que tengas un accidente fatal antes de que puedas llegar a él. Además, ese bastardo lo dirá en las

noticias. Entonces los policías malos y los tíos de la mafia sabrán que no lo tienes tú. Y no volverán para seguir buscándolo—.

—Vale, vale. Tiene sentido. ¿Dónde está el cuaderno?—

—En el único sitio donde no miraron...—

—¿La camita de Albóndiga?—

—Exacto, nena—. Él rió. —La que está cerca de la cocina. Lo fijé con cinta en la base—.

Bess rió a pesar de la situación. —Eres demasiado—.

—Mira, voy a tener problemas si sigo mucho más aquí. ¿Prometes hacer lo que te he dicho?—

—Correcto. Lo hare—.

—Estuviste fantástica, nena. Teníamos algo especial. Siento que haya tenido que acabar de esta manera—.

—Yo también lo siento. Cuídate—.

—Tú también. Estaré viendo cuando pueda—.

—Gracias—. Apagó el móvil.

Se había levantado el viento. El único sonido era el grito ocasional de una gaviota hambrienta. Bess recogió su tazón, le quitó la arena, le puso la correa a su doguillo y se dirigió hacia la casa. *Imagínate eso. No está muerto.* Sonrió. Se borró la ira y fluía la felicidad en ella. *Me alegro de que esté vivo.*

Después de dejar a Albóndiga en la casa, tomó las llaves del coche y salió. *Tengo que amueblar esto un poco antes de poder volver y arreglar esto.* Había pensado en pasar la noche para recibir los encargos que había hecho y luego volver para recuperar el cuaderno y eliminar el peligro de su vida.

Bess pasó el día colocando muebles, ordenando la cocina y eligiendo colores de pintura. Cuando dieron las nueve de la noche estaba exhausta. Albóndiga ya se había dormido en la cama. Bess se metió en la cama con las sábanas nuevas y se acurrucó bajo el edredón. Demasiado cansada para sexo, pero de todas formas deseaba que Whit estuviera allí para caldearla y tenerla entre sus brazos durante la noche.

* * * *

El golpe en la puerta de Whit a las diez le sorprendió. Recién salido de la ducha, se ató el albornoz y guardó su tazón de café en la cocina.

—¿Bess? ¿Qué haces aquí?—

—Ven, te necesito—. Tiró de la manga de él y se dirigió hacia su apartamento.

—¿Qué pasa? Déjame terminarme el café primero—. Le dio la vuelta a ella y los dos terminaron por estar sentados ante la mesa de la cocina de él. Le sirvió a ella una taza de café.

Ella explicó todo excepto de dónde había conseguido la información. —Eso no te lo puedo decir—.

—¿Por qué no?—

—No puedo. Prometí que no lo haría. Es una cosa de seguridad—.

Whit barrió el aire con la mano. —Vale, vale. Sigue—.

—Quiero que vengas conmigo... por si acaso—.

—Deja que me vista—.

—¿Puedo mirar?—

Él rió. Bess le siguió al dormitorio. Whit se puso unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Luego los dos se acercaron con precaución a la puerta del apartamento de Bess, como si estuviese preparado para explotar. Una vez que abrieron la puerta y no hubo ninguna detonación de una bomba, se acercaron directamente a la cocina. Una camita pequeña de color verde descansaba en el suelo.

—¿Ésa es su camita?—

—Si—. Bess le dió la vuelta y ahí estaba. Fijado con cinta aislante a la base de goma, había un pequeño cuaderno negro. Ella retiró la cinta y se puso en pie.

—Vámonos de aquí. Lo miramos en mi casa—, dijo Whit tomándola de la mano.

Salieron a toda prisa del apartamento vacío y entraron en el de él. Whit echó los tres cerrojos en la puerta. A Bess le latía el corazón con fuerza.

—Vaya. Eso daba miedo—.

—Si. Tiene su gracia, pero daba miedo—.

Ella le entregó el cuaderno. Whit lo abrió, revisó las páginas parando para fijarse en alguna de vez en cuando. —Hay una tonelada de información aquí dentro. No sé qué cantidad será útil pero hay bastantes cosas aquí—.

—Llévatelo. Si nunca lo vuelvo a ver...—

—Lo sé. Es hora de que me vaya al trabajo—. Whit se cambió y se puso un traje con corbata, besó a Bess, se despidió de los perros y salió del apartamento.

En la emisora, entró en el despacho de Sam y cerró la puerta.

—¿Qué pasa? Sam estaba inclinada leyendo un informe. Una taza de café medio llena ocupaba el último espacio libre en su mesa llena de cosas.

—Tengo una información confidencial para una historia fantástica—.

—¿Sí?— Ella se enderezó y achinó los ojos.

Él explicó lo del cuaderno, ahora a buen recaudo en el bolsillo de su chaqueta. Se sonrió por dentro mientras veía como Sam se ponía ansiosa.

—Esto podría ser mi premio *Pulitzer*—, murmuró ella.

—Nuestro *Pulitzer*—.

—Dáme, dáme. ¿Dónde está?—

—No. Va directamente a la policía en cuanto lo repasemos. Tenemos que hablar con el jefe de la policía para que se pueda entregar de manera totalmente segura. Pero... primero quiero hacer un trato—. Whit se sentó en una silla.

—¿Un trato? ¿Tienes la historia del siglo y quieres hacer un trato? ¿Qué clase de periodista eres tú?—

—Un periodista con conciencia. Éste es el trato. Consigue que el programa de Bess Cooper, *Cocinando con Bess*, se vuelva a emitir—.

Ella hizo una mueca. —No tengo conexiones con esa emisora privada de pacotilla—.

—Lo sé. Pero aquí sí tienes enchufes. De hecho, eres la productora más importante de Emisiones Eagle—.

—Me estás halagando—. Pero Whit se dió cuenta que ella se sentía importante.

—Es cierto. Consíguele un contrato de cinco años. Quiero que hagas eso o envíe el cuaderno a la policía de forma anónima, por mensajero—. Se arrellanó en el asiento y colocó los pies en el borde de la papelera—.

—Pero si yo no...¿Dónde meto ese programa?—

—Hay rumores de que vas a cancelar el programa ese de jardinería. Demasiados pesticidas y sus índices de audiencia son estiercol...—

—Ja, ja, muy gracioso—.

—Es cierto, ¿no?—

—Quizás... no tengo el poder...—

—Deja de mentir. Si tú das la orden, se hará. Especialmente cuando les cuentas que tienes un chivato con información a nivel de un *Pulitzer*.— Whit le miró la cara detenidamente.

—Bueno, si lo dices así... supongo que puedo intentarlo por lo menos—.

Whit se puso en pie. —Ya me dices cuando el contrato esté listo para la firma—.

—No puedo ir tan deprisa—.

—Y una mierda. Te he visto trabajar más deprisa todavía. ¿Te acuerdas del caso Mahoney?—

—Eso fue una situación nada corriente—.

—Este caso es como ese. Tienes veinticuatro horas antes de que envíe la libreta—.

—¿Qué? ¿Estás de broma?— Ella dió un golpe con su taza encima de la mesa, salpicando café en el informe que tenía delante.

—Nunca he hablado más en serio. Veinticuatro horas—. Se alejó hacia la puerta.

—¿Dónde está la información? ¿Cómo sé que está segura?—.

—Tendrás que fiarte de mí—. Él la escuchó resoplar cuando se dio la vuelta.

Usando toda su fuerza de voluntad, no sonrió hasta estar solo en su despacho. Repasó los papeles en su mesa, intentando concentrarse. La felicidad le embargaba. *Arreglando las cosas para Bess*. Cuando sonó su teléfono, contestó con alegría.

—Pickford Williams—.

—Hola Pick. ¿Cómo estás?—

—Estás de buen humor—.

—Si, bueno, hice una buena acción hoy—.

—¿Un boy scout? ¿Es éste Whitfield Bass?—

Whit rió. —El mismo que viste y calza. ¿Qué pasa?—

—El trabajo. Tienes dos semanas para despedirte y preparar las maletas, chico—.

—¿Contrato?—

—Seis meses—.

—Excelente—.

—Nos vemos para tomar algo a las nueve en el hotel Shelton Arms. Firmamos el contrato, repasamos los presupuestos del viaje y todo eso—.

—Estupendo—. El teléfono se apagó. Whit se echó atrás en su silla y descansó los pies en otra silla. *Perfecto. Le arreglo la vida a Bess y luego empiezo mi nueva vida. Ella puede usar la casa mientras yo esté fuera. No hay prisa en venderla si estoy fuera. Esto encaja perfectamente.*

Llamó para decirle que llegaría tarde y se fue hacia la zona de maquillaje.

Sam le agarró del brazo. —El contrato estará en tu mesa a las nueve de la mañana—.

—Bien. Te daré la información cuando se haya firmado el contrato—.

—Lo firmará Montgomery—.

—Bien. Cuando lo firme la Señorita Cooper, tendrás la información—.

—Tipo duro—.

—Mira quién habla—.

Whit dió las noticias como si flotase en el aire. Su confianza en sí mismo nunca había sido mayor. *Nada como atar todos esos cabos sueltos de la vida. El Dr. Sumner ha sido una cosa genial. Me parece bien quedarme con la casa y además irme a Asia.*

Llegó al Shelton Arms temprano, se pidió un whiskey con hielo y llamó a su hermano.

—Hola Jeff. Quería que supieras que me voy a Asia durante seis meses. Quizás más —.

—¿Asia? ¿Y eso?—

—Voy a trabajar allí para el *New York News Review*.—

—¿Te han dado un ascenso?—

—Es más bien una movida lateral—.

—Estás huyendo—.

—No, despejando el camino para un comienzo nuevo—.

—Lo siento—.

—Ah, de paso, gracias por darme el número del Dr. Sumner—.

—¿Le estás viendo?—

—Sí. Ha sido muy útil—.

—¿En serio? ¿Y sigues huyendo?—

Whit suspiró. —Ya te lo he dicho. No estoy huyendo de nada. Estoy empezando algo nuevo—.

—Eso es lo que dices. Te echaré de menos. ¿Vas a venir a ver a Papá antes de irte?—

—Lo hare si tengo tiempo—.

—Traducción—no. Hey, es tu vida—.

—Incluso con toda esta mierda que me estás cargando, eres un gran hermano, Jeff. Siempre has velado por mí. Nunca te he dado las gracias. Quiero que sepas que lo aprecio—.

Silencio. Luego, —Eres mi hermano pequeño. Alguien tiene que vigilarte—.

—Lo has hecho tú. Eres uno de los tíos buenos—.

—Gracias. No te metas en líos. Cásate. No te arrepentirás—.

—Hey, tú encontraste la única buena de todas, Jeff. ¿Qué voy a poder encontrar yo?— En el instante que lo dijo, le invadió una oleada de culpabilidad. *Menos mal que Bess no ha oído eso.*

—Creí que tenías a alguien—. Una leve sospecha se filtró en la voz de Jeff.

—Es una especie de amiga—. *Antes no eras un mentiroso.* Empezó a sudar en la frente.

—Amiga con derecho a roce—.

—Más o menos—.

—No se te puede pillar. Siempre escurridizo. Eso no ha cambiado. Bueno, tu vida personal es tus propios asuntos—.

—Correcto—.

—Tenía esperanzas de que esta era la que era—.

—¿Qué lo que pasa con mi vida personal es asunto mío?—

—Sigo sin poder hablar contigo, ¿verdad? Buena suerte en Asia, Whit—.

—Gracias—.

Whit no respiró con alivio cuando se terminó la conversación. Quería seguir hablando pero no sabía qué decir. *Jeff siempre sin entender. Es como hablar con el Dr. Sumner. ¿Por qué no puedo hacerle ver que estoy bien? Se preocupa demasiado.*

—Hola, Bass, ¿qué te preocupa?—

Whit alzó la vista para ver la cara redonda de Pickford Williams. —Hola, Pick, siéntate, siéntate—.

—Parece que llevas el peso del mundo en los hombros—.

—Nada. Hablando con mi hermano—.

—Hablemos de Asia—.

—Vale, adelante—.

La camarera volvió y Pick se pidió un whiskey con hielo para él y otro para Whit. —No eres la primera elección de mi jefe. Siento decirte eso—.

Whit alzó una ceja. —¿Oh?—

—Si. Quería a Jamison Keller—.

—Del *Business News Today*?—

—Si. Pero Keller tiene un contrato para un libro o algo. Por lo menos durante los próximos meses—.

—Entonces, ¿estoy de prueba? ¿Es eso?—

La camarera les sirvió las bebidas y puso un cuenco de algo para picar.

—Si te encanta estar ahí y te quieres quedar, estupendo. Pero si quieres volver, Keller podría ser el sustituto—.

—¿Por qué estás haciendo esto?—

—Porque te conozco—.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?— Whit terminó su segunda copa y pidió otra.

—No creo que vas en serio con lo de Asia—.

—Nunca he estado más en serio. En cuanto firme ese contrato, me marchó—.

—Venga, Whit. Te conozco. Te conozco desde hace años—.

—¿Y?—

Rellenaron la scopas. Pick se pidió nachos. —A ti te pasa algo—.

—¿Por qué dices eso?—

—Solo una sensación. Tú eres un tipo de los que no abandona pronto—.

—¿Si? ¿Y? Llevo tres años con la emisora—.

—Tres años no es nada. Tienes una cosa buena allí. Ganando una pasta gansa—.

—¿Y? Quiero algo diferente—.

—Ya veremos—. Pick elevó su vaso. —Brindemos por... um.. la felicidad—.

—Vale. Felicidad—. Chocaron vasos y bebieron. —¿Cómo está Annie?—

—Bien. Embarazada—.

—¿Otra vez?—

—Sólo tenemos un hijo, Whit—.

—Felicidades—.

—Deberías probarlo—.

—¿Matrimonio? ¿Niños? ¿Yo?— Se rió. —Ese no soy yo—.

Dos copas se convirtieron en cuatro. Whit y Pick hablaron de sus días universitarios. Whit firmó el contrato y se fue dando tumbos en un taxi a medianoche.

Bess estará dormida ya. Whit se hizo un lío con las llaves en su puerta. Los doguillos empezaron a ladrar. ¡Maldita sea! La van a despertar. Mierda. Ábrete puta puerta. Sintió la tentación de darle una patada a la puerta. Ya está despierta. Y yo estoy bebido. Mierda. Esto no está bien.

Cuando entró, ella levantó un rodillo de amasar para golpear, pero él gritó, —¡Bess! ¡Soy yo!—

Ella parpadeó, se frotó los ojos y colocó la arma de madera encima del mostrador. Los perros saltaron encima de él, intentando lamerle la cara. Whit se deslizó al suelo y rió como un colegial cuando los perros le atacaron con afecto.

—¿Borracho?— preguntó Bess, con una mano en la cadera.

—Me tomé unas cuantas copas con un viejo amigo—.

—Ya veo. Es después de medianoche. Perdóname si vuelvo a la cama—.

—No te vayas sin mi—. Se puso en pie y se tambaleó tras ella. Su bata transparente apenas tapaba su cuerpo. Él la miró con deseo. *Borracho y ardiente.* Rió.

—¿Qué tiene gracia?—

—Se supone que los hombres son impotentes cuando están borrachos. Yo no. Podría hacer el amor toda la noche contigo—.

—¿Ah sí?—

—Si. Ven aquí—. Estiró un brazo hacia ella.

—Apesta—. Ella se alejó de él.

Whit entró en el baño. Se salpicó agua fría en la cara, cepilló los dientes y usó un enjuague bucal. Más sobrio, entró en el dormitorio, aflojándose la corbata. —Déjame probar de nuevo—. Dejó la corbata de seda colgando en una silla y se desabrochó la camisa. —Eres la mujer más bella de la tierra—. Se desabrochó los pantalones y los dobló. En un minuto estaba desnudo, gateando en la cama hacia Bess.

Ella se sentó y rió. —Pareces un león—.

—Soy un león que viene a por su pareja—. Cuando la alcanzó, tomó la cabeza de ella en la palma de la mano y la acercó hacia sí. —Te necesito—, susurró él.

—Estoy aquí—.

Él la acomodó y cubrió su boca con la suya, seduciéndola suavemente. —Bella Bess —, murmuró en su boca. Sus manos empujaron las sábanas hacia atrás, haciendo que estuvieran piel con piel. Besó su cuello y siguió hacia abajo. Bess recorrió su espalda con las dos manos y luego su pecho.

—Umm, me encanta tu cuerpo—, susurró ella.

—Te quiero, cariño—, dijo él, mientras subía las manos hacia sus pechos. Cerró los dedos entorno a la carne cálida. —Perfecta—, dijo.

Subió la cabeza para mirar en los ojos de ella, donde brillaba el amor. Amor y deseo. Eso le disparó. El deseo surcó sus venas. —Oh, nena, nena, nena—, dijo deslizando las manos por arriba y por abajo en su cuerpo y luego entre sus piernas. Ella estaba húmeda. Él no podía recordar la última vez que había estado tan duro. Whit no podía esperar. Le abrió las piernas, la cabalgó y empujó. Ella inhaló fuertemente y se enarcó.

Un pensamiento sobrio penetró en su cerebro. *¿Le he hecho daño?* Miró fijamente los ojos de ella. —¿Estás bien?—

—Dios, si. No pares—.

El la soltó, se retiró y luego penetró una y otra vez, entró cada vez más duro, queriendo poseerla, su cuerpo y su alma. *Es mía*. —Mía,— repitió una y otra vez, al ritmo de los movimientos de sus caderas. La besó rudamente, mordiéndole los labios. Sus manos se aferraron a los brazos de ella y apretaron fuerte.

—Ay, suéltame—, dijo ella, retorciéndose bajo su mano.

—Lo siento, lo siento—. *Tómala, haz el amor con ella, pero no le hagas daño, imbécil*. Abrió los dedos y frotó los brazos de ella.

—Estoy bien—. Su boca era de color rosa oscuro, invitándole. Él la besó, su lengua buscando la de ella. Ella la elevó para encontrarse con él. A medida que aumentaba la velocidad, Bess empezó a moverse con él, sus caderas ondulándose con cada penetración.

Ella gritó su nombre, haciendo su calor que le rodeaba cada vez más caliente y húmedo. Whit perdió todo el control al sentir un orgasmo enviando placer disparado por sus venas. Hundió su cara en el cuello de ella mientras los duros pezones de ella apretaban contra su pecho.

—Oh, dios—, dijo él, agotado y exhausto.

—Vaya por dios. Has sido un... animal—.

Whit alzó la cabeza. —¿Estás bien? ¿Ha sido demasiado?—

—Ha sido increíble. Era como que estabas inconsciente. En piloto automático—.

—Un león...—

—Si. Exceptuando la parte de los rugidos y mordiéndome en el cuello, si. Lo eras—.

Whit hizo una mala imitación de un rugido de un león. Sorprendidos, los doguillos empezaron a ladrar. Homer había estado en el salón. Entró corriendo y saltó a la cama.

Bess estaba caldeada y blanda bajo Whit y él no quería moverse. —Homer, ¡abajo!— Pero el doguillo siguió adelante, lamiendo la cara y el hombro de Whit. Bess rió cuando Albóndiga puso su hocico frío y mojado entre las tripas de ellos dos. Whit se sobresaltó.

—No hay intimidad—, murmuró, poniéndose de cuclillas. Su mirada ardiente cubrió el cuerpo de ella. —Podría mirarte toda la noche—.

Después de un lavado rápido, los dos se acurrucaron bajo las mantas. Bess se dejó abrazar por él. Whit cerró los brazos rodeándola.

—Yo también te quiero—, dijo ella.

Los párpados de él se cerraron, —¿Hmm?—

—Te estoy contestando—

—¿Qué?— Se espabiló de repente.

—Me dijiste que me quieres, así que pensé que te contestaría—.

—No dije eso—. *Nunca les digas que las quieres. La ley de Whit número uno.*

—Pero lo dijiste. ¿Lo estás negando?— Ella se retiró y se dió la vuelta para mirarle a la cara.

—No podría haber dicho eso. Nunca... jamás digo la palabra esa—.

—Lo hiciste esta noche. A mi. Te escuché perfectamente—.

Siguió un silencio. *¿Pude haberlo dicho? ¿La quiero? Bess es tan distinta pero la palabra esa?*

—Está bien si quieres negarlo. Lo capto—. Se enroscó ella sola en la otra punta de la cama. Él escuchó el dolor en su voz.

La separación de ella le afectó de manera física y emocional. El aire frío enfriando su piel ante su ausencia duplicaba el efecto. *¿Amo a Bess? Quizás sea así. Mierda. ¿Cómo ha pasado eso? Pero da gusto. Me siento tan bien.*

Se acercó a ella un poquito. —No quería decir eso—.

—Si, querías decir eso. Quieres negarlo o llamarme mentirosa—. Ella se mantuvo dándole la espalda.

Él se acercó mas. —Nunca te llamaría mentirosa. Es sólo que...—. Titubeó.

Bess le miró a la cara. —¿Sólo qué? ¿Lo dijiste sólo para manipularme? ¿Sólo para que yo pensara que te importo?—

—Estás retorciendo las cosas. Si te lo dije es que es cierto. No he dicho eso a nadie en mucho tiempo. Desde que compré la casa—.

—Entonces, ¿sí que me amas?— Ella descansó una mano en la mejilla de él.

Él la besó en la palma de la mano. —Si. Te quiero—.

—¿Me quieres?—

Él afirmó con la cabeza mientras acariciaba su cabello.

—Entonces, dílo—.

Su corazón se exprimió y su pecho se tensó. —Te quiero, Bess. Te quiero mucho—. Rozó sus labios con los de ella. Dentro de él sintió una oleada de alivio. Una puerta en su corazón se había abierto.

Ella se acurrucó a su lado. —Ahora, cuéntame lo de la casa—.

—Es tarde, ¿no podemos esperar a la mañana?— Él la atrajo hacia sí y descansó una mano encima de su pecho.

—Dáme la versión corta. Me ha estado mosqueando. ¿Para qué quiere una casa un hombre que ha decidido que no quiere casarse y tener hijos? ¿Y por qué la tiene prácticamente vacía durante años, pagando su mantenimiento? ¿Por qué no la ha vendido?

—

—Esa es una buena pregunta. Te dare la respuesta cuando lo averigüe—.

—¿No tienes ni una pista?—

—Todo empezó con una mujer llamada Gemma...—

—¿Voy a querer oír esto?—

—Tú has preguntado—. Carcajeó él. —¿Qué tal la versión corta?—

—Bien—.

Whit tiró de las mantas hasta cubrirles los hombros frente al aire fresco, plantó dos besos en el cuello de ella, la abrazó y empezó a contarle la historia.

Capítulo Trece

—Adoro las sorpresas—, dijo Bess mientras paseaban por Central Park West, él tomándole la mano.

—Esto es... Bueno, ya verás—. Él le sonrió, con una sensación de emoción surcándole las venas. *Espérate a que vea ese contrato. La emisora Eagle es mucho más grande que su vieja emisora por cable. Más dinero. Más respeto. Y lo hará genial además. Apuesto que hace subir los índices de audiencia hasta el límite.* Sentirse orgulloso de Bess le hinchó el pecho. Él le sonrió ampliamente y ella le miró con una interrogante en los ojos.

—Estás muy... contento contigo mismo esta mañana. Creí que ibas a sentirte algo resacoso—.

—Ni chispa. Estoy bien. Y no puedo esperar a ver tu cara—. Rió.

Él empezó a tararear la canción —Gone Gone Gone— de Philip Phillips mientras subían en el ascensor en su edificio. Cogiéndola fuertemente de la mano, se abrió paso en el caos de la emisora. Gente gritando con móviles al oído, productores discutiendo con personas hablando en directo... otro día típico en Eagle. Se fijó en Sam que achinó los ojos cuando ellos pasaron de largo.

Él entró en su oficina y ahí estaba encima de su mesa. *El contrato.* Él guió a Bess, sacó su silla e hizo un gesto para que ella se sentara. Luego, agarró las hojas. —Esto es para tí—.

Ella los tomó y se los acercó para leerlos. —¿Qué demonios? Esto es un contrato—.

—Eso es. Para un nuevo programa. *En la Panadería con Bess.*—

—¿Para mí?— Ella elevó las cejas.

—Correcto—.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cómo has conseguido esto para mí?—

—Tu reputación como una chef de primera y tus horneados en Nueva York...—

—Y una mierda. Venga. Di la verdad—.

—Vale. Cambié la información en esa libreta de Terry para conseguirte el contrato—.

Ella se puso en pie. —¿Hiciste el qué?—

—Siéntate. Relájate. Esto se hace todos los días. Estoy seguro que Terry estaría de acuerdo—.

—¿Qué hiciste exactamente?—

—Ofrecí darle la exclusiva de esta historia antes de llevar la información a la policía a cambio—.

—Pero no me quieren aquí—.

—Cuando yo le hice ver toda la publicidad que tu generarías después de todo el escándalo, sus ojillos de rata se encendieron. Te va a promocionar por todo lo alto. Vas a ser un gran exitazo aquí, Bess. Eras demasiado grande para esa emisora pequeña de todas formas—.

—Entonces, ¿quieres que esté con los grandes?—

—Eso es. Es tu sitio. Nadie cocina como tú—.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Más dinero también ¿verdad?— preguntó él.

—Mucho más—, dijo ella.

—Bien. Eagle puede permitírselo. Vas a atraer a todas las empresas grandes. Habrá bastantes ingresos para la emisora—.

—¿Hiciste todo esto por mí?—

—Por mi culpa perdiste tu empleo. Tenía que hacer algo para arreglar eso—.

—Entonces, ¿esto es un reembolso?—

Los ojos de él se agrandaron. —Quería ayudar. Haces que suene a algo malo—.

Ella se puso en pie, se arrimó a él y le besó. —Es la cosa más cariñosa. Pero, ¿esto es chantaje, no?—

—Yo prefiero considerarlo como un trato. Pasa todos los días en este negocio. *Quid pro quo*. Un intercambio de bienes o servicios—.

—¿Es de verdad?—

—Por supuesto. En cuanto firmes ese contrato, yo le entregaré a ella el cuaderno—. Miró hacia arriba brevemente para ver a Sam dando pasos fuera de su despacho.

Bess sacó un bolígrafo de su bolso y firmó el contrato. Se guardó una copia en su bolso y le entregó la otra a Whit. Él se la entregó a Sam, que estaba esperando en el umbral de la puerta. —Dáme—, dijo ella con un gesto.

Whit sacó el cuaderno del bolsillo de su chaqueta. —He contactado al jefe de la policía. Está esperando recibir esto. Tiene que estar allí esta noche—.

—¿Por qué?—

—Para que los hombres que lo están buscando sepan que Bess ya no lo tiene. De otra manera, ella sigue en peligro—.

—Es un trato. Llévate un equipo de rodaje—, dijo Sam. Empezó a alejarse y luego se dio la vuelta y levantó una mano para saludar a Bess. —Bienvenida a la emisora. Tienes que estar en mi despacho mañana a las ocho en punto. Nos reuniremos con tu productor. Tráete ideas para cuatro programas—. Desapareció en el pasillo.

—Ésa es Sam. No tiene nada de pretenciosa o falsa. Es directa—.

Sam metió la cabeza otra vez. —De paso os digo, nada de sexo en el despacho—.

Whit rió mientras que Bess se sonrojó. Se puso en pie.

—Tengo una tonelada de cosas qué hacer. Prepararme para mañana. No sé cómo darte las gracias—.

—Olvídalo. Es lo mínimo que podía hacer—.

Ella le dio un beso y salió. Whit la siguió. Entró en la zona de Sam y cerró la puerta tras de sí.

—¿Puerta cerrada? Tiene que ser algo grande. ¿Qué puede ser más grande que este escándalo en el departamento de policía?—

—Yo—.

—¿Tú?—

Whit se sentó en la silla delante de ella. —Voy a dimitir—.

Sam se puso en pie de golpe. —¿Qué?—

—Sí. Voy a aceptar un trabajo de periodista en Asia—. Sacó la copia doblada de su dimisión del bolsillo de su chaqueta.

—No puedes irte—. Una expresión de suficiencia apareció en su cara. —Tengo tu contrato—.

—Si que puedo. Léete la letra pequeña. Un aviso de dos semanas—.

—No me lo creo—. Sentada, Sam revisó los documentos en su ordenador. —Aquí está—.

—Leelo, Sam—.

Él la miró mientras ella estudiaba la pantalla, su expresión cambió a uno de incredulidad.

—¿Quién coños estuvo de acuerdo con esto?— Se puso en pie.

—Tú misma—.

—Muchas gracias por señalarme eso—.

—Lo siento. Me encanta estar aquí, pero esto es una oportunidad única—.

—¿Irte a Asia? Jolin, vete a comer a un restaurante chino todos los días, es lo mismo—. Ella dio zancadas en el despacho.

Whit rió.

—Ésta es tu historia. Es importante. Materia *Pulitzer*. No te puedes largar ahora—.

—Seguiré aquí otras dos semanas. Puedo seguir trabajando en ella—.

—Venga ya. Tienes seguidores. Nuestros índices de audiencia se irán a la mierda si te vas—.

—Esto es algo que tengo que hacer—.

El rostro de ella se iluminó. —¡Hey! ¿Qué te parece esto? Tú te tomas una pausa—te sacas de dentro esta mierda periodística que tienes y luego te vuelves. ¿Qué te parece si te damos dos meses? ¿Tres?—

Whit se quedó en silencio. *¿Querría volver? ¿Y si me parece un sitio horrible?*

Su mirada de suficiencia volvió cuando se sentó. —Ahí te he pillado, ¿verdad?—

—No me esperaba esto... especialmente viniendo de tí—.

—No te creas que me he vuelto toda sentimental. Tú haces subir los índices de audiencia. Esos ojos sexy y ese corte de pelo. Podrías estar ahí leyendo la guía telefónica y las mujeres estarían allí mirando—.

—Gracias por el voto de confianza en mis habilidades periodísticas—.

—Ya me conoces. Nada de tonterías. Sí, te necesitamos. Volverás—. Ella se inclinó hacia atrás en su sillón con una sonrisa de satisfacción en la cara. —No realquiles tu apartamento—.

—¿Dos meses?'

Forzando su ventaja, Sam se inclinó rápidamente hacia delante. —Si. Una caja de *Chivas* es que vuelves en dos meses—.

—¿*Chivas Regal*?—

—Si—. Ella asintió con la cabeza.

—Acepto la apuesta—.

Se puso en pie. —Tengo que ir a la comisaría de policía—.

Sam le entregó el cuaderno. —Toma. Chrissy hizo una copia—.

A medida que abría la puerta de la entrada, escuchó la voz de Sam gritando en busca de su ayudante. —¡Chrissy! ¡Chrissy! Lláma a Montgomery—.

Él sonrió, sacudió la cabeza y se fue hacia el ascensor.

Sam sacó la cabeza. —Llévate a Barry y Alan contigo—.

—Esos imbéciles—, murmuró Whit.

—Si. Vete—.

Pensé que me echaría como un par de zapatos viejos. Al menos saco una caja de whiskey de todo esto. Pisó la acera. Barry y Alan estaban esperando en la furgoneta. El motor estaba en marcha. Todos estaban en silencio camino al centro de la ciudad, dándole a Whit una oportunidad para pensar.

Todo listo. Dos obstáculos más. Contárselo a Bess y al Dr. Sumner. Su rostro se nubló. Contárselo a Bess no iba a ser fácil. Claro que él le había conseguido un gran trabajo, y él dejaría la casa a su cargo. *Sitio perfecto para fines de semana lejos de la ciudad. Ella ha sabido siempre que yo no me comprometo. Todo debería ir bien.* Otra cosa le preocupaba.

Ella tendrá la libertad que necesite para encontrar un hombre que sí se comprometa. Su ceño se frunció. ¡Mierda!

* * * *

Bess volvió a casa casi corriendo. Llamó a Ned, luego mandó un mensaje de texto a las chicas del Club de la Cena para una celebración de emergencia en su casa. Con un tazón de café fresco, se sentó y abrió su carpeta de ideas. Eligió ideas favoritas y luego hizo una lista de recetas posibles para ir con cada plato. Después de comerse un bizcocho, empezó a mirar en su archivo de recetas y consultó algunos libros de cocina.

Ned se pasó por su casa durante su hora del almuerzo.

—No me puedo creer que te llevas el programa a Eagle. Vaya golpe maestro—.

—No se lo cuentes a nadie. Espérate a que el programa esté en el aire—.

—¿Te sientes insegura?—

—Nunca se sabe—.

—Vale. Soy una tumba. ¿Me puedes contratar?—

—Voy a preguntar mañana—.

—Estoy deseando salir de esa jaula. ¡Esa Jenny es una zorra!—

—Aguanta un poco. Veré a ver qué puedo hacer. Mientras tanto, dime qué te parecen estas ideas para comidas y postres—.

Bess colocó tarjetas y fotos encima de la mesa. Cuando él se había ido, Bess tenía cuatro conceptos de programa que esperaba que le gustarían a Sam.

Le puso las correas a los doguillos y se dirigió hacia el parque. Como medida de precaución, se puso un plumífero y decidió dar un paseo corto. El viento cortante en Central Park West reafirmó sus elecciones. Albóndiga y Homer ocultaron sus hocicos ante el viento y la seguían.

En sus venas ella sintió el burbujeo de la emoción. Un programa en una emisora principal y el amor de su vida a su lado *Estoy enamorada de él, ¿verdad? ¿Debo estarlo? No.* No había terminado de decorar la casita de piedra, pero estaba segura de que Whit querría que siguiese. A medida que iba avanzando con la casa, crecía su cariño por ella. Cada pieza nueva de mobiliario le hacía sentir que era suya. *Siempre he querido tener mi propia casa. Ésta no es mía, pero la siento mía. Quizás eso es suficiente.*

Su vida incierta había dado un giro radical. De desempleada a súper ocupada. Su mente iba de una cosa agradable a la siguiente—trabajando duro, amueblando la casa más encantadora de la Costa Este y hacer el amor con el hombre más maravilloso del mundo. Rió y les habló a Albóndiga y Homer. —¿Cómo es que he tenido tanta suerte?—

La hembra ladró.

—Lo sé, chiquitina. Tengo suerte de tenerte a tí también—. A Bess le dolía la cara de tanto sonreír. Aunque el cielo estaba nublado y el olor a nieve estaba en el aire, para ella era un día soleado de primavera.

Guió a los perros de vuelta a casa. El Club de la Cena iba a llegar a la hora de la emisión de Whit. Bess puso música pop y bailó mientras preparaba los aperitivos y la cena. Terminó lo que quedaba de una botella de Cabernet mientras iba y venía del mostrador a los fuegos y volvía.

A las seis y media sonó su telefonillo. Las mujeres del Club de la Cena habían llegado. Tazones de ron caliente con mantequilla para todas. Los perros daban vueltas y jugaban antes de acurrucarse en sitios calentitos para dormir.

Brooke colocó los platos, Miranda fue a por los cubiertos y Rory puso los vasos de vino.

Bess encendió la tele y colocó un buffet en la cocina. El plato generoso de pastel de carne, puré de patatas y coles de Bruselas se comió mientras las mujeres veían a Whit entregar las pruebas a la policía en las noticias. Él guardó su secreto cuando se le preguntó de dónde había conseguido el cuaderno. Le preguntó al jefe de policía algunas preguntas agudas.

El corazón de Bess se llenó de orgullo. *Es increíble. Qué historia. Lo contó todo perfectamente.*

Mientras las mujeres estaban guardando todo después de comer, preguntaron por Terry.

—Así que, ¿te dejó en peligro, pero luego tú encontraste el cuaderno y ahora estás segura?— Brooke subió una ceja.

—Algo así—. Bess le puso la tapadera al pastel de carne que sobró.

—¿Y tú decidiste, así por las buenas, dárselo a Whit?— Miranda se detuvo para mirarla.

—Vale, vale. Suena raro. No puedo hablar de lo que sucedió. Estoy agradecida de que el cuaderno está con la policía y ya no está en mi apartamento—.

—Whit ha sido como un héroe—, dijo Rory.

—Lo es. Es mi héroe—.

Las mujeres se congelaron. Miraron a Bess de hito en hito. El calor subió a sus mejillas.

—¿Qué?—

—¿Whit es tuyo? ¿No era que nunca sería de ninguna mujer?— preguntó Brooke.

Bess no contestó. Guardó los contenedores de lo que sobró de la cena en la nevera.

—¿Whit, el Sr. de Anti-compromisos, es el amor de tu vida?— Miranda enarcó una ceja mirando a Bess.

—Bess, ¿no te habrás enamorado de él, no? Añadió Rory.

Incapaz de evitar las preguntas de ellas, se volvió para mirarlas. —Bueno, quizás. Un poco. Quiero decir que cuando alguien ha hecho por mí lo que él ha hecho...—

—Te conseguí un trabajo después de hacerte perder el que tenías en primer lugar—, dijo Miranda.

—Es la casa. Es... más que eso—.

—Es sexo, ¿verdad?— Brooke miró fijamente a Bess.

Bess sintió un aumento del calor en sus mejillas. —Eso... y otras cosas—.

—¿Te vas a hacer daño? Por favor, Bess. No quiero que te hagan daño—, dijo Rory.

—Dijiste que era juegos y diversión con él. Nada más—, dijo Brooke.

—Mentí. Sé que probablemente tendré problemas, pero no puedo evitarlo. Él es... maravilloso. Y es demasiado tarde. Ya estoy enamorada,— dijo Bess.

La alegría se fue disipando de la celebración a medida que cada amiga hizo saber sus dudas sobre Whit. Bess le defendió hasta que no pudo seguir haciéndolo. *Tienen razón. Seguramente estoy camino al desastre, pero no puedo parar. Le amo.*

El golpe en la puerta a las once la sacó de la cama. Bostezando, abrió la puerta para encontrarse con un Whit triunfal. Él tenía una botella de champán en una mano y una sonrisa pícaro. —¿Lo viste? ¿Has visto las noticias?—

Ella asintió con la cabeza mientras se frotaba los ojos.

—Toda la ciudad está hablando de eso. He tenido varias entrevistas telefónicas con los diarios. Por eso he llegado tan tarde ¿Estabas en la cama?

—Ha sido un día muy largo—.

—Vaya. Yo quería celebrar—. Whit metió la botella en la nevera. —Podemos esperar a mañana—. La besó. —Y todo es gracias a tí. ¿Cómo podré darte las gracias?—

—Me salvaste de los tíos malos esos. No hace falta que me agradezcas nada. Me vuelvo a la cama. ¿Te vienes conmigo?—

Whit tiró de su corbata y la siguió. Una vez en la cama, se acurrucaron.

—Quiero llevarte a un sitio bonito para cenar mañana. Podemos celebrar mi historia y tu nuevo trabajo—.

—Suena bien—, dijo Bess mientras el calor de su cuerpo le daba sueño.

—También tengo que decirte algo—, susurró él.

—Bien—, murmuró ella. *Oh dios mío. ¡Me va a pedir mano en matrimonio!* Ella sonrió una vez más antes de quedarse dormida.

* * * *

Bess revolvió en su armario, buscando el traje perfecto. *¿Qué te pones cuando hay una petición de mano en el menú?* Estaba tan excitada que no podía estarse quieta.

La reunión a primera hora de la mañana había ido bien. Sam había sido brusca, casi maleducada, pero le habían parecido bien las ideas de Bess. *Tendré que acostumbrarme a sus maneras.* Su nueva productora no sabía gran cosa sobre cocinar pero sabía de índices

de audiencia y publicidad. Le habían dado luz verde para contratar a Ned, que se puso loco de contento al enterarse.

La petición de mano de Whit sería la nata, la salsa caliente de caramelo y la cereza que coronaba el helado de su vida. Ella dió pasos intentando calmarse. Vió un vestido de color azul claro con cuello de barco. *¡Perfecto!*

Después de elegir las joyas de oro que se iba a poner, se dio un baño con espuma. *El reloj de oro de la abuela. Los pendientes de la tía Delia y el collar a juego.* A las siete y media estaba lista. Llamó a Crash para que le parase un taxi. Iba a reunirse con Whit en Belles Culottes, un restaurante francés caro en la calle West 55 a las ocho y no quería llegar tarde.

¡Vino! Se sirvió medio vaso de vino y se lo bebió rápidamente, esperando que le calmaría los nervios. *No es todos los días en que una mujer recibe una petición de mano del hombre de sus sueños. Tengo derecho a estar nerviosa.*

Se subió al taxi que la esperaba. Siempre cuidadosa con el dinero, Bess había soñado con probar la comida en Belles Culottes pero nunca había ido porque era un sitio caro. Su mente galopaba mientras se preguntaba qué habría en el menú. Sus tripas rugían. Había estado demasiado nerviosa para comer al mediodía. *Algo delicioso y francés. Hmm ¿cordero? ¿Whit? Comida, nena.* Ella rió por lo bajo en el asiento trasero mientras el vehículo iba avanzando entre el tráfico de hora punta de la noche.

El portero del restaurante abrió la puerta y se inclinó brevemente. Ella dió el nombre de Whit al Maître y la guiaron hacia una mesa en una esquina tranquila. Whit la estaba esperando. Una botella de Moet et Chandon se enfriaba en una cubitera de plata. Sintió mariposas en el estómago.

—Estás guapísima—, dijo él.

Ella sonrió, demasiado emocionada para poder hablar.

—¿Champán?—

Ella afirmó con la cabeza, mirando al camarero llenar dos flautas de champan.

Whit elevó su vaso en un brindis. —Por una vida maravillosa—.

Bess inclinó la cabeza levemente. *No es exactamente el brindis que yo me esperaba.*

—Este es el momento perfecto para nosotros dos. Tú estás empezando una nueva carrera en una gran emisora como Eagle y yo sigo un nuevo camino también—.

Matrimonio. Lo he captado. Bien. Ella le sonrió ampliamente.

Él miró hacia abajo antes de mirarla a los ojos. Algo en su expresión le hizo perder el apetito. Él tomó sus dos manos en las suyas. —He estado buscando una manera de decirte esto...—

Ella sintió una tensión en el pecho. *¡Pregúntame! ¡Pregúntame!*

—Supongo que no hay una manera fácil. Es como arrancar una venda. Hay que tirar y sólo pica durante un instante—.

Ella empezó a sentir sudor bajo los brazos. La presión en su garganta impedía las palabras. *¿No hay manera sencilla? ¿Vendaje? ¿Picadura? ¿Puede ser tan difícil pedir mano?*

—Bess...— empezó él y luego titubeó.

—¿Sí?— Todo lo que ella podía oír era el fuerte latido de su propio corazón.

—No sé cómo decir esto—.

—Dílo ya—. Su corazón latía el doble de fuerte.

—Me han dado una oportunidad... quiero decir... Voy a aceptar un nuevo trabajo—.

—¿Nuevo trabajo?— Los latidos de su corazón se triplicaron.

—Me voy a Asia para escribir para el *New York News Review*.—

Su corazón chocó contra un muro de ladrillo. Su garganta se secó como un gusano en el pavimento bajo el sol caribeño. La mente se le puso en blanco.

—Me voy dentro de dos semanas. Es una especie de sueño mío. Irme. Hacer algo diferente. Dejar lo de todos los días atrás—.

Ella le miró atónita.

—Te echaré de menos. Estábamos tan bien juntos. Pero ya sabes que yo no me comprometo. Siempre he dicho eso. Seguramente tienes un tío estupendo en el bolsillo de atrás, esperando que me vaya para dejarle un poco de sitio. Si no, espero que seguirás queriendo verme cuando vuelva—. Sus palabras sonaban valientes pero sus ojos mostraban preocupación.

Bess creyó que se había vuelto sorda. Lo único que escuchaba era bla, bla, bla... —irme a Asia— y, bla, bla... —dejarte—. Las emociones estallaron en el muro de su pecho, pero ella las empujó hacia abajo. Sus manos retorcían la servilleta de tela, y su respiración era corta y a borbotones. Su mirada estaba en blanco, sintiendo como su rostro se ponía pálido.

—¿Bess?—

Ella giró la vista para encontrarse con la mirada de él. *Parece que está pálido.*

—¿Estás bien?— Él la miró a los ojos. —¿Quieres un poco de agua?—

Con la misma rapidez con que se había apagado, su mente se volvió a poner en marcha. *Sal de aquí. Ahora. Vete.* Puso las manos en la mesa y se apoyó. —No me siento bien. Me voy a casa—.

—¿Qué? ¿Bess? ¿Estás bien?—

—No, no lo estoy—. Ella sintió su mano en el codo. Sus cejas estaban fruncidas. —Me voy a casa—. Sin tener la seguridad de que le podrían sostener las rodillas, se puso en pie, los dedos aferrados al respaldo de la silla.

—Déjame pagar el champán y te llevo yo—.

Ella le tocó el antebrazo. —Prefiero irme sola—. El muro en su pecho se agrietó poco a poco. *Sal ahora, mientras estás en control*. Las emociones empezaron a salir lentamente por las grietas y subían por su cuerpo, deteniéndose primero en su estómago, luego siguiendo hacia arriba.

—No puedo dejar que te vayas así. ¿Estás enferma?—

—Estoy bien. Me voy—. Se movió a cámara lenta, recogiendo su abrigo. —Adiós, Whit—.

Él se puso en pie todavía tomándola por el codo. Ella tiró de su brazo, respiró hondo y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! ¡Bess! Sólo tardo un minuto—. Pero ella siguió su camino.

El portero sonrió. —¿Desea un taxi?—

Ella afirmó con la cabeza. Su mente estaba en blanco camino a casa en el taxi. Una vez en casa le recibieron los doguillos. Bess se fue al dormitorio y se quitó su traje elegante y se metió desnuda en la cama. *Soy una tonta estúpida*. Empezaron a surgir lágrimas. Hundió el rostro en la almohada.

Un rato más tarde los perros empezaron a ladrar. Ella levantó la cabeza y escuchó los golpes en la puerta y su nombre. Después de ponerse una bata, se fue hacia la cocina. Le puso la correa a Homer y le llevó a la puerta del apartamento.

—¡Bess! ¡Abre! Venga. ¿Por favor?—

Ella abrió la puerta y puso a Homer en brazos de Whit. Cuando la cerró, él la paró, metiendo un pie en el umbral.

—¡Espera! Por favor. ¿Podemos hablar?—

—No hay nada de qué hablar. Te vas a Asia. Eso es todo. Aquí tienes tu perro. Te deseo suerte—. Se concentró en su respiración.

—¡Espera! No quiero despedirme así—.

—¿Oh? ¿Y la cena era para decepcionarme de manera sencilla? Te he ahorrado una buena factura. Me has dejado sin la cena. Vamos a dejarlo así, ¿vale?—

—No vale. No quiero no volver a verte—.

—Vas a estar bastante lejos para una cena rápida, Whit—.

—Mira, pensé que estábamos de acuerdo. Una relación tremenda, pero sin futuro—.

—Lo dejaste muy claro desde el comienzo. Así que, ahora se ha terminado. Adiós—.

Ella cerró la puerta de un golpe y echó la llave. Le dolía el corazón. Cada parte de su cuerpo dolía. Se puso una ropa de deporte y le puso la correa a Albóndiga. Cuando Whit salió del pasillo, ella se fue de puntillas al ascensor y paseó su doguillo en el intenso frío hasta el borde del parque. La parte del parque recreativo estaba oscura. Se sentó en un banco y dejó salir toda la emoción contenida. Sollozó, haciendo que Albóndiga ladrara.

En cuanto pudo detenerse, regresó aprisa al edificio, ocultando su rostro bañado en lágrimas para que Crash no la viese. El calor de su preocupación llegó a ella.

—¿Ese imbécil le ha partido el corazón, Señorita Bess?—

Ella no podía mirarle y no contestó. Albóndiga se paró para ser acariciada. Bess tiró de la correa. —Vámonos, chica—. Cuando levantó la vista, se encontró con la mirada de Crash. La mirada de sabiduría en su rostro le hizo sentir vergüenza. Levantó su perro y se dirigió hacia el ascensor.

Una vez que la doguillo recibió su caprichito y le quitaron la correa, Bess rompió a llorar de nuevo. Lloró tanto que vomitó, se fue corriendo al baño. Se agarró al retrete como una borracha, sollozando y vomitando. Albóndiga se acurrucó al otro lado de la puerta.

Después de quince minutos, se puso en pie, se lavó y se fue a la cama. Su mente se apagó y ella se quedó dormida. Bess se quedó inconsciente hasta la mañana del nuevo día.

Capítulo Catorce

Incluso con la ayuda de Pick, Whit tenía un montón de cosas que hacer. Había tarjetas Visa que ordenar, gastos de viaje y vivienda que hablar con el editor y su emisión tenía que continuar, especialmente la investigación de corrupción de la policía.

Aún así, al día siguiente mientras le ponía la correa a Homer para darle un paseo antes de irse a trabajar, pensó en Bess. Sus caminos no se habían cruzado aún ese día, pero Whit se hizo un recordatorio mental de enviarle flores. *Rosas. Una docena. Rojas. Quizás rosa.*

Camino hacia la puerta de entrada, Crash le agarró de las solapas.

—Le has partido el corazón. Pedazo de mierda. Me gustaría arreglarte esa cara bonita que tienes—.

—¿Qué? ¿De qué me está hablando?—

—No me vengas con eso. Sabes muy bien lo que te estoy diciendo. Le has partido el corazón a la Señorita Bess. Hijo de puta—. Crash le soltó y abrió la puerta para otro vecino.

Whit se alisó la chaqueta y salió apresuradamente por la puerta antes de que el portero pudiese cumplir su amenaza.

¿Le he partido el corazón? Ella no estaba enamorada de mí. Oh, si, quizás dijimos eso alguna vez, pero con el calor en la cama, hey, la gente dice cosas. ¿Qué se esperaba ella en la cena?

Al día siguiente se encontró las llaves de la casa de piedra en un sobre fijado a su puerta. *¡Mierda!* Intentó llamarla, mandarle un mensaje de texto, escribirle a su correo electrónico pero no recibió ninguna respuesta de Bess. Por fin, escribió una nota en papel y lo fijó con las llaves a la puerta de su casa.

Bess,

Por favor acepta mis llaves. Me dijiste que ibas a amueblar la casa para mí. Estoy contando con ello. Siento mucho haberte hecho daño. No era mi intención. Te echaré de menos. Pero no me voy para siempre. Espero que cuando vuelva podamos compartir algunos fines de semana en la casita de piedra. Eres especial para mí. Pensé que teníamos un acuerdo. Veo que me equivoco. Supongo que fui un estúpido. Espero que me puedas perdonar.

Whit

P.S. Por favor usa la casa como si fuese tuya.

No voy a firmar —con amor—. No vuelvo a comprometerme. Eso es lo que me metió en problemas en primer lugar. Voy a descartar esa palabra de mi vocabulario.

Esa noche se encontró una nota por debajo de la puerta.

Cumplo con mis promesas. Te amueblaré la casa como prometí. En cuanto a fines de semana allí juntos, no cuentes con ello. Pueden pasar muchas cosas entre ahora y cuando sea que vuelvas.

Bess

P.S. Aunque no me lo hayas pedido, si, me quedaré con Homer mientras estés fuera.

Whit soltó aire. *Está de acuerdo en amueblar la casa. Eso significa que probablemente pueda volver a verla. Espero que sí. No tenía intención de terminar con ella.* Esta relación era como una montaña rusa y no estaba seguro de estar preparado para las subidas y bajadas vertiginosas.

Le envió a Bess una invitación por correo electrónico para salir a cenar antes de marcharse, pero ella no la aceptó. Su corazón le pesaba. En vez de eso, consiguió una última cita con el Dr. Sumner. Se sentó en la silla en frente del doctor, sin estar seguro de qué iba a hablar.

—Tengo que preguntarle. ¿Ha encontrado una respuesta a la pregunta?— El doctor se echó atrás en su asiento.

—¿Por qué no he vendido la casa? No. No tengo respuesta. Pero la estoy amueblando—.

—¿Oh?—

—Mi chica, Bess... un momento. Ya no es mi chica. Me dijo que terminaría con la casa mientras esté fuera—.

—¿Por qué ya no es su chica?—

—No lo sé. La llevé a un restaurante caro para decirle que me iba. Cuando se lo dije, le dio un aire. Se levantó y se marchó sin que llegáramos a pedir nada—.

—¿Por qué cree que hizo eso?—

—No tengo ni idea. Y no me lo ha querido decir. Ahora ya no me dirige la palabra—.

—¿Qué le dijo usted?—

—Que iba a aceptar este trabajo...—

—No, quiero decir antes. Antes de ir al restaurante. ¿Le dijo algo especial?—

—Sólo que tenía algo que decirle—.

—¿Oh?—

—Si. ¿Y bueno?—

—¿Dijo que tenía algo que decirle y la quería llevar a un restaurante elegante para decírselo?—

Él afirmó con la cabeza.

—¿Qué cree que podría sospechar una mujer? ¿Un hombre la llevaría a un restaurante caro para romper con ella? No es probable. ¿Qué podría decirle a ella en un sitio así?—

La bombilla se le encendió en la cabeza de Whit. Se hundió la cabeza entre las manos. —Oh, dios mío. Nunca pensé...—

El doctor se quedó sentado allí en silencio.

—¿Usted cree que ella esperaba que le iba a hacer una petición de mano?—

—Eso podría explicar la reacción de ella, ¿no cree?—

—Pobre Bess. Eso es... es terrible. Oh dios mío, no tenía ni idea. Nunca pensé que ella... Yo le dije que no me comprometo. A ella le parecía bien eso—.

—¿Cree usted que ella se alteraría si tenía intención de negarse?—

—Estaría aliviada, ¿verdad? Se puso tan pálida. Le temblaban las manos. Creí que se iba a caer al suelo. No me quiso esperar. No me dejó llevarla a casa. Ahora ni siquiera me dirige la palabra—.

—¿No le parece que tenía razón?—

—Oh, dios. Fuí a su casa. Pegué en la puerta. Le exigí que me diera una explicación. Qué insensible. Vaya imbécil que soy—. Sacudió la cabeza.

—Ella está enamorada de usted—.

—¿Cómo es que no me dí cuenta?—

—No lo sé, Whit. ¿Por qué no se dió cuenta?—

Sintió dolor ante la angustia que le había causado a Bess. No quería haberle hecho daño. Ahora lo había hecho. De manera grave. Y se iba a marchar en unos días.

—Supongo que es más fácil ir pasando de ella si no pensara que ella está enamorada de mí—.

—Muy bien—.

—Soy un idiota—.

Silencio.

—Ella es maravillosa—.

—¿La ama usted?— El doctor se cruzó las piernas.

—Supongo que sí—.

—¿No lo sabe?—

—Vale, vale. Si. La quiero—. Whit cruzó sus piernas.

—¿Sigue sin comprometerse—

—No puedo. Ya voy de camino. Tengo que hacer esto. Ella está enamorada de mí, pero no me habla. Exactamente lo que esperaba. El amor no significa nada. Una mujer siempre te dejará incluso si te quiere. Bess es un ejemplo perfecto de eso—.

El Dr. Sumner dejó de tener las piernas cruzadas y se inclinó hacia delante. —Un momento. ¿Quién dejó a quién?—

Whit enarcó una ceja. —¿Qué quiere decir?—

—Usted la dejó a ella, Whit. Por lo menos sea sincero consigo mismo. Le dijo que usted se marchaba. Ella no le dejó. Usted la dejó tirada en la cuneta.

—¿Hice eso?— Se paró un momento. —Supongo que hice eso—.

—¿Y ella sigue queriendo amueblar la casa para usted?—

—Dijo que un trato es un trato. Pero no pasará los fines de semana allí conmigo—.

—¿Se lo puede reprochar? Piense en lo que ella ha debido sentir. Amueblar esa casa con la idea de que viviría allí con usted como marido y mujer—.

—Gracias por empeorar las cosas, Doctor—. Whit se miró las manos.

—No estoy haciendo nada. Sólo estoy sosteniendo un espejo para que usted pueda ver la verdad. Si no le gusta lo que ve, es por lo que ha hecho. Su comportamiento. No tiene nada que ver conmigo—.

—No me gusta lo que veo. Le he partido el corazón y nunca quise hacer eso. Ahora me va a partir el mío—.

—Si no le gusta lo que ve, cambie la imagen—.

—¿Quiere decir que mire otra cosa?—

—No, haga algo diferente con su vida. No es demasiado tarde para reparar el daño—.

—No me está dirigiendo la palabra—.

—Un hombre inteligente como usted puede encontrar una vía para eso. No tiene por qué dejar que le partan el corazón—. —No sé lo que puedo hacer—.

—¿Qué hizo para conquistarla?—.

—No sé. ¿Ser yo mismo?—

—Eso me funciona a mi. No se rinda, Whit. Esta mujer parece ser de las que se guardan—.

—Eso es lo que yo quería. Quería que me esperara—.

—¿Se lo pidió?—

—De alguna manera. Supuse que...—

—Ah, ah, gran error. Nunca suponga. Comuníquese—.

—No sé si me va a gustar estar allí. Quiero que esté aquí para mí cuando vuelva. No voy a estar allí para siempre—.

—Cuando usted decidió irse en primer lugar, iba a ser un cambio permanente—.

—Ahora, no estoy tan seguro—.

—¿Qué ha cambiado?—

—No lo sé. ¿Bess? ¿La casa de piedra?—

—Usted es el único que tiene la respuesta a esa pregunta, Whit—.

—Otra... una pregunta que usted no contesta—. Se movió en su asiento.

—No tengo la respuesta. La respuesta está aquí—. El doctor se señaló su propio pecho.

—¿Yo tengo la respuesta?—

—Eso es. A ambas preguntas—.

—Claro que tiene razón—.

—Usted lo averiguará, Whit. Confío en ello—.

—Ya somos uno con respuesta. Vaya. Lo he jodido todo. Tan seguro de que tenía todas las respuestas. Ahora lo único que sé seguro es que no tengo ninguna respuesta—.

—Ese es el primer paso hacia la felicidad—, dijo el doctor.

—Es un verdadero paso de gigante—.

El doctor miró el reloj. —El tiempo se ha terminado por hoy—.

Whit se puso en pie. —No sé cuando volveré—.

—Tiene mi número si me necesita—.

—Tengo algunas dudas de dejarle, Doctor—.

—Está listo. Preparado para el siguiente paso—.

—¿Sea lo que sea?—

—Correcto. Usted lo sabra. Va en la dirección correcta—.

Whit sacó una mano y el médico se la sacudió.

—Podemos volver cuando regrese a los Estados Unidos—.

—Vale. Eso está bien. ¿Está seguro de que estoy preparado?—

—Hundirse o nadar. Es el momento—.

Whit salió, eligiendo caminar a casa en el frío para pensar. La idea de que Bess podía haber estado esperando una petición de mano le hacía encogerse. *¿Cómo es que no me dí cuenta de eso? ¿Cómo puedo ser tan gilipollas?* El recuerdo de golpear la puerta de ella exigiendo una explicación, le llenó de vergüenza. *Se ha debido sentir humillada.*

Bess, si alguna vez fuese a pedirle mano a alguien, sería a ti. ¿Me podrías perdonar algún día? ¿Me volverá a hablar alguna vez? Sus pensamientos le pesaban en el corazón, desplazando la emoción de su aventura en Asia.

* * * *

Bess se enteró por Crash que Whit tenía intención de irse un lunes. *Perfecto. El Club de la Cena estará aquí para ayudarme.* Ella quería hablar con él. Darle un beso de despedida, averiguar por qué no quería casarse con ella, por qué había elegido irse en vez de hacer

eso. Pero se acobardó. *¿Cómo le preguntas a un hombre por qué no se quiere casar contigo y que te quede un poco de dignidad? Porque no me ama. Tengo que reconocer eso, me guste o no.*

Se acurrucó en el sofá con Albóndiga y Homer. El viento sacudía las ventanas. Tiró de la manta que Rory le había tejido para abrigar sus piernas. El jueves sería el día de Acción de Gracias y ella estaba temiendo ese día. *Ningún sitio donde ir. Nada qué hacer.* Había albergado la esperanza de organizar una cena espectacular para Whit y sus amigas en la casa de piedra, pero ahora eso no iba a suceder.

Le esperaba una tonelada de tareas en la casa de piedra. Paredes que revestir, alfombras, lencería de la casa, vajillas que comprar. Ella pondría música y pintaría durante Acción de Gracias, preparando la casa para Navidad. *Navidad sin Whit.* Le surgieron lágrimas ante esa idea. *Voy a pasar Navidad allí, con o sin Whit.*

Crash iba a llamar a su telefonillo cuando llegase el coche de Whit. Ella quitó la manta de sus piernas y dió pasos. Según el reloj, eso sería dentro de diez minutos. Le puso la correa a Homer para que pudiera darle un lametazo de despedida. Tres timbrazos eran la señal y ella se encaminó hacia el ascensor.

En la entrada del edificio, Crash estaba cargando equipaje en el maletero. Bess se quedó dentro, cerca del pequeño radiador. Whit salió corriendo sin verla. Un ladrido de Homer le llamó la atención. —¡Bess!—

—Pensé que te gustaría decirle adios a Homer—.

Se inclinó para acariciar al doguillo. —Te voy a echar de menos, Homer. Estarás en buenas manos hasta que vuelva—. Se volvió hacia Bess. —Me gustaría despedirme de tí—.

Ella inhaló.

—¡Espera! Espera. Eso no ha sido como lo quería decir. No quiero decir adios, quizás hasta pronto por ahora. Maldita sea, quiero darte un beso—. La tomó por sorpresa, acercándose para un beso apasionado.

Homer dio un salto encima de su pierna, pero eso no les hizo apartarse. La suavidad de sus labios y la insistencia de su lengua la sedujo. Ella se derritió en él, abierta y deseando más. Rodeó su cintura con los brazos, apretándole con fuerza.

—Discúlpenn—, dijo Crash.

Los amantes se separaron.

—Disculpe. Disculpe—.

—Todo está empaquetado, Sr. Bass—.

—Bien, gracias, Crash—. Le dió un billete de veinte dólares al portero.

Whit la miró a ella, los ojos tristes. —Hay tantas cosas que quiero decirte—.

Ella le miró fijamente.

—Por favor, dime que me escribirás—. Él peinó los cabellos de ella, retirándolos de su rostro con los dedos.

—¿Correo electrónico?—

—Perfecto—. Se agachó para acariciar a Homer de nuevo. El doguillo le lamió la cara. —Eh, amiguito. Aguanta, ¿vale? Pórtate bien con Albóndiga. No le robes sus huesos. Cuida de Bess—. Rascó al perro tras las orejas y se enderezó. —¿Te podré llamar?—

Ella movió la cabeza en una afirmación una sola vez. Le ahogaban las lágrimas. *Se está yendo, se va de verdad y nunca le he dicho lo que he sentido. Nunca le he pedido que se quede. Le he dejado fuera y me he escondido. Chica estúpida.*

Él dió un paso hacia ella y la abrazó. —Significas... todo para mí—, susurró. Luego la soltó y salió del edificio y se metió en la limusina y se fue. Bess corrió a la acera. Le caían lágrimas por la cara. El coche se paró ante un semáforo. Whit se dió la vuelta para mirarla. Puso la palma de la mano en el cristal. Ella levantó una mano.

Luego la luz cambió y el vehículo se perdió en el tráfico de Central Park West. Bess estaba tiritando en el viento en la Avenida. Homer también tenía frío. Volvieron a su apartamento. Ella se preparó un chocolate caliente y se quedó sentada al lado de la ventana. Otro día gris de noviembre. Las hojas de los árboles en el parque casi habían desaparecido todas. La gente preparada para sus vacaciones de Acción de Gracias iba en sus coches con prisa para reunirse con sus familias.

Las cuatro de la tarde. Pronto sería de noche. *¿Le podré olvidar? ¿Me mandará un mensaje? ¿Me llamará? Si soy todo para él, ¿por qué me ha dejado? Tengo las llaves de su casa, así que podré volver a verle si quiero. ¿Conoceré a otra persona? Nadie puede ser comparable a Whitfield Bass.*

Extenuada, Bess se quedó dormida en el sofa, con un doguillo a cada lado. El timbre de la entrada le despertó a las seis. Los perros saltaron, ladrando y corrieron a la puerta. En unos instantes había arañazos. Bess se puso en pie frotándose los ojos. —Voy—.

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera llegar a abrirla. Tres mujeres, todas hablando a la vez y cinco perros ladrando y meneándose, entraron como un vendaval en la habitación. Bess se rió a pesar del dolor de cabeza que tenía.

—Esta noche es comida china—. Miranda abrió una bolsa de papel de color marrón.

—¿Se ha marchado Whit?— preguntó Brooke.

Bess afirmó con la cabeza mientras agarraba un frasco de ibuprofeno del armario del cuarto de baño. La habitación se llenó de silencio. Incluso los perros.

Rory se acercó a ella y la rodeó por los hombros. —Lo siento—.

* * * *

Bess preparó a los doguillos y salió hacia Rye en el coche el jueves. *No tiene sentido estar alicaída en la ciudad cuando hay trabajo qué hacer.* Colocó camitas para los perros y luego se fue a Port Chester a una gran ferretería. Cargó el coche con suministros de pintura, papel pintado y unas cuantas lámparas y utensilios para la cocina.

Había creado una lista de cosas antes de acostarse la víspera. *Hay que ponerse en marcha mientras todavía haya luz de día.* Hizo un trazado con cinta azul, abrió la lata de

tapa poros y empezó a pintar con el rodillo. Esperaba tapar el color sucio que había estado allí durante años.

Incapaz de esperar al día siguiente, Bess aplicó la pintura suave y cremosa de color blanco a la pared del salón cuando se había secado la capa de tapa poros. El color limpio y la calidez del color revivió la habitación. Empecinada, estaba determinada en tener la casa lista para Navidad. Bess siguió trabajando. Cuando llegó la hora de cenar, todas las paredes del salón estaban pintadas.

Comió sobras que había traído de su apartamento, alimentó a los perros y marcó las paredes de la habitación pequeña en el primer piso. *Esto sería un buen despacho para Whit.* Cuando dieron las diez de la noche, estaba lista para irse a la cama. Un último paseo por la playa donde soplaba el viento con los doguillos y todos estaban listos para dormir en la gran cama. Bess abrió su portátil preguntándose si tendría un correo de Whit. Y ahí estaba.

Retrasos en el vuelo. Barreras de idiomas. Comida malísima. Quisiera haberme quedado en casa. Ya te echo de menos. ¿Qué haces?

Whit

Ella contestó—

Trabajando en la casa. Estaré pintando durante Acción de Gracias. ¿No puedes conseguir pavo en Hong Kong? Los perros bien. Todo bien.

Bess

Haz que todo sea ligero. No le hagas saber lo mucho que te ha lastimado. Empieza a desprenderte de él. Me tengo que salvar a mi misma.

Bess descubrió que el Día de Acción de Gracias era como cualquier otro día si se lo pasaba escuchando música, pintando y colocando papel pintado. Cuando llegó el viernes, la planta baja entera tenía una capa de pintura fresca y el pequeño vestidor estaba acabado. El color crema suave del salón y el comedor dió paso a un color tranquilizante de color verde azulado ligero en el despacho. La cocina era de un color coral vivo con una pequeña mesa de color blanco brillante que era un contraste con las paredes de colores.

La entrada oscura era de color crema pero una tonalidad más cálida.

Para cuando había terminado el fin de semana, el piso de arriba también estaba acabado. El dormitorio principal era de un color sutil gris azulado con un borde plateado. Las otras habitaciones eran de un color amarillo vivo con un borde de color azul cielo y un tono beige con borde blanco.

La lencería de la cama principal era de rayas de color plata y blanco. Había almohadones en rosa claro y más oscuro aportando calidez a la habitación. Bess estaba contenta con su trabajo. Para cuando llegó el domingo estaba lista para volver a la ciudad y ponerse a cocinar para la televisión.

Cada fin de semana, Bess se llevaba a Albóndiga y a Homer a Rye. Pronto la casa estaba llena de muebles de pino de estilo americano colonial. Cojines, almohadas y obras de arte hacían que las habitaciones fuesen cálidas y acogedoras. La luz era suave pero

eficaz proveniente de lámparas de pie y encima de mesas. La fragancia de la madera de los muebles y los troncos al lado de la chimenea refrescaban el aire.

Bess visitó todas las tiendas de antigüedades de Nueva York buscando candeleros. Los colocó en la mesa del comedor, la repisa, en los rellanos de las escaleras, en las cajoneras del dormitorio principal. También compró velas eléctricas y colocó una en cada ventana. Las dejaba encendidas cuando regresaba a su vida en la ciudad. Esas velas, brillando en las ventanas cuando ella volvía, la llamaban, le daban la bienvenida al precioso hogar que había creado.

La casa era cómoda, acogedora, alegre y tranquila—todo lo que ella había querido siempre. Intentó no pensar en devolvérselo a Whit cuando él volviese, si es que volvía. Había creado un espacio vital que amaba y se iba allí siempre que podía.

Cada noche cuando se metía en la cama cansada con la compañía de Albóndiga y Homer, miraba su correo electrónico. Siempre había un mensaje de Whit. Se quejaba de alguna cosa o le contaba algo bello. Describía la gente que estaba tratando y los sitios donde viajaba.

Ella disfrutaba con sus mensajes. A pesar de lo mucho que quería romper con él, abría cada mensaje con una feliz anticipación. Las mujeres del Club de la Cena le organizaban citas a ciegas de vez en cuando. Ella le mencionaba esto a Whit para provocarle y siempre picaba en el anzuelo. Bess quería que le gustara alguien más que Whit pero nunca pasaba eso.

Cuando se acercó la Navidad, Bess planeó una fiesta para las chicas del Club de la Cena en la casa de piedra. Las llevaría a todas, a que se quedaran a dormir y devolverlas a la ciudad al día siguiente.

—¡Una noche de Navidad en la casa de piedra!— dijo Miranda.

—Hagamos un Amigo Invisible—, dijo Brooke.

Se subieron todas en el coche de Whit, con los doguillos y salieron para allá. El aire era fresco y claro. No había prevision de nieve. Una vez que se habían acomodado, las mujeres se llevaron a los perros para un paseo en la playa desierta. Los canes metieron los hocicos en la arena, se persiguieron unos a otros y ladraban a una gaviota invernal pasajera.

Bess necesitaba reunirse con sus amigas. No había tenido un correo de Whit desde hacía dos semanas. El temor de que la relación se había acabado—quizás él había conocido a otra persona—le hacía tiritar de noche. No quería reconocer nada a sus amigas, no quería estropear sus vacaciones.

Después del aire fresco, las mujeres se dividieron para acometer last areas. Bess se encargó de la cocina, Brooke encendió el fuego en la chimenea, Miranda puso la mesa y Rory se encargó del bar.

Los doguillos estaban exhaustos. Después de sus cenas, cada uno encontró un lugar cómodo y se enroscaron para dormir. Las mujeres se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo enfrente de la chimenea. Compartieron una botella de Moscatel.

—Tengo que confesar algo—, empezó Bess. Las lágrimas amenazaban a salir. Miró a sus amigas que estaban esperando que ella siguiese. —Han pasado semanas desde que recibí un correo de Whit—.

—¿Semanas? ¿Cuántas?— preguntó Brooke.

—Dos. Al principio, era un correo cada noche. Luego, nada—.

El silencio sólo se vió interrumpido por el crepitar del fuego.

—Puede haber mil razones para eso—, dijo Rory.

—O sólo una. Se ha acabado. Esta es mi primera y última Navidad en esta maravillosa casa—.

—Me encanta esto—, dijo Miranda. —No lo ví antes de que la renovases, pero has hecho que sea tan agradable, cálida y bella—.

Las otras mujeres estaban de acuerdo. Bess se dio cuenta que querían cambiar de tema, así que ella dejó de seguir. —Vamos a darnos nuestros regalos del Amigo Invisible—, dijo. En medio de chillidos de excusas, risas y exclamaciones, se intercambiaron pequeños regalos.

Cuando hubieron terminado de limpiar finalmente antes de acostarse, Bess suspiró y abrió su ordenador. —Una última vez—, murmuró. Y ahí estaba. Un correo de Whit. En el mensaje sólo había una palabra—Navidad—.

Capítulo Quince

Whit se había preparado para todo. Se llevó una gabardina, tres paraguas, un plumífero y un par de camisetas sin mangas. Tenía diccionarios de tres idiomas diferentes además de aplicaciones de traducción para su móvil. Cambió dinero en las divisas de los países por donde iba a pasar. Incluso había comprado una batería extra para su ordenador. Todos los posibles contratiempos habían sido tenidos en cuenta. Whitfield Bass era un hombre organizado. Nada le iba a pillar por sorpresa.

La atmósfera extranjera le había sorprendido. Nada se parecía a Nueva York. Los olores, la comida, la gente, incluso los paisajes. Al principio se había sentido fascinado. Había conocido a tanta gente durante la primera semana, que sabía que nunca se iba a acordar de los nombres de todos ellos. Pero al cabo de la segunda semana, la soledad empezó a apoderarse de su corazón. Los entornos exóticos perdieron su brillo cuando se dio cuenta de que no tenía con quién compartirlos. Sus primeras impresiones, cosas curiosas que vió... ¿A quién le podían importar si era todo sobre él y sólo él? ¿Echaba de menos su casa?

Había previsto cada tipo de escenario posible.

La única cosa que no había previsto era el agujero gigantesco en su vida a causa de la ausencia de Bess Cooper. Bess, Albóndiga y Homer, se habían convertido en su familia. Habían ido y venido del apartamento de ella al suyo y de vuelta, de su cama a la de ella. Se habían compartido cenas. Los perros habían salido juntos. Homer se había quedado con Bess mientras Whit estaba trabajando. Whit se había hecho cargo de Albóndiga cuando Bess tenía que estar en la emisora temprano. Habían sido un equipo.

Sin darse cuenta, había creado una pequeña familia y luego les había abandonado. Echaba de menos su vida de antes, Bess y los perros. *Maldita sea, ¿cómo es que ha pasado esto? Se suponía que yo era libre.*

Había intentado cortar la relación entre ella y él. No correos, no llamadas. ¿Le ayudaba eso para no echarla de menos? Todo lo contrario. La echaba de menos más todavía. La tortura de mirar su correo miles de veces al día y no encontrar ningún correo de Bess era casi más de lo que podía soportar. La necesitaba en su vida.

La cama doble, vacía que tenía en el pequeño apartamento, parecía enorme. No estaba Bess. No estaban los perros. Echaba de menos el sexo, el afecto, el compañerismo, las risas, bromas. Alguien que se preocupara de que él estuviera bien cuando llegaba tarde. La cena guardada para recalentar cuando volviese. Incluso echaba de menos los ronquidos de los doguillos.

El mundo cuidadosamente construido y emocionalmente estéril de Whitfield Bass se vino abajo de golpe.

Sentado en un bar donde la conversación era toda en un idioma que no reconocía, se bebió un whiskey y pensó en el Dr. Sumner. Al cabo de la segunda copa, por fin entendió lo que le había dicho el doctor. Y sabía la respuesta a la pregunta.

¿Por qué no había vendido la casa? Claro. Todo tenía sentido una vez que descartase sus propias palabras. Si se olvidase de todas esas tonterías de no comprometerse y de no querer la familia que nunca había tenido, se dio cuenta de que estaba guardando la casa para la familia que siempre había querido. La familia que tendría algún día. La familia que necesitaba para sentirse entero.

Algo en él no se creía su pantalla de humo. Su corazón sabía que la vida podría ser por lo menos en parte lo que había imaginado cuando estaba creciendo. Lo necesitaba. Se lo merecía. Y encajaba perfectamente en la casa de piedra. Así que, la conservó, un sitio que amaba para alojar a la gente que iba a querer.

En sus labios se trazó una sonrisa. Todo tenía sentido. *¿Por qué no me había dado cuenta antes?* Sabía la respuesta a esa pregunta también. Hasta que encontró a Bess, la mujer para ser el corazón de su familia, la casa de piedra era sólo un símbolo. Con ella podría ser una realidad. La satisfacción de tener la respuesta le caldeó.

La parte de Whit que quería esa familia había puesto a Bess al cargo de hacer que la casa fuese un hogar. ¿Quién mejor para esa tarea que la mujer que él adoraba y sin la cual no podía vivir? *Perfecto.*

—Entonces, ¿qué demonios hago en Hong Kong, solo?— En la neblina de su segunda copa, vió claramente lo que tenía que hacer. Tenía que volver a casa.

—Tengo un hogar. Un hogar de verdad. Y una mujer que me ama, que debe ser mi esposa—.

Por la mañana llamó a Pick y a la agencia de viajes. Empaquetó sus cosas. Envió este correo electrónico a Bess—

Vuelvo a casa. Tengamos una Navidad estilo tradicional en la casa de piedra Sólo tú y yo. ¿Vale? Salgo en un vuelo que llega el 25 de Diciembre.

Tomo una limusina del aeropuerto directamente a Rye. No puedo esperar a verte.

Te quiero,

Whit

Mientras esperaba para subirse a su avión, recibió un correo electrónico de Pick.

No me extraña. No esperaba que duraras. Feliz Navidad. Jamison está de camino. Espero que me invites a la boda.

Envió un correo a Sam.

Vuelvo a Nueva York en Navidad. Vuelvo para siempre. Espero que pueda volver a mi trabajo. Estaré en la emisora para trabajar el 2 de Enero.

Whit

Realizó una parte del viaje, pero su avión se demoró por mal tiempo. Luego cancelaron el vuelo. Nunca recibió una respuesta de Bess. Pero de todas formas tenía mala

conexión de internet. Tenía que conservar las esperanzas. Tenía que confiar en que ella estaría allí. *¿Yo, tener fe en una mujer? Tendré que intentarlo.*

Un retraso se convirtió en dos. Consiguió otro vuelo pero ese también se canceló. Lentamente, las horas pasaron. Estaba desapareciendo la Navidad. Seguía sin noticias de Bess. Ahora no tenía ni internet ni recepción del móvil. Estaba en las montañas y tenía que creer que ella estaría allí.

Rogando, consiguió un pasaje en el último avión que salía en medio de la noche. Rezó porque todo fuese bien, que aterrizaría sin peligro y que Bess estaría allí. *No me extrañaría nada que ella no me esperase. No ha sabido de mi. Luego esto. ¿A quién estoy engañando? Seguramente ya tiene a alguien nuevo ahora.* Meditó en eso un rato. *Bess no, por favor, Dios mío.*

El aeropuerto Kennedy era una locura de gente de vuelos de todas partes demorados por tormentas de nieve y niebla en los Estados Unidos. No podía creer lo que veía cuando vió un chófer de una limusina con un cartel que ponía —Bass—. *Tiene que ser Pick. Dios le bendiga.* Whit tiró del hombre y le llevó hacia la zona de recogida de maletas. Entre los dos, llevaron su equipaje al coche y Whit se subió al vehículo.

Había estado viajando durante más de veinticuatro horas. Se frotó la mejilla. *Necesito un afeitado. A Bess le gusta una barba. Necesito una ducha.*

El chófer hizo lo mejor que pudo trazando su camino en el tráfico denso de la ciudad. Finalmente llegaron a la Autopista New England, que estaba casi coche contra coche. Iban lentísimamente. Whit pensó que se iba a volver loco. Encendió su móvil para mirar su correo electrónico. Había diez mensajes de Bess. Todos decían lo mismo——Si——.

Al cabo de dos horas, la limusina se detuvo ante la casa de piedra. Whit le dió al hombre veinte dólares de propina, agarró sus maletas y se dirigió hacia la puerta de entrada. Se paró en seco. La puerta había sido lijada y pintada de color blanco. Había un picaporte de bronce, cinco centímetros por debajo de la ventanita pequeña. Whit lo usó.

Bess abrió la puerta. Se quedaron parados mirándose el uno a la otra.

—Estás guapa—, dijo él.

Ella le agarró del brazo y le hizo entrar. El calor de la casa le rodeó como un abrazo amoroso. El olor a un jamón asado se mezclaba con el olor a leña quemándose en la chimenea.

Whit recogió a Bess entre sus brazos y la besó. Ella se limpió lágrimas de la mejilla y dió un paso hacia atrás.

—Dios, sentirte me hace tanto bien—, susurró él mientras la tenía cerca.

—Tú también—.

—Te quiero, Bess. Te quiero tanto—.

—Yo, también—. Ella dió un paso hacia atrás.

—Bueno, ¿qué te parece?— Ella se mordió el labio y se sorbió los mocos.

Su mirada se posó en el árbol de Navidad de dos metros de alto. Había ecos de voces de su pasado en su cabeza.

—¿Árbol de Navidad? ¡Vaya porquería! Tengo cosas mejores que hacer que gastar dinero en algo que hay que tirar dentro de dos semanas. Y, ¿quién va a limpiar todos esas hojas de abeto y porquerías? ¿Tú? Lo dudo. No tengo tiempo para dedicarme a limpiar a causa de un maldito árbol de Navidad—, había dicho su padre cuando Whit tenía cinco años.

—¡No lo toques! Eso es la tarea de Anna, Whit. Ella decora el árbol cada año. Espero que lo puedas entender cariño. Díle a tu padre que quieres tu propio árbol—, dijo su tía Ida el año que había pasado Navidad en su casa.

—Lo siento tanto, Whit. No tenemos dinero para comprar un árbol. Ya es caro alimentarnos a vosotros. Somos mayores. Tenemos una pensión. ¿Puedes entender eso? Lo entenderás cuando seas mayor. Pónte tu abrigo. Vamos a ir a ver al árbol en la ciudad—, dijo su abuela el año que se quedó con ella.

Había una caja medio vacía de ornamentos en el suelo al lado del árbol. Con una mano temblorosa, tomó una bola de vidrio y la colgó en una rama. Le embargó la emoción. Sintió un picor en los ojos. Whit tocó las agujas del abeto, frescas y olorosas. Una inspiración profunda hizo que sintiese el dulce olor a pino en la nariz. Parpadeó para frenar las lágrimas y sonrió.

Su mirada repasó la habitación y se vió atraído por una guirnalda con pequeñas lucecitas que se enroscaba por la escalera. Otra guirnalda decoraba la gran ventana al lado de la mesa del comedor que daba al patio trasero. La mesa estaba puesta para dos personas, con platos blancos puestos en salvamanteles de tejido con motivo navideño. Un jamón descansaba de manera soberbia en una gran bandeja de plata, con guarniciones a los lados de espinacas a la crema y patatas asadas.

El sofá tenía una mesa de café antigua que tenía encima un cuenco de cobre rebosando manzanas rojas, naranjas y nueces. Dos mesillas a cada lado con grandes lámparas con pantallas de vidrio blanco lechoso flanqueaban el sofá. Había velas ardiendo en candeleros de bronce.

Whit se quedó boquiabierto. —Es precioso. Perfecto—. *Es esto. La casa que siempre he querido. Es mía. Ahora. Por fin.*

—¡Ven a ver la cocina y el dormitorio!— Ella le tomó del brazo y le guió a la cocina. Un leve olor dulce y especiado de jengibre le llegaba al olfato y su estómago rugió. Vió un pequeño plato llano con una gran cantidad de galletas de jengibre con glaseado blanco. Utensilios de cocina y trapos de colores para los platos estaban por todas partes. *Esta habitación es ella. Este es su sitio.*

Subieron lentamente por las escaleras al dormitorio. Whit se quitó el abrigo y lo descansó encima de una mecedora lacada en negro. Se sentó encima de la cama y rebotó un poco.

Bess le tendió las manos. —¿Qué te parece?—

Él tomó las manos de ella, sonriendo tanto que le dolían las mejillas. —Es la casa más increíble... No puedo creer que es el mismo sitio—. *Es todo lo que había soñado que fuese.*

—Necesitaba un poco de cariño y ternura—.

Yo necesito un poco de cariño y ternura. Y tú y esta casa son la receta para curar esa dolencia. —Gracias. Has hecho realidad mi sueño—.

Cada habitación era más bonita que la precedente.

—¿Hiciste tú todo esto?— Levantó las cejas. —Sorprendente—.

Ella afirmó con la cabeza, los ojos llenándose de lágrimas. —Venga, la cena está lista. Claro que estaba lista ayer, pero bueno, una demora es una demora—. Se secó los ojos con el dorso de la mano.

Cuando llegaron a la zona del comedor, Bess le dio un vaso de vino en la mesa. Una sensación de paz, totalmente nueva, fluía en las venas de Whit.

—¿Qué te hizo volver tan pronto y por qué no he sabido de ti en tanto tiempo?—.

—Volví por tí. Te echaba de menos. Intenté no ceder. Me da vergüenza decirlo, pensé que no enviar correos o llamarte me haría olvidarte. Pero no funcionó. Sólo te ansiaba más —.

—¿Volviste para estar conmigo, Sr. No Me Comprometo?— Hubo un pequeño temblor en su voz.

—He sido un estúpido. Ya no más. Me he dado cuenta. Capto que eres lo mejor que me ha sucedido en toda mi vida. Te quiero. Quiero estar contigo para siempre. ¿Te casarías conmigo?— Sacó una cajita pequeña de un bolsillo y la abrió revelando una gran sortija redonda con un diamante.

Bess inspiró.

—¿Lo harás? ¿Tengo que hincar una rodilla?— Whit se levantó de la mesa y se arrodilló delante de ella.

Las lágrimas surcaban las mejillas de ella.

—¿No me digas que hay otra persona?— Frunció las cejas.

Ella negó con la cabeza.

—¡Gracias a dios! ¡Háblame. Dí sí, haz algo!— Empezó a sentir pánico.

—Si. Lo haré. Si—.

Whit se puso de pie en un brinco y la tomó entre sus brazos. Luego le colocó el anillo en el dedo.

—Pensé que te habías ido para siempre—, dijo ella hundiendo la cara en su pecho.

—No podía dejarte. Te quiero demasiado. Eres mi sueño hecho realidad—. Le acarició el cabello.

—Prometo que nunca te dejaré—, dijo ella, tomando una mejilla de él en la mano y secándose los ojos.

—Cuento con eso—.

Ella sonrió. —Eres mi sueño también. No pensé que fuese a volver—. Sonó un temporizador. —¡Oh! El pastel de moca mágico ya está listo—. Bess se puso a la tarea.

—Todo tiene buen aspecto. Me muero de hambre—. Él se puso a comer como si no hubiese comido en toda su vida.

Después de la cena, se inclinó hacia atrás bebiendo su café a sorbitos.

—Vale. Las verdades del barquero. ¿Por qué has cambiado?— Bess achinó los ojos.

—Me has hecho ver claramente que deseas lo que yo deseo. Esos correos sobre la casa. Cuando me enteré de lo que estabas haciendo, no podía esperar a verlo todo. Me dí cuenta de repente una noche después de unos cuantos whiskeys, que yo tenía todo lo que siempre había querido, aquí mismo, contigo—.

—¿No crees que me voy a ir corriendo? ¿Dejarte?—

—Un doctor me dijo una vez que la vida no tiene garantías. No puedo estar seguro de eso, pero puedo intentar hacerte feliz. También me dijo que vivir mi versión de una vida —segura—, me estaba perdiendo una vida. Una vida complicada con las cosas buenas y malas, las alegrías y las penas. Vivir de verdad. Cosa que no es lo que he estado haciendo —.

—Un doctor sabio—. Bess probó su bebida caliente.

—Eres tú, Bess. Tú marcas la diferencia. Tú me haces creer que puedo vivir mi sueño —.

Se fue hacia una de sus maletas y la abrió, sacó dos paquetes. Los puso encima de la mesa. —Feliz Navidad—.

—¿Cómo que el anillo de compromiso no fuese suficiente?— Ella desplegó los dedos y elevó su mano hacia la luz.

—Eso es distinto. Venga. Ábrelos—.

Ella rasgó el papel de envoltorio que ocultaba una funda. La abrió. Dentro había una cámara fotográfica *Nikon D800* y dos lentes especiales. Ella inspiró. —¡Oh, dios mío! ¿Una *Nikon*? Esto cuesta una fortuna, miles de dólares—.

—Dijiste que hacías fotos. Apuesto que eras muy buena. Ahora tienes el equipo para hacerlo de nuevo—.

Lágrimas empañaron los ojos de ella. —Papá estaría tan orgulloso—. Besó a Whit.

—Este no es ni la mitad de grande—.

Ella retiró el papel. Dentro había un gran álbum de fotos de cuero rojo. —¿Para mis fotos?

—Y las que harás de nuestra familia—.

—Nuestra familia—, repitió ella, acariciando la tapa del album.

—Si no tengo fotos, Jeff nunca va a creer que lo he hecho—. Rió.

—¡Oh! Ahora que me acuerdo. Esto llegó para tí—. Sacó un sobre del bolsillo.

Whit miró el remitente. La emoción le ahogaba un poco. A la vez que deslizaba un dedo bajo la solapa, murmuró, —Robbie—. Mientras Whit leía su tarjeta de Navidad de su hermano, Bess examinó su nueva cámara y leyó el libro de instrucciones. Terminaron la botella de vino. Whit se sentó inmediatamente y contestó a Robbie con un correo electrónico emotivo. Apartó dos lágrimas cuando le dió a —enviar—.

—Venga. He estado esperando demasiado ya—. Extendió una mano mientras se acercaba a las escaleras. Whit se dio una ducha rápida y luego le hizo el amor a Bess. Los dos se durmieron acurrucados juntos.

La pareja se quedó en la casa de piedra hasta después de Año Nuevo, haciendo planes para su vida juntos. Luego volvieron a la ciudad enmedio del tráfico.

* * * *

Crash llamó un taxi para Whit. Le dió la dirección de la consulta del Dr. Sumner. Su primera llamada cuando volvió fue para concertar una cita. Sonrió ante la anticipación de una sesión feliz.

Cuando el taxi se detuvo, le dio al taxista una buena propina y esperó en la salita de espera. En breve apareció el Dr. Sumner. Los dos hombres se dieron la mano. Whit pasó por delante del doctor y se sentó en la cómoda silla de cuero que siempre ocupaba.

—No le esperaba de vuelta tan pronto. ¿Qué pasó?— El doctor se sentó en su silla y se cruzó de piernas.

—Lo tengo—.

—¿Tiene el qué?—

—La respuesta. La respuesta a la pregunta—.

El doctor sonrió. —Me alegro de saberlo—.

—Me quedé con la casa porque quería tenerla para mi familia—.

—Suená muy bien—.

—Le he pedido a Bess que se case conmigo—.

—¿Y qué ha dicho ella?—

—Ella aceptó—. Whit sonrió ampliamente.

—Enhorabuena—. Una sonrisa apareció en el rostro normalmente tranquilo del doctor.

—Me dijo que me ama y que promete nunca marcharse—.

—Espero que sepa...—

Whit levantó la mano. —Me he enterado. No hay garantías. Acepto eso. Voy a intentar todo para que ella sea feliz para que se quede—.

—Suena como que ustedes dos tienen una buena posibilidad de éxito—.

—Vamos a tener niños también—.

—Eso cambiará las cosas—.

—Lo sé. Iré paso a paso. Necesito el lote completo, doctor—.

El Dr. Sumner sonrió de nuevo. —Entiendo. Creo que será un gran padre—.

—¿Eso cree?—

—Si, ciertamente—.

—Eso es lo que dijo Jeff—.

—Puede contar con él para recibir apoyo—.

—Lo sé. Tengo suerte de tenerle—.

—Creo que está preparado para seguir su camino solo. Ya no necesita venir aquí—.

El pánico se apoderó de Whit. —¿Pero y si todo falla?—

—Puede volver. ¿Quizás cada tres meses o así? ¿Cómo una revisión de su coche?—

—¿Una revisión de la vida? Me parece bien—.

—Estoy orgulloso de usted, Whit. Ha trabajado duro en la terapia. Ahora, va a tener lo que quiere—. El doctor se puso en pie.

—Si, doctor. Lo capto. Se acabó el tiempo—. Los dos hombres se dieron la mano. —Gracias, Dr. Sumner. Por ayudarme a volver a tener mi vida—.

—Un placer—.

Whit inspiró hondo y salió a la calle. Brillaba el sol, haciendo que no hiciese tanto frío, así que se fue a casa caminando, pensando en su vida.

Después de una conversación con Bess, puso su apartamento en venta y se trasladó al apartamento de ella. Una semana más tarde, decidieron tener una pequeña ceremonia de boda en la casa de piedra en Julio. Bess creó un equipo de planificación con las mujeres del Club de la Cena. Whit tenía que tener un padrino y dos acompañantes. Jeff y Pick aceptaron con alegría. Ahora sólo quedaba una persona a la que llamar.

Mientras las mujeres estaban ocupadas con la comida durante su reunion semanal, él se fue al dormitorio. Se estiró en la cama. Habían pasado cinco años desde que Whit había oído a su hermano. *¿Seré capaz de reconocerle? ¿Me hablará?*

En las palmas de las manos sentía sudor y en el estómago sentía mariposas aleteando. Cuando tomó el teléfono, su boca estaba seca. Antes de arrepentirse, Whit marcó el número.

—¿Robbie?—

—Si. ¿Quién es?—

—Whit—.

Una pausa en silencio que parecía durar un año

—¿Whit? ¿Mi hermano, Whit?—

—Si—.

—¿Cómo estás?—

—Bien, Robbie. Muy bien. ¿Cómo estás tú?—

—Aquí aguantando—.

—Estoy llamando porque... bueno... tengo que pedirte un favor—.

Durante un momento, pensó que se había perdido la conexión. *Robbie está intentando asimilarlo todo.*

—Adelante—.

—¿Querrías ser un padrino en mi boda?—

—¿Te vas a casar? ¿Sr. Solterón Empedernido?—

Whit rió ante la sorpresa en la voz de su hermano. —Por fin me puse en ello—.

—Eso es fantástico. Seguro. Estaré ahí. ¿Viene Jeff?—

—¡Si! Me ha estado persiguiendo con esto durante años—.

—¿Y, Papá?—

—Le vi hace unos días. Cuando se lo dije, me dijo que iba a aumentar su terapia para poder estar aquí para el gran evento—.

—El último Bass en caer—.

—¿Estás casado tú?—

—Si. Llevo ya tres años casado—.

—Tráetela. Maldita sea. Tengo que conocer esa chica.—

—Lo siento, Whit—, dijo Robbie de repente.

La emoción embargó a Whit durante un instante. —No pasa nada, Robbie. Entiendo—.

—Yo... yo... no sé... Estaba enfadado—.

—Lo entiendo. Es algo del pasado. Olvidémoslo—.

—Espero que puedas hacerlo—.

—Empezamos de nuevo cuando vengas a la boda—.

—Gracias—.

—Me tengo que ir. Me llama Bess—, Whit mintió. La llamada se terminó.

Se empujó los ojos con los pulgares para frenar las lágrimas. Un jadeo hondo le permitió respirar un poco.

Bess entró en la habitación charlando pero se calló al verle. Se sentó en la cama y le puso una mano en la mejilla. —¿Qué sucede?—

Él sacudió la cabeza.

—¿No puedes hablar?—

El rió levemente, retirando la mano de sus ojos para mirarla. —Estoy bien. Hablé con Robbie—.

—¿Todo bien?—

—Mejor de lo que esperaba—.

—Has pasado muy mal rato. Te mereces lo mejor, cariño—, dijo ella.

Whit acarició su mano y rozó sus labios con los de ella. —Tengo lo mejor. Te tengo a tí—.

Al día siguiente, Whit entró casi a saltos en la emisora. Agarró las hojas en su mesa y dió pasos, leyendo las noticias en voz alta ensayando. La felicidad fluía por sus venas como adrenalina y le mantenía en movimiento. Caminó de un lado a otro en su despacho. Se detuvo a mirar por las grandes cristaleras que daban a la Avenida Columbus. Cuando se dio la vuelta, miró a Sam.

Ella estaba sentada en su despacho, escribiendo a máquina hasta que entró la recepcionista. Whit se quedó parado para escuchar.

—Entrega para usted de West Side Liquors. ¿Qué quiere que haga con esto?—

—Que lo suban aquí—.

—¿Sabe lo que es?—

—Si. Una caja de *Chivas Regal*.— La mirada de Sam se encontró con la de Whit. Ella sonrió y él rió.

La mejor apuesta que he perdido en toda mi vida.

Epílogo

A diez cuadras en el Upper West Side, Miranda dejó de leer y agarró su móvil.

—Me tienes que ayudar. ¡Están sacando mis muebles y dejándolos en la acera!—

—¿Brooke? ¿Eres tú?— Miranda se puso en pie.

—Soy yo. No sé lo que voy a hacer—.

—Para, para—.

—¡Me están echando! El puto casero se está llevando mis cosas y dejándolas en la calle. ¡Necesito ayuda!—.

—¡Oh, dios mío! Voy a llamar al Club Ahora vamos para allá—.

Miranda llamó a Bess.

—Tenemos que ayudar a Brooke. Su casero está lanzando sus cosas a la calle—.

—¡Joder!—

—Le dije que hiciera caso de esa nota en su puerta—, dijo Miranda.

—No sabía que echar a alguien de su piso se pudiera hacer tan deprisa—, dijo Bess.

—Brooke tenía un plazo de treinta días—.

—Tenemos que ayudarla—.

—¿Puedes traer a Rory Hack y a Whit? Alquilo una furgoneta y os veo en su casa—.

—¿Pero a dónde va a ir?— preguntó Bess.

—Sólo hay un sitio—, dijo Miranda.

—Oh, no—.

—No tiene otro sitio donde irse—.

—Lo dudo. De todas maneras, es un poco mayor para esto—.

—Voy a colgar. Llama a la gente. Me voy hacia el sitio del alquiler de la furgoneta ahora—.

Cuando dobló la esquina en Broadway, Miranda llamó a Brooke. —Vamos de camino. Estoy consiguiendo una furgoneta y Bess viene con Rory, Hack y Whit—.

—No tengo donde ir—.

—Si que tienes. No quieres pero lo tienes—.

—No puedo. Es...—

—A lo hecho, pecho, Brooke. No puedes vivir en la acera—.

Hubo una pausa en el aire.

—Gracias, Miranda—.

—De nada. Ahora nos vemos—.

Cerró su móvil y abrió la puerta de la oficina de alquiler de vehículos.

Fin

About the Author

Jean C. Joachim is a best-selling romance fiction author, with books hitting the Amazon Top 100 list since 2012. She writes mostly contemporary romance, which includes sports romance and romantic suspense.

Dangerous Love, Lost & Found won First Place in the suspense category in the Oklahoma Romance Writers of America International Digital Awards 2015 contest.

The Renovated Heart won Best Novel of the Year from Love Romances Café. *Lovers & Liars* was a RomCon finalist in 2013. And *The Marriage List* tied for third place as Best Contemporary Romance from the Gulf Coast RWA. *To Love or Not to Love* tied for second place in the 2014 New England Chapter of Romance Writers of America Reader's Choice contest. She was chosen Author of the Year in 2012 by the New York City chapter of RWA.

Married and the mother of two sons, Jean lives in New York City. Early in the morning, you'll find her at her computer, writing, with a cup of tea, her rescued pug, Homer, by her side and a secret stash of black licorice.

Jean has 30+ books, novellas and short stories published. Find them here: <http://www.jeanjoachimbooks.com>